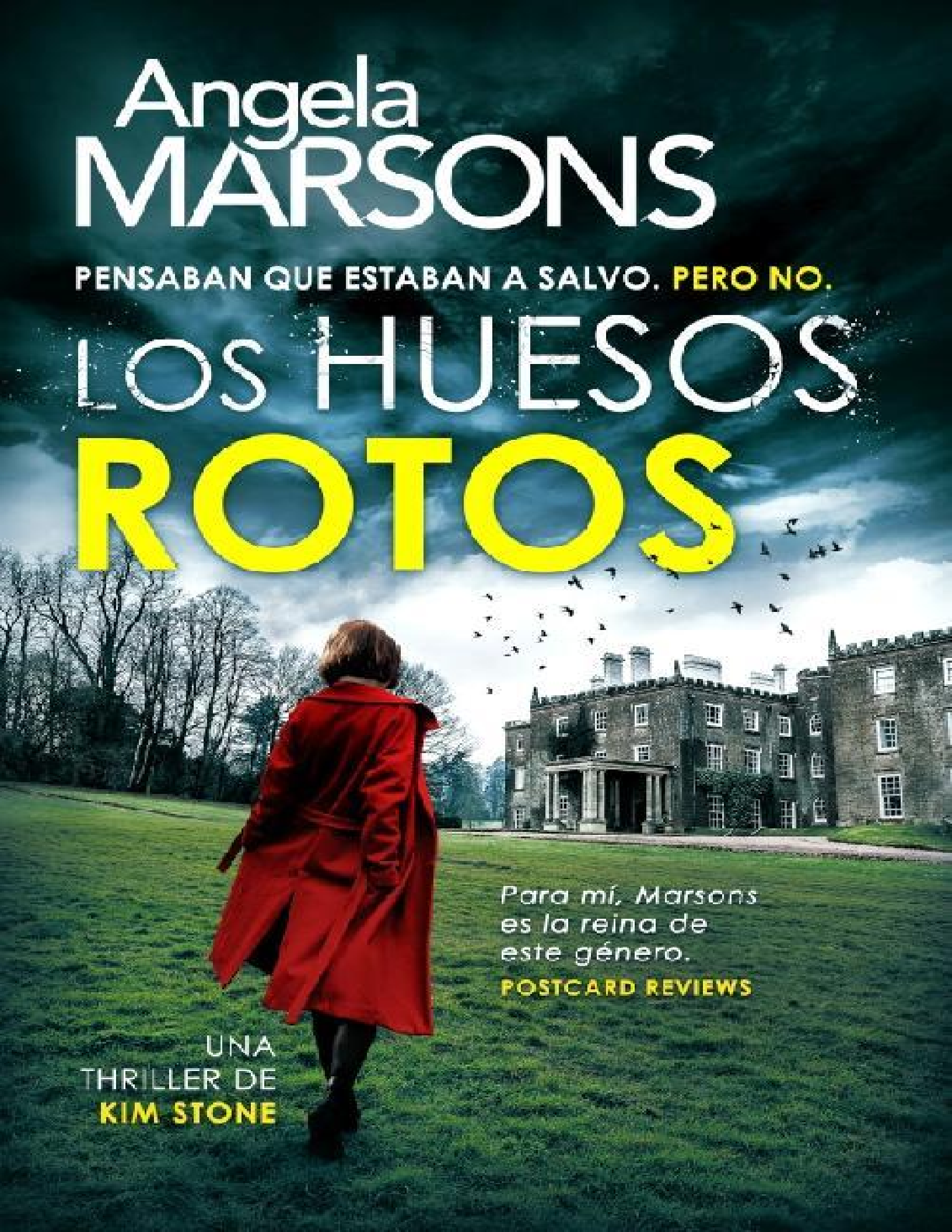

Angela
MARSONS
PENSABAN QUE ESTABAN A SALVO. PERO NO.
LOS HUESOS
ROTOS
Para mí, Marsons
es la reina de
este género.
POSTCARD REVIEWS
UNA
THRILLER DE
KIM STONE

# Table of Contents

[Los huesos rotos](#)
[Otras obras de Angela Marsons](#)
[Dedicación](#)
[Prólogo](#)
[Capítulo uno](#)
[Capítulo dos](#)
[Capítulo tres](#)
[Capítulo cuatro](#)
[Capítulo cinco](#)
[Capítulo seis](#)
[Capítulo siete](#)
[Capítulo ocho](#)
[Capítulo nueve](#)
[Capítulo diez](#)
[Capítulo once](#)
[Capítulo doce](#)
[Capítulo trece](#)
[Capítulo catorce](#)
[Capítulo quince](#)
[Capítulo dieciséis](#)
[Capítulo diecisiete](#)
[Capítulo dieciocho](#)
[Capítulo diecinueve](#)
[Capítulo veinte](#)
[Capítulo veintiuno](#)
[Capítulo veintidós](#)
[Capítulo veintitrés](#)
[Capítulo veinticuatro](#)
[Capítulo veinticinco](#)
[Capítulo veintiséis](#)
[Capítulo veintisiete](#)
[Capítulo veintiocho](#)

Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Capítulo cincuenta y dos
Capítulo cincuenta y tres
Capítulo cincuenta y cuatro
Capítulo cincuenta y cinco
Capítulo cincuenta y seis
Capítulo cincuenta y siete
Capítulo cincuenta y ocho
Capítulo cincuenta y nueve
Capítulo sesenta
Capítulo sesenta y uno
Capítulo sesenta y dos

Capítulo sesenta y tres
Capítulo sesenta y cuatro
Capítulo sesenta y cinco
Capítulo sesenta y seis
Capítulo sesenta y siete
Capítulo sesenta y ocho
Capítulo sesenta y nueve
Capítulo setenta
Capítulo setenta y uno
Capítulo setenta y dos
Capítulo setenta y tres
Capítulo setenta y cuatro
Capítulo setenta y cinco
Capítulo setenta y seis
Capítulo setenta y siete
Capítulo setenta y ocho
Capítulo setenta y nueve
Capítulo ochenta
Capítulo ochenta y uno
Capítulo ochenta y dos
Capítulo ochenta y tres
Capítulo ochenta y cuatro
Capítulo ochenta y cinco
Capítulo ochenta y seis
Capítulo ochenta y siete
Capítulo ochenta y ocho
Capítulo ochenta y nueve
Capítulo noventa
Carta de Angela
Agradecimientos

# Los huesos rotos

Los huesos rotos

Título original: Broken Bones
© Angela Marsons, 2017. Reservados todos los derechos.
© 2023 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
ePub: Jentas A/S
Traducción: Jorge de Buen Unna

ISBN: 978-87-428-1253-2

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Esta es una historia ficticia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes se deben a la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con hechos, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.

# Otras obras de Angela Marsons

**De la serie de la detective Kim Stone:**

*Un grito en el silencio*

*Juegos diabólicos*

*Las niñas perdidas*

*Juegos letales*

*Hilos de sangre*

*Almas muertas*

**Otras obras:**

*Dear Mother (publicada anteriormente bajo el título de The Middle Child)*

*The Forgotten Woman (publicada anteriormente bajo el título de My Name Is)*

*Este libro está dedicado a mi abuelo, Fred Walford, quien nos fue arrebatado demasiado pronto.*

*Me habría gustado conocerte mejor.*

# Prólogo

## *Black Country: Navidad*

Lauren Goddard estaba sentada en el tejado del edificio de trece plantas. El sol invernal dibujaba un entramado en sus pies descalzos, que colgaban por el borde. Una brisa fría le mordía los pies ondulantes.

La parrilla protectora se había instalado hacía unos años, después de que un padre de siete hijos se lanzara al vacío. Y Lauren, a los once, ya se había robado unos alicates de una de esas tiendas de baratijas para abrirse un punto de acceso a la estrecha cornisa, su lugar de reflexión. Desde este conveniente punto podía admirar, a la distancia, la belleza de las colinas Clent y cegarse a la húmeda y mugrienta realidad de abajo.

Hollytree era el lugar a donde te enviaban mientras se hacía una limpieza de primavera en el infierno. Las familias problemáticas de todas las Tierras Medias Occidentales eran expulsadas de otras urbanizaciones e instaladas en Hollytree. Era la capital del desplazamiento. Las comunidades de todo el municipio respiraban aliviadas cada vez que una familia era desalojada. Nadie tenía el menor interés en saber a dónde iban a dar. Bastaba con que se hubieran ido para añadir un ingrediente más al crisol cultural.

Alrededor de la urbanización había un claro perímetro que la policía cruzaba raras veces. Era un lugar donde los acosadores sexuales, los pederastas, los ladrones y las familias sujetas a órdenes de comportamiento antisocial se reunían en una gran arena. Así, la policía los vigilaba solo desde el exterior.

Pero hoy había paz en todo el complejo, lo que daba la ilusión de que las actividades normales, es decir, el robo, la violación y el acoso, habían entrado en pausa gracias a la Navidad. Pero qué mierda; todo seguía en marcha, solo que con el discurso de la reina como telón de fondo.

La madre de Lauren iba de un lado al otro del sombrío piso, arrastrando los pies, con un vaso de ginebra en la mano. En favor del acontecimiento, no hacía más que llevar, alborotada alrededor del cuello, una guirnalda de espumillón, mientras iba dando tumbos del salón a la cocina a rellenar el vaso.

Lauren ya no esperaba recibir un regalo ni una tarjeta. Había hablado alguna vez de las emociones de sus amigas, de cuánto disfrutaban los regalos, las risas, la cena al horno, el calcetín lleno de chocolates.

Su madre se había reído. Le había preguntado si ese era el tipo de Navidad que Lauren quería.

Y ella, con todo candor, había dicho que sí con la cabeza.

La mujer había puesto la televisión en el canal Hallmark y le había dicho: «sírvete».

La Navidad ya no significaba nada para Lauren. Pero, al menos, tenía este lugar: su pedacito de cielo. Su sitio seguro para siempre. Su escape.

Vino a este lugar a desaparecer, sin que nadie lo notara, cuando tenía siete años, un día que su madre estaba muy borracha.

¿Cuán afortunada había sido de ser la única de cuatro hermanos a quien la madre tuvo permiso de conservar?

Y vino aquí, a escapar, cuando el compañero de parrandas de su madre, Roddy, empezó a meterle la mano por la entrepierna y a babearle el cabello. Su madre se lo quitó de encima, furiosa, y le gritó al tipo algo acerca de su plan de jubilación. Lauren no lo había entendido entonces, cuando tenía nueve años, pero ahora sí.

Y lloró en este lugar el día de su cumpleaños dieciséis, cuando su madre la introdujo en el negocio familiar y le presentó a Kai Lord, su proxeneta.

Y estuvo aquí dos meses antes, cuando él, por fin, la encontró.

Y, aquí mismo, ella lo había mandado a tomar por culo.

No quería que nadie la salvara. Era demasiado tarde.

Dieciséis años y ya era jodidamente tarde.

Muchas veces había fantaseado con la sensación de dejarse llevar por el viento. Se había visto a sí misma flotando de aquí para allá, haciendo el suave viaje hasta el suelo como la descarriada pluma de un pichón. Había imaginado la sensación de ingravidez tanto de su cuerpo como de su mente.

Lauren inhaló hondo y exhaló. En pocos minutos le llegaría la hora de ir a trabajar. Aguacero, aguanieve, nieve, Navidad… No había nada que mantuviera a los puteros alejados. El comercio podía marchar con lentitud, pero no faltarían negocios. Siempre los había habido.

No oyó la puerta del tejado cuando se abrió ni los pasos que lentamente se dirigían hacia donde estaba.

No vio la mano que la empujó.

Solo vio el suelo que se precipitaba hacia ella.

# Capítulo uno

—¿Estás de coña? —exclamó Kim al salpicadero de su Golf de once años —. O sea, ¿de veras? —gritó mientras giraba el contacto una vez más.

Cualquier leve esperanza de que su pataleta persuadiera al coche de arrancar se desvaneció por fin. El acumulador había llorado sus últimos dolorosos lamentos antes de morir por completo.

Se quedó sentada por un momento, frotándose las manos. Esa obstinada oposición a circular no tenía por qué sorprenderla; su coche había estado en el aparcamiento desde las siete de la mañana, con temperaturas que no habían superado los dos grados bajo cero. Catorce horas había tenido el Golf para planear su venganza.

—Maldito seas —le dijo, y abrió la puerta.

Tendría que regresar a la comisaría y pedir un taxi. Vaya, ya podía imaginarse el gesto de satisfacción en el rostro de Jack. Ella había sonreído ante la incapacidad del hombre para hacer entrar en razón a un borracho que insistía en llamarse Papá Noel; con dos semanas de retraso, pero el tipo era insistente.

Estaba preparada para comprobar el regocijo de Jack en cuanto ella pusiera un pie en la comisaría.

En eso, la puerta se abrió hacia fuera, de golpe, y dos policías de uniforme negro salieron del edificio como una estampida. Uno siguió corriendo, mientras el otro bajaba la velocidad y se disculpaba.

—Perdone, seño —dijo—, choque en cadena de cinco en la salida de la autopista.

Kim hizo una señal de asentimiento y se apartó.

Los policías se metieron dentro del coche patrulla, encendieron las luces azules y salieron disparados del aparcamiento. En el camino encontrarían poca resistencia de otros vehículos, a pesar de que era sábado por la noche. La mayoría de las personas sensatas estaban en casa viendo la televisión con una bebida caliente y reconfortante. En sus casas estaban los otros

miembros de su equipo, y ahí era a donde ella esperaba dirigirse. Maldito coche.

Por suerte, Barney, después de su reciente paseo, disfrutaba del fuego de una chimenea de cuatro quemadores a gas en casa de Charlie. Cuando las jornadas eran largas, su vecino septuagenario pasaba por la casa de Kim para hacerse cargo del perro.

«Pronto iré a por ti, chico», le prometió en silencio, mientras cruzaba el espacio que había dejado el veloz coche patrulla.

Frunció el ceño cuando descubrió una forma extraña contra la pared del edificio. Sabía lo que eso parecía, «pero no ha de ser, seguramente», pensaba mientras se acercaba cautelosa. Encogido en una equina, el objeto había pasado inadvertido para los policías distraídos que salían de la comisaría a toda leche para atender un choque en cadena.

La temperatura exterior quedó súbitamente en el olvido cuando el hielo empezó a correr por sus venas.

—No me jodas —susurró, y avanzó otros dos pasos.— Ay, mierda — dijo en cuanto llegó a donde había luz.

# Capítulo dos

Kelly Rowe caminaba a lo largo de la calle Tavistock, tratando de permanecer visible, mientras esquivaba unos copos de nieve que se habían espesado durante las últimas dos horas y que ahora la embestían en diagonal.

El viento frío se arremolinaba entre sus piernas desnudas. La minifalda de mezclilla le protegía la piel apenas hasta medio muslo.

El resto de las chicas se había escabullido lentamente desde las diez. Solo Sally Summers, una de las prostitutas más viejas, permanecía esperanzada en lo alto de la calle.

La nieve no era buena para el negocio.

Sacó el móvil e hizo una llamada. Su madre le contestó al tercer timbrazo.

—Hola, mamá, ¿todo bien?

—Sí. Por fin, Lindy se fue a dormir a las diez. Estuvo insistiendo en que solo necesitaba otra galleta.

Kelly dejó que la tibieza la invadiera. Para ser una niña de cuatro años, Lindy era astuta y marrullera, y usaba esas habilidades muy efectivamente con su abuela. Vaya, cuántas ganas tenía de irse a casa y acurrucarse en la cama a un lado de su pequeña; de sentir sus manitas regordetas entre las suyas.

Nada en el mundo era tan malo mientras abrazaba a Lindy.

Quería, pero no podía.

Una parte suya tenía la secreta esperanza de que su hija estuviera despierta, desazonada, para poder hablar con ella y asegurarle que pronto estaría en casa. Tan solo por oír su voz.

—¿El club ha estado muy ocupado esta noche, Kel? —le preguntó su madre, llenando el silencio.

Kelly cruzó los dedos y cerró los ojos. En la mente de su madre, Kelly pasaba tres noches a la semana atendiendo la barra de un club nocturno en Stourbridge. La verdad le destrozaría el corazón.

—Sí, todavía quedan algunos. He salido a fumarme un pitillo.

—Muy bien, cariño. Venga, ten cuidado al venir a casa. Esto se está poniendo feo.

—Sí, madre, gracias —dijo Kelly, y colgó.

De haberse quedado en el teléfono un poco más, la madre habría notado cómo las lágrimas le cerraban la garganta. Por enésima vez, maldijo su propia terquedad. Si tan solo se hubiera tragado el orgullo hacía dieciocho meses, hoy no estaría en esta situación.

Nunca esperó verse soltera y embarazada a los diecisiete años y, que Dios la perdonara, a una hora de abortar. Pero, en el último minuto, contra todos los deseos de su madre, había decidido no hacerlo. Desde entonces, los arrepentimientos no habían visitado su mente ni por un segundo.

Estaba absolutamente decidida a cuidar a su hija, y no le había ido mal. Había conseguido un trabajo administrativo y un pequeño piso de dos dormitorios en Netherton, lo suficientemente grande para Lindy y ella. El alquiler era más o menos asequible, siempre y cuando comprara con lucidez; es decir, siempre y cuando escogiera, al final de la jornada, bienes de precio rebajado.

Dos años y medio más tarde, había perdido su trabajo como administradora de cuidados domésticos. Las deudas empezaron a acumularse. Cada sobre que caía en su felpudo era de color rojo. La desesperación la venció, finalmente, el día que le cortaron la luz.

Fue su vecina, Roxanne, quien, para ayudarla, le sugirió que aceptara un préstamo de Kai Lord. Este enigmático hombre del África Occidental le ofreció a Kelly mucho más de lo que necesitaba, pero insistió en que debía aceptar «por la pequeña».

Por un breve tiempo, había pensado en pedir ayuda a su madre, pero esta se había mostrado muy crítica ante la decisión de Kelly de marcharse de casa tan pronto. La consideraba incapaz de cuidar sola a su hija. Por lo tanto, regresar a la madre para pedirle dinero era admitir su derrota.

En las oficinas de ayuda social, un hombre torvo y maloliente la había ayudado a llenar una solicitud, antes de aclararle que pasarían, cuando menos, dos semanas para que el pago quincenal de doscientas libras

empezara a caer regularmente en su cuenta. Le explicó que no disponían de pagos de emergencia.

Así que, sin electricidad, con los pagos del alquiler atrasados y apenas algo que comer en la despensa, había aceptado el dinero de Kai. Las mil libras, completas, y con eso había puesto todas las cuentas al día. Tres semanas más tarde, vinieron a reclamarle el pago del préstamo. Con todos los intereses. Un total de casi tres mil libras, el triple de lo que le habían prestado.

Como no podía pagar, Kai se enfureció. Le dijo que sus asociados no estarían nada contentos y que, aunque él jamás le haría daño a «la pequeña», no podía garantizar la seguridad de Kelly ante la gente a quien había vendido la deuda. Pero le ofreció una salida, y a ella no le quedó más remedio que aceptarla.

El primer cliente había sido el peor, pero la necesidad y la desesperación significaban que tenía que seguir adelante.

Después de las primeras veces, había encontrado el modo de desconectarse del acto y llevar su mente a otros lugares.

Y todo por nada, de cualquier manera, puesto que se había visto obligada a mudarse con su madre. No había conseguido trabajo antes de que el préstamo de Kai Lord se agotara.

Pero, cada vez que se subía a un coche, estaba a un paso de recuperar la libertad. Ya tenía un plan para el futuro: permanecer con su madre el tiempo necesario hasta encontrar un trabajo respetable, ahorrar algo de dinero y mudarse en cuanto estuviera bien preparada.

Un coche giró hacia la calle Tavistock. Por la velocidad, sería un gamberro que venía muy despacio.

Ella salió a la calle y miró de derecha a izquierda.

El putero la vería a ella antes que a Sally, que estaba al final de la calle.

Se irguió contra el viento cortante, con los copos de nieve derritiéndose en su piel desnuda. Se acercó al bordillo e inclinó la cabeza en un gesto sugerente.

El coche se detuvo a su lado.

Ella sonrió y se subió.

# Capítulo tres

—Este… Es un bebé, seño —habló Jack detrás de la mampara de cristal blindado.

—¿Te das cuenta de que estás desaprovechado en tu papel de vigilante, sargento? —le soltó Kim. Ella ya se había dado cuenta de que era un bebé. Solo quería saber qué pensaba hacer Jack al respecto.

—Vaya. Lo que sí sé, seño, es que no lo traías contigo cuando te fuiste, hace diez minutos.

Ella entrecerró los ojos.

—Qué gracioso, Jack. Bien, ábreme para que puedas…

—No puedo quedarme con él aquí, seño —dijo, poniéndole un alto.

—Jack, por favor, deja de joder y coge este…

—En serio —dijo él, agitando la cabeza—. Estoy esperando dos coches patrulla y una furgoneta. Vienen de una pelea que se salió de control donde las patatas fritas.

«Ni hablar», pensó Kim. Definitivamente, eso lo tendría ocupado durante unas cuantas horas.

—Vale, simplemente pidámosle a alguien que baje…

—Por supuesto, seño. Solo déjame llamar a la guardería de veinticuatro horas que está en la tercera planta.

—Jack… —lo alertó.

Él abrió las manos y se encogió de hombros expresivamente.

Tampoco es que Kim estuviera segura de qué quería que él hiciera, pero el asa del asiento para coches empezaba a enterrársele en la mano.

—Ábreme —espetó—. Y llama de inmediato a los servicios sociales.

—Enseguida, seño —dijo él, y cogió el teléfono.

Kim se dirigió al despacho que había dejado a oscuras no hacía ni quince minutos.

Dejó el asiento para coches en el escritorio de Bryant y encendió el radiador. Por suerte, el calor de la habitación no había desaparecido del todo.

—Vale, ¿y, ahora? —preguntó de pie, frente al escritorio, con las manos en las caderas.

La carita arrugó la nariz y siguió durmiendo profundamente.

Kim inclinó la cabeza.

—Bien. Voy a explorarte en busca de pistas —dijo en voz baja.

Retiró el chal de encaje con que habían envuelto los brazos y las piernas del bebé: cuatro vueltas, como a una momia. Bajo el chal, la criatura llevaba puesto un pelele color limón con pies, capucha y orejeras. Kim palpó alrededor del cuerpo, pero no encontró nada más. Con mucho sigilo, abrió el cierre de la silla y tocó la cremallera del pelele. Se quedó inmóvil cuando el bebé movió la boca, como si masticara un filete.

«No te despiertes», oró en silencio, con la mano inmóvil en el cierre. Si se tratara de un curtido delincuente, no estaría tan ansiosa. Una redada matutina contra traficantes de estupefacientes; una carrera de tres kilómetros, a oscuras, para detener a un violador, y una entrada en la escena de un robo a mano armada; incidentes, todos ellos, con los que había lidiado recientemente, y ninguno de ellos le había provocado el nivel de tensión que sentía en este momento.

Los ojos del bebé seguían cerrados, así que continuó con sus investigaciones. Al bajar la cremallera, observó que el crío estaba vestido con otro pelele, solo que este era una prenda interior.

De pronto, la criatura se agitó y estiró las piernas. Kim dio un salto atrás y contuvo la respiración.

El teléfono sonó, causándole un sobresalto.

—Por favor, dime que ya llegaron, Jack —dijo, segura de que esto tendría que ser el récord mundial de los servicios sociales.

—Ja, ja, eso quisieras —se rio—. En este momento, el equipo de guardia está tratando de colocar a una madre y a sus cinco hijos, después de que el exmarido la amenazara de muerte.

—Diossss —dijo Kim. La temporada de la buena voluntad parecía haber quedado muy atrás—. ¿Cuánto tardarán?

—No tienen ni idea. No se van a comprometer, además de que un bebé bien envuelto en una linda y cálida comisaría no es la prioridad del momento.

—Venga, Jack. Tiene que haber algo que tú…

—Te dejo —dijo él, mientras un súbito griterío llenaba el auricular.

—Gracias por nada —rezongó Kim, y colgó de golpe—. Estupendo —dijo al ver que los ojos y la boca del bebé se abrían al mismo tiempo.

Miró alrededor, como disculpándose, cuando un fuerte alarido empezó a desbordar la habitación. No estaba segura de a quién decirle que ella no le había hecho ningún daño; no había nadie alrededor. Ese era el jodido problema.

Otro grito. El sonido se las arreglaba para bailarle un zapateado en las terminales nerviosas. Mierda, ¿qué hacer?

Sacó el móvil y presionó en el icono de contactos. Le contestaron al segundo timbrazo.

—¿Qué pasa, jefa? —oyó. Nunca había estado tan contenta de escuchar esa voz.

—Bryant, necesito que vengas de inmediato a la comisaría. —Miró al bebé, que gritaba hacia ella acusadoramente.— Y apresúrate, esta es una situación de emergencia.

# Capítulo cuatro

Andrei gritaba de dolor con cada movimiento de la furgoneta. Cada esquina, cada recodo o bache disparaba por todo su cuerpo, como fuegos artificiales, la agonía cegadora de su pierna.

En su cabeza, sus propios ruidos eran ensordecedores, pero quedaban enmudecidos bajo una tela que ya había absorbido toda la humedad de su boca. Trató de usar las manos atadas para agarrarse del suelo de metal de la furgoneta, en un afán de estabilizarse y mantener la pierna quieta, pero la suspensión lo lanzaba de un lado al otro como un muñeco de trapo. Quería convencerse de que lo llevaban al hospital, de que las ataduras y la mordaza eran solo una precaución en lo que duraba el viaje.

El hombre que conducía la furgoneta no le resultaba conocido, pero lo había visto en la granja de vez en cuando. A Andrei lo asaltó la noción de que esta furgoneta negra siempre venía después de un accidente grave.

De pronto, el vehículo se detuvo y quedó envuelto en el silencio.

Andrei escuchó atentamente.

La puerta lateral se abrió y el tipo lo sacó de ahí como a un saco de patatas. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Soltó un grito agonizante contra el trapo húmedo.

Desde la salida de la granja, la nevada había cobrado más fuerza. Los copos ya no revoloteaban alrededor de su cabeza, sino que se estrellaban, helados, en su piel. Se había formado una capa de tres centímetros en el suelo.

—Por favor —balbuceó.

El hombre no hizo caso a sus ruidos. Lo arrastró hasta una zanja a un lado del canal. El dolor de la pierna era una lluvia de dardos rojos que nublaba la visión de Andrei.

—Por favor, lléveme al hospital —suplicó, con la esperanza de que, de alguna manera, esas palabras fueran comprendidas.

—Cállate, idiota —escuchó, a pesar de que no había una sola alma alrededor para oír sus súplicas.

Se vio arrastrado más lejos del puente, a lo largo del camino de sirga. Cada movimiento encendía el suplicio de sus huesos rotos.

Notó que el hombre miraba a su izquierda. Estaban a un poco más de quince metros del puente, que ya tenía un borde de nieve encima. Luego lo vio mirar a la derecha. No tenían a la vista ningún otro puente ni punto de acceso al canal.

Andrei siguió la mirada hasta la pared de la fábrica, con sus cristales agrietados y rotos.

Aparentemente satisfecho, el hombre dejó caer a Andrei, le quitó la mordaza y le soltó las ataduras de las muñecas.

Se agachó y susurró en tono de conspiración:

—Escucha: el jefe te quiere muerto y tengo que hacer que así parezca. No soy de los que asesinan, así que, si te quedas aquí, volveré en cuanto pueda. Si te mueves, nos jodemos los dos. ¿Lo has entendido?

Andrei asintió. No estaba seguro de qué otra cosa podía hacer. El sufrimiento lacerante en la pierna le impedía discutir o ir a cualquier lugar sin ayuda.

El hombre se limpió la nieve de los ojos antes de girar y volver hacia el puente y el talud.

Mientras una nueva descarga de dolor le anegaba los ojos, Andrei se puso a rezar para que volvieran a por él muy pronto.

# Capítulo cinco

—Gracias al cielo que estás aquí —dijo Kim en cuanto Bryant entró en la sala de la brigada.

El repertorio de carantoñas de Kim se había agotado en cuestión de minutos, y la actividad en que estaba ahora enfrascada, la de mover el asiento de coche hacia atrás y hacia delante, parecía provocarles náuseas tanto a ella como al bebé.

Bryant evaluó la situación, negó con la cabeza y colocó una bolsa de compras sobre el escritorio de reserva. Enseguida, apartó a Kim de un codazo.

—¿No lo has sacado de la silla? —preguntó, y desabrochó el cinturón de seguridad.

—Mi valoración dinámica de los riesgos y el conocimiento de mis propias capacidades me lo han desaconsejado en forma rotunda —dijo secamente.

En un movimiento fluido, el bebé ya estaba en brazos de Bryant, apoyado en la chaqueta de intemperie. El sargento empezó a mover los brazos hacia arriba y hacia abajo, con ritmo. Después de rebotar unas cuantas veces, el bebé empezó a tranquilizarse.

Kim sintió que la tensión se iba escurriendo fuera de su cuerpo.

—Bryant, eres un absoluto…

Sus palabras se quedaron en el aire cuando Dawson entró a grandes zancadas en la habitación.

—Kev, ¿qué diablos…?

—Como si fuera a perderme esto —sonrió satisfecho. Fue directamente hacia el bebé. Puso una bolsa junto a la de Bryant.

Kim dedicó a su compañero una mirada acusadora.

—¿Le dijiste?

Y él le devolvió la mirada como si fuera una obviedad.

—Joder, claro. ¿Tú y un bebé? Esto no podía quedármelo para mí solo.

Ella se puso a mover la cabeza de un lado al otro. Mientras tanto, Dawson le hacía cosquillas al bebé en el mentón. Luego, el joven sargento se encogió de hombros.

—Pensé que lo mejor sería llegar antes de que os lo llevarais a la sala de interrogatorios número uno y empezarais a hacerle preguntas.

—Fantástico, ahora, lo único que necesitamos es…

—Hola, jefa, ¿qué pasa? —dijo Stacey, y puso una tercera bolsa sobre el escritorio.

Desesperada, Kim echó las manos al cielo.

—Bryant, solo dime que no has llamado a las fuerzas armadas, por si acaso.

—No, estos son casi todos —dijo sin disculparse—. Ahora bien, si tuviera la posibilidad de enviar algunas invitaciones…

—¿Qué es todo esto? —preguntó ella, y señalaba las bolsas con el rostro.

—Pañales —dijo Bryant. Dejó al bebé en el escritorio.

—Leche —dijo Stacey.

—Un juguete —respondió Dawson.

—De tres jodidos reyes magos —dijo Kim—. Perdona, Stace, pero, para tu información, el niño no se queda. Lo cuidaremos durante unas horas, no lo adoptaremos.

Bryant empezó a desnudar al bebé mientras Dawson miraba pensativo.

—Por lo tanto, si nosotros somos los reyes magos, ¿eso no te convierten en la vir…?

—Te reto a que termines esa frase, Kev —le espetó ella, al mismo tiempo en que Bryant le hablaba.

—Felicidades, jefa, es un varón —dijo con una sonrisa burlona.

Kim miró a los tres, que se regodeaban a fondo. Deseó simplemente haberle entregado el bebé a Jack sin poner atención a sus protestas.

Miró la cara del niño, que gorjeaba feliz hacia Bryant. No, había hecho lo correcto. El bebé estaba seguro y calentito, y no había nada más importante.

—Stace, ¿me puedes dar uno de esos pañales? —preguntó Bryant mientras Kim cogía la jarra del café. La noche prometía ser larga.

—Yo me hago cargo, jefa —le ofreció Dawson.

Kim sacudía la cabeza al mismo tiempo en que su teléfono empezaba a sonar.

—Stone —contestó.

Su rostro iba cambiando mientras escuchaba atentamente.

—Vale, entendido —dijo, y colgó.

—Bryant, entrega al bebé. Tenemos un cadáver en la calle Burton —. Cogió su abrigo.

Estas nunca eran buenas llamadas, pero, cuando echó un vistazo atrás, a la personita que se retorcía sobre el escritorio, el tema del cadáver era, al menos, una situación que sí podía manejar.

# Capítulo seis

Kim llegó a la zona acordonada once minutos después de haber recibido el aviso. Seguía nevando copiosamente, pero la nieve aún no se congelaba en las carreteras asfaltadas.

La hilera de tiendas daba a un callejón que pasaba por debajo de un túnel ferroviario y desaparecía en el lado este de Hollytree.

Por un momento, permaneció de pie de espaldas a la escena del crimen. Si la gente tenía curiosidad acerca de toda esa conmoción, fisgoneaba a la distancia. El público aún no se congregaba en la escena criminal, con esas clásicas ansias de estar en primera fila ante la imagen de un cadáver.

Bryant mostró sus credenciales. Mientras tanto, Kim ya se estaba poniendo las cubiertas de plástico para zapatos que acababan ofrecerle.

A la mitad del callejón, la saludó una voz familiar.

—Detective Stone. Tenía la esperanza de que hubieras sido tú la oficial a cargo a quien han sacado de la cama en esta fresca y crujiente mañana.

—Keats, son casi las dos de la noche y no he visto mi casa ni a mi perro en casi veinticuatro horas. Tómate la libertad de ponerme un poco más de cebo. Te desafío. Ahora, ¿qué tenemos aquí?

Keats era el jefe forense de la localidad, un hombre cuyo estado de ánimo rara vez superaba lo detestable. El tipo era bajo y tenía pelo facial solo en la barbilla, con lo que parecía compensar la escasez de la cabeza. Tenía un sentido del humor seco y virulento, y, por lo general, lo apuntaba hacia ella. A Kim, este hombre le caía bien la mayoría del tiempo. Pero no a esta hora.

—Ah, Bryant, gracias a Dios —dijo Keats en cuanto el compañero de Kim apareció a un lado de la detective—. Un conversador mucho más consumado.

Bryant refunfuñó.

—No la tientes, Keats. No mientras sea yo a quien tenga más cerca.

Aunque Kim escuchó esas bromas, se hizo la desentendida.

El callejón estaba oscuro, iluminado en el cordón solo por una farola. El fotógrafo de la policía tomó una instantánea y el flash iluminó todo el callejón.

—Madre santa —dijo Kim—. Hazlo otra vez.

Esta vez, estaba preparada. Tomó su propia instantánea mental. Delante tenía el cuerpo de una mujer de poco más de veinte años. Atado en una coleta, el cabello rubio dejaba al descubierto un rostro no ajado por el tiempo. Los ojos estaban abiertos y miraban el cielo.

—Otra vez —dijo Kim.

Los copos de nieve se posaban en las pestañas y se quedaban ahí un instante antes de desaparecer. Era extraño ver esos ojos abiertos no parpadear cada vez que un copo caía en ellos.

La chica llevaba una falda vaquera corta, sin nada que le cubriera las piernas, y tacones de aguja negros. Desde la parte superior de la cabeza hasta la nuca, así como de los muslos a los pies, todo parecía relativamente normal.

—Otra vez —dijo.

Kim no alcanzó a identificar el color de las prendas superiores.

Toda esa superficie estaba teñida de rojo.

—Una más.

Esta vez, pudo ver, al menos, tres desgarros en la tela.

—Toma, coge esto —le dijo Keats, que extendía hacia ella una linterna Maglite.

Ella cogió la linterna y apuntó al tronco de la chica. La sangre había empapado la nieve alrededor del cuerpo. Parecía un día de prácticas en la carnicería.

—¿Cuántas puñaladas?

—Hasta el momento, he podido contar cuatro, pero te lo confirmaré en cuanto me la haya llevado.

Kim asintió.

—¿Y la hora?

—El hígado me dice que lleva muerta unas tres horas, pero ya sabes…

—… con este tiempo, es difícil ser más precisos —acabó la frase por él.

—Me da gusto constatar que estás aprendiendo, inspectora.

Kim no le hizo caso. Volvió a pasar la luz de la linterna por el cuerpo. Se resistió al impulso de agacharse y juntarle los párpados, de cerrarle a esta mujer las puertas del sufrimiento y enviarla por el camino de la paz. Un último acto de bondad.

Podía haber adivinado la hora aproximada que Keats acababa de darle sin tener que recurrir a la sonda hepática. La nieve había empezado a caer a eso de las nueve de la noche y había arreciado alrededor de las once. Dada la acumulación de nieve en las manos abiertas hacia arriba, el lapso tenía que ser de tres horas.

—¿Eso que tiene bajo el brazo derecho es un bolso? —preguntó.

Keats asintió y se volvió al fotógrafo forense, quien retrocedió un paso.

—Dale —la aconsejó Keats. Era su manera de darle el permiso de moverlo.

Kim se agachó y levantó con suavidad el brazo derecho. Con ayuda de la linterna, levantó la solapa de cuero para observar el contenido. En la parte superior del bolso había un montón de billetes.

—¿Del último cliente? —preguntó Bryant mientras abría una bolsa de pruebas.

—Sí, y no hace mucho.

Kim dejó caer los billetes dentro de la bolsa de plástico.

—Ni siquiera le dieron la oportunidad de doblarlos junto con el resto.

En el fondo del bolso había un pequeño rollo de billetes, penosamente escuálido para una noche de trabajo en semejantes condiciones.

Aparte de unos condones y unas llaves de casa en un llavero de carita sonriente, había muy poco en la sección principal del bolso. Kim rebuscó en el compartimento lateral y encontró lo que estaba buscando: un carné de conducir y un móvil.

Con la linterna, alumbró el carné.

—Kelly Rowe. —Miró de cerca.— Veintiún años, con domicilio en Wordsley.

—¿Entonces no fue un robo, jefa?

Ella negó con la cabeza. Lo habría sabido de inmediato. El bolso estaba debajo del cuerpo, así que la víctima había caído encima. De haber sido esa la causa, mostraría señales de disputa o forcejeo, y lo más probable es que

estuviera delante del cuerpo o a un lado. Además, muy pocos ladrones cerraban un bolso después de vaciarlo.

—¿Crees que el lote de efectivo que estaba arriba es importante? —preguntó Bryant.

—No tanto como quisiéramos —contestó ella—. Ese dinero provino del último cliente feliz de haber pagado por sus servicios. El asesino no le habría dado nada. —Se quedó pensando un minuto.— Devuélveme esa bolsa de pruebas.

—¿La del efectivo?

Ella asintió. La examinó bajo la luz de la linterna. Calculó que serían unas cuarenta o cincuenta libras, pero, fuera lo que fuera, parecían ser billetes de cinco libras.

—Quienquiera que le haya pagado esto podría decirnos hacia dónde se fue esta chica, pero eso sería todo, probablemente.

Se volvió.

—Keats, ¿cuándo…?

—El lunes por la mañana, y no me dejaré intimidar antes. Por el momento, tenemos en la morgue tres pensionistas caducados, y estoy seguro de que querrás que me encargue personalmente de esta señora. Y llevo once días de trabajo sin parar.

Kim abrió la boca y volvió a cerrarla. El forense acababa de asistir a un incendio, en otro condado, que se había cobrado la vida de cuatro niños menores de nueve años.

Keats se apretó el pecho.

—¿Qué pasa, inspectora? ¿No habrá discusiones, coerción ni amenazas?

Solo por atormentarlo un poco, le sonrió y se alejó. Dos agentes pasaron junto a ella cargando un biombo. En ese estrecho callejón no cabía una tienda blanca. El sentido común dictaba que, en una fría noche de invierno, pocos transeúntes se interesarían; no obstante, la fascinación por lo macabro no conocía estaciones.

Kim se quitó las fundas de los zapatos y las depositó en una caja, junto a dos agentes que custodiaban el cordón policíaco.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Bryant cuando vio que el sargento se sacaba el móvil del bolsillo.

—Hace diez minutos, los servicios sociales recogieron al bebé. Kev va a llevar a Stacey a su casa.

Kim tenía que reconocer que sentía un gran alivio. Habló a Bryant por encima del techo del coche.

—Diles que tendremos la sesión informativa a las siete. Envíale un mensaje al agente notificador: no debe mencionar a la familia nada acerca de la profesión de Kelly, ¿entendido?

Bryant asintió y consultó su reloj.

—¿De modo que el día vuelve a comenzar en unas cinco horas, jefa?

Kim abrió la puerta del conductor, y, cuando estaba a medio subirse al coche, sus ojos captaron un movimiento a la derecha del cordón policíaco. Se enderezó y entrecerró los ojos para ver más allá de la oscuridad.

La figura ya había desaparecido.

Pero estaba segura de que allí había estado.

# Capítulo siete

En la sala de la brigada, Kim se sentó en el escritorio desocupado. Estaba ahí desde las seis y ya se las había arreglado para reunirse brevemente con Woody. Aún no había ninguna necesidad de compartir con su equipo toda la agenda.

—Vale, chicos. Nuestra víctima, Kelly Rowe, era una trabajadora sexual. Stace, al tablero.

Stacey cogió el rotulador y trasladó la información a la pizarra.

—Tenía veintiún años, era madre soltera y vivía con su madre en Wordsley. Las ganancias de la noche seguían en su bolso, así que, definitivamente, no fue un robo. Había en su tronco, al menos, cuatro heridas de puñal. La hora de la muerte fue sobre las once de la noche.

—¿Estamos buscando a su último putero, jefa? —preguntó Dawson.

Kim negó con la cabeza.

—No estoy convencida de que el último cliente lo hubiera hecho —admitió, aunque aún se preguntaba por ese fajo de billetes en la boca del bolso de Kelly—. No habrá autopsia hasta mañana, dado que Keats se tomará el día libre. Bryant y yo empezaremos con la familia, y quiero que vosotros dos miréis las cámaras de seguridad, a ver si podéis identificar a la persona que dejó el bebé anoche.

Parecía un ejemplo de «quien lo encuentra se lo queda», pues Woody ya les había asignado el caso del bebé abandonado, además del homicidio.

Dawson levantó la cabeza.

—¿No es algo que Stacey podría hacer por su…?

—Quiero que trabajéis juntos en esto —dijo Kim.

—Pero, seguramente, me necesitas en el verdadero…

—Ese bebé me parece bastante verdadero —espetó Kim.

Ella entendía que Dawson viera lo del bebé abandonado como un tema de menor importancia y que quisiera estar en la investigación del asesinato, pero lo de niño era asunto del equipo, lo quisieran o no.

—¿Tendré que salir de las oficinas? —preguntó Stacey, con los ojos bien abiertos.

—Sí, después de que hayas echado un buen vistazo a las declaraciones de los testigos de anoche.

—¿Y volveré a tener un compañero de trabajo? —bromeó Dawson.

Stacey lo miró con el ceño fruncido.

Él sonrió.

—Pero eso está muy bien, dado que se trata de ti.

Kim se fijó en la expresión de Stacey, en busca de señales de vacilación o reserva. No encontró ninguna. Solo habían pasado dos meses desde la traumática experiencia que la asistente de detective había sufrido a manos de una horda de cabrones racistas. Desde entonces, Kim la había mantenido pegada al escritorio, pero era hora de aflojarle las riendas y permitirle hacer el trabajo completo, no solo la extracción de datos. Sí, eso dejaba un hueco en el equipo, pero Kim ya había abordado con Woody esta situación.

—Si se te ocurre algo, llámame al móvil —le dijo Kim, y cogió del escritorio la chaqueta. Ya iba a la mitad de las escaleras cuando Bryant la alcanzó.

Kim no había convocado una rueda de prensa. No la necesitaba. Se abrió paso entre tres hileras de reporteros hasta salir del edificio.

Los reporteros y los fotógrafos estaban apiñados. Reconoció a unos cuantos periodistas locales, del *Express* y de los diarios gratuitos. Uno de Central News compartía algo de su teléfono móvil con un cámara de *Midlans Today,* de la BBC. Otro, un corresponsal de *Sky News,* se ocupaba de escribir textos en su teléfono, mientras que Tracy Frost, del *Dudley Star,* estaba en primera fila.

—Venga, reuníos —gritó Kim. Apareció un montón de micrófonos. Otras tantas grabadoras se activaron y se aglomeraron frente a su cara. Dios, cómo detestaba esto.

El apetito de la bestia no sería saciado, pero tenía que ofrecerles algo. No pasarían muchas horas antes de que la víctima fuera identificada como prostituta, y eso desencadenaría toda una serie de debates en los medios antes de que la familia tuviera la oportunidad de coger un poco de aire. Este

grupo no se quedaría a esperar al departamento de prensa oficial antes de publicar algo en papel o en línea.

—¿Se trata de una prostituta? —gritó Frost de inmediato.

Kim no le hizo caso y empezó a hablar.

—El cuerpo de una joven apareció anoche en el área de Brierley Hill…

—¿Era prostituta? —volvió a gritar Frost.

—Será identificada de manera formal en cuanto su familia sea informada y…

—¿Es una prostituta? —gritó otro reportero.

Kim miró al frente.

—La policía de las Tierras Medias Occidentales hará todo lo posible para…

—¿Hay algún motivo para no responder a mi pregunta? —la desafió Frost.

Kim se la quedó mirando directamente.

—¿Hay alguna razón para que esa sea tu única pregunta? —le dijo, y se apartó de los micrófonos.

Podía convivir con reporteros y periodistas, y, en algunos casos, hasta respetarlos. Pero los buscadores de titulares le daban asco.

—¿Así que irás detrás de esto con todo el peso de la ley, Stone? —preguntó Frost, mordaz, en cuanto estuvieron lejos de la multitud.

Kim se detuvo en seco. Tracy ya había avanzado otros dos pasos antes de darse cuenta.

—¿De verdad? ¿Entre toda esta gente, eres tú quien me lo pregunta? —dijo Kim disgustada—. Si lo único importante fuera la percepción pública de la dignidad, hoy estarías muerta.

—Me parece justo —aceptó Tracy—. ¿Lo confirmarás más tarde? —preguntó, con lo que, de alguna manera, insistía en su única pregunta.

—¿Confirmar qué? —preguntó Kim, ingenuamente.

—Joder, Stone, qué difícil te pones —dijo Frost.

—Pero, al final, vaya que merece la pena —dijo Kim, alzando una ceja.

Tracy soltó una risita.

—De todos modos, escuché que anoche te cayó un nuevo recluta —dijo, y señaló la comisaría con el mentón.

La sonrisa desapareció de la cara de Kim.

—No te atrevas ni a pensarlo —le advirtió. No quería que, por ningún motivo, ese bebé apareciera salpicado en la primera plana. Gracias a Dios, esta mujer había esperado a estar lejos de la chusma para soltarle esto.

Frost se encogió de hombros y se alejó.

—Bryant —dijo Kim a través del techo de su coche—. Recuérdame por qué diablos me molesté en salvarle la vida.

Él siguió la mirada de su jefa hacia la sibilante rubia y sus tacones de trece centímetros.

—No tengo la menor idea —dijo él, y se subió al coche.

Kim condujo fuera del aparcamiento, hacia el anillo de circunvalación, y suspiró.

Le faltaba una familia para el niño y estaba a punto de amargarle por completo el día a otra familia.

Y había algo que aún no le había dicho a su equipo.

# Capítulo ocho

—¿Ya casi estás lista? —preguntó Dawson, mirando a Stacey. Habían tardado menos de media hora en revisar las declaraciones de los testigos—. Lo que quiero decir es que, si necesitas más tiempo…

—Llevo dos meses sin salir del edificio, Kev —dijo ella, iracunda—. ¿De verdad vas a preguntarme si necesito más tiempo?

—Sí, lo sé. Simplemente estoy tratando de ser un compañero comprensivo —expuso él con una sonrisa.

—Vale, y para, que me estás asustando.

Él bajó la mirada al escritorio. En este caso, era bueno que ella no supiera toda la verdad. El secuestro de Stacey parecía haber golpeado al resto del grupo más fuerte que a ella. Dawson sabía que, desde entonces, su compañera estaba en terapia. Al principio, ella se había quejado con él de tener que ir al psicólogo y había negado la necesidad de hablar con alguien. Después dijo que no estaba del todo mal. Ahora, ni siquiera hablaba del tema. Dawson sospechaba que Stacey no estaba acudiendo a sus sesiones.

La jefa había hecho lo que todos habían querido hacer: protegerla y mantenerla encerrada en las oficinas. Pero, ahora, le daba a Stacey un poco de libertad, y se la confiaba a Dawson. Él no lo habría querido de otra manera.

—Así que ¿qué piensas? —preguntó ella mientras bajaban las escaleras.

—¿De qué?

—Del bebé —dijo ella—. De dónde viene, quién lo ha dejado, por qué la madre se sintió dominada por el pánico como para hacer algo tan terrible…

—Joder, Stace. Ya estás haciendo algunas suposiciones. ¿Cómo sabes que ha sido la madre? ¿Por qué has dicho que ha sido algo terrible y por qué hablas de pánico?

—Vale —concedió ella—. Quizás no ha sido la madre, pero ¿por qué cualquiera de los padres habría elegido dejar al niño a las afueras de una comisaría?

—Hay cientos de razones. Las madres jóvenes se sienten asustadas, las madres adolescentes entran en pánico, pero este no es un recién nacido. Este niño tiene alrededor de tres meses, así que nos estamos buscando a una chica de menos de veinte años que hubiera intentado ocultar a sus padres al recién llegado. El niño ha estado en algún lugar desde que nació.

—Bueno, ¿y eso no lo hace aún más extraño? —preguntó Stacey.

Sí, accedió él en silencio. Desde luego que sí.

# Capítulo nueve

Ellie Greaves se bajó del autobús y se dirigió a la entrada de la estación. La escaramuza con su madre seguía zumbándole en los oídos; sobre todo, porque, cada vez que estaban en una misma habitación, discutían lo mismo.

La madre había faltado a su palabra y Ellie se sentía traicionada.

Hacía un par de meses, una semana antes del decimosexto cumpleaños de Ellie, habían empezado a surgir esas discusiones acerca de la universidad. Ella ya se lo temía.

Después de haber sufrido acoso, durante toda su vida escolar, debido a un tartamudeo que se corrigió a sí misma en el segundo año del instituto, Ellie no quería seguir dentro del sistema educativo. En su mesilla de noche, una gráfica había marcado los días hasta su momento de escapar de aquella miseria.

Y la madre de Ellie, una madre soltera que nunca en su vida se había acogido a los beneficios sociales, esperaba apasionada que su hija recibiera una educación decente. Quería que Ellie viera la educación como la clave de su futuro; que asistiera a la universidad y consiguiera un buen trabajo, y que ese trabajo le asegurara la independencia financiera de por vida.

Solo que Ellie no podía ver la recta del resto de su vida. Lo único que podía ver era ese día en el calendario, marcado con estrellas doradas, signos de exclamación y purpurina, que señalaba el fin de la tortura.

Durante los últimos meses, las discusiones se habían vuelto más frecuentes. A menudo eran acerca del desorden en su dormitorio, de lo fuerte que oía la música o de la mayonesa que había dejado fuera de la nevera.

Pero lo importante no eran esas disputas superficiales; la batalla de fondo era siempre la misma. Un mes antes, Ellie había alentado a su madre a llegar a un acuerdo: si encontraba un trabajo con verdaderas perspectivas, la madre renunciaría al mandato de asistir a la universidad. A las dos semanas, le había presentado una oferta de empleo por escrito. Empezaría como aprendiz de mecánica en cuanto saliera de la escuela. La madre,

indignada, había tirado la oferta de empleo a la papelera. Alegaba que ese no era un trabajo de verdad y que, por lo tanto, no contaba.

Desde el momento en que descubrió el engaño, cuando se dio cuenta de que el trato valía solo en los términos de su madre, en una carrera que ella considerara adecuada, Ellie apenas había salido de su dormitorio.

Durante esas dos semanas, había dado gracias a Dios por Roxanne. Justo antes de Navidad, Ellie se había tropezado con una página de Facebook titulada «Angustia adolescente». Era poco más que un tablero de avisos diseñado para el desahogo. Después de leer otras publicaciones, había aprovechado la página al máximo para aliviar sus angustias. Se sintió mucho mejor; limpia, inclusive.

Esa misma noche, había recibido un mensaje personal de la administradora de la página. Le daba las gracias por su invaluable contribución y le ofrecía apoyo personal, en caso de que lo necesitara. Algo en ese breve mensaje la había conmovido. Era solo una respuesta sin presiones de alguien que alegaba haber pasado por la misma situación diez años antes.

Los mensajes de ida y vuelta se sucedieron, cada uno más largo que el anterior, más detallado. A Ellie le gustó que, si bien Roxanne comprendía sus penurias, la tranquilizaba sin poner verde a su madre ni una sola vez. De hecho, era frecuente que le mostrara los argumentos desde distintos puntos de vista, que presentara la opinión de la madre en una forma razonable y mesurada, y eso siempre lograba calmarla.

La noche anterior, después de la peor pelea hasta el momento, Ellie había entrado de inmediato en Facebook y le había dicho a Roxanne que pensaba huir.

Roxanne había respondido de inmediato, instándola a recapacitar. Le había dicho que, en lugar de eso, mejor se reunieran a tomar un café y a charlar; a tomarse un momento para enfriar las cosas. Ellie se había sentido distinguida con esa invitación. Además, salir a tomar un café le parecía de lo más maduro.

Pensó en dejar una nota, pero, en el último instante, decidió que a su madre le vendría bien preguntarse por ella durante unas cuantas horas.

* * *

Dos cortos viajes en autobús la habían dejado en la entrada de la estación de autobuses y trenes de Cradley Heath.

Roxanne le había dicho que la estaría esperando, pero Ellie no podía ver ninguna mujer por allí. Sacó el móvil y buscó el número que Roxanne le había dado por si algo salía mal. Cuando presionó el botón de llamar, sintió una presencia a cada lado. Se le cortó la respiración cuando dos tipos la sorprendieron. Quizás se habían tropezado con ella accidentalmente.

—Oye, preciosa, ¿qué llevas ahí? —preguntó el más alto, y le arrebató el teléfono.

Instintivamente, ella quiso recuperarlo, pero el tipo se había movido demasiado rápido. Y se reía mientras sostenía el móvil muy por encima de su cabeza.

Ellie sintió que el corazón le daba un vuelco. Miró alrededor frenéticamente, pero no había nadie.

—Por… Por favor, dame…

—Bonito teléfono —dijo el tío negro, y asentía mientras lo valoraba.

Ella quiso tragar de miedo, pero tenía la boca seca. Se le revolvía el estómago. Tenía que hacer lo posible por recuperar el móvil. Si llegara a perderlo, su madre terminaría matándola.

En cuanto se giró, el segundo tipo le agarró la pequeña mochila. Ellie encorvó los hombros hacia delante, tratando de conservarla en la espalda, pero el hombre era demasiado fuerte. La lanzó contra la pared. El hombro de Ellie chocó con los ladrillos.

—Suéltala, puta —gruñó él. Las correas se deslizaron fuera de los debilitados brazos de la chica.

Aunque el corazón le daba tumbos, hizo otro intento de recuperar el móvil.

—Devuélveme…

El más bajo de los dos, el que tenía la mochila, la estampó contra la pared del edificio y le metió la mano entre las piernas.

Apretó con fuerza.

Ella soltó un grito.

El sujeto echó la cabeza atrás y rio. Su aliento olía a cerveza y humo rancio.

Ellie trataba de controlar los temblores y la repentina oleada de lágrimas. Solo quería que se largaran con el teléfono, aterrorizada de lo que pudieran hacerle.

—Deberías dar las gracias de que hayamos venido solo a por esto, preciosa —dijo él, y le dio otro apretón entre las piernas.

A los pocos segundos, ya habían desaparecido por un costado del edificio, a través de las vías.

Ellie estaba aturdida y asustada. Todo había sucedido demasiado rápido. Miró alrededor para ver si alguien había visto algo. Una mujer venía corriendo hacia ella. Era muy delgada. Vestía unos vaqueros ajustados, botas con tacones de tres centímetros y sudadera. Llevaba el pelo rojo recogido en una cola de caballo.

Una mirada de horror transformó su rostro.

—¿Ellie? —preguntó.

La niña asintió tímidamente, con la sensación de que las lágrimas le picaban los ojos.

La mujer la cogió de la mano.

—Soy Roxanne. Estaba bajándome del coche y acabo de ver lo que sucedió. ¿Estás bien?

Ellie asintió sin atreverse a hablar.

Roxanne rodeó el edificio, pero hacía mucho que los atracadores se habían ido. Le pasó un brazo por los hombros, protectora, y empezó a conducirla a través de la terminal hacia un aparcamiento, al otro lado.

—Venga, cariño, te llevaré a mi casa y ahí veremos qué se puede hacer.

Ellie se dejó llevar y contuvo las lágrimas. Aunque solamente estaba a unos tres kilómetros de su casa, se sentía mucho más lejos. Dejó que Roxanne la sentara en su pequeño coche plateado y le pusiera el cinturón de seguridad.

Se daba cuenta de que, sin su bolso ni su móvil, no le quedaban muchas opciones.

# Capítulo diez

La casa de la madre de Kelly Rowe no tenía nada de especial. Era una vivienda adosada de ladrillo rojo sin jardín al frente. Un escalón llevaba a la puerta principal, que les abrió una agente de enlace familiar.

La agente se hizo a un lado para dejarlos entrar y cerró suavemente la puerta.

Les tendió la mano.

—Louise Nash.

Bryant se la estrechó e hizo las presentaciones.

—Llegué hace un par de horas. No ha dejado de llorar, y tengo la impresión de que no sabe a qué se dedicaba su hija. No deja de hablar de un club que yo nunca he oído mencionar. He tenido la televisión encendida para Lindy, en el canal de niños pequeños.

Una buena estratagema para mantener a la mujer alejada de las noticias.

—¿Hay más miembros de la familia? —preguntó Kim.

—En este cuadro no parece haber ningún padre. Audrey no ha hablado de maridos ni de hermanos ni de hermanas. Estoy bastante segura de que Kelly era su única hija.

Kim asintió y avanzó un par de pasos hacia la puerta de la otra habitación.

El lugar estaba más oscuro que él área del frente. Una ventana solitaria daba a una valla de dos metros que separaba esta casa de la contigua. La mujer del sofá tenía la cabeza llena de apretados rizos naturales castaños. Kim supuso que tendría poco más de cincuenta años. Vestía unos pantalones azules lisos y un cárdigan abotonado hasta arriba.

En cuanto Kim entró, los ojos enrojecidos se volvieron hacia ella. Tenían eso que Kim había visto cientos de veces: la esperanza de que alguien hubiera cometido un error y de que la hija estuviera sana y salva.

—Hey, Lindy, ¿quieres ayudarme a preparar el desayuno? —preguntó Louise.

La niña se volvió desde su puesto frente al televisor. Frunció el ceño, pero asintió y salió de la habitación.

Bryant se adelantó y tocó a la mujer en el hombro, muy suavemente.

—Señora Rowe, reciba nuestro más sentido pésame.

En el rostro de la madre, las esperanzas murieron, y una oleada de lágrimas frescas rodó desde sus ojos.

Kim y Bryant se sentaron en el sillón de dos plazas. Él fue quien se situó más cerca de la mujer.

—Señora Rowe, entendemos lo difícil que ha de ser todo esto para usted, pero tenemos que hacerle algunas preguntas.

Audrey se secó los ojos y asintió valiente. Una parte de esta pobre mujer pensaba que, si cooperaba del todo, el tiempo podría rebobinarse y deshacer la muerte.

Que su hija hubiera sido brutalmente asesinada ya era suficientemente grave. Que la niña que ahora retozaba en la cocina creciera sin madre ya era suficientemente triste. Pero esta mujer no solo estaba a punto de enterrar a su hija; los detectives venían a informarla de que la chica le había mentido y le guardaba secretos. Y que se acostaba con hombres por dinero. Ninguna madre querría tener una visión así, pero, muy pronto, los titulares lo gritarían con una brutalidad despiadada. Era mejor que se enterara por ellos.

—¿Podría hablarnos de las costumbres de Kelly? —preguntó Bryant.

Audrey asintió.

—Perdió el trabajo hace casi dos años. No era un curro bien pagado, pero sí le daba lo suficiente para que ella y Lindy salieran adelante. Consiguió otro trabajo. Algunas mañanas, limpia despachos, mientras que los jueves, viernes y sábados trabaja en un club.

Kim no dijo nada de ese uso del tiempo presente. Las conjugaciones en pasado llegarían pronto y se quedarían para siempre.

—¿Y qué hacía en el club? —preguntó Bryant.

Audrey movió la cabeza de un lado al otro.

—Atendía la barra, creo. Estaba ahí hasta tarde, así que no sé si tenía que dejar todo cerrado.

Kim cruzó miradas con Bryant. Por doloroso que fuera, tendrían que decirle la verdad.

—¿Kelly mencionó haber tenido problemas con alguien? ¿Le dijo el nombre de alguna persona con quien hubiera discutido? —preguntó Bryant.

Kim entendía los intentos de su compañero por sacar información antes de soltar una noticia que haría que esta mujer fuera incapaz de comprender nada.

Por un momento, la pena de Audrey dio espacio a la confusión.

—No creo que esto haya sido personal. ¿Creen que alguien trataba de lastimarla?

—No podemos descartarlo, señora Rowe.

Audrey negó con la cabeza.

—Pero, seguramente, fue algo al azar, ¿o no?

A Kim le habría encantado dejarle esa imagen en la mente, y nada más: que su hija había salido del trabajo, que había ido al lugar equivocado en el momento equivocado y que se había defendido con bravura de su atacante. La imagen real y persistente sería mucho más difícil de soportar.

—¿No ha hablado con el dueño del club o con otros miembros del personal? —preguntó Kim.

Y con eso terminaba el juego. Audrey había puesto a Bryant en una situación de la que no podía escapar.

—Señora Rowe, debo decirle algo que le va a resultar muy antipático: me temo que su hija no trabajaba en un bar; estaba implicada en el comercio sexual.

La forma intrincada en que Bryant se había expresado le dio a Audrey unos cuantos segundos más de ignorancia, antes de que su cerebro acomodara todas las piezas.

Kim habría deseado no haber tenido que revelarle ese hecho, pero era mejor que la mujer lo escuchara de ellos. Los titulares de las noticias vociferarían la profesión de Kelly a la primera oportunidad, y Kim quería que la mujer estuviera preparada.

A Audrey se le cayó de la mano el pañuelo desechable.

—¿Están tratando de decirme que era una…? —Negaba con la cabeza, incrédula.— ¿Creen que era una prostituta?

Bryant no dijo nada, pero le sostuvo la mirada.

Audrey empezó a agitar la cabeza de un lado al otro.

—No, no, no… Están equivocados. Kelly no hace esas cosas. Trabaja en un bar. Gana buenas propinas. Ella nunca…

—Audrey, tenemos que darle toda la información antes de que la lea en los periódicos. Su hija recibió varias puñaladas y no creemos que se haya tratado de un robo.

Audrey se puso de pie y empezó a deambular por la pequeña habitación, en busca de un lugar dónde esconderse, un lugar donde la verdad no pudiera encontrarla.

—Es que no es posible, oficial.

Kim sabía lo que se avecinaba y estaba lista. La negación de una parte de la verdad permitiría a la mujer negar toda la verdad.

Audrey se volvió y enfocó en ellos sus ojos enrojecidos y desorbitados.

—Tienen que estar equivocados. Están totalmente equivocados. No es Kelly de quien están hablando. Es obvio que tienen a la chica equivocada.

Kim pensó en lo que había sucedido hacía unas cuantas horas, cuando abrió la bolsa de Kelly e inspeccionó su contenido.

—Señora Rowe, ¿ustedes tres fueron recientemente a ver a Papá Noel al parque safari?

—Sí, pero ¿cómo es posible que usted…? —Las palabras se fueron perdiendo.

—La fotografía estaba en el bolso de mano de Kelly —dijo Kim en tono cordial.

Audrey se dobló hasta el suelo. De entre sus labios brotó un gemido.

De inmediato, Bryant se arrodilló para reconfortarla.

Kim entró en la cocina.

# Capítulo once

Era casi la hora del almuerzo cuando Stacey siguió a Dawson a la salida de la comisaría de Sedgley. Hasta el momento, no había habido ninguna diferencia con respecto a un día normal. Había pasado el tiempo sentada en una habitación, mirando la pantalla de un ordenador.

Les habían compartido todas las cámaras que pudieran ofrecerles alguna pista, y ellos las habían examinado prácticamente en silencio.

Acordaron hacer una pausa para almorzar después de que un posible avistamiento hubiera quedado oculto tras un camión de gravilla.

Stacey no sabía cómo era la cosa durante el trabajo de campo. Por lo general, comía un sándwich en su escritorio o se deslizaba hasta la cafetería a por una ración de patatas fritas, con todas sus culpas. ¿Se separarían por un rato o permanecerían juntos para discutir sus hallazgos o, en su caso, la falta de ellos? Estaba a punto de preguntar cuando una rubia de altos tacones se plantó delante de Dawson, bloqueándole el paso.

Aunque Stacey no conocía en persona a la mujer, no tardó mucho en deducir de quién se trataba.

—¿Qué quieres, Frost? —preguntó Dawson mientras intentaba rodearla.

—Oí que anoche teníais un nuevo recluta en la comisaría. Un poco joven para el servicio activo, ¿o no?

—¿Cómo te enteraste?

Ella se encogió de hombros. Le dio una última calada al cigarrillo que estaba fumando.

—Tengo mis fuentes —dijo. Desechó el cigarrillo y tendió la mano a Stacey. A esta no le quedó más remedio que aceptársela.— Encantada de conocerte —dijo con una sonrisa que no era, precisamente, una sonrisa. Era, más bien, el cambio de expresión automático que acompañaba al apretón de manos.

—Ahora no, Frost —dijo Dawson, hastiado.

—¿Quieres hacer un llamamiento? —le preguntó.

Él le dirigió una mirada burlona.

—Paso.

Todo el mundo sabía lo que había ocurrido la última vez que Dawson había hecho un llamamiento en busca de información. Engatusado por un aprendiz de reportero, había contravenido una orden directa de su jefa. Ese error lo había obligado a tamizar y eliminar pilas y pilas de información inútil.

—En menos de una hora, aparecerá en vivo en el sitio web. Además, saldrá en la edición impresa de la tarde.

—Entonces, en realidad, no necesitas nada de mí, ¿o sí? —dijo él, y, por fin, la rodeó.

—Madre mía, esta maldita mujer…

—Oye, Dawson, lindo mocoso, ¿eh?

Dawson se paró en seco y giró.

—¿Cómo diablos sabes eso?

Ella sonrió satisfecha.

—Le tomé una foto mientras los servicios sociales lo sacaban del coche.

Dawson dio un paso hacia ella.

—Atrévete a usar esa fotografía y te juro que…

—No te me sulfures, Dawson, era solo por decir.

Stacey notó la diversión en los ojos de la mujer. Era evidente que sabía cómo tomarle el pelo a su compañero.

—Vete a la mierda y consigue tu información en el despacho de prensa, como todo el mundo —gruñó, y se alejó.

—¿Y dónde queda la diversión? —gritó ella.

Stacey siguió a su colega hasta el fondo del aparcamiento.

—Ah, y, Dawson —habló Frost desde un lado de su coche—, si no te molestara, nunca me enteraría de todos tus terribles secretos.

Frost miró a Stacey, sonrió complacida y se marchó.

Stacey se giró hacia su colega, suponiendo que descubriría en él una expresión de tolerancia cansada, pero, al parecer, esta mujer tenía el don de metérsele en la piel como nadie que ella hubiera conocido. Él seguía con la mirada a Frost, que se alejaba tambaleándose, y su semblante era un trueno asesino.

# Capítulo doce

—¿Todo bien? —preguntó Kim a la agente de enlace por encima de la cabeza de Lindy.

La niña estaba ocupada. Batía, hasta subyugarla, masa para un pastel que nadie se comería.

—Pregunta cuándo.

La detective entendió el mensaje. Lindy empezaba a darse cuenta de que su mamá no había llegado. Pero a Kim no le tocaba explicarle a la niña que su mami no volvería nunca más. Y daba las gracias por ello.

—¿Algo que destacar?

Louise negó con la cabeza mientras hacía una hilera de tazas y ponía dentro bolsitas de té.

Kim pensó que había que ser un tipo de persona muy especial para convertirse en agente de enlace familiar. A esta mujer nunca le pedirían ayuda para una familia que estuviera a punto de embarcarse en una celebración. Si Louise contestaba el teléfono en mitad de la noche, era porque alguna persona necesitaba que se sumergiera con ella en su dolor.

—Nada, aún. Llamó a Glasgow, a su hermana, y le dijo que había habido un accidente, así que, supongo, estará aquí hoy mismo, más tarde.

—¿Está bien así? —preguntó Lindy acerca de la masa que tenía en el tazón.

Kim se maravillaba de la rapidez con que los niños consiguen adaptarse a las nuevas situaciones. Muy pronto, esta niña se vería en esa necesidad. Lindy no se daría cuenta de la irrevocabilidad de la muerte. Los niños de cuatro años no entendían el concepto ‘para siempre’.

Durante un tiempo, Lindy sería una espectadora de los hechos inminentes. Habría desconocidos en su casa. Habría lágrimas, furia, negación. Habría un funeral, y Lindy asistiría al entierro; aun así, seguiría preguntándose cuándo volvería su mamá.

Y, durante todo este tránsito, Louise estaría cada vez más cerca de la niña. Y después tendría que marcharse.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Kim, y señalaba a la niña con el mentón.

A pesar de lo poco específico de la pregunta, Louise podía entenderla.

—Se forman vínculos, especialmente con los pequeños. Tengo el presentimiento de que cocinaremos un montón —dijo.

Lindy trataba de reducir un grumo de masa contra el costado del cuenco.

—Muy bien, sigue tratando de aplastar todos esos grumos.

Lindy asintió una vez más y siguió batiendo.

—Pero ¿cómo haces para mantener la distancia? —preguntó Kim.

Louise sonrió.

—En casos como este, ni lo intento. Sé que las personas de quienes estoy rodeada no son las responsables, así que no tengo que ponerme a escuchar en busca de incongruencias o errores. No tengo por qué observar la dinámica familiar en busca de sutilezas. En este caso, mi tarea es ofrecer apoyo emocional.

—¿Y cuando todo ha terminado?

—Me marcho a casa, abrazo a mis hijos, lloro y paso a la siguiente familia que me necesita.

Era un mundo que Kim no alcanzaba a comprender.

—No es tan diferente para ti —dijo Louise. Vertió agua caliente en la hilera de tazas—. Pones todo lo que tienes en cada caso y, de pronto, se te acaba; y pasas al siguiente. —Pareció entristecerse por un instante.— Y, por fortuna, para nosotras dos, siempre habrá un siguiente.

—Ya no hay grumos —gritó Lindy, y señaló los pegotes de harina aplastada en los costados del tazón de vidrio.

Bien, razonó Kim, esa era una buena manera de eliminar los grumos.

Louise pasó el brazo por los hombros de la niña.

—Estupendo, Lindy. Has hecho un trabajo excelente.

Mientras la pequeña dedicaba una sonrisa a la agente de la policía, Kim llamó la atención de Louise.

—No. En realidad, no es lo mismo.

—Vale, jefa —dijo Bryant al entrar en la pequeña cocina. De inmediato, el lugar se sintió atiborrado—. Podemos ir a echar un vistazo.

Kim miró a Louise, quien asintió en señal de que comprendía lo que debía hacer: tendría que mantener a la niña y a la abuela en la planta baja. Los detectives no tenían ni idea de lo que podrían encontrar. Además, ver a unos completos extraños examinando las posesiones de su hija no sería una experiencia muy positiva para Audrey.

* * *

—A la izquierda, jefa —dijo Bryant cuando llegaron al final de la escalera.

El dormitorio de Kelly era el más grande y estaba en la parte delantera de la casa. Dos ventanas lo dotaban de un espacio luminoso y ventilado. Bajo la ventana de la izquierda había una cama de matrimonio. La colcha que la cubría mostraba un paisaje de Manhattan. Bajo la otra ventana había una pequeña cama individual con un juego rosa floreado.

En la mente de Kim se formó una pintura de las dos, de noche, muy tarde, silenciándose mutuamente. Apartó la imagen. No le serviría de nada en la investigación.

—Empezaré por este lado, jefa —dijo Bryant. Señalaba la pared del fondo, ocupada por dos armarios y un tocador.

Kim asintió y abrió el primer cajón del tocador.

Trabajaron en silencio hasta que Bryant la llamó.

En el lado izquierdo del armario, bajo una pila de jerséis, había una bolsa de mano medio llena de paquetes de preservativos.

—Embólsalos —ordenó Kim.

Aunque no tendría ninguna utilidad en la investigación, eso no era algo que Audrey quisiera encontrar al reordenar las pertenencias de su hija. Le metería en la cabeza imágenes que no le harían ningún beneficio.

Bryant se sacó del bolsillo algunas bolsas para pruebas y un rotulador negro.

—Maldita sea —suspiró Kim cuando sus ojos recorrieron la barra del armario. En el extremo izquierdo había una selección de ropa de su trabajo anterior: dos blusas de color azul marino y dos pantalones negros elegantes; otras blusas de manga larga y dos americanas adecuadas para el trabajo de

oficina que tuvo antes. El que aún estuvieran en el armario le dijo a Kim que la chica tenía esperanzas de cambiar su propio futuro.

Luego había un pijama de peluche y un albornoz. Para Kim, fue fácil imaginarse a Kelly acurrucada en la cama pequeña, leyéndole cuentos a su Lindy de cuatro años. A un lado de estas prendas había pantalones de chándal, jerséis y vaqueros.

Finalmente, en el lado derecho de la barra había otra falda corta y tres tops parecidos a los que Kim había visto en el cadáver.

—¿Qué? —preguntó Bryant.

—Toda una gama de personalidades en la barra superior.

Era una buena chica, pensó Kim, mientras volvía a la cama y echaba un vistazo debajo. Su vista se topó con unos zapatos y un par de bolsas de mano, solamente.

Levantó el colchón y encontró un cuaderno pequeño. Kim lo sacó de ahí y lo hojeó un poco. Era una libreta de bolsillo de las que se usan para llevar presupuestos domésticos.

Comenzaba con una suma de mil libras, como saldo inicial, y enseguida había un asiento de casi dos mil libras, marcado como «intereses y comisiones».

Kim se sentó en el borde de la cama y se puso a estudiar las fechas y las cantidades. Durante el primer mes, Kelly había hecho pagos semanales de ochenta a cien libras. Cada pago estaba registrado en el lado izquierdo, junto con una cifra en el derecho. Siguió revisando la libreta y encontró que, seis meses antes, los abonos habían aumentado a un promedio de doscientas libras.

Kim hizo un cálculo rápido y encontró que la chica ya había pagado dos mil setecientas cincuenta libras. A pesar de eso, todavía tenía un saldo deudor de más de ochocientas.

Silbó.

Menuda tasa de interés.

Kelly Rowe le debía mucho dinero a alguien, y Kim tenía una muy buena idea de a quién.

# Capítulo trece

—Nada, por el momento —dijo Dawson después de poner fin a su llamada a los servicios sociales—. Han llamado a los médicos de cabecera locales y a los centros de atención sin cita, pero no tienen muchas esperanzas. Por lo general, eso solo funciona cuando la madre ha dado a luz recientemente. El bebé sigue en el hospital. Lo están examinando, aunque no tiene magulladuras ni lesiones notables.

—Ni pistas útiles —opinó Stacey.

Dawson estaba de acuerdo. El niño parecía estar bien alimentado, saludable y bien cuidado. Por lo menos, hasta una noche helada en que fue abandonado a la salida de una comisaría. Ese era un hecho irrefutable.

Su mirada se posó en cada mujer que aparecía en el vídeo en cámara rápida tomado desde la gasolinera, a un kilómetro y medio de la comisaría. Cualquier edad, cualquier circunstancia y cualquier nivel de ingresos podían ajustarse a esta mujer. Trabajadora o no trabajadora. Dawson no tenía ni idea de cómo acotar la exploración.

Cuando su móvil empezó a sonar, oyó el largo suspiro de Stacey.

—Hola —contestó, al ver que la llamada era de la comisaría.

—¿Dawson?

—Hola, Phil, ¿qué pasa? —preguntó al sargento encargado de la custodia.

—¿Dónde estás? —le preguntó este.

—Aquí, en Sedgley, revisando…

—Vale. En realidad, no es importante —dijo Phil, interrumpiéndolo—. Estés donde estés, necesito que vuelvas de inmediato.

—¿No podemos esperar a que…?

—Dawson, necesito que regreses enseguida a la comisaría. En este instante. Tengo en la recepción a tres mujeres gimoteando acerca del niño abandonado…

Dawson frunció el ceño.

—Vaaaalee, solo toma nota y nosotros…

—No, no, imposible. No se irán. Las tres dicen ser la madre del niño.

# Capítulo catorce

Kim dejó la huella de nieve de sus botas en el felpudo de la cafetería. La zona de asientos no estaba muy concurrida, así que sus ojos encontraron de inmediato lo que estaban buscando.

—Entonces ve allá, Bryant, no hace falta que me tuerzas el brazo —dijo, señalando con el rostro hacia el mostrador.

Bryant puso los ojos en blanco y ella se dirigió a la mesa junto a la ventana. Sacó una silla y se sentó.

—Señor Lord, espero no molestarlo.

Él apartó la vista de su móvil y fijó en ella una mirada glacial.

Kim sonrió ante esa evidencia de irritación. Cualquier inconveniente que se causara a este hombre sería, desde el punto de vista de la detective, un trabajo bien hecho.

Kai Lord tenía ahora veintisiete años. Hacía dos que se había hecho jefe de la banda multirracial de Holytree, tras el encarcelamiento del líder anterior por intento de homicidio.

Su forma de vestir había mejorado desde sus primeros días como jefe. Atrás habían quedado los vaqueros de talle bajo y las sudaderas con capucha, prendas favoritas de sus secuaces. Ahora, Kai Lord se vestía con estilo: pantalones negros y una camisa blanca impecable. No llevaba joyas, con excepción del costoso reloj que lucía en la muñeca izquierda.

Su ascenso al poder había sido calculado y sagaz. Lo había ido edificando en la lealtad de los miembros de la banda hasta que se presentó el momento exacto. Entonces, se había convertido en el sucesor natural.

En los dos años de su reinado, había tomado medidas drásticas contra la participación de la banda en crímenes violentos y había puesto su atención en el dinero de verdad: las drogas y la prostitución.

Siete meses antes, Kim había tenido que acudir al hospital a ver a un chico de catorce años de Hollytree. El chaval había caído en coma después de recibir una muestra gratis proveniente de la cadena de suministro de drogas de Lord. Fue entonces cuando Kim se enteró de que la banda estaba

ofreciendo este tipo de obsequios a los adolescentes para engancharlos jóvenes.

Finalmente, había convencido a dos testigos de declarar en contra de Lord, pero uno de los subordinados se presentó en la comisaría para confesar que él le había suministrado la dosis gratuita. La fiscalía de la corona, encantada, le arrancó una confesión al chico, a sabiendas de que los dos testigos que Kim tenía contra el propio Kai Lord probablemente nunca llegarían al tribunal. Ella se resistió, dado que quería poner tras las rejas al verdadero traficante de drogas; pero Jackson Booth, el niño de catorce años, murió. Kim aceptó, entonces, que alguien tendría que pagar por esa muerte.

Así que, mientras el joven de veintiún años Lewis Harte pasaba los próximos siete encerrado por homicidio involuntario, el verdadero asesino estaba aquí, almorzando.

También era responsable de la paliza que cuatro de sus lacayos le habían dado a Dawson. Se podía decir, con toda certeza, que Kim quería que este mismísimo malviviente pasara a alojarse a expensas de Su Majestad.

—¿Y usted *ser*? —preguntó él, en una voz tan profunda como el color de su piel.

—Nosotros *ser* la inspectora detective Stone, y ese que está en el mostrador es mi compañero, el sargento detective Bryant, como usted bien sabe. ¿Le traemos otro café?

—*Na,* colega —dijo él, y dejó el teléfono encima de la mesa.

—No soy su colega, señor Lord —dijo ella con calma—, así que, por favor, no me llame así. Y estoy encantada de ver que la muerte de Kelly Rowe no le ha quitado el apetito. —Miró fijamente el gran plato con una mancha de huevo y una ración de kétchup.

Él sonrió satisfecho.

—Debo mantenerme fuerte, oficial —dijo, con mucho énfasis en la última palabra.

Antes de continuar, Kim esperó a que Bryant colocara las bebidas en la mesa y se sentara.

—¿Así que Kelly Rowe era una de sus chicas? —preguntó.

—Nosotros *fueron* colegas —dijo.

—¿Y cómo hizo Kelly para convertirse en una de sus «colegas», señor Lord?

Él se encogió de hombros.

—Mis colegas acuden a mí por diferentes razones. Y yo las cuido mucho.

—Menos a ella, que está muerta —afirmó Kim.

Cuidaba tanto a sus «colegas», que las tenía en la calle con temperaturas bajo cero, tratando de disminuir una deuda que nunca podrían terminar de pagar. Era un verdadero competidor al premio Patrono del Año.

Se encogió de hombros.

Kim se sacó del bolsillo el cuaderno de los pagos y lo sostuvo en alto.

—Y aquí puedo constatar toda su generosidad.

Kai cogió su taza y bebió un sorbo. No había temblores en sus manos, y Kim no los esperaba.

—Ella acudió a mí, oficial. Necesitaba *dólar* para alimentar a su niña. ¿Usted habría querido que la rechazara?

—Señor Lord, detestaría poner en duda sus genuinas intenciones filantrópicas, pero no a un interés del 59 por ciento TAE.

Por los ojos inexpresivos del hombre pasó una sombra de diversión.

—Tengo mis gastos —dijo sonriendo perezosamente.

Y esos gastos incluían vestirse de cabeza a los pies con ropa Ralph Lauren.

Kim se reclinó en el asiento y le sonrió.

—¿Sabe? Uno podría vestir a un cerdo con ropa de Prada y no dejaría de ser un cerdo.

—Pero sería un cerdo muy rico —replicó él sin su tono de gánster, y tomó otro sorbo.

—¿Cómo conoció a Kelly? —le disparó ella.

—No lo recuerdo.

—¿Cuándo la conoció?

Él se encogió de hombros.

—Lo siento, pero no lo recuerdo.

—¿Tiene tantas «colegas» que no recuerda algo tan mínimo acerca de ellas, señor Lord?

—De ninguna manera, oficial —dijo, y se inclinó hacia delante—. Lo sé todo de mis chicas, y cuando digo todo, me refiero a todo. Lo que pasa es que no soy bueno con las fechas.

Kim se sentó en el borde de la silla y tomó un sorbo de su café con leche. Y tampoco le tembló la mano.

—He notado que usted le cobraba a Kelly una comisión semanal por sus gestiones. ¿Podría explicármela?

—Mi tiempo cuesta y no me disculpo por ello.

—¿Y qué incluye esa «comisión por gestiones», señor Lord?

—La presentación a clientes, claro está.

—Y, desde luego, sus clientes son valorados en cuanto al riesgo, ¿no es así?

Kim sabía que había proxenetas por ahí que cuidaban a sus chicas de manera razonable. Sus clientes eran investigados, se les imponían condiciones. Pero Kai Lord no era de esos.

—Nunca he recurrido a la fuerza, oficial.

Kim pensó que eso podía ser verdad. La retención ilegal, sin embargo, era una historia completamente distinta.

—¿Y usted es tan diligente cuando se trata de investigar a los clientes para las chicas que están desesperadas por devolverle su dinero?

—Kelly estaba al tanto de los riesgos, y si ella decidió salir de noche…

—Usted sabe que solo estaba tratando de pagarle tan rápido como le fuera posible —dijo Kim.

—Los motivos de las colegas no son de mi incumbencia.

Claro que no eran de su incumbencia, eran su póliza de seguro. Mientras más dinero le debieran las chicas, más tiempo estarían atrapadas ganándolo para él.

Personalmente, Kim no tenía ningún problema con la prostitución, si se originaba en una decisión consciente, no en algo surgido del miedo, de la intimidación o de la adicción. Una mujer era dueña de su cuerpo, siempre y cuando su mente funcionara bien.

—Así que ¿dónde estaba usted el sábado alrededor de las once de la noche?

Kai se metió la mano en el bolsillo y le entregó una tarjeta.

—Este es mi abogado. Es muy, muy bueno. Le sugiero que lo llame en caso de que quiera hacerme más preguntas.

Kim echó un vistazo a la tarjeta. Él tenía razón: su abogado era muy bueno. Y muy caro.

—¿Tan pronto, señor Lord? No lo tenía por un tipo asustadizo. ¿Qué está tratando de ocultar, exactamente?

Él sonrió con desparpajo y abrió los brazos de manera muy expresiva.

—A él le encanta poner en ridículo a los policías, oficial. Es solo que me gusta ayudarlo cada vez que puedo.

El sonido repentino del móvil, notificándole la llegada de un mensaje de texto, sobresaltó a Kim. De pronto, se sintió cansada de la cordial y educada conversación que estaban teniendo en un nivel tan superficial.

Cogió el móvil, y, en un movimiento torpe, golpeó hacia delante el café con leche. Bryant se las arregló para apartarse, pero Kai Lord, no tanto. Saltó hacia atrás, se puso de pie y se miró los pantalones. Era como si se hubiera meado.

—Maldita puta —dijo gruñendo, y su rostro se encendió con la misma furia con que mantenía a raya a sus chicas.

Por fin, la detective estaba en compañía del verdadero Kai Lord.

Sonrió y se alejó de la mesa hacia la puerta.

—Bueno, ha sido un momento encantador, pero tengo que marcharme —dijo en tono agradable.

Los ojos del tipo traspasaron los de Kim con tal odio, que ella se sintió gratificada al descubrir que, después de todo, podía provocarle emociones genuinas.

En cuanto ella estuvo en el frío del exterior, no pudo evitar que una sonrisa aflorara en sus labios.

Leyó el mensaje y guardó el teléfono, al misma tiempo que Bryant aparecía a su lado.

—¿El chico amigable quiere saber a dónde enviar la factura de la tintorería?

—Yo mismo la pagaría. Ha valido la pena.

Bryant asintió.

—Sí, vamos a medias.

Se dirigieron al coche.

—¿Y qué era ese mensaje de texto, entonces?

—Nada importante —contestó ella, y miró hacia otro lado.

—Pero, en serio, jefa, este sujeto es una auténtica escoria.

Kim negó con la cabeza.

—No, Bryant, Kai Lord aspira a ser una escoria, pero no nos dará las respuestas que necesitamos. Hay un solo lugar al que podemos ir a buscarlas.

Y, según creía Kim, una sola persona a quien hacerle las preguntas.

# Capítulo quince

A Stacey le costaba entender cómo, al volver a la comisaría, se habían encontrado con una mujer más que alegaba ser la madre del niño abandonado.

Ahora ya tenían cuatro posibles madres pululando por la recepción.

De inmediato fue a la oficina, se conectó con el ordenador y empezó a recopilar las noticas. El artículo del *Dudley Star* había sido compartido una docena de veces. Las noticias nacionales mencionaban al bebé abandonado entre catástrofes meteorológicas y los planes para la investidura del nuevo presidente de los Estados Unidos.

Seguía maravillándose de cómo las prioridades cambiaban dependiendo del ciclo noticioso del momento. En cualquier otro día, de otra semana cualquiera, la prensa nacional habría acampado fuera de la comisaría mientras durara el caso, vilipendiando, desde luego, a la madre del niño. Pero no esta semana.

En parte, esperaba que una de estas mujeres fuera la madre del bebé y que, sin importar lo que la hubiera inducido a abandonarlo, ese problema hubiera quedado mágicamente resuelto y todos felices para siempre.

Estaba completamente convencida de que los servicios sociales no verían la situación con tanta simpleza. Y, si una de ellas era la madre del niño, ¿por qué había otras tres pretendientas? ¿Qué podía llevar a una mujer a reclamar un niño ajeno como si fuera la mascota rescatada que vio en las noticias?

—¿Por qué querrías reclamar un niño que no es tuyo? —le preguntó a Dawson mientras esperaban a la siguiente madre potencial.

Como toda respuesta, Dawson se encogió de hombros.

—Enfermedad mental, esterilidad, desesperación.

—Aun así, no lo entiendo —dijo ella con su cerrado acento de Black Country. Bebió un sorbo de su Coca-Cola light.

Hasta el momento, ya habían interrogado a una mujer de cuarenta y siete años que no podía recordar con precisión dónde había dejado al bebé, así como a otra de cerca de treinta años que insistía en que se lo habían

arrebatado mientras estaba de compras. Por un instante, Stacey albergó algunas esperanzas, hasta que a la mujer le tocó describir detalladamente la silla del niño.

«¿Y ahora qué?», se preguntaba justo cuando un leve golpe sonó en la puerta.

Apareció la agente Bellamy guiando a una mujer de poco más de treinta años. Mientras esta rodeaba el escritorio hasta sentarse del otro lado, Stacey se tomó un instante para justipreciarla. Llevaba unos vaqueros bien ajustados y calzaba unas cómodas botas de suela plana. Al sentarse, se bajó la cremallera de su chaqueta Barbour Icefield, con lo que dejó al descubierto el jersey de tartán que llevaba debajo. Tenía el cabello corto peinado con estilo. Dos sencillos aros pendían de los lóbulos de sus orejas, adornándolos. Se desenrolló la bufanda y la puso encima de la mesa.

Stacey se fijó en la alianza de oro que la mujer lucía en el dedo anular.

Dawson le dedicó una breve sonrisa antes de abrir la boca.

—Así que, ¿señorita…?

—Señora —lo corrigió rápidamente—. Soy la señora Jane Sheldon. Jane, por favor— dijo cordial, mirando del uno al otro.

De inmediato, a Stacey la sorprendió la actitud tan tranquila de la mujer. Las dos que acababan de entrevistar eran todo apretones de manos, toques de cara, ansiedad palpable y tensión que, desde el otro lado de la mesa, alcanzaba a los detectives. En contraste, esta mujer se presentaba tranquila, controlada y anhelante.

—Así que, señora Sheldon, ¿usted viene a alegar que el bebé que están custodiando los servicios sociales es suyo? —preguntó Dawson.

—Ella asintió amistosamente.

—Sí, sí, es mi hijo.

Dawson dejó el lápiz encima de la mesa y se reclinó.

—Entonces, por favor, cuéntenos su situación —la instó.

La mujer se irguió y lo miró a los ojos, confiada. Suspiró hondo.

—Es que ya no podía más. Mi esposo está lejos, ¿sabe?, en el ejército. Estoy sola. No tengo familiares cerca de aquí y todo se me estaba poniendo muy difícil. Lo que hice estuvo horrorosamente mal y lo supe en el instante mismo en que llegué a casa, pero, para entonces, me aterraban las

repercusiones de mis actos. De verdad, estoy muy avergonzada por las molestias que les he causado, pero, si tan solo me dijeran dónde está, yo…

—¿Alguna cosa, en particular, la forzó a decidirse por algo tan extremo? —le preguntó Dawson.

Ella negó con la cabeza y cerró los ojos.

Stacey se sentía cautivada por la emoción que emanaba de la mujer. Instintivamente, quería acercarse a ella y tranquilizarla, decirle que todo iría bien.

—Fue la suma de un número de cosas. Yo no estaba durmiendo lo suficiente. El niño lloraba y lloraba y no había manera de serenarlo. Durante muchos días, yo ni siquiera podía salir de la casa. Pero, eso sí, me aseguré de que estuviera bien abrigado —dijo, y entrecerró los ojos.

—Por supuesto —dijo Dawson, y se sentó en el filo de la silla.

Tiró de la lista de comprobación, pero Stacey tenía verdaderas esperanzas de que esta mujer, aparentemente respetable, hubiera actuado de manera precipitada en un momento de pánico.

—Veamos, ¿alguien se cruzó con usted mientras dejaba al niño junto a la puerta doble?

—Lo dejé fuera. Nadie se cruzó conmigo.

«Correcto», pensó Stacey.

—¿Y a qué hora lo dejó?

—A las nueve en punto —dijo ella.

«Dentro del margen de tiempo». Stacey vio un destello de enfado cuando el móvil sonó en el bolsillo de Dawson.

—¿Cómo era el capazo?

—Era una silla de coche —contestó.

«Correcto», pensó Stacey.

—¿Y de qué color es el pelo del bebé? —preguntó Dawson. Stacey empezaba a presentir por dónde iba la cosa.

Hasta el momento, solo había hecho preguntas que podían responderse leyendo los artículos o mediante una deducción inteligente.

La mujer se sentía segura, confiada y convincente.

—El pelo del niño es rubio —contestó.

«Correcto.»

—Y el pelele, ¿de qué color era? —preguntó él. Stacey volvió a sentir la vibración del móvil de su compañero.

—Por favor, oficial, ese día le cambié el pelele un montón de veces, entre vómitos y evacuaciones.

Dawson asintió.

—Lo entiendo. ¿Y qué me dice del abrigo del bebé?

Stacey podía sentir cómo su compañero preparaba las preguntas verdaderamente importantes.

—El bebé llevaba…

—Señora Sheldon, ¿cómo se llama el niño? —preguntó, ya tirando a matar.

Esa pregunta repentina la cogió con la guardia baja. Pasaron dos largos segundos antes de que llegara la respuesta.

—Peter —soltó, mientras las mejillas se le ponían coloradas.

Todo el tiempo, Dawson había hablado de «el bebé», a la espera de que ella lo corrigiera, pero esa corrección no había llegado. La mujer estaba tan ocupada en mantener la compostura y la rectitud de su historia que había olvidado parte de la información más básica.

—¿Por qué hace esto? —preguntó Stacey, incapaz de contenerse.

—No entiendo su pregunta, oficial. Es mi niño. Es mi hijo. Quiero que me…

—No es su hijo —le espetó Stacey—. Así que ¿por qué venir a hacernos perder un tiempo valioso que podríamos dedicar a reunir a la verdadera familia?

Dawson se puso la mano en el bolsillo que vibraba. Según sus cuentas, habían sido cuatro intentos. A alguien le urgía hablar con él.

Ahora, el comportamiento de la mujer era diametralmente opuesto. Había dureza en sus ojos y una línea muy delgada en su boca.

—Yo sería una madre mucho mejor que la que ha abandonado en el frío a ese niño.

—Usted desconoce las circunstancias —respondió Stacey, incapaz de entender a la mujer que tenía delante.

—Sé que…

—Gracias por haber venido, señora Sheldon. La agente Bellamy la acompañará a la salida —dijo Dawson, y abrió la puerta.

—¿No deberíamos denunciar a estas mujeres por hacer perder el tiempo a la policía? —preguntó Stacey.

—¿Y perder aún más tiempo preparando un caso que la fiscalía de la corona nunca llevará a los tribunales? —preguntó Dawson con mucho sentido.

Stacey trató de tragarse la molestia. La puerta se cerró y el móvil de Dawson volvió a vibrar.

—Por Dios, Kev, contesta ese jodido móvil —le pidió ella.

—Frost —dijo él, frunciendo el ceño frente a la pantalla. Puso el teléfono en altavoz.

—Sí —contestó.

—¿Qué haces, agente? —dijo ella con voz cansina.

—Estaba entrevistando a una mujer que, según dice, es la madre del pequeño —le soltó.

—Ah, para eso te llamaba, de hecho. Te sugiero que, si ninguna de ellas es rumana, cierres la tienda.

# Capítulo dieciséis

La intensa nevada de las últimas dos horas había amainado hasta volverse una precipitación desordenada. Los copos aterrizaban en el parabrisas, pero se derretían rápidamente a pesar de la baja temperatura.

—¿Has puesto las chaquetas en el coche? —preguntó Kim.

Bryant asintió.

La detective dio un rodeo y puso rumbo a Lye. Giró a la izquierda en el autoservicio del McDonald's y ordenó cuatro cafés con leche atiborrados de azúcar.

—No tengo tanta sed, jefa —dijo Bryant cuando ella le pasó el portavasos de cartón.

—Qué bien que no son para ti, entonces.

—Aaaah, cohecho y corrupción.

Kim no dijo nada. Una taza de café no era suficiente para sobornar ni corromper a la gente que iban a ver.

Condujo por Brierley Hill y dobló en la calle Tavistock.

—Son tres —dijo ella.

Bryant asintió mientras caminaban hacia el pequeño grupo de mujeres que estaba a media calle.

—Buenas noches, señoras —dijo Kim, y se puso en el centro—. ¿Un café?

—Dios, justo lo que nos hacía falta, joder —dijo Sal. Evidentemente, era la mayor de las tres.

—No seas así, Sal. Ha pasado algo de tiempo. ¿No me has echado de menos? —Las otras dos mujeres se miraron entre sí.

La mayoría de los policías locales habían tenido algún trato con Sally Summers. Llevaba muchos años en el circuito y había sido detenida y acusada de hurto y prostitución por la mayoría de los agentes. Pero los caminos de Kim y Sal se habían cruzado mucho antes de que esta decidiera dedicarse al comercio sexual.

La mujer llevaba un grueso maquillaje. La luz intensa de la farola no la favorecía, y ninguna cantidad de maquillaje cubriría las líneas rojas de sus ojos. Las patas de gallo eran prematuras, pero no de tanto reír. Sal se había fumado veinte cigarrillos o más cada día desde los doce años.

—¿Cuánto nos va a costar esto? —preguntó, con la mirada fija en las bebidas.

—Solo coge una. Hace frío aquí fuera.

Sal accedió, y las otras dos, también.

Kim calculó que la rubia bajita tendría alrededor de veinticinco años. Las manos le temblaban, pero eso no tenía nada que ver con el frío. La detective notó que cacareaba. La abstinencia repentina de heroína provocaba temblores, calor y sudor frío, náusea, diarrea y confusión. Kim supuso que hacía mucho que la chica no recibía una dosis. Las nevadas intensas, las alertas meteorológicas y los caminos en malas condiciones hacían mella en la mayoría de las economías.

La tercera chica tenía el cabello castaño rojizo y parecía descendiente de europeos del Este.

—Pues, vale, gracias por las bebidas, y, ahora, a la mierda. Eres mala para el negocio —dijo Sal.

Kim rio. La mujer era dura como las uñas. Y así había sido siempre.

La chica de Europa del Este lanzó una mirada a su compañera y se alejó.

—No les gustáis mucho —dijo Sal.

—Perdona que hayamos venido a estorbar —dijo Kim, sin sentirlo en absoluto.

Sal se encogió de hombros y sacó de su bolso una botellita de whisky Bell's. Vertió la mitad en el café. A diferencia de las otras, esta mujer no tocaba las drogas. Su adicción era el alcohol. Siempre había frustrado a Kim, pues no era una mujer estúpida; y, aunque el alcoholismo no era una elección, sí lo era su falta de voluntad para buscar ayuda. La adicción había empezado cuando Sal era muy joven, y Kim sabía exactamente por qué.

—Así que ¿qué hacéis vosotras en la calle, señoras, cuando sabéis que hay un asesino cerca?

Sal se encogió de hombros. Con la mano libre, sacó de su bolso un paquete de cigarrillos. Cogió uno, lo encendió y se lo pasó a la otra chica.

—Aquí lo tienes, Donna —dijo.

Las manos de Donna no habrían sido capaces de pegarle fuego a un cigarrillo ni aunque en ello le fuera la vida.

Sal encendió otro para ella y ofreció el paquete a los detectives. Kim sacudió la cabeza en el instante, pero Bryant pasó por ese milisegundo de vacilación propio de los exfumadores.

—Hay que currar, Kim. No anoche. Un frío del carajo.

Bryant miró de reojo. Sal nunca se refería a Kim por su rango o título. Y Kim no esperaba otra cosa.

—¿Qué me puedes decir de Kelly Rowe?

—Que en este momento está jodidamente más fría que yo.

—Venga, Sal —la presionó Kim.

Un coche entró en la calle y se acercó a ellas lentamente. A menos de diez metros de distancia, aceleró y pasó de largo. Bryant anotó la matrícula.

—Qué puta mierda —refunfuñó la rubia.

Kim suponía que esa noche no habría muchos clientes.

—Mira, danos un par de minutos y nos largaremos.

Sal la cortó con la mirada.

—Yo no la conocía bien. Nunca fuimos a tomar el café ni a almorzar, y ella siempre acaparaba la parte más alta de la calle. Trabajaba mucho por sus propios motivos.

Kim sabía que «trabajar mucho» significaba aceptar casi cualquier mierda vieja, con tal de ganar la mayor cantidad de dinero posible.

—Obvio, era temporal —dijo Sal.

Por supuesto que lo era, para todas ellas. Muy pocas prostitutas se proponían este trabajo como un plan de jubilación. Las mujeres se veían espoleadas a dedicarse a este negocio por cientos de motivos, todos basados en un acto de supervivencia de algún tipo.

—No hablaba mucho, pero parecía bastante decente. Tenía una niña, creo.

—¿Hay por aquí algún nuevo bicho raro? —preguntó Kim.

Sal negó con la cabeza; pero era mentira, y la detective lo sabía.

—¿Estás segura?

—Estoy segura.

Kim se volvió hacia su compañero y enarcó una ceja.

—Bryant, hace un poco de frío aquí fuera.

Él asintió, giró y se dirigió al coche a la carrera.

Mientras se alejaba, Sal miró a Kim con desconfianza.

—¿Qué tienes, Kim?

—Un poco de frío, eso es todo —contestó.

—Sí, sin duda. Se necesita algo más que la puta naturaleza para molestarte.

Kim vio que Bryant se acercaba con las dos chaquetas de alta visibilidad.

—¿Me estás jodiendo? —preguntó Donna, y se alejó.

Esos escudos de la policía de las Tierras Medias Occidentales estampados en la espalda matarían el negocio callejero durante semanas.

—Así que ¿ha habido nuevos puteros? —Kim preguntó a Sal.

La mujer tiró al suelo el cigarrillo y lo aplastó con el pie.

—Hay uno. Tiene acento del norte. Le gustan jóvenes. Paga muy bien. Les da el dinero directamente a los chulos y se lleva a la chica de la esquina.

—¿Y cómo sabes que este es diferente? —preguntó Kim.

—Siempre viene con escolta, para que no se le escapen.

Kim sintió la furia recorrer su cuerpo. Vaya, si tan solo pudiera vigilar esta calle veinticuatro horas al día. Y todas las calles como esta.

—Y, sin embargo, ¿no tiene nada que ver con Kelly? —preguntó.

Sal negó con un movimiento de cabeza.

—*Na,* demasiado viejo —dijo Sal.

—¿Nada más?

—Nada más —dijo la mujer, mordiéndose el labio.

—Venga, Sal, de verdad que estoy sintiendo que el aire me muerde.

—Madre mía, Kim, siempre has sido una cabrona muy tortuosa.

Bryant se la quedó mirando inquisitivamente.

—Venga, Sal.

Un coche entró en la calle y empezó a avanzar lentamente hacia ellos.

—¿La chaqueta, Bryant? —dijo Kim, y extendió la mano izquierda.

El coche empezó a acelerar. Donna caminaba rápido, tambaleándose, hacia el final de la calle, para tratar de alcanzar el coche en la señal de ceda el paso.

—Madre mía, Kim. Vale. Hay un tío. No puedo decirte por qué me parece raro, pero lo es, simplemente. Trabaja con niñas, y hay algo en él que me inquieta.

—¿Cómo se llama? —preguntó Kim.

Sal soltó una carcajada.

—Te pondrás esa puta chaqueta y harás una jornada de puertas abiertas en esta calle antes de que yo te diga cualquier nombre, y lo sabes bien.

—¿Es un cliente regular?

Sal asintió y levantó la mano. No le sacarían nada más.

Kim miró a la derecha, hacia el fondo de la calle. Donna y el coche habían desaparecido.

—Vale, Bryant, hemos terminado, por ahora. Adelántate, estaré contigo en un minuto.

Bryant echó un vistazo a las dos antes de alejarse.

Kim miró el rostro de esta mujer, solo dos años mayor que ella.

—Dios, Sal, ¿cuándo vas a dejar esto?

—No empieces a joder. Sé lo que estoy haciendo.

—¿Podrías, por lo menos, mantenerte a salvo hasta que hayamos atrapado al cabrón que mató a Kelly?

Sal sonrió, pero no había ninguna alegría en su expresión.

—A mi casero no le interesa mucho mi seguridad. Especialmente cuando el primero de mes está a la vuelta.

Kim se sentía frustrada. El escaso valor que la vida tenía en las calles le daba asco.

—¿Sabes, Kim? Recuerdo que una vez apareció una niña; vaya chiquita endurecida. Llegó al hogar infantil cuando tenía seis años.

Kim miró el suelo.

—Era una pequeña criatura aterrorizada, pero no te habrías dado cuenta. Le ofrecí la mitad de mi manzana y ella simplemente no la quiso.

—No fue la única vez que me ayudaste, ¿o sí, Sal? —dijo Kim, significativamente.

Sal pasó por alto el comentario.

—No le importó cuántas veces traté de ser su amiga, ella simplemente no quiso aceptarme.

—Mira, Sal…

—No, Kim. Tienes que aceptar que hay veces en que no puedes arreglar el mundo. No acepto tu ayuda porque no la quiero. ¿Entiendes?

Kim asintió, a sabiendas de que no había nada más que hacer.

—Bien, entiendo. Solo ten cuidado, ¿vale?

Sal asintió y encendió otro cigarrillo.

Kim regresó al coche con una mala sensación en el vientre.

—Oye, Kim —gritó Sal a lo largo de la acera—, en este momento, no hace falta que te apresures mucho, ¿eh?

Kim se detuvo y trató de leer la expresión de Sal: cerrada, lo mismo que su boca, pero el mensaje era fuerte y claro.

Algo estaba ocurriendo.

# Capítulo diecisiete

—¿De verdad podemos confiar en este chivatazo de Frost? —le preguntó Stacey, que se frotaba las manos frías—. ¿Cómo coño identificó el chal como rumano?

—La mujer de la limpieza vio la foto del bebé en su escritorio y le comentó que tenía un chal igual a ese, que lo había heredado de su abuela rumana. Es un diseño intrincado, tejido a mano con algún tipo de labor de ganchillo, sea lo que sea eso del ganchillo. —Se encogió de hombros.

Tras la llamada de Frost, habían ido a visitar una tienda de comestibles de Cradley Heath High Street y un puesto de patatas fritas de Quarry Bank, ambos pertenecientes a inmigrantes rumanos. La mujer de la tienda de comestibles, con un inglés entrecortado, había confirmado la teoría de Frost de que el chal era, probablemente, rumano. Por su parte, el hombre de las patatas fritas les había hablado de cierta fábrica de bolsos que el propio Dawson tendría que haber recordado. Ya había estado ahí.

—¿A dónde vamos ahora, entonces?

—A Robertson's —contestó él. Vio cómo Stacey apretaba los dientes de pura frustración.

—¿Quién o qué es Robertson's? —preguntó ella.

—Joder, es como trabajar con un recién nacido —suspiró él—. Robertson's es una pequeña fábrica en Lye. Ya ha sido denunciada por copiar bolsos de mano de diseño y fabricarlos. Hace cinco años terminaron en los tribunales, así que ahora producen objetos de poco valor y mala calidad que se venden por un par de libras. La mano de obra es, principalmente, rumana y femenina.

Giró a la derecha en Hayes Lane y, enseguida, dobló en una curva cerrada a la izquierda. Se detuvo en el aparcamiento.

—Me cago en… —dijo, y apagó el contacto.

—Creo que me dijiste que era una fábrica pequeña —dijo Stacey.

—Eso fue hace cinco años —alegó él—. Por lo visto, se han apoderado de las unidades aledañas.

Se dio cuenta de que dos terceras partes del edificio parecían ser espacios de manufactura, mientras que el último tercio era una sala de exposición acristalada.

—¿Un mercado bastante rico para las baratijas de mierda, entonces? —bromeó Stacey mientras se dirigían a una puerta que ponía «Recepción».

Los recibió una joven rubia. Su bronceado no concordaba con la temperatura exterior. Dawson captó el momento subrepticio en que la mano de la chica empujaba el móvil hasta esconderlo. Cuando las manos volvieron a aparecer, mostraban unas uñas que habrían dificultado presionar cualquier tecla.

—¿Podemos hablar con el señor o la señora Robertson, por favor? —preguntó él, y apoyó los codos en el escritorio curvo.

La recepcionista, cuya placa decía «Melody», se echó un poco hacia delante e inclinó la cabeza.

Al mirarla de cerca, Dawson pudo notar que la gruesa cobertura de maquillaje enmascaraba incontables bultos de piel en un rostro al que no ayudaban las asfixiantes capas de cosméticos.

—¿Tienen cita? —preguntó amable.

Él negó con la cabeza y sonrió.

—Solo hemos venido con la ilusión de tener una breve charla con alguno de los dueños.

—¿Esto tiene que ver con algún pedido…, una consulta? —preguntó ella.

Dawson negó con la cabeza y abrió la boca.

—Somos agentes de la policía —intervino Stacey, rompiendo el hechizo que su compañero intentaba tejer sobre el mostrador de la recepción.

Melody frunció el ceño y retrocedió unos cuantos centímetros.

—No se trata de ningún problema —la tranquilizó Stacey rápidamente —. Hay un asunto en que los Robertson podrían ayudarnos.

—¿Puedo ver su identificación, por favor?

Stacey aceptó y Dawson hizo lo mismo. La chica observó ambas placas antes de coger el teléfono.

—Debería darte vergüenza, Kev, echar mano de tu sensualidad para salirte con la tuya —susurró Stacey con el ceño arrugado.

—Oye, soy un hombre moderno, de los de igualdad y tal —dijo. Sonrió cuando Melody colgó el teléfono.

—Steven los recibirá en un minuto. Si quieren sentarse…

—¿Quién es Steven? —preguntó Dawson, perplejo.

—El señor Robertson —contestó Melody—. Usted ha preguntado por el señor o la señora…

—Creí que se llamaba Alec.

Melody cayó en la cuenta.

—Ah, se refiere al señor Robertson padre. Me temo que ya no está con nosotros.

—Ah, lo siento —se disculpó Dawson—. No tenía ni idea de que había fallecido…

—No ha muerto —replicó Melody—. Es solo que ya no está aquí —dijo como una cosa definitiva y con aire de desagrado.

Dawson enarcó las cejas hacia Stacey. Ahí había algo. Podía sentirlo.

—Es el señor Robertson hijo quien…

—… está justo detrás de ti —dijo Steven Robertson, que acababa de aparecer.

Les tendió la mano desde atrás del escritorio de la recepción; primero a Dawson, después a Stacey. Su apretón era firme, pero cálido.

Un Rolex de oro acariciaba su muñeca.

—¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó, mirando del uno al otro.

—Se trata de un caso en que estamos trabajando —explicó Stacey, mientras Dawson observaba.

Él calculó que Steven Robertson tendría alrededor de treinta y cinco años. Llevaba el cabello rubio oscuro muy bien recortado alrededor de un rostro atractivo. Su camisa azul clara, abierta por el cuello, estaba arremangada hasta dejar al descubierto una buena parte de los antebrazos. Dawson detectó una complexión atlética bajo una ropa que, si bien era cara, también era discreta.

—¿Quizás se ha enterado, por las noticias, de que un bebé fue recientemente abandonado en la comisaría de Halesowen?

Él asintió, aunque parecía un poco confundido.

—Desde luego, pero no sé en qué podría ayudarlos.

—Tenemos la sospecha de que la madre es rumana.

—¿Dejó alguna nota?

Dawson sonrió.

—Nada tan útil como eso —dijo.

—Entonces, ¿qué los ha llevado a pensar que…? —Las palabras se fueron perdiendo.—¿No puede decírmelo?

Dawson asintió. Habían acordado mantener la conexión con el chal fuera de todos los interrogatorios, ya que, más adelante, podría convertirse en una valiosa forma de identificación.

—¿Y quieren saber si alguno de nuestros empleados sabe algo de eso?

Dawson volvió a asentir.

—Si pudiéramos hablar con cualquiera de las mujeres que trabajan aquí, ella podría conocer a alguien que…

—Entiendo perfectamente su lógica, pero, en este momento, es imposible. Estamos trabajando a toda máquina para cumplir un pedido urgente.

—¿Ni unos minutos, siquiera? —preguntó Stacey.

—Me temo que el carguero que va a China no se retrasará ni un instante, con niño abandonado o sin él —explicó.

—¿Y no hay ninguna otra razón por la que usted no nos quiere de vuelta aquí? —preguntó Dawson, no sin malicia.

Steven Robertson sonrió.

—Si se refiere a nuestras viejas prácticas comerciales, debe saber que hoy solo fabricamos mercancía de calidad a precios asequibles.

«Sí, baratijas de mierda», pensó, recordando la acertada descripción de Stacey.

—Son más que bienvenidos a echar un vistazo —dijo—. No tenemos nada que ocultar.

Dawson asintió y siguió al hombre tras el escritorio de la recepción y a través de la puerta.

Los pasillos estaban formados por estrechas paredes, cuyos postes no llegaban hasta el techo. Al detective le recordaron un laberinto. Llegaron a una escalera de metal que se interrumpía a la mitad por un rellano donde se cambiaba de dirección. Resonaron en sus oídos las pisadas de tres pares de

pies que se movían juntos. Salieron de la escalera hacia un entresuelo desde donde se podía ver la planta de producción.

Tres despachos acristalados daban a las tres filas de puestos de costura. Dawson contó, por lo menos, quince cabezas agachadas sobre otras tantas máquinas. Las manos expertas estaban ocupadas en girar y coser telas de diferentes colores, mientras, en el suelo, los pies tocaban los pedales.

—Esta es mi madre —dijo Steven Robertson cuando abrió la puerta del despacho más grande, el de en medio—: Janette Robertson.

Claramente sorprendida, la mujer se volvió hacia su hijo en busca de alguna explicación.

—Son agentes de la policía, madre. Los sargentos detectives Dawson y Wood.

Dawson no corrigió el rango de Stacey.

La mirada de Janette Robertson se posó en él.

—¿Nos conocemos?

Dawson sonrió a la mujer atractiva y bien conservada.

—Digamos, tan solo, que ya he estado aquí.

Al brillante cerebro le tomó solo un nanosegundo juntar las piezas.

Se quitó las gafas y frunció el ceño.

—Ya no hacemos esas cosas.

—Lo sé, señora Robertson. Esa no es la razón por la que estamos aquí.

Steven intervino para explicar los motivos de la visita.

Por el rostro de la mujer pasó toda una gama de emociones. Terminó con señales de comprensión.

—Siéntense, por favor —dijo—. Sin embargo, Steven ha tenido toda la razón al decirles que en este momento no podemos echar mano de nadie para hablar con ustedes. Este pedido…

—De acuerdo, señora Robertson —dijo Stacey—, pero ¿conoce a algún trabajador que tenga un recién nacido? ¿Quizás una chica joven y asustada que pudiera haber hecho algo así?

Ella negó lentamente con la cabeza.

—Lo siento, pero no. Trato de no meterme en los asuntos privados de mis empleados.

Dawson pensó en todas las cabezas agachadas que estaban ahí abajo, en la planta de manufactura, y se preguntó si la mujer se sabría sus nombres, por lo menos.

—¿Y habrá alguien, cualquiera, que pudiera dedicarnos unos cuantos minutos? —preguntó.

La señora Robertson se volvió a su hijo.

—Quizás Nicolae podría ayudarlos.

Steven asintió y salió del despacho. Se acercó a la barandilla del entresuelo y gritó hacia abajo.

—Nicolae es nuestro capataz —explicó Janette Robertson—. Conoce a las chicas mejor que nosotros. Tal vez él pueda ayudar.

—Las cosas han cambiado un poco desde la última vez que estuve aquí —observó Dawson, que admiraba el elegante despacho a su alrededor.

—Sí, una multa de seis cifras y una amenaza de cárcel hace cosas —dijo ella con pesar.

—No parece haberles hecho ningún daño —respondió él.

—No me quejo —dijo ella.

En ese momento se abrió la puerta de cristal. Detrás del señor Robertson entró un hombre de poco más de cincuenta años, rudo de aspecto. Unos penetrantes ojos azules daban gentileza a su rostro curtido. En su mentón, la barba incipiente era canosa en tres quintas partes. Vestía una camiseta negra de manga corta y pantalones negros lisos.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarlos? —preguntó con amabilidad.

Mientras su compañera contaba los detalles a este hombre, que escuchaba atento, Dawson observaba su lenguaje corporal y sus movimientos.

Robertson se llevó las manos a los bolsillos, despreocupado, como si esa fuera su postura natural de relajamiento. No hacía movimientos de cabeza, no parecía inquieto, no se lamía los labios, no tenía tics; ninguna otra cosa que transparencia.

Cuando Stacey terminó, Nicolae se quedó pensativo durante unos segundos. Después empezó a negar con la cabeza.

—Ninguna de m… estas niñas tiene un recién nacido, que yo sepa. Natalya tiene una pequeña de diez años en Rumanía, mientras que Daniela

tiene un chico adolescente, pero no hay recién nacidos —dijo.

En su inglés perfecto apenas había trazas de acento. Dawson se preguntaba hacía cuánto tiempo que este hombre estaba en el país.

—¿Y alguna de las empleadas estaría disponible para…?

—Eso ya lo hemos tratado —señaló Steven desde la entrada.

—Nicolae —dijo Dawson, dirigiéndose al capataz—. ¿Hay algún lugar donde podríamos probar?, ¿alguien que pudiera saber?

—Los sitios de uñas —contestó—. Pruebe en los sitios de uñas de la localidad.

—Muchas gracias —dijo Dawson. Se abría una remota posibilidad.

—Los acompaño a la salida —dijo Steven. Siguió a Nicolae hasta la puerta.

Los detectives se despidieron de la señora Robertson y caminaron detrás del hijo.

Por supuesto, tendrían que haberlo pensado antes. Apenas el año pasado, casi un centenar de personas habían sido arrestadas como parte de la operación Magnify, una iniciativa destinada a combatir a empresarios explotadores que ofrecían trabajos mal pagados a inmigrantes ilegales. La primera etapa de la operación se había concentrado en la construcción, los cuidados, la limpieza, la restauración, los taxis y la industria del lavado de coches. Los sitios de uñas habían quedado como lugares particulares de explotación.

Las preguntas saltaron de pronto en sus mentes:

¿Era la madre de este niño una inmigrante ilegal?

¿La habrían obligado a deshacerse de su bebé?

¿O se le había vuelto más difícil permanecer inadvertida?

¿El sacrificio habría sido por el niño o por ella?

Pero esas no eran las únicas preguntas que Dawson tenía en mente. Dejar que Stacey condujera las entrevistas había sido benéfico para él por múltiples razones. La pericia y experiencia en el trabajo de campo de su compañera estaban muy limitadas, pero era una rápida aprendiz. Observaba cuidadosamente y absorbía todos los datos nuevos como una esponja, lo que daba a Dawson la oportunidad de observar.

Y ahora mismo se preguntaba por qué, durante todo el intercambio, Janette Robertson y Nicolae no se habían mirado ni una sola vez.

# Capítulo dieciocho

—Jefa, ¿he hecho algo para cabrearte de verdad? —preguntó Bryant, frotándose las manos.

—Todavía no, pero estoy segura de que es cuestión de tiempo —dijo ella desde el otro lado de la entrada.

A través de la puerta cerrada de la carnicería halal, les llegaba el olor a carne fresca.

—Solo que estoy seguro de que Kev y Stacey realmente echan de menos estas excursiones.

—Sí, pero, bueno, ellos están un poquillo ocupados tratando de encontrar a la madre de un niño abandonado —dijo Kim, mirando a su izquierda.

—¿Y qué hacemos nosotros todavía aquí? —preguntó él.

—No estoy del todo segura, Bryant —dijo ella. Alcanzaba a ver a Sal unas puertas más abajo—. Pero necesitamos los números de matrícula, y, si tienes algo mejor que sugerir, soy toda oídos, así que saca tu bloc de notas.

A Sal no le había resultado nada fácil sugerirle que se quedaran por ahí. Donna ya había vuelto de estar con el tipo a quien había enganchado junto a la señal de ceda el paso y ahora estaba junto a Sal, a la mitad de la calle, frente a una tienda de beneficencia.

Por supuesto, esta no era una tarea como para delegarla en los miembros de su equipo. Quedarse en la entrada de una tienda a registrar los números de matrícula de los puteros, para investigarlos después, no entraba en su concepto de buena noche. Pero Kim no era de esas personas que piden a los miembros de su equipo hacer algo que ella no estaría dispuesta a hacer.

—Ahí tienes uno —dijo en cuanto vio un coche entrar en la calle y reducir la velocidad. Al instante le vino a la mente el término *kerb-crawler,* con que los ingleses se refieren a ese conducir lentamente, a un lado del bordillo, en busca de prostitutas.

Súbitamente, la calle cobró vida. Unas cuantas chicas más salieron de los portales para arrimarse a la calle. Atrás quedaron los escalofríos y el

calentarse sobándose las manos y dando pisotones. Con los movimientos y las poses de las chicas, Kim recordó los campeonatos de culturismo. Cada una se interponía en el camino tratando de exhibir sus mejores atributos.

Poco a poco, el coche se detuvo cerca del final de la calle.

Kim reconoció la figura de la chica que avanzaba hasta la ventanilla abierta del copiloto.

—Maldita sea —murmuró. Sus ojos se fijaron en el pelo corto y rizado de la joven, que vestía con vaqueros y zapatillas deportivas.

Bryant le siguió la mirada.

—¿Esa es…?

—Gemma —contestó Kim cuando él titubeó al tratar de recordar el nombre.

Ella no podía olvidarlo. Hacía cuatro meses, la sociópata y némesis de Kim, la psiquiatra Alexandra Thorne, había mandado a Gemma a matarla, y, de no haber sido por Shane, un pobre joven torturado y de corazón ruinoso, la chica habría tenido una oportunidad.

En las visitas de la chica a su madre, Alex había podido detectar toda su vulnerabilidad, toda su rabia. Durante la mayor parte de la vida de Gemma, la madre había residido de forma intermitente en la prisión donde también estaba Alex.

Kim podía imaginarse fácilmente lo que la psiquiatra había hecho para manipular la necesidad de la niña de contar con el cariño de una figura materna. Esa necesidad era patente en una chica que visitaba a una madre que nunca había conseguido enderezarse, ni siquiera por el bien de su hija. Esa era la información básica con que Alex contaba para lograr el mayor efecto posible.

Guiada por la psiquiatra, Gemma se había colado astutamente en casa de Kim, quien se había visto retratada en esta enérgica y mohína joven. Incluso, la detective había cocinado una cena para ella. Vaya, no había hecho algo así ni para Bryant, pensó mientras seguía observando cómo se llevaba a cabo la transacción.

Las negociaciones fueron breves y la chica se metió por la puerta del pasajero.

Al ver el coche partir, Kim no pudo evitar que una oleada de inexplicable tristeza la invadiera.

—Te caía bien, ¿no? —preguntó Bryant al ver que el coche se perdía de vista.

—La entendía —dijo Kim en voz baja.

Y era cierto. La madre de Gemma había pasado toda la vida entrando y saliendo de la cárcel. En un momento dado, los parientes se habían cansado de cuidar a la enérgica niña, que se hacía la remolona porque nunca sabía con quién iba a vivir de un mes para otro. En cuanto cumplió trece años y su madre volvió a la cárcel, se vio obligada a valerse por sí misma. Entonces se echó a la calle para satisfacer su necesidad más básica: comer.

Y, sin embargo, dentro de ella vivía aún una pequeña que ansiaba orientación, disciplina y la aprobación de su madre, urgencias que habían suscitado sus visitas a la cárcel y a los brazos manipuladores de Alexandra Thorne. Incluso antes de que Gemma se sentara por primera vez, la psiquiatra ya había detectado todas las semejanzas que tenía con Kim, así como cada una de las debilidades de la chica. Gemma no había tenido la menor oportunidad.

—¿Nunca la mencionaste en tus declaraciones lo que pasó esa noche? —preguntó Bryant.

Kim detectó una acusación en el tono de la pregunta. La niña había tratado de matarla, y Bryant estaría encantado de verla tras las rejas. La decisión de la detective de no acusarla no había sentado nada bien a su compañero.

Ella se encogió de hombros.

—¿Crees que está teniendo una vida de ensueño porque no la denuncié? —preguntó. La madre de Gemma seguía en prisión y, a estas alturas, Alex ya habría olvidado su nombre. Gemma había fracasado y Alex no se acordaba de los fracasados.

¿Qué le había aportado esa experiencia? Ahí estaba, de regreso en la calle, vendiendo su cuerpo por una comida caliente.

Como si leyera la mente de su jefa, Bryant habló en voz baja.

—¿Podrías hacerlo alguna vez, jefa? —dijo, y señaló con el rostro a las mujeres que regresaban a los portales después de que el cliente se hubiera

decidido por Gemma.

Kim abrió la boca y volvió a cerrarla. Era demasiado fácil decir que no. Esa era la respuesta pudorosa, la respuesta esperada, la respuesta instantánea que pondría su estilo de vida a resguardo de la gente respetable. Siendo realistas, esa elección, esa mismísima elección, tendría que estar mucho más cerca de Kim de lo que estaba. Sus primeros años le habían prescrito una tendencia a la autodestrucción y a las adicciones. Los acontecimientos la habían modelado y preparado para muchas versiones de su futuro, ninguna de las cuales incluía convertirse en agente de la policía.

La mayoría de las personas creen que el código moral está presente desde el nacimiento, pero, según lo que la propia Kim había experimentado, ese no era el caso. Recordaba haber leído una cita de una famosa asesina, una niña que, a los once años, había matado a dos chicos. Cuando le preguntaron por qué lo había hecho, contestó: «porque no sabía que era malo».

Para la mayoría de la gente, esa declaración parecería imposible de creer, pero no para Kim. Los principios morales se edificaban con el ejemplo, a través de comportamientos aprendidos, reforzados con incesantes prácticas y correcciones.

—Bryant, puedo darme el lujo de no tener que tomar esa decisión. Pero te hago la misma pregunta.

Él lo pensó por un momento.

—Con toda franqueza, jefa, tratándose de atender y proteger a mi familia, si tuviera esa necesidad, no hay mucho que yo no haría, probablemente.

Kim sonrió ante la sinceridad de su compañero.

—Hala, ahí viene otro —dijo ella.

El cliente bajó la velocidad y se detuvo ante la primera de las chicas. Donna Hill desfiló hacia el coche. A un metro de distancia, levantó una mano y negó con la cabeza. Mientras se alejaba, Kim la observaba con interés. La heroinómana no solía ser tan quisquillosa.

Donna dio media vuelta y volvió al coche. Más cerca esta vez, se inclinó y negó con la cabeza. Volvió a apartarse y se refugió entre las sombras.

El coche se arrastró lentamente hasta el final de la calle, pero no abordó a ninguna de las otras chicas.

A Kim se le revolvió el estómago.

—Extraño —le dijo a Bryant—. Ponle un asterisco.

Siguieron observando a Donna, que regresaba y volvía a situarse a un lado de Sal.

Kim se atrincheró un poco más en el portal cuando pasó una pareja. El hombre, que era mucho más alto que la mujer, rodeaba a esta con el brazo derecho. Los detectives observaron sus movimientos a lo largo de la calle. No era una zona habitual para un paseo nocturno, y eso sin mencionar las condiciones meteorológicas.

Mientras pasaban delante de la tienda de beneficencia, Sal salió un poco, encendió un cigarrillo y retrocedió.

Kim volvió a mirar y notó que la mano del hombre no envolvía a la mujer, sino que estaba aferrada al hombro como una garra.

—Ese es uno —susurró Kim en el momento en que el tipo dejaba a la chica en la señal de ceda el paso y se adentraba en las sombras.

Con su chivatazo, Sal se estaba refiriendo a esta niña. Sabía que esto sucedería esta noche; era el motivo por el que había animado a Kim a permanecer por ahí.

La detective se fijó en los vaqueros con una mariposa en el bolsillo, en los zapatos planos de charol y la chaqueta rosa chicle.

Bryant asintió en señal de que estaba de acuerdo.

—Nuestro tío del norte no ha de estar muy lejos.

Kim observó a la mocita y los hombros que encorvaba ante el frío. Lo sabía: más allá de cualquier otro hecho, estaban mirando a una niña que, dado que era virgen, probablemente había sido elegida a dedo para la complacencia de algún pervertido.

—Podría ser ese —dijo Bryant.

La detective volvió la cabeza hacia un BMW serie 5. En cuanto pasó frente a ellos, Bryant anotó el número de la matrícula privada.

El coche circuló con lentitud y no se detuvo ante las chicas que le salían al paso. Fue directo al fondo de la calle.

Kim sentía que la furia crecía en su interior. Había algo de auténtico cuando la transacción sucedía entre dos partes dispuestas, cuando se trataba de un arreglo de negocios entre dos adultos que expresaban su anuencia. Pero esto no era nada de eso.

—Jefa, puedo ver los músculos de tu mejilla y sé lo que estás pensando, pero no hay nada que podamos hacer.

En ese instante, su tarea era recopilar datos útiles que más adelante podrían servirles en la investigación del homicidio de una joven prostituta llamada Kelly Rowe. Poner en peligro su posición por el bien de una jovencita no era lo más importante por ahora.

—Madre mía, Bryant, ¿te crees que soy estúpida? —dijo justo antes de saltar fuera del portal.

# Capítulo diecinueve

Ellie despertó con un sordo dolor de cabeza. Gruñó, se puso boca arriba y abrió los ojos. Tardó algunos segundos en darse cuenta de que no estaba en su propia habitación. Este techo estaba cubierto con algún efecto de movimiento. Su propio techo era blanco y tenía algunas manchas oscuras, producto de los intentos de su madre de pintar un cielo nocturno.

Se sentó y, de inmediato, deseó no haberlo hecho. Las náuseas revolotearon en su estómago y la bilis le corroyó el fondo de la garganta. Se tapó la boca y tragó.

Lo primero que hizo fue mirarse. Estaba vestida con un pijama de algodón con caniches. Le llevó unos cuantos segundos darse cuenta de que no era suyo. La habitación era agradable, aunque austera. Había un tocador y un armario alineados en las paredes, junto a un par de fotografías enmarcadas que Ellie había visto en docenas de tiendas de baratijas. Finalmente, se dio cuenta de que estaba en la habitación sobrante de alguna persona.

Se incorporó hasta sentarse y cerró los ojos. Trataba de concentrarse en sus últimos recuerdos. Se había bajado del autobús en la terminal de Cradley Heath, pero ¿cuándo? No podría asegurarlo.

Su corazón se aceleró al recordar a los dos tipos que le habían robado.

Podía ver a Roxanne llevándola hacia su coche, deteniéndose en la entrada de una casa adosada con garaje.

Le había dicho que bebiera algo para calmar sus nervios. El líquido quemaba. Ellie tosió y a Roxanne le dio risa.

Ellie recordaba haberse sentado a la mesa de la cocina mientras la radio sonaba suavemente en el fondo. Se había sentido muy mayor, tomando café y charlando con una adulta que no era su madre.

Roxanne era muy comprensiva. La había escuchado durante horas, deteniéndose solo para rellenarle la bebida, mientras ella le contaba sus problemas.

La niña abrió enormes los ojos y se llevó la mano a la boca. Su madre estaría muerta de preocupación.

Salió de debajo de las sábanas en el preciso instante en que se abría la puerta del dormitorio.

Entró Roxanne, vestida de *leggins* y un jersey muy holgado.

—Hola, dormilona, ¿cómo te sientes?

—Yo no… Yo no…

La mujer se sentó a su lado, en la cama, y rio.

—Te has quedado dormida delante de mí. Solo he venido a comprobar tu pulso, y, si te he dejado dormir, ha sido solo porque has pasado por una experiencia terrible. A veces las conmociones pueden provocar cosas así. Pero ya estás despierta, así que ahora…

—Mi madre, tengo que llamarla…

—No te preocupes, todo está bien. —Roxanne le dio unos golpecitos en la rodilla y sonrió.— Baja cuando estés lista y entonces haremos lo que sea necesario. El baño está a la derecha.

Roxanne se puso de pie y salió del dormitorio.

Ellie buscó su ropa. No encontró otra cosa que su reloj a un lado de la cama. Pudo ver que eran casi las ocho de la noche. Había salido de su casa a las nueve de la mañana.

Se calzó un par de mocasines y fue al cuarto de baño. En cuanto dio un paso fuera del dormitorio, sus fosas nasales se sintieron sobrecogidas por los aromas que provenían de abajo. El olor a carne asada y verduras al vapor era como un golpe en el estómago. No había comido nada en todo el día, seguramente.

Antes de salir del baño, se mojó la cara con agua fría.

Siguió el rastro de los olores hasta la cocina.

—Eeee…, Roxanne, ¿y mi ropa?

—Aquí al lado, en la lavadora. En una hora, más o menos, estará recién planchada, lista para que te la pongas.

Al instante, Ellie sintió que ese era un detalle muy atento.

—Así que no me vas a dejar comiendo sola, ¿o sí? —preguntó Roxanne. Sacó del horno un plato de patatas asadas y lo agitó. Estaban tan doradas y crujientes que a Ellie se le hizo agua la boca.

De fondo, la radio seguía sonando suavemente, mientras a un lado, en la habitación aledaña, retumbaba la lavadora. Se estaba cocinando una comida que olía increíblemente bien. En ese momento, no había ningún otro lugar donde Ellie quisiera estar.

—Es solo que mi madre…

—Por ahora, no te preocupes, ya me he encargado de eso. En este momento, lo único que necesito saber es si debo sacar un plato o dos.

—Dos —dijo Ellie con bravura.

Ya estaba metida en un lío gordísimo con su madre. Se quedaría castigada durante los próximos diez años, así que una hora más no cambiaría mucho las cosas.

Estar junto a Roxanne era como vivir un sueño. Era alta, delgada y glamurosa. Y, ahora, era su amiga.

Ellie se reclinó y miró a Roxanne trinchar dos trozos de carne, uno para cada una. Trinchó un tercer trozo, uno pequeño, se volvió y lo puso en la boca de Ellie.

—¿Está bueno?

Era una carne suculenta y sabrosa; se deshacía en la boca. Lo normal, en casa, era comer una carne de cerdo cargada de cartílagos que uno se pasaba la tarde entera masticando.

En el plato de Ellie, la anfitriona puso una ración de brócoli.

—¿Así es suficiente? —Ellie asintió y Roxanne apartó la sartén.— Yo no lo soporto.

Sacó las patatas del horno y puso una buena cantidad en cada plato. La tetera ya hervía entonces, así que Roxanne vertió el agua caliente en una jarra de gránulos de salsa.

—Ta daaaa —cantó—. ¿Qué te parece?

Ellie se quedó sin aliento ante una bandeja que contenía los budines de Yorkshire más grandes que había visto en su vida.

—Hechos en casa —dijo Roxanne con orgullo.

El estómago de Ellie respondió con un gruñido que las hizo reír. La chica se sentó en lo que la mujer terminaba de servir todo. Roxanne colocó delante de ella el plato humeante y levantó un cuchillo y un tenedor.

—Los vegetales primero, ¿eh? No quiero que tu madre venga a quejarse.

Ellie asintió y empezó por el brócoli. Aunque ya había comido ese vegetal, nunca le había sabido así. Estaba a punto de preguntarle a Roxanne qué le había puesto, pero esta habló primero.

—¿Cómo te sientes ahora con respecto a todo?

Ellie meditó su respuesta. La ansiedad por lo de su madre había desaparecido. Era halagador estar ahí sentada, en pijama, comiendo una deliciosa cena de domingo con esta mujer tan glamurosa que tanto se interesaba en ella. No recordaba haberse sentido tan relajada.

—Contenta —contestó.

Roxanne sonrió y asintió antes de cortar una patata asada.

—Escucha, he hecho algo, y espero que no te importe. Después de la última charla que tuvimos, me pareció que las tensiones entre tu madre y tú estaban en un punto de ruptura. Quizás lo que necesitas es distanciarte durante algún tiempo. —Ellie asintió; estaba de acuerdo.— A veces, eso es todo lo que se necesita. Os da la oportunidad de echaros de menos un poco.

La chica lo pensó por un momento. Parecía una buena idea.

—Pero ella no sabe dónde…

—Está bien. He enviado mensajes a tres de tus amigas de Facebook para decirles que llamen a tu madre y le digan que estás bien. Les expliqué lo que pasó esta mañana y les pedí que le den mi número de móvil. Así, tu madre podrá hablarme cuando quiera.

—¿Así que ya sabe?

—Sí, cariño, sabe que estás bien, así que no tienes que preocuparte por eso. —Se encogió de hombros y dejó el cuchillo y el tenedor.— De modo que tú eliges. Tu ropa estará lista muy pronto. Puedo ponerte en un taxi y mandarte de vuelta a casa, o bien, puedes descansar aquí conmigo durante un día o dos; haríamos cosas de chicas y un muñeco de nieve, y entonces volverás a casa sintiéndote más serena y viendo todo con mayor objetividad.

Ellie dejó el cuchillo y el tenedor en cuanto su plato quedó limpio. Era una oferta demasiado tentadora y atractiva como para decir que no. La idea de no tener que enfrentarse a su madre durante unos cuantos días era como una mañana de Navidad. Mientras su madre supiera que estaba a salvo y con un adulto responsable, Ellie no veía ninguna razón para negarse.

—Me encantaría quedarme, si, de verdad, no es molestia —dijo, echando mano de sus buenos modales.

—Por supuesto que no, cariño. Si no fuera en serio, no te lo habría ofrecido.

Roxanne recogió los platos, vació sus propias sobras en la papelera y puso todo en el lavavajillas.

—Vale, ve a buscar un DVD mientras preparo un chocolate caliente.

Ellie cruzó el pasillo y entró en el salón. La colección de DVD consistía, principalmente, en películas para chicas. Aunque no molaban nada, podían disfrutarse. Cogió unas cuantas para ir descartando y le quedaban solo tres cuando Roxanne apareció en la habitación con las tazas humeantes.

—¿Qué tenemos?

Ellie puso las tres películas en alto.

—Tendrá que ser Bridget Jones —dijo Roxanne, rotunda.

La chica puso el DVD en el reproductor y tomó asiento en el sofá de dos plazas.

Los créditos comenzaron a correr. Por el rabillo del ojo, vio que Roxanne cogía el teléfono y lo consultaba. La mujer frunció el ceño, y Ellie supuso que se estaría preguntando por qué aún no recibía ninguna llamada de la madre.

Y, para ser sincera, ella se hacía la misma pregunta.

# Capítulo veinte

Eran casi las nueve cuando aparcaron en la fábrica. En ese preciso momento salía un camión articulado. Dawson dejó el motor en marcha para limpiar los copos de nieve, que se iban espesando. A Stacey ya le estaba costando trabajo recordar un día en que no hubiera nevado.

—Al parecer, han cumplido el plazo —dijo ella mientras abría la puerta del coche.

—Para —dijo Dawson, y le puso una mano en el brazo.

—Creí que querrías hablar con alguna de las chicas —dijo ella, y volvió a cerrar la puerta.

—Eso quiero, pero preferiría hacerlo sin los Robertson ni Igor de fondo.

—Nicolae, el capataz, querrás decir —dijo ella.

—Sí, él. ¿No tuviste la impresión de que los jefes no querían que habláramos con las chicas?

El camión acababa de doblar la esquina con algunas dificultades y ya se estaba perdiendo de vista.

—Bueno, no mentían acerca de la necesidad de sacar ese pedido —dijo Stacey.

—Estoy seguro de que un par de minutos no les habrían hecho el menor daño —replicó él, y ella estaba de acuerdo.

En ese momento, había un bebé al cuidado de unos padres de acogida, y era necesario que regresara con su madre. Stacey dudaba de que unos cuantos minutos hubieran cambiado las cosas.

—Pues bien, está claro que los jefes se han ido —dijo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Dawson, que miraba el edificio.

—Ya no están los Mercedes. Había uno plateado y uno negro —observó Stacey.

Él no dijo nada. Era obvio que no se daba cuenta de todo.

—¿Así que esperaremos a que salgan de trabajar para que puedas hacer el intento de hablar en privado con un par de ellas? —quiso aclarar.

—Esa es la idea, y no deberían tardar mucho —respondió él. En ese momento, la luz de la sala de exposiciones se apagó.

Dawson avanzó con el coche hasta quedar más cerca de la recepción.

—Venga —dijo hacia el edificio—. Uno pensaría que saldrían expelidas como ratas por un desagüe —dijo.

A ella no le gustó nada la analogía, pero también habría creído que estarían ansiosas de salir de esas instalaciones después de lo que tuvo que haber sido un turno intensamente largo y agotador.

Los ojos de Dawson estaban fijos en la puerta de la recepción.

—Venga —repitió, impaciente—. Ya deberían estar saliendo…

—Kev, mira —dijo ella, y apuntó hacia el espejo retrovisor.

—¿Qué mierda…?

Un minibús azul acababa de salir por el portón. Y, al parecer, llevaba a todas y cada una de las trabajadoras.

# Capítulo veintiuno

Kim se precipitó por Tavistock Road agitando una mano en el aire, desesperadamente.

—Madie, Madie, ¿eres tú?

Sentía todos los pares de ojos sobre ella mientras trotaba por la acera.

La niña se quedó parada junto a la puerta abierta del coche.

—Espera, Madie, soy yo…

Kim llegó hasta la puerta del coche y la cerró de golpe. Cogió a la niña por los brazos, una chica asustada que no parecía tener más de quince años. Kim miró sus ojos fijamente.

—Corre, corre ahora mismo y no te detengas.

La giró y se la llevó empujándola por la espalda a lo largo de la acera.

La niña no dudó. Salió corriendo mientras el BMW azul aceleraba y doblaba la esquina hasta perderse de vista.

Cuando la detective se dio la vuelta, el cuidador ya había empezado a perseguir a la niña. Le sacaba a Kim unos buenos diez centímetros de estatura. Trataba de danzar alrededor, y Kim se puso a replicar sus movimientos. Él alargó entonces una mano, en un intento de apartarla del camino, pero ella le agarró la muñeca y se la torció. El hombre pegó un grito de dolor y fue a dar al suelo. Ella se le echó encima y le dio una buena patada en los cojones, antes de que él, con la mano que le quedaba libre, consiguiera impulsarse para ponerse de pie.

El sujeto gimió y trató de quitársela de encima.

—Puta de mierda, suéltame —masculló.

—Perdona, creí que era una conocida mía —dijo Kim. Forcejeó con él hasta volver a someterlo.

—Perra maldita, no es broma. Si no te largas, te vas a arrepentir.

Kim se hizo a un lado.

—Oye, fuiste tú quien se cruzó en mi camino —dijo. Se puso de pie y se sacudió el polvo.

El hombre miró más allá de ella, pero hacía tiempo que la niña se había escapado.

Negó con la cabeza.

—Maldita puta loca —dijox. Pasó al lado de Kim y se alejó.

La detective miró a lo largo de la calle, en busca de la mujer que le había dado el chivatazo. Unas cuantas caras sonreían hacia ella a regañadientes, pero Sal estaba muy ocupada subiéndose a un coche al otro lado de la calle.

# Capítulo veintidós

Andrei trató de no ponerles atención a los escalofríos que vibraban por todo su cuerpo. Se iban haciendo mucho más frecuentes y violentos. Eran como el retumbar de un trueno que surgiera de su núcleo y reverberara por cada fragmento de su cuerpo.

Cada ataque lo dejaba más exhausto que el anterior.

Al principio, trató de encorvar la espalda contra el viento cortante, de hacer de sí mismo un ser minúsculo, pero la pierna rota le impedía levantar las rodillas. Quiso apartar la cara de la nieve. En las primeras horas de la mañana, los copos se habían convertido en granizo. Las bolitas de hielo le habían dejado el lado izquierdo del rostro rojo y dolorido. Caían después en sus pantalones hasta fundirse con la tela mojada que ya tenía pegada a la piel.

Había perdido la cuenta de las horas que llevaba sentado en la maleza. Sabía que la oscuridad había venido, que se había ido y que había vuelto a sorprenderlo. Y, aunque pensaba que había sido solo una vez, ya no estaba tan seguro.

La nieve había seguido cayendo copiosamente, sumergiendo el mundo en una solitaria quietud. En el puente, el rumor distante del tráfico hacía mucho que había muerto para no volver. No se alcanzaba a oír vida ni movimiento por ningún lado.

Se preguntaba si la fuerte nevada habría impedido que el hombre regresara a por él; sin embargo, también sabía que solo se estaba engañando a sí mismo.

Había hecho un par de intentos de moverse por el borde. Cada metro consumía toda su energía. Quiso alejarse del puente, a sabiendas de que no sería capaz de remontar la pendiente que lo llevaría de vuelta a la carretera; no obstante, cada intentona de arrastrarse sin poder mover la pierna era inútil.

Y sabía que ya no le quedaban fuerzas para volver a intentarlo.

En este momento, su lucha más ardua era contra el agotamiento.

Vaya, qué ganas tenía de rendirse; pero algo se lo impedía. Tuvo la sensación de que no debía quedarse dormido, de que el desenlace esperaba cogerlo en cuanto cerrara los ojos.

Había perdido cualquier esperanza de que lo salvaran. Desde que lo dejaron en ese lugar, no había visto ni oído una sola alma; y aun así, seguía sintiendo la necesidad de aferrarse.

Y, si bien el dolor era insoportable, también era tranquilizador, porque le decía que aún estaba vivo. Solo que la mente empezaba a engañarlo. No dejaba de recordar una noche en un camión, algo que había sucedido hacía muchos años. Quiso acurrucarse en el hueco de unos brazos, a pesar de que sabía que no había nadie ahí, durmiendo a su lado.

Podía sentir el tirón de los párpados. Cada uno de sus músculos alargándose hacia la oscuridad. El dolor de la pierna rota lo hizo gemir con fuerza.

De repente, las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos. En un momento de lucidez, se dio cuenta de que iba a morir.

El pánico brotó desde su mente. No quería morir. Había cosas que tenía que decir, que tenía que haber dicho, que debía haberle explicado a la única persona que importaba. Sabía que, en este momento, los momentos de consciencia eran tan preciosos como su única hija.

Las emociones se arremolinaron en su garganta. Sabían a arrepentimiento.

«No quiero abandonarte, mi amor», gritó su mente.

Su último pensamiento consciente surgió como un suspiro en la brisa:

—Y ahora ¿quién cuidará de ti?

# Capítulo veintitrés

Eran las once y media cuando Kim abrió la puerta de la casa.

Después de la marimorena con el acompañante de la niña, y armados con una hoja llena de números de matrículas, Bryant la había dejado en la comisaría.

—Oye, tú, ven aquí —dijo, mientras Barney caminaba contoneándose hacia ella. Al frotarse contra Kim, la cabeza blanca y negra del perro se inclinaba ligeramente a la izquierda. Golpeaba con la cola el marco de la puerta.

—Si yo tuviera cola, también la estaría meneando —le dijo. Frotó todo su grueso pelaje. Sin importar lo que hubiera deparado el día, las bienvenidas de Barney le bastaban para sacarle una sonrisa.

Miró hacia la chimenea, igual que siempre, como para comprobar que la fotografía siguiera ahí. Los dos, ella y Mikey, sentados uno junto al otro y mirando la cámara. Era la última copia que quedaba de la única fotografía que les habían tomado en el cole cuando tenían seis años, con las cabezas juntas, coronadas de cabello negro. Casi podía sentir el pelo de Mikey en su propia mejilla.

Recordó que había tenido que hacerle cosquillas para que sonriera a la cámara, pero él no tenía muchos motivos para sonreír. Cuando no estaban en la escuela, Kim pasaba cada instante de vigilia tratando de protegerlo de una madre esquizofrénica paranoide convencida de que el niño era el diablo.

Y, dos meses después de tomada esa fotografía, la zorra había visto cumplidas sus ambiciones: Mikey moría de inanición en los brazos de Kim.

Con todo, esa foto no evocaba los malos tiempos. Le servía como un recordatorio de que, de niños, habían reído y se habían tenido el uno al otro. La ayudaba a recordar cuánto lo había amado. Significaba que nunca olvidaría la negrura de alquitrán de su pelo, el ámbar de sus ojos ni cómo lucía su cara al reír.

Le recordaba que Mikey había vivido.

Se quitó la chaqueta y puso la cafetera. A pesar de la hora, sabía que no desperdiciaría el café.

Se volvió hacia el perro y le dio unas palmaditas en el pecho.

—Arriba —le dijo.

Las patas delanteras se posaron suavemente y ella pudo hurgar entre sus almohadillas. Había cierta humedad en el pelaje que alcanzaba a sobresalir, lo que revelaba que su vecino Charlie, dos puertas más abajo, acababa de entregarlo después de haber pasado juntos la tarde y rematado el día con una apacible vuelta a la manzana.

Le agarró la ansiosa cara con las manos y le plantó besos en la parte superior de la cabeza caliente.

—¿Quieres salir otra vez? —le preguntó.

Barney empezó a moverse de lado a lado, y no estaba claro si el perro agitaba la cola o la cola agitaba al perro.

—Vale, media taza y nos marchamos —dijo ella, y se sirvió una pequeña cantidad.

El perro se sentó pacientemente a observarla. Kim juraría que había entendido.

Le encantaban los paseos a altas horas de la noche. Había muy poca gente en los alrededores, y eso les venía muy bien a los dos. El tiempo inclemente no los molestaba, mientras que en casa no había nada que retuviera a Kim.

Por primera vez en muchos años, en su cochera no había otra motocicleta que la Kawasaki Ninja, almacenada a causa de la nieve. Había vendido su último proyecto y donado los beneficios al Dispensario Médico para Animales Enfermos, así que, por ahora, el suelo de la cochera estaba barrido y ordenado, no había partes de motocicleta en las superficies de trabajo y todos los paños grasientos estaban bien plegados en el cajón. Y ella detestaba eso con toda su alma.

Esperaba agotar con el paseo sus últimas reservas de energía y que eso la preparara para ir a la cama. Los procesos normales del sueño solían eludirla.

La gente común y corriente se tumbaba, cerraba los ojos y controlaba la mente consciente por unos instantes. Se hacían las listas y las tareas

quedaban identificadas; los sucesos de la jornada, analizados, y el día siguiente, organizado. Pero, entonces, algo mágico ocurría cuando la mente tomaba el control y expresaba sus propios pensamientos. Sobrevenía un delicioso estado fronterizo, donde el durmiente dejaba de ser el conductor y se convertía en un pasajero guiado por su propia mente hacia la inconsciencia.

Para Kim, el viaje de A a B solo podía suceder cuando el agotamiento era absoluto. Y los sucesos de la noche seguían revoloteando en su cabeza.

Por supuesto, no habían ido a la calle Tavistock a interferir. En la morgue tenían una chica muerta que necesitaba respuestas, pero ¿cómo podía, bien consciente de lo que estaba ocurriendo, quedarse en el portal registrando números de matrícula a sabiendas de que una niña estaba siendo entregada, como cordero sacrificial, a un pervertido a quien le gustan las niñas? Era evidente, en los ojos de la mocita, que no estaba ahí por su propia voluntad.

Kai Lord no era estúpido. No se le dificultaría mucho sumar dos y dos y hacer cuatro. Se enteraría de que había sido ella quien había interferido en la transacción, y eso, probablemente, le había costado un montón de dinero.

Sonrió para sus adentros. Vaya, qué pena. Definitivamente, eso no le quitaría el sueño.

La sonrisa se le borró del rostro cuando oyó ruido en la puerta principal. Inclinó la cabeza, atenta a cualquier sonido posterior. Nada. Fue a la cocina y sacó del cajón un cuchillo de trinchar. Apagó la luz del salón, llegó a la puerta principal y puso a Barney firmemente detrás de ella.

Se quedó en la oscuridad del vestíbulo mientras veía alrededor, a través de la puerta, pero no descubrió ninguna sombra tras el cristal en forma de medialuna de la parte superior. Los cerrojos seguían echados, y la cadena, aún asegurada al marco.

Dejó el cuchillo sobre la mesa y abrió la puerta principal. Miró el suelo. Diez minutos antes, sus pies habían sido los únicos en pisar la nieve fresca. Ahora podía ver, con toda claridad, una segunda serie de huellas que se acercaban y alejaban.

Salió, cerró la puerta, y siguió las pisadas hasta el final de la calle, donde, simplemente, se interrumpían.

De modo que a su visitante le habían salido alas y había echado a volar, o bien, había aparcado lejos de la casa.

Kim inspeccionó rápidamente el entorno. Solo un puñado de luces iluminaban la tranquila calle, todas detrás de pesadas cortinas para alejar el frío. El ruido de un coche deteniéndose a un lado de la calle difícilmente habría provocado espectadores o miradas inquisitivas.

Se frotó los brazos desnudos y caminó de vuelta a casa. Cerró la puerta con llave y encendió la luz.

Entonces lo vio.

A través del buzón, habían echado una hoja de papel. Después de haber flotado un poco, ahora reposaba en el suelo.

Se agachó para recogerla y le dio la vuelta. El papel solo decía un nombre. Kim frunció el ceño mientras iba a buscar la correa de Barney.

Si esto tenía algo que ver con la muerte de Kelly Rowe, alguien relacionado con la investigación sabía dónde vivía Kim.

# Capítulo veinticuatro

—Venga, chicos y chicas, ¿estamos cómodamente sentados? —preguntó Kim con las nalgas apoyadas en el escritorio desocupado.

Todos asintieron.

Acababan de llamarla de la recepción, así que, según sus cálculos, tenía aproximadamente dos minutos para aclarar las cosas.

—Jefa, algo no anda bien con el lugar de los Robertson. A las chicas las meten y sacan en un transporte…

—Vale, Kev, solo dame un minuto para…

—Los dueños ni siquiera nos han permitido hablar con un par de mujeres para ver si…

—Muy bien, Kev, solo quiero compartiros algo…

—Hola, compañeros —dijo una voz desde la puerta.

Kim refunfuñó por dentro. Obviamente, el tipo había subido las escaleras más rápido de lo que ella había calculado.

Todas las cabezas se volvieron hacia el desgarbado hombre vestido con un pantalón negro liso y una camisa de cuadros abierta por el cuello. La correa de un bolso le cruzaba el pecho, en diagonal. Llevaba los rizos rubios bajo una pañoleta verde de teñido anudado.

—Chicos, ¿os acordáis del sargento detective Penn, de Mercia Occidental?

Dawson y Bryant asintieron suspicaces, mientras que Stacey simplemente frunció el ceño. Había oído su nombre y sabía de la colaboración del sargento en el caso de los crímenes de odio, el que había estado a punto de costarle la vida, pero no lo conocía en persona.

—Ha accedido a venir a ayudarnos por un tiempo —dijo Kim.

En la policía, las comisiones de servicio caían en tres categorías: por despliegue en el extranjero, por despliegue en misión o en virtud del artículo 97 de la Ley de la Policía, que cubría la necesidad de conocimientos especiales.

—Necesito alguien que nos sirva de enlace con los equipos que estén allá fuera, recopilando información acerca de Kelly Rowe…

—¿Así que me va a reemplazar? —preguntó Dawson.

—… y quiero alguien capaz de analizar datos…

—¿Así que me va a reemplazar? —preguntó Stacey.

Penn se quedó en la entrada, observando divertido el intercambio.

—… y alguien que conozca bien la zona —dijo Kim.

Hacía siete años, a los veintitrés, Penn se había mudado de Halesowen a West Hagley. Cuando Woody, generosamente, puso el caso del bebé abandonado en los escritorios del equipo de Kim, ella insistió en la necesidad de contar con otros dos agentes. El jefe había accedido a darle uno, a lo que ella había respondido solicitando, específicamente, la ayuda de Austin Penn.

Bryant se puso de pie y fue hacia él con la mano extendida.

—Bienvenido al equipo, Penn —dijo amablemente.

La actitud de Bryant fue como el botón de actualización de la mínima cortesía, puesto que Dawson y Stacey se levantaron para estrecharle la mano.

—¿Dónde quieres que me ponga? —preguntó Penn, y entró en la sala.

Ella señaló el escritorio desocupado, de donde acababa de levantarse, y fue a situarse junto a la cafetera, al frente de la sala.

—Bien. Penn ha obtenido ayer sus claves de acceso y ya ha empezado a trabajar remotamente. —Asintió hacia él.— ¿Hay algo relacionado con Kelly en los vídeos de vigilancia?

Él hizo una mueca mientras se quitaba el bolso y colgaba el abrigo en el respaldo de la silla.

—Cerca de ahí no hay cámaras de las autoridades locales. He comprobado tres gasolineras en las inmediaciones, pero no captaron nada, en tanto que las cámaras de un depósito de madera, que cubren por completo la senda peatonal, no están funcionando. —Todos rezongaron.— ¿Quieres que amplíe la búsqueda, jefa? He estado trabajando en un radio de poco menos de mil seiscientos metros.

Kim le agradeció ese rápido acatamiento a su autoridad. Travis era su verdadero jefe. Ella negó con la cabeza. No tenía sentido. Cualquier cosa

que captaran fuera de la escena del crimen sería inútil.

—Para recapitular lo visto desde ayer: sabemos que Kelly Rowe era una de las chicas de Kai.

—¿Hay algo que conecte a ese tipo con el asesinato de Kelly? —preguntó de inmediato Dawson.

Vaya, cómo le gustaría a Kim que hubiera esa conexión.

—Todavía no —contestó—. La madre no sabía nada de la nueva profesión de Kelly. Creía que su hija trabajaba hasta tarde en un bar. Encontramos una libreta de pagos al proxeneta. Ahora creemos que se trataba de Kai Lord…

—Madre santa, para ser una primeriza, no pudo haber caído en peores manos —dijo Dawson.

Kim continuó:

—Por lo que parece, estaba desesperada por conseguir dinero y le aceptó un préstamo sin comprender las verdaderas repercusiones. La tasa de interés era exorbitante; sin embargo, trabajó con ahínco y estaba cerca de terminar de pagar.

—Siempre hay alguien dispuesto a aprovecharse —dijo Stacey.

Kim asintió.

—Sin duda, pero con lo que estoy luchando en este momento es con el vínculo obvio entre Kelly y Kai Lord. No puedo ver dónde se habrían cruzado sus caminos de manera natural. Antes de volver a mudarse con su madre, Kelly alquiló un piso reformado en una calle decente de Netherton. No estaba cerca de Hollytree ni de la calle Tavistock. Así que debe de haber sido un intermediario quien los puso en contacto.

—Voy a investigar un poco —ofreció Penn.

—También tenemos una pista de un cliente que trabaja con niñas y, aparentemente, es un poco raro —dijo, haciendo énfasis en la palabra *raro* —. Nos pondremos en camino al centro comunitario de Hollytree para ver si alguien lo conoce. Además, recopilamos números de matrículas de posibles clientes y testigos.

—Eso no fue todo lo que hicimos anoche, ¿o sí, jefa? —preguntó Bryant, enarcando una ceja.

—Hubo un intento, por parte de uno de los secuaces de Kai, de entregar una niña al cliente al que le gustan las jóvenes. Por fortuna, la transacción se frustró —explicó.

—¿Qué le hiciste, jefa? —preguntó Dawson.

*¿Por qué estaría asumiendo que Kim le había hecho algo?*

Bryant sonrió.

—Digamos que en el campo de rugby me han placado con más delicadeza.

—Epa —se defendió ella—. Tenemos la matrícula del cliente, ¿o no?

Y, para un día completo, esto era todo lo que tenían de ayer. Si hoy no lograban verdaderos avances en el caso, ya no sería solo la prensa quien iría tras su sangre. Woody estaría a la cabeza.

—Entonces, Kev, ¿ha habido algún avance con nuestro niño?

—¿Nuestro niño, jefa? —preguntó él con una sonrisa ladeada y Kim entrecerró los ojos—. Lo siento. Como te dije antes, quisimos hablar con las chicas de Robertson…

Kim asintió. Era de todos conocido que esa fábrica empleaba mujeres rumanas en un alto porcentaje. Ella también habría comenzado pro allí.

—Los jefes no nos concedieron ni un minuto con ellas. Volvimos más tarde solo para ver que se las llevaban de ahí en un minibús.

Kim frunció el ceño.

—¿Volvisteis?

Dawson asintió.

—Volvimos a intentarlo.

—Vale, pero, si no habéis tenido suerte, echad la red más lejos.

*Él asintió en señal de que estaba de acuerdo.*

Kim se sacó del bolsillo una hoja de papel y se la dio a Penn. Él la miró y leyó en voz alta.

—Lauren Goddard.

Kim se encogió de hombros ante la perplejidad de todos.

—Yo tampoco tengo ni idea, pero esa nota me la dejaron en casa anoche.

Stacey se quedó con la boca abierta, Kev negó con la cabeza y Bryant soltó un taco por lo bajo.

Kim alzó las manos.

—Está bien, chicos, de verdad. Quienquiera que la haya dejado ahí cree que está tratando de ayudar.

—De todos modos, jefa, qué fuerte —dijo Dawson.

Con un ademán, ella ahuyentó las preocupaciones del joven sargento y se dirigió al nuevo recluta.

—Penn, sé que esto no es mucho, pero ve qué puedes averiguar, ¿vale? —Penn asintió y empezó a teclear en su ordenador.— Por otra parte, Bryant te dará la lista de matrículas de anoche. ¿Puedes empezar a conseguir nombres? Dos están marcados. Arranca con esos.

Bryant se sacó el papel del bolsillo interior y fue a dárselo. En ese preciso momento, dos personas aparecieron en la entrada.

—¿Nos ha llamado, seño?

Ella se encogió ante ese «seño», pero les hizo un gesto para que entraran.

El de mayor edad entró en la sala, pero el más joven se quedó en la puerta. Los dos estaban vestidos de negro de pies a cabeza: pantalones de combate, camiseta y el chaleco contra puñaladas de rigor. En ese mismo instante, Kim se acordó de los dos tíos de *La ley y el orden.* El primero parecía curtido pero amable; el más joven era obscenamente bien parecido y parecía esculpido bajo la funda negra.

El mayor se presentó a sí mismo como el sargento Gerry Evans, y a su compañero, como el agente Ian Skitt.

—Gracias por haber venido, chicos. Solo quería hablar con vosotros un poco de la calle Tavistock. Es vuestra área, ¿verdad?

Miró del uno al otro. El agente Skitt seguía en la entrada, sin decir una palabra y mirando al suelo. Kim estaba impresionada por el hecho de que hubiera algunos policías capaces de hacer que el uniforme se viera verdaderamente bien —se fijó en la barriga del sargento Evans—; otros, simplemente no.

El sargento Evans se metió las manos en el chaleco, apoyadas a la altura del pecho.

—Es parte de nuestro rondín —explicó con ese término pasado de moda.

—¿Las chicas os han hablado de nuevos tipos en el escenario?

Evans negó con la cabeza.

—Qué terrible lo de Kelly Rowe. La chica solo quería cuidar de su pequeña.

—¿Notaste en las calles alguna animosidad hacia Kelly?, ¿le conociste algún enemigo?

Se enderezó, como si intentara absorber su generoso vientre.

—Eso no habría importado, teniendo de proxeneta a Kai Lord. Nadie se habría metido con ella.

Pero lo hicieron, pensó Kim.

—Vale chicos. Si llegáis a escuchar algo, nos lo contáis, ¿vale?

—Así será, seño —dijo Evans, y se dirigió a la salida.

Kim tuvo una idea repentina.

—Sargento, ¿le dice algo el nombre de Lauren Goddard?

El sargento Evans puso los ojos en blanco y luego miró a su izquierda. Negó con un lento movimiento de cabeza.

—¿Debería?

—No estoy segura.

Kim se volvió hacia Skitt.

—¿Y tú?

*Él negó con la cabeza y volvió a fijar la mirada en el suelo.*

—¿Es una prostituta? —preguntó Evans.

Kim se encogió de hombros. A esas alturas, no tenía ni idea.

—Puedo preguntar por ahí, si te parece bien. ¿Quieres que averigüe si el nombre significa algo?

—Sí, si pudieras —dijo ella.

—Por supuesto. ¿Sabes que algunas chicas usan un…

—… nombre diferente en las calles? Sí, lo sé.

—Nos haremos cargo, seño —dijo, y los dos salieron de la sala.

Kim sintió un malestar. Ian Skitt no había sido capaz de levantar la mirada una sola vez.

—Oye, sargento —gritó. La cabeza de Evans reapareció.

—¿Está bien? —preguntó mientras con la cabeza señalaba la puerta.

Evans bajó la voz.

—Es un poquillo raro, creo. No es muy sociable. Se guarda las cosas, pero no es un mal chico.

—Vale, sargento, gracias.

—¿Sabes? —dijo pensativo—, hay un lugar a donde podrías ir: aquel refugio de la calle Pearson. Es un centro de acogida para drogadictos, pero un montón de chicas aparecen por ese lugar cuando andan en busca de una taza de té caliente, un puñado de condones y cosas así.

Kim conocía el lugar al que se refería.

—Vale, ánimo —dijo en cuanto el sargento, después de asentir, desapareció de su vista.

Su joven compañero ya se había marchado.

# Capítulo veinticinco

—Así que ¿qué opinas? —preguntó Stacey en cuanto su jefa abandonó la sala. Kim había subido con el chico nuevo para presentárselo a Woody. Stacey no estaba segura de qué sentir.

Dawson se encogió de hombros.

—Al parecer, uno de nosotros está luchando por su puesto —dijo con toda seriedad—. Es como una escena de *Gladiator,* y solo uno podrá sobrevivir.

Los ojos de Stacey se abrieron de par en par.

—Kev, yo no…

—Déjalo, Stace, no seas tan crédula —dijo él, riendo.

Para ser sincera, quería detestar al chico nuevo. El equipo funcionaba bastante bien sin la ayuda adicional. Ella habría estado encantada de cubrir ambas asignaciones, si la jefa se lo hubiera pedido, pero sabía que Penn había contribuido decididamente a salvarle la vida. Eso era algo que tendría que abordar en cuanto tuviera la oportunidad.

—Así que ¿qué hacemos para averiguar a dónde fue ese minibús? —preguntó Dawson. Daba golpecitos con el dedo índice en el ratón.

La noche anterior, habían girado el coche para salir en persecución del vehículo; sin embargo, se habían visto obligados a permanecer más tiempo en el polígono comercial. A un camión de dimensiones monstruosas le había costado cuatro intentos doblar una esquina para salir a la calle principal.

—Pudo haber ido a cualquier lado —dijo Stacey—. Y, para serte franca, Kev —comentó en voz baja—, no sé qué habríamos ganado con seguirlo. Hasta el momento, nadie ha hecho nada malo.

*Él miró a Stacey con el ceño fruncido cuando Penn volvió a la sala y se sentó en su lugar.* El chico nuevo lanzó una sonrisa perezosa, sin dirigirla a nadie en especial, antes de buscar algo a su derecha.

—¿Tus instintos no van a toda velocidad en este momento? —Ella se encogió de hombros y observó a Penn, que sacaba del bolso unos cascos y

se los ponía en las orejas.— Ayer, los Robertson no nos dejaron hablar con sus empleadas —dijo Dawson.

—Porque estaban apresurados con el pedido que tenían que despachar —dijo, razonablemente.

—Más tarde volvimos para tratar de hablar con ellas, y estaban empaquetadas en un minibús que se las llevó de ahí antes de que tuviéramos alguna oportunidad.

—Sigo esperando el delito, Kev —dijo ella—. En primer lugar, nadie ha muerto. No hay señales de asesinato ni de juego sucio. Es muy probable que tengamos aquí a una madre abrumada que no ha podido hacerse cargo de su recién nacido. Diablos, ni siquiera sabemos si es rumana. Ese chal pudieron haberlo sacado de una tienda de beneficencia. Quizás fue un regalo.

—Es rumana —dijo él, sin alzar la voz, pero decidido.

Stacey negó con la cabeza.

—¿Y estás seguro de eso por…?

—¿De dónde es la ropa del bebé?

—De Matalan —contestó ella.

—¿Y el abrigo?

—De Primark —dijo.

Una de las primeras tareas de la lista había sido la identificación de la ropa.

—¿Alguna lesión?

Ella negó con la cabeza y echó un vistazo a Penn, que no se había vuelto a mirarlos ni una sola vez. Stacey le agradecía que no intentara inmiscuirse en lo que estaban discutiendo, a pesar de que sospechaba que podía oír sus voces por encima de la música.

—Así que el niño estaba bien cuidado; no había sido maltratado por alguien de escasos recursos —dijo Dawson.

Ella asintió. Estaba de acuerdo.

—Así que lo que no encaja es el chal.

—¿Por qué no?

—Porque este era un niño amado, Stace. Su madre lo cuidaba muy bien. Ahora figúratela abandonándolo para siempre. En su mente, nunca más

volverá a verlo. No puedes dejar una nota porque no quieres que te encuentren. ¿Qué es lo único que puedes hacer, entonces?

Ella entendió lo que su compañero trataba de decirle.

—Darle al niño un objeto personal —suspiró.

*Él asintió.*

—Por eso creo que la manta es importante —dijo, y cogió las llaves del coche—. Así que salgamos a resolver esto.

Stacey cogió su mochila y siguió a Dawson hacia la puerta. Al salir, hizo a Penn una señal de asentimiento. Casi habían llegado a las escaleras cuando le dio a Dawson un golpecito en el hombro.

—Dame un minuto, Kev, ¿vale? Ahora te alcanzo.

Dawson frunció el ceño, se encogió de hombros y empezó a bajar las escaleras.

* * *

Ella regresó a la sala de la brigada y se situó a un lado del escritorio de Penn.

—Hola —dijo, y enarcó una ceja—. ¿Podrías…? —preguntó, señalando los cascos.

—Claro —dijo él. Se los quitó y los puso encima del escritorio.

Stacey no estaba segura de lo que quería decirle. Solo sabía que necesitaba comunicarle algo.

—Escucha, acerca del caso…, de tu participación…, esto de haber descifrado la invitación y…

*Él movió la mano, como barriendo las palabras.*

—Solo hice mi trabajo, Stacey, y estoy encantado de que todo haya salido bien y que te hayamos traído de vuelta sana y salva.

El tono alegre y despreocupado en esas palabras quitaba hierro a la seriedad de la situación. Habían pasado dos meses, ella lo sabía, pero, en su mente, los sucesos seguían siendo monumentales. No era lo mismo en la cabeza de él, evidentemente.

Penn echó un vistazo a sus cascos.

—¿Es todo? —preguntó—. Es solo que tengo que volver…

—Por supuesto —dijo Stacey, desconcertada.

De algún modo, había esperado otro tipo de conversación entre los dos.

Se sacudió el asunto y salió de la sala. Vaciló y retrocedió tres pasos. A pesar de que no había sentido ninguna calidez emocional, no quería verlo metido en un lío con la jefa.

—Eeee… Penn —dijo. Él giró la cabeza hacia ella—. No estoy segura de que la jefa apruebe que escuches música durante las horas de trabajo —dijo, no sin malicia.

*Él negó con la cabeza.*

—No es música —dijo, y le ofreció los cascos.

Ella no escuchó nada.

—¿Usas cascos silenciosos? —Él asintió y se los quitó.—¿Para qué? —preguntó Stacey con el ceño fruncido.

Penn dudó, como si un recuerdo hubiera pasado por su mente. Se encogió de hombros para relegarlo.

—Me ayuda a concentrarme, es todo —dijo.

—Vale, qué guay —dijo Stacey.

*Él se colocó otra vez* los auriculares y volvió a su ordenador.

Con cierta sensación de rechazo, Stacey se dirigió a las escaleras. Hizo un esfuerzo por recordarse que Penn no era parte del equipo. *Él t*enía su propio equipo. Simplemente, lo habían tomado prestado para que les echara una mano. Regresaría con sus compañeros. Era muy probable que ni siquiera volviera a verlo.

* * *

Cuando llegó con Dawson, que la esperaba al pie de las escaleras, aún tenía el presentimiento de que en Penn, el chico de la pañoleta, había mucho más de lo que se notaba a simple vista.

—¿Está todo bien? —preguntó él. En ese momento, el teléfono del sargento empezó a sonar. Frunció el ceño al leer la pantalla.

—Dawson —contestó, renunciando al habitual «pasa», que usaba con los conocidos.

Su ceño se convirtió en una mueca de sorpresa y, otra vez, en su propio ceño. Con los puros labios, dijo «Keats» a Stacey. El forense solía llamar solo a su jefa, o, cuando mucho, a Bryant. Pero nunca a ninguno de ellos dos.

«Lo siento, pero ¿qué tiene esto que ver con…?», lo oyó decir.

Cuando Dawson escuchó la respuesta, su mandíbula se aflojó.

—Entiendo —dijo—. Estamos de camino.

—¿Qué dem…? ¿Dónde…?

—Tengo la impresión de que te has equivocado, Stace —dijo con una sonrisa tensa.

Ella se quedó esperando la explicación.

—Al parecer, alguien ha muerto, después de todo.

# Capítulo veintiséis

—Venga, pruébatelo —la instaba Roxanne. Ellie tocó el hombro de la cazadora vaquera. En la espalda tenía una mariposa estampada.

—No puedo —dijo Ellie, negando con la cabeza. Aun con el dinero que le robaron, no habría podido comprar la prenda. Su madre le habría dicho que en el armario ya tenía dos chaquetas en perfecto estado. Que Ellie alegara que ya tenían dos años y que le apretaban en los brazos habría provocado una discusión acerca de lo desagradecida que era.

—Hala, venga —dijo Roxanne con una sonrisa. Llevaba los brazos cargados de vaqueros, jerséis y dos pares de botas—. Es solo un poco de diversión. No me gusta meterme sola en los vestuarios y tú podrás decirme cómo me queda todo esto.

Ellie asintió. Había algo surrealista en toda esta situación. Comprar en Primark un lunes por la mañana no era algo que hubiera hecho nunca con su madre. Durante los últimos dos meses, antes de que empezaran los exámenes, todas sus amigas habían estado entrando y saliendo del colegio, pero ella no le encontraba sentido. Eso solo la conduciría a un futuro que no deseaba. A estas alturas, su madre ya debería estar enterada de que no había ido a clases, y Ellie tenía la esperanza de que ella se diera cuenta de que esto era más que una rabieta.

Estar con Roxanne era divertido, indebido y un poco emocionante. Esta mujer no era una figura maternal; era demasiado joven y guapa para esa etiqueta.

Ellie era lo suficientemente sincera para admitir que se sentía halagada por las atenciones que recibía de esta mujer tan glamurosa y segura de sí misma. Roxanne no solo parecía disfrutar de su compañía, sino que la trataba como a una adulta; y escuchaba cualquier cosa que tuviera que decir. No ponía los ojos en blanco ni hacía con la boca un gesto de tolerancia comedida. Ellie no sentía que, mientras hablaba, Roxanne estuviera recopilando mentalmente la lista de la compra semanal.

Roxanne descorrió la cortina de un cubículo y ordenó la ropa en dos pilas. Detrás de ellas apareció una empleada.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarles?

—No es necesario, muchas gracias —dijo Roxanne con tono amable—. Solo estamos haciendo unas pequeñas compras.

—Me habría gustado tener una hermana mayor como usted —rio la empleada.

Roxanne miró a su compañera con los ojos muy abiertos, divertida con esa suposición; y antes de que Ellie pudiera corregir a la empleada, tiró de la chica y le alborotó el pelo.

—Lo merece.

La empleada sonrió y se alejó.

—Venga, esta pila es la tuya —dijo, y le entregó un montón de prendas.

Ellie abrió la boca para protestar, pero Roxanne ya estaba detrás de una cortina.

Se metió en el siguiente cubículo y se quitó los vaqueros. Se puso entonces los pantalones, que se sentían crujientes al contacto de su piel. Escogió una camiseta rosa estampada con un lazo moteado. Nada apta para las condiciones meteorológicas, pero divertida.

Estaba a punto de quitársela cuando Roxanne le pidió que saliera.

Ellie descorrió la cortina y la mujer aplaudió encantada.

—Vaya, estás adorable. Date la vuelta.

La niña rio entre dientes. Se regocijaba con la delectación que veía en el rostro de su amiga. Era difícil no sentirse atrapada por la contagiosa excitación de la mujer.

Se cambió la camiseta y se puso la chaqueta. Cuando salió, Roxanne traía en la mano unos zapatos con lazos negros y sin tacón.

—Toma, pruébatelos.

Ellie se los puso y se sintió como una niña de catorce años. Pero qué seductora era la sensación de la ropa nueva en su piel.

—Estás preciosa —dijo Roxanne mientras se recogía el pelo en una cola de caballo. A sus espaldas, por el espejo, la niña la vio sacudirse la cabeza —. Hoy, las niñas están demasiado ansiosas por crecer. La juventud es algo

que debe disfrutarse, no algo de lo que debas escapar —añadió, con las manos en los hombros de Ellie.

—Pero tú no te has cambiado de ropa —dijo la niña al reflejo de Roxanne.

La mujer se llevó un dedo a los labios.

—Todos los vaqueros que escogí me van un poco apretados. Habrá sido lo que hemos comido.

Ellie rio.

Roxanne le dio unos golpecitos en los hombros.

—Vale. Cámbiate, entonces. Dame esa ropa y la devolveré. Después tendremos que ir a tomar algo. Ir de compras da sed.

Ellie lo hizo: se cambió y le entregó la ropa a su nueva amiga.

Mientras se ponía sus viejas prendas, tuvo la sensación de que estaba jugando a hacer novillos de su verdadera vida. Todos sus problemas, todas sus preocupaciones, seguían existiendo, solo que no aquí. Sabía que tendría que afrontarlos en algún momento, pero no estaba lista para dejar esto. Todavía no.

Salió de los vestuarios y miró por encima de los percheros en busca del pelo rojo de Roxanne. La descubrió cerca de la entrada.

En cuanto estuvo cerca, notó que la mujer llevaba unas cuantas bolsas marrones de Primark.

Roxanne sonrió y se las tendió.

—Feliz cumpleaños —dijo sonriendo.

Ellie negó con la cabeza.

—Pero no puedo. Quiero decir, no es…

—Los regalos han llegado anticipadamente. Para entonces, estarás en casa, así que he tenido que hacerlo ahora.

—No, Roxanne, de verdad, no puedo aceptar…

—Ellie, por favor. Quiero darte este regalo. Me siento fatal por lo que te ocurrió el sábado. Eso no habría sucedido si no te hubiera pedido que vinieras a encontrarte conmigo. —Levantó las manos.— Es lo menos que puedo hacer, así que, por favor, solo olvídalo. No ha sido mucho dinero, y cualquier otro argumento será para mí una ofensa, ¿vale?

Ellie cerró la boca. Ofenderla era lo último que querría hacer.

—En marcha. Tengo la boca seca. Necesitamos beber algo.

Roxanne se dirigió al Starbucks, en el centro comercial contiguo.

—Consigue una mesa —pidió a la niña—. ¿Capuchino o batido?

—Capuchino —contestó Ellie, sintiéndose muy refinada.

Cuando Roxanne se puso a la cola, la niña se sentó en una de las mesas junto a la ventana. Echó un vistazo a las bolsas y descubrió que también le habían puesto algunos paquetes de ropa interior y calcetines. Se preguntaba cómo podría restituir la bondad de esta mujer.

Alzó la vista hacia ella. Ahora estaba a la cabeza de la cola, esperando las bebidas. La vio buscar algo en el bolso, sacar el móvil, deslizar el dedo por la pantalla e intentar volver a guardarlo. También la vio sacar un billete de cinco libras y entregárselo al cajero.

Ellie sintió que las emociones se le atascaban en la garganta.

Roxanne dejó las bebidas sobre la mesa y llevó la bandeja al mostrador.

La niña esperó hasta que la mujer estuviera sentada.

—Roxanne, no tienes que hacer eso, y lo sabes.

Roxanne la miró sin comprender.

—¿Hacer qué?

—Consultar tu móvil en secreto. No puedes ocultar el hecho de que mi madre no ha llamado para ver cómo estoy.

La mujer se sonrojó y desvió los ojos.

—Mira, podría haber cientos de explicaciones.

—Dame una —la desafió Ellie—. Dime una sola buena razón por la que no ha llamado para saber que estoy bien.

Roxanne abrió la boca y volvió a cerrarla.

Ellie sabía que no había respuestas, razones ni excusas. Llevaba cuarenta y ocho horas lejos de casa y a su madre le daba igual.

Roxanne sacó el teléfono del bolso y se lo tendió.

—Quizás deberías llamarla y…

—Gracias, Roxanne, pero no —dijo Ellie, moviendo la cabeza de un lado al otro.

Si ese era el juego que su madre quería jugar, que la partiera un rayo si hablaba primero.

# Capítulo veintisiete

Kim se detuvo en la hilera de tiendas a la entrada de la urbanización Hollytree. De inmediato pensó que el término *centro comunitario* había sido aplicado muy a la ligera a la antigua consulta del médico. Desde su punto de vista, el título solo reflejaba una aspiración.

El vestíbulo era del tamaño de un ascensor pequeño. De las paredes, a izquierda y derecha, colgaban *collages* de carteles manuscritos, algunos de los cuales estaban rasgados o pintarrajeados con símbolos fálicos.

—Qué elegante —observó Bryant mientras empujaba la pesada puerta de cristal.

Kim entró en lo que, por lo visto, había sido la recepción del quirófano. Un mostrador dominaba el lado izquierdo. Tenía encima una caja para desechar agujas y un recipiente lleno de paquetes de preservativos. En el lado derecho de la habitación estaban las puertas de los dos baños, ambos marcados con rotulador negro. En una esquina había un televisor pequeño, pero la imagen se desplazaba cada tres segundos. Más allá de la puerta podía verse una urna de metal con tazas de plástico y un tarro de café barato.

Un joven larguirucho dejó lo que estaba haciendo en su móvil para mirarlos. Debajo de su camisa asomó un tatuaje que trepaba hasta el cuello. Sus ojos parecían alerta y desconfiados.

—Maldita sea —oyeron decir en una habitación pequeña, detrás de la recepción.

—Hola —dijo Bryant.

En la entrada apareció un segundo hombre. Kim le calculó una estatura igual que la suya, de uno setenta y seis, y casi cuarenta años. Tenía el pelo rubio, un poco largo, y su mentón estaba punteado con una barba de dos días. Vestía ropas informales: sudadera y vaqueros.

Entrecerró los ojos.

—¿Puedo ayudarlos en algo?

—¿Hay alguien con quien podamos hablar?

Él asintió.

—Sí, uno de ustedes venga aquí atrás.

—¿Uno de nosotros? —preguntó Bryant.

—Eche un vistazo y entenderá lo que le quiero decir.

Kim rodeó el mostrador y miró. El lugar medía un metro y medio de ancho y alrededor de uno ochenta de largo. Pegada a una de las paredes había una barra de cocina recortada. El espacio estaba lleno de carpetas, papeles y un ordenador anticuado con las tripas fuera. Dos sillas plegables llenaban el resto del espacio.

Kim cogió una de las sillas. El hombre se sentó en la otra. Bryant se quedó asomado junto a la puerta.

—Soy Tim Price. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Somos detectives —dijo Bryant, y sacó su identificación.

—Claro, ya me lo había figurado —comentó con una sonrisa.

—¿Problemas? —preguntó Kim, que miraba las entrañas del ordenador.

Él asintió.

—La pantalla azul de la muerte. Esta máquina tiene siete años y menos memoria que un móvil decente.

Kim evaluó los componentes y negó con la cabeza.

—Sí, quizás sea la hora de desistir y comprar otra.

—Por supuesto, inspectora, iré a arrancar mil libras del árbol de dinero que tengo en el jardín.

Kim se encogió de hombros.

—A veces, uno simplemente tiene que aceptar que algo ya no sirve.

—Y a veces tienes que recordar que no debes renunciar a algo solo porque no es perfecto.

—Me parece justo —dijo, y echó un vistazo alrededor—. ¿Y esto es lo que hacen aquí: reparar cosas descompuestas?

—No. Ofrecemos un lugar para que los pobres desgraciados puedan venir a tomar un café.

—¿Qué clase de «pobres desgraciados»? —le preguntó con las mismas palabras.

—Drogadictos, vagabundos. Las prostitutas vienen por los preservativos gratis.

A Kim le quedó claro que estas instalaciones no estaban financiadas por el ayuntamiento. No había ninguna señal reglamentaria ni indicios de que se tuvieran consideraciones de salud y seguridad.

—¿Usted dirige este lugar?

Tim negó con la cabeza.

—Ninguno de nosotros lo dirige.

—¿Quiénes son «nosotros»?

—Ciudadanos de la localidad que creen que la caridad empieza en casa. El centro abre dos días a la semana. Todos donamos medio día.

—¿Para hacer qué? —preguntó incrédula. Era difícil de creer que alguna cosa positiva pudiera salir de este lugar.

—Ofrecemos una taza de café, una aguja limpia, condones, el uso de un ordenador —miró acongojado el desorden sobre la mesa—, a veces. Y, sobre todo, consejos. Asesoría legal, en ocasiones; en otras, hospedaje, prestaciones, oportunidades de empleo… Lo que podamos.

—Vale, si la caridad empieza en casa, pregúntele al colega de allá fuera, en caso de que haya terminado de tuitear, qué está haciendo con el móvil de pantalla táctil financiado por la beneficencia —sugirió Bryant.

Desconcertada, Kim se volvió hacia su colega. Tim se puso de pie y pasó a un lado de Bryant.

—Oye, Len, dame el teléfono un segundo.

Len se levantó y trajo el móvil.

Tim volvió a la habitación y pasó por todas las pestañas abiertas.

—Como verá, todos los sitios que ha activado son de empleo, agente. Por lo general, se sienta pacientemente ante el ordenador mientras el aparato se queja y cojea de sitio en sitio, pero, ya ve, en este momento no se puede usar. —Le devolvió el móvil a Len, quien se alejó como deambulando. Volvió a sentarse.— Por cierto, agente, el móvil es mío. Ahora, ¿en qué puedo ayudarlos?

La voz de Tim se había enfriado un par de grados.

A Kim le llamó la atención la ironía de que, por una vez, fuera Bryant, y no ella, quien cabreara a alguien.

—Mire, estoy segura de que mi colega no quería decir nada…

—Por supuesto que lo hizo. El hombre de allá fuera cumplió su condena y, durante dos años, ha estado luchando contra la posibilidad de volver a su antigua vida. Tiene una hija pequeña y está desesperado por mantenerla con todas las de la ley. Debido a su apariencia, lo rechazan en todas las entrevistas, y, aun así, sigue viniendo, cada vez que puede, para tratar de permanecer en la legalidad.

»En el trabajo que ustedes hacen, ¿no es eso lo que se espera?: ¿que la gente aprenda de sus errores y trate de vivir una vida mejor?».

—Vale, vale —dijo Bryant, y levantó las manos—. Acepto que, de vez en cuando, puede haber excepciones.

Tim pareció calmarse y el enrojecimiento de su cuello empezó a ceder.

—Y yo acepto que probablemente usted tenga razón. Pero resulta que, para mí, cada excepción merece la pena.

Los dos hombres se miraron y a Kim le pareció que habían llegado a un acuerdo. Ella entendía por completo el punto de vista de Bryant. Su campo laboral no solía ponerlos en contacto con muchos tipos reformados.

—Tim, ¿Kelly Rowe venía mucho por aquí?

—Había empezado a hacerlo durante las últimas dos semanas. Nunca venía al club de la cena, pero aparecía algunos martes y jueves para ayudar. Creo que se sentía un poco sola.

Kim pensó en todos los secretos que Kelly escondía a su madre y no se sorprendió, en absoluto.

—¿Qué hacía aquí? —preguntó Bryant. El lugar no era, precisamente, un hervidero de actividad.

—Escribía cartas. Era una chica educada y ayudaba a algunos de los demás a llenar solicitudes de empleo. Eso es lo frustrante con todas estas señoras, agente: no son estúpidas, en ningún sentido. —Cogió una carpeta roja de contabilidad.— Este balance lo he tenido que revisar durante dos días porque no cuadraban las cuentas. A Sal, una de nuestras señoras más experimentadas, le tomó un par de minutos encontrar el lugar, tres páginas atrás, dónde yo había traspuesto dos cantidades. Esta mujer me enseñó a llevar las sumas página por página, para que los pequeños errores no fueran acumulativos.

—Esa es Sal, sí —dijo Kim.

—¿La conoce?

—Sí, sí —contestó. Se acordaba de cuando Sal había conseguido un trabajo a tiempo parcial entregando periódicos, y cada semana separaba sus ganancias en sobres usados, cada uno con su propio título.

Lamentó el día en que la mujer descubrió los consuelos del alcohol.

—¿Qué sabe de la relación entre Kelly y Kai Lord?

—Que ella le tenía terror.

Kim sabía que, en ocasiones, las relaciones entre los chulos y las prostitutas eran abusivas; que a veces estaban definidas por la violencia y que a veces se usaban la intimidación psicológica, la manipulación, el hambre, las violaciones grupales, el confinamiento y la violencia implícita contra los miembros de la familia.

—¿Sabe que a menudo se refieren a él como Jofin?

Kim no lo sabía, pero no tardó ni diez segundos en descifrar por qué. El apodo era una convergencia de dos nombres importados de los Estados Unidos. Los Jonas eran los proxenetas que recurrían a la violencia y la intimidación, en tanto que los Finesse, que en inglés quiere decir ‘finura’, eran conocidos por sus artimañas psicológicas.

—¿Sabe usted alguna cosa que pudiera haber contribuido a su asesinato?

—El otro día escuché algo, pero no es más que un rumor. Por casualidad, escuché a un par de chicas decir que Kelly tenía planes de rebotar.

Kim ya había oído ese término. Se decía cuando una prostituta era transferida a otro chulo. El nuevo compraba la deuda original, y entre los dos proxenetas se acordaba un «impuesto de transferencia».

—¿Tiene alguna idea de con quién planeaba mudarse?

Tim negó con la cabeza.

—Como le he dicho, ha sido solo un fragmento, algo que escuché por ahí.

Kim se preguntaba distraídamente si Kai Lord había descubierto las intenciones de Kelly. Había muchas transferencias, y sucedían sin el menor incidente, pero la verdad era que a ningún chulo le gustaba ver dañado su

orgullo. ¿El descubrimiento de sus proyectos habría cegado de furia al tipo, hasta el punto de hacerle una docena de agujeros en el cuerpo?

—¿Se le ocurre algo más? —preguntó Kim.

Él se quedó pensativo por unos segundos.

—¿Sabe, inspectora? Kelly no encajaba. Es difícil etiquetar a una prostituta en un tipo determinado, porque hay cientos de razones para que las mujeres elijan esta profesión, pero ella tenía algo. La vida en la calle aún no la había endurecido. Era amable, educada, servicial y compasiva. Según entiendo, solo estaba tratando de salir de un agujero.

—¿En estos días ha oído algo acerca de algún bicho raro?

—¿Podría ser más específica? —preguntó él.

Kim negó con la cabeza.

—Por lo visto, le gustan las niñas, o algo así.

Él asintió.

—He oído hablar de él. A las chicas no les importa. Al parecer, es rápido —dijo de forma significativa.

—¿Tiene algún nombre?

Él negó con la cabeza.

Kim asintió y se puso de pie. Le entregó una tarjeta de visita.

—Si se le llegara a ocurrir alguna otra cosa o si llegara a escuchar rumores por ahí, llámeme.

—Eso haré, inspectora. Kim giró y Bryant se apartó de la puerta.

—Oiga, ese buen chico suyo se ha dado a la fuga con su teléfono —dijo Kim.

Tim puso los ojos en blanco.

—No, está respetando las reglas y ha salido a fumarse un cigarrillo. Y lo mismo haré yo en este momento, si acaso han terminado conmigo.

Kim volvió a darle las gracias mientras él cogía un paquete de Marlboro Light y una cajita de cerillas.

Lo siguió fuera del minúsculo despacho justo en el momento en que una cara conocida, de rizos cortos y rubios, aparecía en la entrada.

Gemma echó un vistazo y salió corriendo.

—Una sola cosa más —dijo Kim—. ¿El nombre de Lauren Goddard significa algo para usted?

—Claro. Por aquí, todo el mundo sabe quién es Lauren.

—¿Por qué? —preguntó ella, y miró a Bryant con el ceño fruncido.

—Llegó aquí llamándose Jazzy. Era la chica más joven de la calle.

—¿Era? —preguntó Kim, mientras una sensación de terror empezaba a tomar forma.

Él asintió.

—Se suicidó hace unas cuantas semanas.

# Capítulo veintiocho

—¿De verdad crees que tiene algo que ver con nuestro caso? —preguntó Stacey. Seguía a su compañero pendiente abajo hacia el camino de sirga del canal. La tierra helada estaba dura y era implacable bajo sus pies.

Keats había llamado primero a su jefa y ella, en cuanto oyó las palabras «posiblemente rumano», lo había redirigido a ellos.

Dawson llegó al pie de la ladera y se volvió para ofrecerle a Stacey una mano estabilizadora. Ella se la rechazó.

A ambos lados del canal, y hasta donde llegaba la vista, había policías con chalecos amarillos. El puente que habían utilizado era solo uno de los cientos de atajos que los peatones y ciclistas usaban para llegar al canal.

Stacey vio a cinco hombres de mono blanco alrededor de la diminuta figura de Keats.

Al llegar al cordón, un policía les ofreció dos pares de zapatillas azules. Se las pusieron rápidamente y se dirigieron al grupo.

Keats terminó de hablar con el fotógrafo y fue hacia ellos.

—Dawson, Wood, os presento a nuestro cliente —dijo, apuntando hacia la maleza alta.

Medio sentado y medio acostado entre las hierbas, estaba el cuerpo de un hombre. Aún brillaban en su ropa los restos de la nieve que lo había cubierto.

—¿Así lo encontraron? —preguntó Stacey. La postura daba la impresión de estar escenificada.

Keats asintió.

—Parece dormido —notó ella. Resistía el impulso de agacharse y sacudirle el brazo.

—Ese pudo haber sido el problema —dijo Keats.

—¿Crees que es un vagabundo? —preguntó Stacey.

Keats se encogió de hombros.

—Este mes ya llevamos dos: uno en Dudley y otro en Stourbridge.

—Supongo que aún no tenemos la causa de la muerte —observó Dawson.

Keats negó con la cabeza.

—Nada obvio, por el momento. No hay puñaladas ni signos claros de traumatismos o violencia.

Stacey podía sentir que el interés de Dawson menguaba. Los signos apuntaban a que un vagabundo se había quedado dormido y había muerto de frío. A diferencia de su colega, Stacey no pudo evitar que su mente divagara hacia los motivos por los que el hombre era un vagabundo, hacia las razones por las que se había quedado dormido a un lado del canal.

—Mencionaste un cuaderno —dijo Dawson.

Keats asintió y se agachó para recoger un sobre transparente de pruebas. Dentro había un cuaderno pequeño.

Dawson cogió la bolsa y examinó el forro A6 de cuero. La tela estaba vieja y desgastada. Una banda elástica ceñía la libreta verticalmente.

—¿Podemos llevárnosla? —preguntó Stacey. A primera vista, no parecía haber circunstancias sospechosas en torno a la muerte del hombre.

Keats negó con la cabeza.

—Los técnicos forenses tendrán que revisarla en busca de huellas dactilares; primero, para tratar de identificar al hombre, y no queremos hacerles el trabajo más difícil añadiendo otras huellas.

—¿Y crees que el contenido del libro está en rumano? —preguntó Stacey.

—Así es, de hecho —contestó el forense.

—¿Hablas rumano? —preguntó Dawson dubitativo.

—En absoluto, sargento. En la segunda página dice «Rumanía». Digamos que eso lo delató.

Stacey se descubrió sonriendo ante el carácter del forense. Sabía que su jefa había tenido encontronazos con este hombre prácticamente en todos los escenarios criminales que habían compartido, pero también sabía que Kim sentía por él un respeto descomunal.

—¿Alguna idea de cuánto tiempo…? —preguntó la agente con ingenuidad. Dawson movió la cabeza de lado a lado.

—Ay, agente, agente —dijo Keats, frunciendo los labios—. Dado que esta es tu primera vez, mi respuesta a esa pregunta será machacarte con mucha suavidad.

—Momento de calma —protestó Dawson—. ¿A qué viene el trato especial…?

—Cuando un cuerpo se ha congelado —explicó Keats, sin hacer caso al compañero de Stacey—, las bacterias no tienen cómo crecer ni los insectos pueden atacar. Esos son los indicadores razonablemente precisos del momento de la muerte.

»En esta situación, las células están congeladas y paralizan la descomposición. La temperatura detiene el proceso».

—Gracias —dijo ella, cortésmente.

—Buscaré otras pistas en cuanto lo hayamos trasladado a la morgue.

—Eeeee… Keats, no fue así como me hablaste la primera vez que te pregunté por la hora aproximada de una muerte —dijo Dawson de mal humor.

Keats refunfuñó.

—Vosotros siempre esperáis el método del reloj roto, a pesar de que sabéis bien que no funciona y que no es de fiar…

—Claro que lo es —interrumpió Dawson.

Al instante, Stacey sintió que su compañero acababa de meter la pata.

Keats contempló a Dawson durante diez largos segundos antes de decidirse a ofrecerle una muestra de su sabiduría.

—Sargento, uno de mis exámenes prácticos durante el entrenamiento consistió en una puesta en escena: un crimen en un salón. Se trataba de un asunto violento, con salpicaduras de sangre, un reloj descompuesto y destrozado y lividez cadavérica. Para aprobar, tenía que calcular la hora de la muerte con una precisión de sesenta minutos.

—Un poquillo fácil —opinó Dawson.

—En apariencia, para mis compañeros, quienes trataron de empatar los datos físicos con la hora del reloj.

—Una suposición razonable. La pista es poderosa —dijo el sargento.

Keats asintió.

—Siempre y cuando coincida con las pistas del cuerpo.

—¿Qué hiciste, entonces? —preguntó Stacey.

—Descarté ese indicio por completo, querida —respondió en tono gentil.

—¿Por qué?

—Porque no tenía la certeza de que el reloj estuviera funcionando antes del crimen. Mi habilidad radica en deducir las pistas de los cuerpos, no de un reloj.

Stacey lo entendió. Algunas pistas eran útiles, pero otras, no. La clave estaba en identificar cuáles eran cuáles.

—Una pregunta más, solamente —dijo Dawson—. ¿Por qué ella se lleva una explicación elegante cuando, en mi caso, lo único que te faltó fue arrancarme la garganta?

—Porque ella es más bonita que tú —dijo con una sonrisa. Se volvió hacia ella.

—Perdona si no es lo políticamente correcto en estos días, pero no he tenido intenciones de ofenderte.

—No me has ofendido —dijo Stacey.

—Así que ¿cuándo podremos tener copias del contenido? —preguntó Dawson, señalando el cuaderno.

—Las tendréis hoy mismo —contestó Keats.

Ambos le dieron las gracias y se dirigieron al coche.

* * *

—Así que ¿qué piensas? —preguntó Stacey mientras Dawson insertaba la llave en el contacto—. ¿Está conectado con nuestro niño abandonado o no?

Dawson se encogió de hombros.

—Podría ser solo una coincidencia, ya que no alcanzo a ver la conexión entre un bebé abandonado y la muerte de un vagabundo, aunque ambos sean rumanos —dijo. Se esforzó por colarse entre el tráfico.

—¿A dónde vamos? —le preguntó Stacey.

—De vuelta a la comisaría. Hay mucho que averiguar acerca de ese lugar.

Stacey comprendió que se refería a la fábrica de los Robertson. No estaba segura de si la fijación de Dawson por ese lugar surgía de una corazonada o de los obstáculos que les habían puesto en el camino. Él quería entrevistar a las chicas y le habían dicho que no.

Y empezaba a darse cuenta de que a Dawson no le gustaba que le dijeran que no.

# Capítulo veintinueve

—¿Qué demonios tiene que ver un suicidio con nuestro caso? ¿En qué se relaciona Lauren Goddard con Kelly Rowe y quién ha querido que pensemos que esa relación existe? —preguntó Bryant.

Kim negó con la cabeza. Miraba por la ventana del pasajero con los ojos decapando la calle.

—¿Qué espera ganar nuestro informador anónimo trayéndonos un maldito suicidio? —dijo exasperado.

—No lo sé Bryant, a menos que sepa algo que nosotros no.

—Entonces tenía que haberlo dicho, maldita sea —dijo—, en vez de solo…

—Detente —dijo Kim con brusquedad.

Bryant dirigió el coche hacia la acera y se detuvo.

Kim saltó fuera y corrió tres pasos.

—Oye, ¿ya estás otra vez con tus viejos trucos? —preguntó. Agarró a Gemma por el hombro y la giró.

—Coñ… —gruñó Gemma al darse cuenta de quién era.

Kim tuvo que admitir que la chica se vestía como ninguna otra prostituta que hubiera conocido. Su cazadora de mezclilla era demasiado delgada y sus zapatillas deportivas tenían, en los costados, manchas negras que revelaban la absorción de agua.

—¿Estás buscando clientes a esta hora del día?

Gemma miró a la izquierda, luego a la derecha. Al comprobar que no tenía escapatoria, encaró a Kim.

—A veces, en ese mostrador ponen paquetes de galletas, pero ¿a ti qué te importa?

—*Na,* solo que cualquiera que haya tratado de matarme siempre me ha parecido fascinante —espetó Kim—. Especialmente quienes han demostrado que estaba equivocada.

—Vete a la mierda —dijo Gemma. El lado derecho de su boca se levantó e hizo un gruñido de cachorro.

—¿Qué sabes de una chica llamada Lauren Goddard?

—¿Quién? —preguntó, y arrugó la cara.

Kim recordaba el apodo.

—Jazzy.

—¿La que se suicidó?

Kim asintió.

Gemma se encogió de hombros.

—Era solo una niña, de verdad —dijo—. Dieciséis, creo.

Kim se preguntaba si Gemma advertía lo pequeña que era la diferencia de dos años entre ellas.

—No la conocí bien, pero estaba jodidamente ocupada, si sabes a lo que me refiero —dijo.

—¿Por su edad?

Gemma asintió y trató de dar un paso de lado.

Kim se interpuso en su camino.

—¿Qué me dices de este degenerado que busca niñas?

—¿Rodge el Veloz? —aclaró Gemma.

Kim recordó lo que Tim les había dicho: que el tipo era rápido.

—Me suena. ¿Cuál es su historia?

—Llega rápido, se va rápido. Es dinero fácil. A nadie le importa. Paga bien, considerando…

—¿Considerando qué? —preguntó Kim.

Gemma arrugó el rostro.

—¿Me vas a pagar por este tiempo o qué?

—Digamos que «o qué». También podría detenerte por intento de homicidio. Eso nos daría un montón de tiempo para hablar.

Gemma cambió de expresión por una de aburrimiento.

—Ya lo habrías hecho, no soy estúpida.

Kim dejó eso en suspenso.

—¿Considerando qué? —repitió.

—Es un trabajo manual. Treinta libras por hacerle una paja. Ni siquiera una mamada, solo…

—Vale, dijo Kim.— Entiendo. ¿Por eso te parece un tipo raro?

Gemma asintió.

—¿Qué me dices, entonces, de Kelly Rowe? ¿La conociste bien?

—Lo suficiente. Esa chica estaba bien. Tenía cerebro.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Kim. Gemma no estaba en las calles a tiempo completo; solo cuando no podía timar a alguien para que le diera de comer.

—Me ayudó con una carta para el ayuntamiento. A mi madre habían tratado de quitarle la casa mientras estaba golpeada en el hospital.

—Así que tú sigues aquí, en esto, a pesar de que a una de tus compañeras…

—Oye, no era una puta compañera. En esto no hay compañeras. Sabes que cada profesional va a lo suyo.

—No es que me importe un carajo, pero ¿tienes cómo conseguir algo de comer…?

—¿Vas a cocinar para mí? —preguntó Gemma.

—Claro, lo intenté y mira a dónde fui a parar —dijo Kim.

Se hizo un silencio entre las dos.

Gemma se llevó las manos a los bolsillos.

—Ese tío…, esa noche… Shane…

—No te atrevas —estalló Kim—. No te atrevas a fingir que ese chico te importaba una mierda.

Se volvió y empezó a alejarse, preguntándose si alguna vez el recuerdo de ese cuerpo tumbado en su regazo, empapado en sangre, dejaría de causarle dolores físicos.

Shane había sido una de las primeras víctimas de Alex. Tras haber sobrevivido a los abusos sexuales persistentes de su tío, se había dejado engañar por las promesas de Alex de librarlo del odio que había configurado su vida entera. En lugar de cumplir su promesa, ella lo había destrozado por completo, hasta no dejarle otra salida que la muerte. Y él había escogido morir en casa de Kim, en sus brazos, en el suelo de la cocina, pero no antes de intentar protegerla de Gemma.

Ella nunca hablaba de Shane con nadie, y ciertamente no lo haría con esta chica viciosa que había sido el catalizador de todo aquello.

Ya casi estaba en el coche cuando oyó que Gemma le gritaba a sus espaldas.

—Oye, ¿y cómo demostré que te habías equivocado? —preguntó.

Kim se volvió y le hizo frente.

—Haciendo el trabajo sucio de alguien más, Gemma. De verdad, yo creía que estabas hecha de algo más fuerte que eso.

Kim se sorprendió al ver un destello de dolor en esos ojos.

Bien. Y, ahora, ¿quién coño era Rodge el Veloz?

# Capítulo treinta

Dawson veía a Stacey recogida en su manto de familiaridad. Sentada en el rincón, aporreando las teclas, buscando datos… Estaba justo en su mundo.

Cuando llegaron, Penn ya iba de salida. Murmuró algo acerca de que tenía una pista del último cliente de Kelly Rowe.

Stacey levantó el rostro y se encontró con la mirada de Dawson.

—Deja de mirarme —le dijo.

—Solo me estaba asegurando de que estuvieras trabajando duro —bromeó.

—Estoy bien, Kev. Ahora, déjame en paz.

Él se sentó en su lugar.

—Stace, ¿cómo sabes que ya has tenido suficiente terapia? —preguntó. Él había rehusado todas las ofertas de ayuda cuando le dieron una paliza, pero su caso no era nada comparado con el de Stacey.

Ella volvió a clavar los ojos en la pantalla.

—Simplemente lo sé —dijo con franqueza.

—¿No debería ser el profesional quien decida cuándo estás lista? —presionó.

—Kev, vete a la mierda. No es asunto tuyo, así que…

—De acuerdo. Dejaré de fastidiarte si tan solo me contestas la pregunta.

Stacey lo pensó por un momento.

—Vale. Las primeras semanas estaba muy agradecida por la ayuda. No me opuse. Hablé y hablé, y entonces hablé un poco más. Llegué al punto en que simplemente ya no quería hablar más de ello. Sucedió, sobreviví y se acabó.

Dawson entendía las palabras, pero, aun así, no estaba seguro.

—Stace, la cosa es que, si se tratara de una lesión física, el doctor diría que estás curada, que tus huesos han soldado y que estás en forma y bien. ¿Qué diferencia hay con un analista?

—Para ti, Kev, no es una mala pregunta. Pero déjame preguntarte algo. ¿Qué provoca que sucesos como este se conviertan en parte del pasado?

—El tiempo —contestó él.

Stacey negó con la cabeza.

—No tanto. Son hechos, cosas que sucedieron de verdad. ¿Alguna vez, cuando eras niño, fuiste de excursión?

—Claro.

—Y, cuando volvías por la noche, ¿no tenías la sensación de que habías pasado varios días fuera de casa?

—Sí, pero…

—No era el número de horas. Era lo mucho que habías hecho, cómo te las habías arreglado para que todo cupiera en ese tiempo. Entre mis sesiones, había nuevos acontecimientos que ponían aquel incidente cada vez más lejos en mi pasado, pero entonces tenía que ir y hablar de eso una y otra vez. —Dedicó a Dawson una mirada circunspecta.— Lo que yo necesitaba era que se acabara, Kev —dijo.

—¿Todavía estás asustada? —preguntó él con amabilidad.

— Esporádicamente… Sí, de vez en cuando, pero meterme más terapia no hará que eso desaparezca.

—Vale, ahora dejo de molestarte.

—Qué bien. Deberías ocuparte de tus propios problemas. ¿Cómo está tu santa, por cierto?

—Cabreada —admitió.

Stacey hizo una mueca.

—¿Qué has hecho?

—Das por hecho, automáticamente, que he metido la pata.

Ella lo pensó por un instante.

—Sí.

Dawson se encogió de hombros.

—Es solo que he estado llegando a casa un poquillo tarde, nada más.

Lo miró con seriedad.

—Bien, pues quizás deberías dejar de hacer lo que quiera que esté provocando que llegues tarde a casa.

Dawson se preguntó, por un momento, si Stacey estaría bien enterada de lo que él estaba haciendo al salir del trabajo. Dejó pasar esa idea. No, no podía saberlo.

—Oye, Stace, quizás deberías llamarla. Cuéntale que he estado saliendo contigo —dijo, enarcando una ceja.

—Vete al cuerno, Kev. Ya eres mayorcito como para cuidar de ti mismo.

—Me parece justo —dijo él, sonriendo a medias—. Así que ¿qué has encontrado?

Ella había estado indagando acerca de la familia y el negocio, mientras él buscaba información relacionada con Nicolae, el capataz.

—Así que Janette Robertson nació en 1967 y creció en Hollytree —dijo Stacey—. Estamos hablando de los setenta, así que el lugar no estaba controlado por las bandas, como ahora. Aun así, no era el lugar más bonito para vivir —dijo—. Pero nuestra Janette no iba a detenerse ahí. Entregaba periódicos seis veces a la semana, dejó el colegio con buenas notas y fue a la universidad para terminar la carrera de empresariales.

—¿Ahí fue donde conoció a su esposo?

Stacey negó con la cabeza.

—Un par de años más tarde. El noviazgo no fue largo y se casaron en 1993.

Dawson trató de aplacar su aburrimiento.

—Muy interesante, pero…

—Se pone mejor. Empezaron su negocio de bolsos de imitación en el cobertizo del jardín. Se concentraron en los maleteros. En un momento dado, en 1999, se mudaron a un pequeño local de Brierley Hill. En el 2006 se instalaron en donde están ahora. Les hicieron una redada hace seis años, como bien sabes. De todos modos, el marido huyó con la criada rusa hace cuatro años y se llevó la mayor parte de la cuenta bancaria conjunta.

—Joder, Stace —dijo él, consultando su reloj—. Nada mal para una hora de trabajo.

Ella sonrió.

—Ya has visto el mío. Ahora muéstrame el tuyo.

—Bah, en realidad, no tengo mucho que…

Stacey lanzó un puñetazo al aire en señal de triunfo. Esta era su arena, y saldría victoriosa.

—No te preocupes, Kev, estoy segura de…

Dejó de hablar cuando sonó el teléfono de su compañero.

Él dijo «Keats» con un movimiento de labios y activó el altavoz.

—Sargento, las copias del cuaderno están listas para cuando quieras pasar. Sugiero, por cierto, que lo hagas razonablemente pronto.

—¿Está todo bien? —preguntó Dawson, frunciendo el ceño.

—Hay un montón de cosas que me gustaría que vieras. Este amigo nuestro tiene mucho más que decir de lo que yo pensaba.

# Capítulo treinta y uno

Con todo cuidado, Ellie dobló la última prenda en la silla junto a la cama. Tenía el armario justo delante de ella, pero algo la desalentaba a aceptar semejante nivel de permanencia. Aunque habían sido solo un par de días, sentía que llevaba mucho más tiempo con Roxanne.

Las emociones se acumularon en su garganta cuando pensó en su dormitorio, en su casa, con su propio armario lleno de sus propias cosas. En su habitación, la ropa y las zapatillas estaban desparramadas, a escasos centímetros del lugar donde debían estar. Y recordó cómo, un par de veces por semana, todas las prendas encontraban el camino de vuelta a sus lugares.

A veces sentía una nostalgia abrumadora, pero, al siguiente instante, una rabia ardiente contra su madre, que no la había llamado para saber cómo estaba.

¿Cómo podía ser tan fría?

¿Cómo era posible que su madre siguiera con sus asuntos sin ella? Casi como si Ellie nunca hubiera existido. Por momentos, quería confrontarla y preguntarle cuándo había dejado de importarle. En el siguiente instante, quería llamarla y decirle que no volvería nunca más. En ocasiones, pensaba en cómo su madre se había negado rotundamente a considerar sus sueños de convertirse en mecánica, y entonces discurría que darle una lección no sería tan mala idea.

Y luego, solo una o dos veces, cuando la casa hacía ruidos desconocidos para ella, había experimentado una lenta sensación de añoranza en la boca del estómago; un deseo de estar en su propio dormitorio. Pero eso la llevaba de vuelta a las visiones de su madre y el ciclo comenzaba otra vez.

Ellie, de verdad, no tenía ganas de dejar a Roxanne. Podía sentir que entre ellas se estaba formando un vínculo y que, pasara lo que pasara, las dos seguirían siendo amigas de por vida.

Pero una parte suya buscaba respuestas de su madre, para poder dejar eso atrás, para poner orden en su mente. Quizás entonces podría volver.

Pensó en Roxanne. La mujer no había tenido en sus planes cargar durante días con una adolescente. Había sido maravillosa y paciente, pero Ellie estaba segura de que Roxanne había puesto su propia vida en pausa, sobre todo por lo que había ocurrido nada más llegar.

Mientras bajaba las escaleras, se sintió aliviada. Sabía lo que tenía que hacer. Era hora de dejar que Roxanne siguiera con su propia vida y, para ella, había llegado la hora de confrontar a su madre.

Se aventuró a entrar en la cocina. Los principios de una lasaña hogareña estaban esparcidos por la encimera. Junto a la tetera había dos tazas a la espera de ser llenadas.

Sintió un dolor en la garganta. De alguna manera, en esos dos días se había desarrollado una rutina entre las dos. Ellie no quería otra cosa que olvidar todos sus problemas y quedarse en la seguridad sin complicaciones de la casa de Roxanne. Tenía que liberar la rabia que sentía por su madre; solo entonces podría seguir con su propia vida.

Buscó en el salón. La alfombra había sido aspirada, y los cojines, mullidos, pero Roxanne no estaba.

Volvió escaleras arriba y se paró junto a la puerta del dormitorio de la mujer. Escuchó que salía de la habitación un sollozo amortiguado.

—Roxanne —dijo.

Una breve vacilación.

—Sí, sí, salgo enseguida.

Ellie sintió la densidad de la voz y supo de inmediato que la mujer no estaba bien.

Abrió la puerta con suavidad. Roxanne estaba sentada en el suelo, al pie de la cama de matrimonio, junto a un cajón que se deslizaba debajo. Tenía la cabeza baja. Los hombros le temblaban.

—Roxanne, ¿qué pasa?, ¿qué tienes?

La mujer negó con la cabeza y se sacó de la manga un pañuelo desechable.

—No es nada, de veras, estoy bien. —Levantó la cabeza. Los bordes de sus tristes ojos estaban en carne viva. A pesar de las palabras, la niña podía ver que el labio inferior de Roxanne seguía temblando de emoción.

—Roxanne, por favor, dime qué te pasa.

—Solo son recuerdos, cariño —dijo la mujer. Levantó la cara y miró la pared.

Ellie fijó sus ojos en el cajón.

Había fotos boca abajo, esparcidas. Una era visible. Ellie la cogió. Aparecía una niña de poco más de diez años, de sedosa melena rubia. Sacaba la lengua a la cámara. Sus ojos estaban llenos de picardía.

—¿Quién es? —preguntó Ellie.

—Mi hermana —contestó Roxanne, sobándose los ojos—. Me acuerdo de ese día. Estábamos en Stourport, a pocos kilómetros de la carretera, pero muy emocionadas. Nos sentíamos como si estuviéramos de vacaciones. Había un parque de atracciones, el sol brillaba. Podíamos haber estado a cientos de kilómetros de distancia.

Roxanne alargó el brazo y cogió la foto. Tocó el rostro de la niña.

—Éramos muy cercanas. Yo la quería muchísimo.

Ellie miró las lágrimas de Roxanne caer en la polaroid. No quería hacer la siguiente pregunta, y entonces la sacaron el aprieto.

—Murió —dijo Roxanne en voz baja.

La niña sintió que la garganta se le cerraba. Nunca había tenido hermanos, pero la conmovía el dolor profundo que percibía en esta mujer. Extendió la mano y cogió la de Roxanne.

—Lo siento mucho —dijo. Sentía sus propias emociones.

Roxanne levantó la cara. Tenía las mejillas mojadas de lágrimas. Apretó la mano de Ellie y sonrió.

—Me recuerdas mucho a ella. Creo que por eso hemos congeniado tan rápido. Siento como si te hubiera conocido de toda la vida.

Ellie notó que las lágrimas le escocían los ojos. Respondió dando un apretón a la mano de Roxanne. Compartían el mismo sentimiento.

La mujer tragó con valentía.

—Mira, sé que tendrás que marcharte, pero me ha gustado tenerte aquí.

La chica asintió, se agachó y abrazó el delgado cuerpo de su amiga. Parpadeó para alejar las lágrimas.

—¿Qué tal si bajo a prepararnos una buena taza de té?

Roxanne asintió y respiró hondo.

Mientras bajaba las escaleras, Ellie sentía que aún no era el momento de dejarla. Era su amiga y la necesitaba.

Así que, por ahora, su madre tendría que esperar.

# Capítulo treinta y dos

—¿Tiene un minuto, señor? —preguntó Kim, asomando la cabeza por la puerta.

Desde su escritorio, Woody levantó el rostro y la miró por encima de las gafas.

—Entra, Stone.

Ella se sentó en el lado opuesto del escritorio y adelantó su silla. La mayoría de la gente se habría echado un poco para atrás. Woody, no.

Kim cogió la pelota antiestrés que él siempre tenía a la mano y se la ofreció.

—Tome, señor, podría necesitarla.

Él se la recibió y volvió a dejarla donde estaba.

—Ya la he usado hoy, gracias, Stone. ¿Qué quieres?

—Una exhumación, señor.

—¿Está relacionada con tu caso?

—Con toda franqueza, no tengo ni idea.

Él frunció el ceño y echó un vistazo a la pelota antiestrés, aunque se abstuvo de cogerla.

—Me gustaría, entonces, que me explicaras tu petición.

—Señor, Kelly Rowe fue asesinada de varias puñaladas. Estaba trabajando como prostituta, en secreto, mientras vivía con su madre y su pequeña hija. Kelly estaba bajo la protección de Kai Lord, si es que se puede decir así, pero se rumorea que planeaba rebotar.

El hombre no necesitaba explicaciones. Conocía el término tan bien como ella.

—Todo esto es muy interesante, pero, hasta el momento, no hay nada que no esté en tu informe diario.

—En primer lugar, todavía me inquieta el vínculo entre Kai Lord y Kelly, pero seguiré trabajando en ello.

—¿Crees que Kai Lord habría asesinado a una de sus propias chicas?

Kim se encogió de hombros.

—No lo sé. No es estúpido, y, como quiera que uno lo vea, la muerte de Kelly representa una pérdida de ingresos a esa bola de mierda; pero, si el tipo se enteró de las intenciones de la chica, yo no sabría decir cuánto vale su orgullo.

Woody asintió comprensivo. Kai Lord era un hombre que a ambos les encantaría poner tras las rejas, pero todos los intentos anteriores habían fracasado estrepitosamente.

—Stone, ¿tus motivos para solicitar la exhumación llegarán antes de mi retiro?

—Señor, anoche, muy tarde, alguien me dejó un anónimo en el buzón. Lo único que decía era un nombre: Lauren Goddard, también conocida como Jazzy. Era una prostituta joven; se suicidó hace dos semanas, la noche de Navidad, lanzándose de una torre de apartamentos.

El jefe esperaba algo más.

—¿Y?

Kim se encogió de hombros.

—Eso es todo lo que tengo, señor. Por el momento, no veo la conexión entre las dos mujeres, pero no puedo soslayar el hecho de que alguien ha querido que indague más sobre la vida o la muerte de esta niña. Estoy trabajando en lo primero, y sé que averiguar algo más acerca de la muerte es un tiro al aire, pero…

—Mira, Stone, conoces el procedimiento que implica la exhumación de un cadáver. Ni siquiera te has acercado a justificar una causa probable.

Kim lo sabía, pero valía la pena hacer el intento. Y aún no terminaba de intentarlo.

Respiró hondo.

—Señor, la nota llegó a través de mi buzón, así que alguien lo tiene muy claro: quiere que yo averigüe todo lo que hay que saber de la moza. Tenía dieciséis años —añadió, apelando el instinto paternal de su jefe.

—Lo siento, Stone, no va a ser posible.

Ella suspiró pesadamente y se puso de pie.

—Es solo que no puedo dejar de pensar en que Lauren Goddard tiene algo que decirnos.

—Así es, Stone, pero, si nos basamos en esos argumentos, en el tribunal se van a reír de la solicitud de la policía. No solo nos la van a negar, sino que el solo intentarlo nos dejará en ridículo.

Dado que había aprendido a escuchar cada palabra que saliera de la boca de su jefe, una sonrisa se le dibujó en los labios.

—Absolutamente, señor. Lo entiendo por completo —dijo, y se dirigió a la puerta.

—No tan rápido, Stone —dijo.

Ella gruñó para sus adentros. Sentía que estaba a punto de enterarse de por qué su jefe había usado la pelota antiestrés.

Se volvió.

El hombre agitaba un papel en la mano.

—Es del abogado de Kai Lord. Se queja de que su cliente fue acosado mientras desayunaba. —Se puso las gafas para leer.— Ah, y menciona una factura de la tintorería que viene en camino.

Ella se encogió de hombros. Su expediente personal estaba inflado de cartas como esa.

—Usted sabe cuán torpe puedo llegar a ser, señor —alegó.

—Pues bien, controla tu torpeza, Stone, y deja de fastidiar al tipo mientras come. Elige tus batallas, ¿entiendes?

Kim soltó un pesado suspiro, con lo que dejó ver cuán agraviada se sentía. Kay Lord era consciente de lo que hacía. Con cada interacción, ella terminaría enfrentándose a nuevas reclamaciones de acoso, en tanto que traerlo para un interrogatorio formal sería una lucha cuesta arriba.

El tipo estaba tratando de atarle las manos a la espalda y quedar fuera del alcance de la ley.

Y, como bien sabía Woody, a ella no le gustaba que la esposaran. En absoluto.

# Capítulo treinta y tres

Stacey respiró hondo antes de entrar a la morgue detrás de su compañero. Su visita anterior, la única, había sido una experiencia inolvidable. Se trataba del cadáver de un hombre de cincuenta y nueve años que había faltado a su trabajo de cuidador después de unas vacaciones de verano. Se había desplomado dentro de su apartamento a consecuencia de un infarto fulminante. Y doce veces, aproximadamente, sobre su cuerpo había pasado el sol de julio, quemándolo a través de la ventana del salón, calentando la carne muerta una y otra vez. Desde la puerta principal llegaba el zumbido de las moscas. La comunidad de gusanos, larvas y moscas, totalmente apoderada del cuerpo, había asqueado a Stacey hasta la médula.

En cuanto el forense hizo la incisión en forma de Y, ella había estado a punto de vomitar ante el olor de los gases generados por la descomposición bacteriana. Y la pesadilla empeoró en el momento en que sus ojos se posaron en los instrumentos quirúrgicos.

Por alguna razón, se había imaginado que los instrumentos que se usaban para hurgar, serrar y excavar los secretos del cuerpo humano eran distintos a los que podías encontrar en una ferretería. Esperaba que fueran más gallardos, más refinados, menos intrusivos, más respetuosos. La imagen de una sierra para huesos la había acompañado durante días.

No solo se había obligado a mantener el gesto impasible bajo la mirada indiscreta de Dawson, sino que sentía la necesidad de fingir que aquella experiencia no la había afectado en absoluto. Todo con tal de evitar el regocijo de su compañero.

Pero hoy estaba preparada.

—¿Qué nos tienes, Keats? —preguntó Dawson con amabilidad.

Stacey se sintió complacida de comprobar que las bandejas de metal estaban vacías y que no había herramientas a la vista. Suponía que habían llevado al hombre de vuelta a la cámara fría.

Keats se acercó al escritorio del rincón y cogió un fajo de papeles.

—Lo que había en el cuaderno —dijo.

Dawson les echó un rápido vistazo y se los pasó a Stacey. Eran poco interesantes para él, puesto que no tenía nada que hacer con ellos.

Esperó pacientemente a que Keats cogiera un portapapeles y pasara un par de hojas.

—En la descripción física hay un poco más de lo que ya sabéis. Hombre caucásico, un metro sesenta y tres, complexión delgada, cabello marrón claro, sin tatuajes ni rasgos distintivos. Mi experiencia me dice que no era un vagabundo.

Stacey frunció el ceño. Pensaba que esa había sido una suposición firme.

Nadie había denunciado su desaparición.

Como si leyera las dudas en los ojos de la agente, Keats continuó.

—Su pelo está bien cortado, aunque quizás no por un experto. No huele como alguien ungido de suciedad y olor rancio. No hay signos de alcoholismo y las uñas de los pies están limpias.

Stacey recordó las palabras del forense con respecto a reunir todas las pistas.

—Su última comida parece haber sido alguna mezcla de carne de cerdo, arroz y col.

—Vale —dijo Dawson.

—Algo popular entre rumanos —reveló Keats—. El plato se llama *sarmale* —añadió.

—Vale —repitió Dawson.

Para Stacey, no era nada difícil leer señales de aburrimiento en su compañero.

—No te he llamado para decirte esto —dijo Keats.

—Muy bien —comentó Dawson. Obviamente, no quería forzar al hombre a no cooperar.

—De hecho, este hombre murió de hipotermia, pero quería que vierais esto.

Keats se situó a un lado de dos tableros luminosos montados en la pared y los encendió. Puso una radiografía en cada uno.

Stacey miró de una a la otra y se quedó sin aliento.

—Esta es la pierna izquierda —dijo Keats, señalando la primera imagen —, y esta es la derecha —aclaró, apuntando la segunda.

—¿Qué diablos? —preguntó Dawson.

Casi todos los huesos de la pierna derecha parecían estar rotos.

—Doce fracturas desde la parte alta del pie hasta la rodilla. Más arriba, nada.

—El dolor… —musitó Stacey.

—Tiene que haber sido insoportable —coincidió Keats—. Esa pierna no le servía para nada.

—¿Hubo pérdida de sangre? —preguntó Dawson.

Keats negó con la cabeza.

—Muy poca, sargento.

—¿Accidente de coche? —preguntó Dawson, haciéndose eco de los pensamientos de Stacey. Ella también se imaginaba algún vehículo chocando con la pierna y provocando daños de ese orden.

Keats negó con la cabeza.

—No lo creo. Esto no es habitual en los accidentes de tráfico, según mi experiencia.

Stacey trataba de imaginarse otro tipo de impacto capaz de provocar daños así.

—¿Aplastamiento? —preguntó.

Keats asintió.

—Eso supondría yo. Y hay algo más —dijo, y volvió a consultar el portapapeles.

—Este hombre tiene, por todo el cuerpo, noventa y seis sitios con lesiones, incluyendo la cara, el cráneo, los brazos, la pierna, el torso y la espalda.

—¿Noventa y seis? —repitió Stacey, solo por aclarar.

—Es posible que algunas daten de hace veinte años —dijo el forense—. Una vez examiné a un boxeador de jaula que tenía menos lesiones que este pobre tío.

—¿Cómo pudo haberse lastimado tanto? —preguntó Dawson, horrorizado.

—Yo diría que este hombre recibió palizas regularmente durante muchos años.

—Pobre —suspiró Stacey, y negó con la cabeza. ¿Cómo podía alguien hacerle semejante cosa a otro ser humano? Se figuró instantáneamente a este hombre acobardado y temeroso, tratando de esquivar los golpes; siendo degradado, con cada puñetazo y patada, cada vez más; machacado hasta el punto en que, con el tiempo, probablemente había perdido la voluntad de defenderse.

—Keats —dijo Dawson con el ceño fruncido—, supongo que no me equivoco al creer que nuestro chico no pudo haber llegado al canal por su cuenta.

—Así es —respondió Keats.

Stacey miró a Dawson a los ojos cuando, finalmente, cayó en la cuenta del horror.

Aunque no la habían asesinado, esta víctima había sido llevada al canal a que muriera.

# Capítulo treinta y cuatro

—Detesto este maldito lugar —dijo Bryant al detenerse en Hollytree—. Es donde las esperanzas vienen a morir.

Kim no dijo nada, aunque estaba de acuerdo, y trataba de esquivar los rostros grises de los transeúntes. Cada semblante era de absoluta desesperación, suspicacia, furia contenida o desesperanza. Siempre había tenido la impresión de que la gente de Hollytree había claudicado; que aceptaba que esto era lo mejor que podía conseguir. Estas personas no aspiraban a salir de aquí, no ambicionan mejorar, no tenían energía ni iniciativa.

Entendía el desaliento de Bryant. Este caso los estaba trayendo a Hollytree con demasiada frecuencia.

Detuvo el coche en un área de basura, rodeada de vallas, junto a una hilera de casas dúplex. Kim trató de no inhalar el hedor de la línea de contenedores municipales. La basura que se desbordaba tenía los depósitos con las tapas abiertas.

—Es el último de la planta baja —dijo Bryant.

Kim se acercó a la puerta y movió la cabeza de un lado al otro al ver un pedazo de cartón donde debía haber habido un cristal.

Por la ventana de la cocina, les llegó el sonido de una carcajada y, después, una voz de varón que decía algo ininteligible mientras se dirigía a la entrada.

La puerta se abrió y apareció un hombre en pantaloncillos cortos. La camiseta de fútbol no le llegaba a la cintura y dejaba expuesto un vientre corpulento y blanco como la leche.

—¿Qué? —exclamó. Apretaba entre los dedos la punta de un panecillo.

—¿Señor Goddard? —preguntó Kim, aunque no creía que este hombre lo fuera.

Soltó una carcajada, al mismo tiempo en que se pasaba el dedo índice por debajo de las fosas nasales.

—Ni de broma. Me llamo Ken, ¿y ustedes?

—Agentes de la policía —dijo Bryant, y le mostró su identificación.

Kim se metió las manos en los bolsillos del pantalón. No estrecharía la mano de este tipo ni aunque en ello le fuera la vida.

—¿Podemos hablar con Margaret?

Otra vez, las carcajadas de la cocina.

—Maggie, ven aquí —gritó.

La mujer que apareció era delgada como un junco y tenía aspecto enfermizo.

La sonrisa se borró de sus ojos.

—¿Qué quieren?

—Hablar con usted, si tiene un momento —dijo Bryant con amabilidad, consciente de que necesitaban algo de esta mujer.

Ella hizo un gesto con la cabeza para invitarlos a entrar y se apartó de la puerta.

De un pasillo oscuro, a pocos pasos de la puerta, arrancaba una escalera al segundo nivel. Margaret Goddard entró en la cocina, la primera puerta a la derecha.

Ken fue al lugar más alejado de la pequeña estancia. Al pasar junto a la mesa de dos plazas que estaba justo a un lado de la puerta, cogió una lata de sidra. Por lo visto, acababan de abrir unos cuantos paquetes de seis latas y un par de botellas de licor.

Sentimos mucho interrumpir su fiesta —dijo Kim.

Bryant la asaeteó con una mirada de advertencia. La hija de la mujer llevaba catorce días muerta.

Ken mostró una amplia sonrisa.

—*Na,* solo que es día de cobrar el subsidio —dijo alegre.

Kim mantuvo la molestia a raya. Estos dos eran el estereotipo andante de cada documental de *Benefits Britain,* del Canal 5, aunque sabía que algunas familias usaban el sistema como es debido.

—Hemos venido por Lauren —dijo Bryant, y se sentó.

Kim siguió de pie junto a la entrada.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Maggie suspicaz.

—Es acerca de su muerte —le dijo él muy amable.

—¿Qué pasa con eso? —preguntó la mujer, arrugando la nariz.

Kim no detectó que tragara saliva profundamente, no notó ninguna descarga de emociones que le enrojeciera los ojos.

—Hay preguntas que necesitan respuestas, eso creemos —continuó Bryant, aunque en su voz ya no había esa amable consideración ante los sentimientos de la mujer.

—¿Como qué? Se tiró ella sola. Así de simple.

Kim se preguntaba si alguna vez había estado frente a una madre capaz de hablar, tan despojada de emociones, acerca de una muerte reciente.

—La enterramos hace una semana, apenas. ¿Por qué no nos hicieron las preguntas entonces?

—Acaban de aparecer nuevos datos —dijo él.

—¿Se refiere a esa fulana que asesinaron el otro…?

—Se llamaba Kelly Rowe —interrumpió Bryant.

Ella se encogió de hombros, ajena al cambio en el tono de voz de Bryant. Tendió la mano hacia Ken. Este pareció adivinar lo que ella le pedía, pues le puso en la mano un paquete de cigarrillos y un mechero desechable.

—Así que ¿qué tiene esto que ver con Lauren?

—El momento de su muerte, considerado junto a los recientes…

—Aun así, no lo entiendo… A ver, espere, ¿creen que no se suicidó? ¿Creen que la asesinaron? —Por fin, sus ojos se abrieron de par en par.

Bryant no confirmó ni negó.

—Como le he dicho, tenemos preguntas acerca de su muerte.

De sus labios surgió una carcajada aguda, como la que los detectives habían oído desde el exterior.

—Venga, no es como si ahora pudieran preguntarle a Lauren, ¿es eso? —Se dio cuenta de que nadie más reía y paró de repente.— Así que ¿qué coño hacen aquí? —preguntó suspicaz.

—Puede que en su cuerpo haya pruebas que fueron desdeñadas durante la revisión inicial…

—Mierda, ¿quiere desenterrarla? —preguntó horrorizada.

—Me cago en la…, qué asco —dijo Ken desde el rincón.

Kim se sintió encantada de, finalmente, haber dicho algo que disgustara a estos dos.

—Queremos pedirle permiso para exhumar…

—Váyanse a la mierda —dijo, y finalmente encendió un cigarrillo.

—Señora Goddard, necesitamos su permiso antes de dirigirnos…

—De ninguna jodida manera —dijo, agitando la cabeza con vehemencia.

Kim podía sentir el disgusto en los modales de la mujer. Qué pena que no se hubiera portado así de protectora con su hija cuando esta estaba viva. Los pensamientos conducían a la detective a sospechas casi demasiado retorcidas como para tomarlas en cuenta; pero tenía que considerarlas.

—¿Esta noche no trabaja, señora Goddard? —preguntó Kim.

—*Na,* me he retirado. Hace un tiempo, ya.

Maggie Goddard vivía en Hollytree. Kai Lord controlaba Hollytree. Los empleados de Kai Lord no se jubilaban así como así. La verdad enfermiza de la crueldad de esta mujer golpeó a Kim con fuerza.

—Usted intercambió lugares con su hija, ¿verdad? Se la ofreció a Kai a cambio de que usted pudiera retirarse —le escupió.

Ken hizo un ruido desde el rincón.

—*Na,* no fue así. Habría sido un asco —dijo.

Era extraño que, de los dos, esa acusación pareciera haber disgustado solo a Ken.

Maggie Goddard simplemente se quedó mirando a Kim.

—Le hizo eso a su propia hija para poder escapar —dijo la detective, muy disgustada—. ¿Y cómo iba a rechazar Lord semejante trato, eh?

—Era la única que me dejaron, así que tenía que usarla…

—¿La única qué? —preguntó Ken, y se acercó un poco.

—Hija —gritó ella, como si fuera algo obvio.

—¿Tienes más que a ella? —preguntó el, mirándola de arriba abajo.

—Dos niños y una niña —dijo la mujer, como si no pudiera molestarse en recordar sus nombres.

Kim miró primero a la mujer y después asintió hacia el novio.

—Venga, dígale que usted lo ha hecho, porque él todavía no le cree del todo.

La mujer no apartó la mirada del rostro de Kim.

—¿Y qué?, lo hice para alimentarla todos estos años, ¿cuál es el problema?

—A la mierda —dijo Ken. Se acercó a la mesa, cogió un montón de latas y se encaminó a la puerta de la cocina. Hizo un alto al llegar junto a Kim y se volvió hacia Margaret.

—Eres una mujer repugnante —y le escupió.

Kim se hizo a un lado para dejar pasar al tipo, mientras Maggie Goddard le gritaba y cogía un paño de la cocina para quitarse del pelo el escupitajo blanco. Qué lástima que Ken se marchara justo cuando empezaba a caerle bien.

Kim dio un paso al frente, sacó del bolsillo los papeles que ya traía preparados y los depositó encima de la mesa.

Bryant sacó un bolígrafo.

—Margaret, como madre, usted no le dio una mierda. Lo menos que puede hacer por ella es firmar esto.

Por un momento, la mujer la miró con odio puro. Luego cogió el bolígrafo y puso su nombre en el documento.

Kim se volvió a meter los papeles en el bolsillo. Hizo un alto al llegar a la puerta. Era mucho lo que quería decirle a esta asquerosa y repulsiva mujer, quien había hecho lo indecible a su propia sangre. Pero ninguna palabra penetraría la capa de desinterés de esta porquería que, por cierto, ya estaba abriendo otra lata de sidra.

Se volvió y salió de la cocina.

Su compañero cerró la puerta de golpe.

—Bryant, simplemente no hay palabras para describir a esta aberración de madre.

Él no dijo nada, pero Kim podía notar la tensión en su mandíbula.

La detective acababa de abrir la boca, solo para cambiar de tema, cuando su móvil empezó a sonar.

—Hola, Penn —contestó.

—Ya tengo un resultado de esas matrículas, jefa.

Ella activó el altavoz.

—Venga.

—Esto te va a encantar. El Astra blanco lo tiene registrado una mujer de Gornal, la señora Beverley Greaves.

Kim miró a Bryant, cuya reacción de sorpresa era un reflejo de la suya propia.

—Gracias, Penn —dijo, y colgó.

—Así que ¿qué hacía esta mujer conduciendo lentamente por la calle Tavistock un sábado por la noche? —preguntó.

—No lo sé, compañera, pero creo que deberíamos ir a su casa para averiguarlo.

# Capítulo treinta y cinco

—Kev, ¿qué sentido tiene venir otra vez a este lugar? —preguntó Stacey mientras se detenían fuera de la fábrica de los Robertson.

—Hay un motivo por el que estas personas no quieren que hablemos con sus trabajadoras. No me creo su cuento de los pedidos urgentes, y el asunto del minibús me da escalofríos. ¿Alguna vez oíste hablar de algo así?

Stacey habría querido darle a esa sospecha una respuesta razonable y equilibrada, pero no tenía ninguna. Ver que esas mujeres eran transportadas en masa fuera de la fábrica le recordó un programa que había visto una vez: se trataba de las instalaciones estadounidenses del Área 51, donde los trabajadores eran transportados dentro y fuera de las instalaciones sin que se les permitiera tener contacto con nadie.

—¿Adónde vas? —preguntó Stacey. Dawson se estaba alejando de la entrada principal.

—Solo quiero comprobar algo —contestó él de manera enigmática.

Ella lo siguió más allá de la sala de exposiciones, al final del edificio. Las altas puertas de metal estaban cerradas, pero no atrancadas. Acompañó la mirada de Dawson hasta una única puerta trasera, parcialmente oculta por torres de palés de madera y un carro de metal.

—¿Qué buscas? —le preguntó.

Por un momento, él hizo como que no había oído la pregunta, pero entonces sonrió hacia ella.

—Ajá —dijo—, tal como lo pensé.

Empezó a tirar de la manilla metálica.

—Kev, esto es allanamiento —dijo ella—, y ahí hay una cámara.

Él se encogió de hombros.

—Supongo que no hay vigilancia activa.

—Kev, no podemos…

—Stace, en el trabajo de campo, hay veces que tienes que hacer una pregunta, una única pregunta.

—¿Y esa pregunta es?

—¿Qué haría la jefa?

Stacey, que de inmediato supo cuál sería la respuesta a esa pregunta, fue detrás de él.

—Aún no sé qué diablos…

—Mira el suelo —dijo Dawson. Señalaba hacia una puerta azul.

Ella no veía otra cosa que un montón de colillas.

—Oh, ya entiendo —dijo.

Era, evidentemente, el lugar a donde el personal venía a fumar.

—Así que simplemente nos quedaremos aquí hasta que… —Sus palabras fueron perdiéndose en cuanto se abrió la puerta azul.

Apareció una mujer delgada en mono rojo y se quedó inmóvil. Otras dos chocaron con ella, obligándola a avanzar. El pánico colmaba los ojos de estas mujeres, que miraban a Dawson y Stacey, de ida y vuelta.

—No pasa nada —dijo Stacey, con las manos levantadas y sonriendo—. No hemos venido a lastimarlas ni a meterlas en problemas. Solo queremos charlar. ¿Me entienden?

Dos de ellas negaron con la cabeza, pero la mujer delgada asintió lentamente. La cautela brillaba en sus ojos. Aún tenía la puerta azul abierta, de modo que podía salir huyendo en cualquier instante. Como la puerta se cerraba con un código, ellos no tendrían ninguna oportunidad de seguirlas.

—No deberían estar aquí —susurró. Al mismo tiempo, las otras dos encendieron sus cigarrillos, protegiéndolos con las manos. Suspiraron, miraron y luego se apartaron un poco más.

—¿Podemos hacerle un par de preguntas en lo que se fuma su cigarrillo? Y enseguida nos marcharemos —dijo Stacey.

La mujer empezó a cerrar la puerta lentamente. Stacey calculó que tendría un poco más de veinte años. Su pelo era castaño oscuro, una melena larga y desordenada, con un flequillo que le caía sobre los ojos.

—¿Cómo se llama? —preguntó Stacey.

—Cristina —contestó la mujer en voz baja.

—Cristina, ¿usted es rumana? —preguntó la agente. Alcanzó a ver que Dawson retrocedía un paso.

Cristina asintió.

—¿Todas las chicas de la fábrica son rumanas?

La joven asintió una vez más, aunque Stacey se preocupó al notar que el miedo no desaparecía de su rostro.

—No estamos aquí para causarles ningún problema, le doy mi palabra —la tranquilizó Stacey.

La joven le pagó con media sonrisa trémula.

—¿Está todo bien allá dentro? —le preguntó, señalando la puerta con el mentón.

—Sí, sí, es un buen lugar para trabajar —contestó la chica automáticamente y dio una calada a su cigarrillo.

—Es solo que tratamos de hablar con ustedes el otro día, pero el minibús se fue…

—Nicolae nos lleva a casa —dijo ella asintiendo.

—¿Y dónde viven? —preguntó Stacey.

—En Brockmoor —dijo rápidamente—. Vivimos… en Brockmoor.

—Cristina, ¿las tratan bien? — inquirió la agente.

La chica tenía los dedos en carne viva y ampollas en las yemas.

—Soy nueva. La piel se va endureciendo con las telas.

Stacey sintió un ligero hundimiento en su corazón. Era poco probable que esta mujer estuviera tan familiarizada con las otras como para saber si, recientemente, alguna había tenido un bebé, pero había que intentarlo.

—Cristina, ¿conoce alguna compañera que hubiera tenido un bebé en los últimos meses?

Ella frunció el ceño y movió la cabeza de un lado al otro. Les quedaban pocos segundos antes de que se terminara el cigarrillo, observó Stacey.

—¿Está segura? Podría ser muy importante. Si tan solo pudiera pensarlo…

—Lo siento, pero no conozco a estas señoras. Soy nueva aquí. Me gustaría poder ayudarla… —dijo, y arrojó la colilla al suelo.

Stacey tuvo una idea repentina.

—Quizás sí pueda ayudarnos —dijo, y sacó de su mochila las hojas de Keats—. Este libro nos ha llamado la atención. ¿Está escrito en rumano?

Cristina miró las ojos rápidamente y asintió antes de dirigirse a la puerta.

—Lo siento, pero tengo que…

—Cristina, ¿usted podría ayudarnos a traducir esto? Habla nuestro idioma bastante bien, y podría ser muy útil para nosotros.

La chica negó con la cabeza.

—Por favor. Le prometo que la dejaré en paz. ¿Podría echarle un vistazo? —dijo Stacey, y separó los dos juegos de fotocopias.

Suspiró y cogió las hojas. Tecleó el código de entrada en el teclado numérico.

—Cristina, ¿cómo podemos ponernos en contacto…?

—Aquí, otra vez. Mañana —dijo, y desapareció tras la puerta. Las otras dos mujeres se escabulleron detrás.

* * *

—Buen trabajo, Stace —dijo Dawson cuando ya se dirigían a la salida.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Por haber abierto la boca, finalmente —dijo él.

—Y buen trabajo el tuyo, también.

—¿Por qué? —preguntó él, confundido.

—Por haber aprendido a mantener la tuya cerrada, finalmente.

# Capítulo treinta y seis

—Bryant, baja la velocidad de una puta vez —gritó Kim cuando su mano izquierda chocó con la puerta del pasajero.

—¿Qué? —se quejó él.

—Nada, estoy segura de que mi hombro volverá a encajar en su lugar cuando gires otra vez a la izquierda.

—De todas las zorras hijas de puta que he tenido la mala fortuna de…

—Cuidado con la furgoneta —dijo ella. Vigilaba con más cuidado que él los vehículos que salían por las bocacalles.

Bryant pisó el freno. Fuerte.

—Para —le ordenó.

—Con gusto —refunfuñó él. Detuvo el coche frente a una pequeña tabaquería.

Ella siguió su mirada.

—No, no, de ninguna manera —dijo ella.

—Oh, sí, por supuesto que sí —dijo él, y se desabrochó el cinturón de seguridad—. Voy a comprar un paquete de veinte y me los fumaré todos.

Ella lo agarró del brazo.

—Epa, habla —le ordenó.

—Nunca en la vida quise fumarme un cigarrillo tanto como en este momento —dijo él, tratando de zafarse.

—¿Por culpa de esa mujer asquerosa? — bufó ella—. ¿Vas a dejar que una vil y repulsiva bazofia de mujer te dé una razón para empezar a matarte otra vez?

—Es que estoy tan encabronado…

—Por supuesto que lo estás —le dijo, y lo soltó de la chaqueta. Había empezado a hablar, por lo menos—. Yo quería retorcerle el cuello. Cuando nuestro amiguito Ken le escupió, me dieron ganas de ir a por él, traerlo de vuelta e insistirle que lo volviera a hacer.

—¿Cómo puede una madre hacerle eso a su propia hija? —preguntó él. Agarraba el volante con tanta fuerza que tenía blancos los nudillos—,

¿ofrecerla a sabiendas a Kai Lord para el uso de cualquier putero y…? Madre santa, ni siquiera puedo terminar la frase.

—Esa no es una madre, Bryant. Es una mujer que parió a una hija. Hay una jodida diferencia, una diferencia oceánica.

Él suspiró con pesar.

—Jefa, trato de conservar la fe. Te juro por Dios que trato de recordar que la mayoría de la gente es decente y buena. Solo que hay días en que los contrapesos no me favorecen.

—Sí, así es —dijo ella con simpleza. Bryant movía la cabeza de un lado al otro.— Aquel tipo, Tim, trabaja como voluntario en el centro comunitario porque cree en la naturaleza humana; un exconvicto llamado Len usa el mismo lugar para tratar de mantenerse alejado de los problemas; incluso Ken ha terminado por sorprendernos.

Él se volvió a mirarla.

—¿Me estás dando consejos de positividad?

—Vaya ironía —comentó ella.

Y le concedió un momento de silencio.

—¿Ya estás bien como para conducir con sensatez? —le preguntó.

—Y la ironía no para —dijo él, ingenioso.

—¿Sabes?, es bueno que Woody nos haya puesto a trabajar en pareja. Así puedo mantenerte calmado —dijo ella con seriedad.

La risa súbita de Bryant llenó el coche. Se alejaron del bordillo para incorporarse a la cola del tráfico.

* * *

En un momento dado, giraron hacia una calle lateral que seguía reteniendo la nieve mucho después de que hubiera desaparecido de cualquier otro lugar. El coche se deslizó hasta detenerse frente a una hilera de casas adosadas. Su parachoques delantero estuvo a punto de besar el parachoques trasero de un Peugeot blanco.

—¿Diriges o dirijo? —preguntó Bryant.

—Tú —contestó Kim. Quería echar mano de todos sus sentidos para ver por qué, la noche anterior, esta mujer conducía arrastrándose lentamente

junto a los bordillos.

Bryant golpeó la puerta principal. Les abrió una mujer de poco más de cuarenta años. Sus ojos eran oscuros, aunque llenos de esperanza, hasta que su mirada fue del uno al otro.

El color, entonces, empezó a desaparecer de su rostro.

Y, mientras Bryant le mostraba su identificación y hacía las presentaciones, la mujer puso los ojos en blanco. Inmediatamente después, fue a dar al suelo.

# Capítulo treinta y siete

Dawson daba golpecitos con los dedos en el volante.

—Llamaré al Ministerio del Interior —dijo.

El Ministerio del Interior controlaba la inmigración y los pasaportes, la Policía de Inmigración, la Guardia Fronteriza, el Departamento de Pasaportes de Su Majestad y el Departamento de Visas e Inmigración del Reino Unido. La Policía de Inmigración había sido creada en abril del 2012 para evitar los abusos, rastrear a los inmigrantes infractores y extender el cumplimiento de las leyes de inmigración. Ejecutaban unas seis mil redadas al año, basadas en datos de unas cincuenta mil denuncias públicas, aproximadamente.

—¿Para qué? —preguntó Stacey.

—Quiero que hagan una redada en la fábrica.

—Oye, ya sé, en vez de inventar un delito, ¿por qué no nos ocupamos del que ya tenemos?

—Voy a llamarlos —insistió.

—O podríamos ir a revisar los vídeos de circuito cerrado de nuestro amigo, el del camino de sirga, al lado del canal.

—Sí, y, sin un cálculo de la hora de la muerte, ¿en qué día, mes o año empezamos?

—Maldita sea, Kev, usa el cerebro. ¿Qué día fue la última tormenta de nieve fuerte? —preguntó Stacey.

—El viernes por la noche.

—¿Y cuándo lo encontraron?

—El lunes por la mañana. Esta mañana.

—¿De verdad crees que estuvo ahí tumbado, sin que nadie lo descubriera, de no haber estado cubierto de nieve?

—¿Así que crees que sucedió el viernes por la noche?

Stacey asintió.

—De otra suerte, lo habrían descubierto. Cuando me fui a la cama, nevaba ligeramente. Desperté y había un metro de nieve en la puerta de mi

casa. Si quienes meterte en la fábrica de los Robertson es solo porque alguien te ha dicho que no.

—¿Viste lo asustada que estaba? —preguntó él. Miraba por la ventana —. No quería hablar con nosotros un minuto más de lo necesario, para que no la pillaran.

—Kev, supéralo —dijo ella.

Él negó con la cabeza y sacó el móvil.

—*Na,* tienen a esas chicas trabajando ahí ilegalmente. Lo sé. Si lográramos que la Policía de Inmigración les hiciera una visita, conseguiríamos sus direcciones, hablaríamos con los vecinos. Ya te digo, Stace: en ese edificio, alguien sabe algo de ese niño.

—Así que, ¿cómo vas a conseguir que les hagan una redada?

Él se encogió de hombros.

—Un chivatazo anónimo.

Stacey sabía que la mayoría de las redadas en negocios se basaban en denuncias anónimas. Lo que no sabía con certeza era cómo sacar provecho de eso, dado que no estarían implicados.

Las uñas de Dawson volvieron al volante.

Ella suspiró pesadamente y sacó su teléfono.

—¿Qué haces? —le preguntó Dawson cuando la vio repasar la lista de contactos.

Stacey llegó a la *D* y tocó el nombre de Devon. Puso el móvil en el salpicadero y activó el altavoz.

—Hola, nena —respondió una voz femenina.

—Hola, Dev —dijo Stacey rápidamente—. Estoy con mi compañero. ¿Tienes un minuto?

—¿Así que este no es un buen momento para preguntarte por qué nunca me llamaste después de nuestra noche de vapores ardientes…?

—Dev —dijo Stacey en voz alta. Sentía que las mejillas se le llenaban de color. Por una vez, estaba encantada de que su piel caramelo escondiera sus sonrojos.

—Seguid, por favor —gritó Kev con los ojos bien abiertos.

—Es broma —dijo Devon, y soltó una carcajada gutural—. Por mi parte, puras ilusiones —añadió.

Había sido una sola cita, dos copas y, definitivamente, nada de sexo.

—¿En qué puedo ayudarte, cariño?

—Tenemos una fábrica llena de chicas rumanas. No sabemos si son legales o no —dijo Stacey, que, sin prueba alguna, rehusaba hacer eco de las sospechas de Dawson.

—¿Y?

—Con toda franqueza, creo que alguien de ahí dentro esconde algo.

—Venga, cariño, sabes que necesitamos más que eso —dijo Devon—. Conoces los procedimientos. Recibimos una denuncia, mandamos a los agentes a la calle y reunimos un paquete de datos. Entonces decidimos si hacemos una redada, asignamos a un oficial de servicios de inmigración, formulamos planes para ver si conseguimos una orden judicial…

—Sí, de acuerdo —dijo Stacey, afectuosa.

—Vale. —Admitió Devon—. A veces nos saltamos esa última parte, pero tenemos que seguir la ordenanza. No podemos irrumpir en las instalaciones y detener a todos los empleados. Necesitamos saber a quiénes o qué estamos buscando y centrarnos solo en esas personas.

—¿Es broma? —preguntó Dawson desde el otro lado del coche.

—No —contestó ella—. Legalmente, ya estando ahí, podemos interrogar a otros, si es que despiertan nuestras sospechas, pero tenemos que llegar por alguna razón.

»Hay casos en que podemos conseguir la anuencia de los empresarios en la puerta misma, pero, por lo general, no cooperan tanto», dijo.

—¿Por qué no? —preguntó Stacey.— Sin duda, los empresarios querrán deshacerse de los trabajadores ilegales.

—Treinta mil libras de multa por trabajador —contestó Devon.

Dawson silbó.

—Y tenemos un cadáver —dijo Stacey.

—¿Vinculado con la fábrica? —preguntó Devon, llena de dudas.

—No —dijo la agente con franqueza. Apenas podían relacionarlo con la nacionalidad rumana.

Dawson parecía haber perdido el interés y estaba, otra vez, dando golpecitos en el volante.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó Stacey.

Devon suspiró pesadamente.

—Invítame a tomar algo y pregúntame otra vez.

La sonrisa en la cara de su compañero era un reflejo de la que amenazaba con escapar de Stacey.

—Vale, te invito a una copa —dijo Stacey, haciendo lo posible por que no se le escapara una risita—. ¿Ahora qué?

—Voy a tantear el terreno.

—¿Conseguirás información de campo?

—Epa, epa, epa, con calma. Lo que haré por ahora está tan por debajo de la información de campo como si estuviera en otro país. Chica, por algo así querría mucho más que un *gin-tonic*.

—Vale, vale, haz lo que puedas por ayudar —pidió Stacey sonriendo—. Te llamaré —dijo, y colgó.

—Determinada. Me ha caído bien —comentó Dawson mientras tecleaba algo en su teléfono.

—Como si me importara una mierda —dijo Stacey, negando con la cabeza.

—Bien, bien, probemos con esto —dijo él, y apretó el botón de llamar.

Igual que ella, activó el altavoz.

—¿Hola? —gruñó una voz baja y profunda.

—¿Es el Romy's, en Ambelcote?

—Sí, y si lo que quiere es una mesa, no hacemos reservas —declaró el hombre con un acento muy marcado.

Stacey tecleó «Romy's Ambelcote»: una mezcla de cocina inglesa y rumana.

—¿Tienen comida para llevar? —preguntó Dawson.

—Sí, cinco once.

Stacey supuso que había querido decir «desde las cinco hasta las once».

—¿Tienen *sarmale*? —preguntó Dawson.

—Sí —dijo el hombre, como si fuera algo totalmente obvio.

Stacey sonrió a su compañero. Esto era sutil como un papel de arroz, pero no dejaba de ser una pista.

# Capítulo treinta y ocho

—Joder, Bryant, ¿qué tienes hoy? —preguntó Kim, arrodillada junto a la señora Greaves.

Bryant se acercó por el otro lado. Cogió una chaqueta de las perchas que había detrás de la puerta y la colocó bajo la cabeza de la mujer.

—Ha de ser mi magnetismo animal, jefa —dijo.

—Sí, eso ha de ser —comentó Kim. La mujer empezó a gemir.

—Señora Greaves, todo está bien. Está a salvo —la tranquilizó Kim. Pensó que lo mejor era no volverle a decir que eran policías.

La mujer abrió los ojos. Tardó un segundo en enfocar.

—Todo está bien, señora Greaves. Solo fue un desmayo. ¿Está herida?

La mujer negó con la cabeza mientras empezaba a regresar al presente. Al hacerlo, sus ojos se iban llenando de miedo. Apretó la mano de Kim. Su contacto era frío como el hielo.

—¿Está muerta?

Las palabras fueron poco más que un suspiro.

Kim miró a Bryant y negó con la cabeza.

—¿Quién está muerta, señora Greaves?

La mujer se sentó esforzadamente y agitó la cabeza.

—Mi hija, por supuesto: Eleanor Greaves. Ellie…

—Señora Greaves, me apena mucho decirle esto, pero no tengo ni idea de qué me está hablando.

Mientras la ayudaba a ponerse de pie, Kim observó cómo el alivio se convertía en frustración. Ya que las piernas de la señora Greaves no estaban en la entrada, Bryant pudo cerrar la puerta principal. La mujer seguía un poco inestable, pero se agarró a una cómoda que estaba contra la pared.

—¿Por qué están aquí, entonces? —preguntó—. ¿Finalmente me van a ayudar a encontrarla?

—Entremos, simplemente, y Bryant preparará algo de té…

—No tengo una mierda de té, agente. Lo que quiero es que alguien me ayude a encontrar a mi hija.

Giró y caminó hacia el salón, a la derecha. Kim la siguió. Aunque la habitación era pequeña, estaba diseñada en colores neutrales, con muy buen gusto.

—¿Cuántos años tiene su hija, señora Greaves?

—Dieciséis, y ese es el motivo por el cual a ustedes los tiene sin cuidado que yo hubiera denunciado anoche su desaparición.

Kim entendía la frustración de la mujer, pero que una niña de dieciséis años no regresara a casa un fin de semana no era un caso de alta prioridad.

Aunque las fechas se ensamblaban en su cabeza.

—¿Así que usted la ha estado buscando por su cuenta? —preguntó Kim.

—Claro, por supuesto. Nadie va a ayudarme.

—¿Y su padre?

—Nunca ha estado en la escena, y, si Ellie ha conseguido encontrarlo, ha hecho un trabajo mucho mejor que el Servicio de Atención a la Infancia.

—¿Y es posible que lo haya encontrado? —preguntó Kim con amabilidad—. Los adolescentes suelen ser muy reservados.

La mujer negó con la cabeza.

—Ni siquiera sabe cómo se llama. Nunca se ha interesado en él.

—Entonces, ¿qué pasó entre ustedes dos? —preguntó Kim, y miró a Bryant.

Si la señora Greaves fuera capaz de oír las conversaciones silenciosas, pensó Kim, habría escuchado algo como:

—Saca tu bloc de notas.

—El caso no es nuestro.

—Hazlo.

Bryant abrió su cuaderno en la siguiente página en blanco.

—Salió ayer por la mañana. Dijo que iba a la casa de Caitlin y que regresaría a la hora del té. Eso, por lo general, quiere decir a las seis, así que dejé pasar un par de horas pensando que se habría reunido con más amigos. La llamé por el móvil y enseguida saltó el buzón de voz.

—¿Qué le ha dicho Caitlin?

—N0 tenían planes de reunirse. Ella había pasado el día en casa de su abuela, en Enville.

—¿Y Ellie tiene novio?

La señora Greaves negó con la cabeza.

—No, que yo sepa. No me ha hablado de ningún chico en particular ni he advertido cambios en su comportamiento. No ha hecho nada especial por su aspecto ni con su coquetería, aunque Caitlin me dijo que Ellie ha estado hablando con alguien nuevo en Facebook. Ha revisado la lista de amigos y no ha encontrado ninguno que no conociera.

—¿Falta algo en su habitación?

Ella negó con la cabeza.

—Nada que yo haya podido detectar. Toda su ropa está ahí, igual que su estuche de maquillaje. Solo faltan su bolso, el móvil y la mochila. Por eso, simplemente no puedo comprender por qué el policía ha sido tan poco servicial. Sé que no ha huido.

Kim asintió compasivamente. Y ahora tenía que hacer la pregunta más dolorosa de todas; la que había tenido a esta mujer despierta cada hora desde entonces.

—¿En los últimos días han tenido alguna discusión?

—Agente, tiene dieciséis años. Eso es algo que ocurre prácticamente cada hora.

¿Y esta mujer no daría todo por volver a discutir con su hija en este momento?

—¿Algo en particular?

—De todo, más o menos, pero el tema más gordo es la universidad.

La señora Greaves se quedó viendo la nada, reviviendo una de aquellas discusiones.

—¿Y ella dijo algo?, ¿algo aparentemente extraño o fuera de lo normal? —preguntó Kim. A menudo, las personas se delataban a sí mismas durante las discusiones, incapaces de censurar cada pensamiento antes de que saliera de su boca.

—Empezó a decirme que ahora podía ver el panorama completo. Cuando le pregunté a qué se refería, solo bufó y se marchó, como si mi pregunta confirmara sus argumentos.

Kim sabía que no era mucho lo que podía hacer para ayudarla. No había indicios de delito. La niña tenía dieciséis años y un montón de recursos.

Habría cogido todo su dinero y el móvil; habría hecho un nuevo amigo a quien querría mantener en secreto.

La presencia de la mujer en la calle Tavistock había sido, simplemente, la de una madre que trataba de localizar a su hija. Ellos, si bien de manera involuntaria, habían despertado las esperanzas de la mujer en que la hija había vuelto, y, de inmediato, la hicieron pensar que estaba muerta.

—¿Tiene una fotografía reciente? —pidió Kim.

Bryant tosió y Kim no le hizo caso. Conocía el procedimiento. No podía ofrecerle a esta mujer ninguna falsa esperanza de que un equipo se dedicaría a su hija fugitiva, pero, ciertamente, la mujer no tenía a nadie más a quien recurrir.

La señora Greaves cogió su bolso y sacó una fotografía. Mostraba una chica rubia, de piel pálida y sin maquillaje, que sonreía a la cámara. Parecía tener menos de dieciséis años.

—Esta se la tomé en Navidad, después de darle un teléfono nuevo. Se lo había guardado para el final. Estaba tan emocionada…

Kim cogió la foto.

—Mire, señora Greaves, no puedo prometerle nada, pero les daré esta foto a los del equipo del barrio y les pediré que estén pendientes. Es lo mejor que puedo hacer —dijo. En ese momento, el móvil empezó a vibrar en su bolsillo. No lo cogió.

La mujer asintió en señal de que comprendía y esbozó algo así como una sonrisa.

No era mucho lo que Kim podía ofrecerle, pero esperaba que esta mujer ya no se sintiera tan sola.

La señora Greaves los siguió hasta la puerta. Kim le dio una tarjeta de visita.

—Si regresara hambrienta y avergonzada, solo llámeme.

—Gracias, inspectora, muchas gracias —dijo la mujer.

El teléfono de Kim volvió a vibrar.

—Maldita sea —dijo ella, y se lo sacó del bolsillo. La gente que la llamaba una vez tras otra la sacaba de quicio. Si podía contestar, lo hacía.

Dos llamadas perdidas de Keats.

Se apoyó en el coche y esperó. Si ya la había llamado dos veces, podría jurar que Keats estaba a punto de hacer un tercer intento.

—Stone —contestó en el segundo mismo en que apareció el nombre del forense.

—Ya era hora, joder —reclamó él.

Las antenas de la detective reaccionaron instantáneamente a esa venial mala palabra. Keats rara vez soltaba tacos.

Se irguió.

—¿Qué pasa? —preguntó, aunque ya se temía la respuesta.

—Te doy una oportunidad para que lo adivines.

—Mierda —dijo ella, y miró a Bryant. Los ojos de su compañero exigían una respuesta.

—Parece que ya tenemos otra.

# Capítulo treinta y nueve

Cristina, tendida en la litera de arriba, contemplaba la desnuda luz amarilla que llenaba de un resplandor enfermizo la pequeña habitación y resaltaba la austeridad del entorno.

Cerró los ojos, y en ese mismo momento, de la litera de enfrente empezó a llegarle el sonido de un sollozo suave. Natalya alargó la mano y tocó la pared, a un lado de su delgada almohada. Cristina sabía que estaba tocando una fotografía de las dos pequeñas hijas que tenía en Rumanía y que en la punta de sus dedos había un beso.

Minutos más tarde, el leve llanto se convirtió en suaves ronquidos. Ni la más profunda de las tristezas puede con el agotamiento.

En condiciones normales, Cristina la habría seguido de cerca, iría con ella al lugar de paz, del alivio de las emociones y el miedo y la soledad. Dormir era lo único que ansiaban al terminar el día.

Pero no esta noche. Cristina estaba bien despierta.

Sacó las hojas de debajo de la almohada y empezó a leer la primera anotación, hecha hacía diecinueve años.

Su cerebro pasaba fácilmente del rumano al inglés mientras tomaba notas. La habían enseñado muy bien.

* * *

*Hoy hemos llegado a Calais, dos semanas después de haber salido de casa. Comimos los últimos alimentos que nos quedaban mientras esperábamos sentados en una caja de madera puesta del revés.*

*El miedo me revolvía el estómago, a pesar de los kilómetros que hemos viajado. Mientras esperábamos, Rumanía seguía sintiéndose muy cerca. El terror a que nos detuvieran y nos enviaran de vuelta no me abandonaría hasta que cruzamos el agua.*

*Un hombre llamado Ralph nos encontró al caer la oscuridad. Tú te acurrucaste en mis brazos.*

*Me dio una hoja de papel y nos condujo a una fila de camiones altos. Otro sujeto apareció entre las sombras. Vi que un sobre pasaba de una*

*mano a la otra. Se abrió la cortina del camión y este hombre señaló el interior.*

*Trepamos dentro y escalamos las cajas cubiertas de plástico. Encontramos un rincón y nos recogimos. Te acerqué a mí y te quedaste dormida. Debajo de nosotros, el fuerte zumbido del motor te arrulló. Cambió tu forma de respirar.*

*El camión se detuvo y arrancó antes de, finalmente, quedarse quieto. Recé y lloré mientras tú dormías en paz a mi lado.*

*Nadie podría encontrarnos aquí dentro.*

*Seguramente, éramos invisibles al mundo en nuestra oscura esquina del camión. Quise, de pronto, quedarme ahí para siempre.*

*Por unas cuantas horas, me sentí aliviado. Las dudas de lo que había hecho seguían revoloteando en mi cabeza, pero yo trataba de enterrarlas bajo las esperanzas. Iríamos a una tierra con trabajo, buena comida y oportunidades. Nos dirigíamos a un lugar seguro.*

*Cuando el camión empezó a moverse otra vez, te agitaste.*

*Me miraste con una mezcla de esperanza, miedo y confianza.*

*Te acerqué a mí y te abracé fuerte.*

*Fue tu fe lo que me hizo llorar de humildad. Sabía que estaríamos bien, siempre y cuando nos tuviéramos el uno al otro.*

* * *

Cristina dejó el lápiz a un lado y se secó las lágrimas que escurrían por su rostro.

# Capítulo cuarenta

Kim se detuvo en el cordón policíaco. Este se extendía de lado a lado de la calle y restringía el acceso, por un lado, a un lavadero de coches, y por el otro, a la entrada de un pequeño parque infantil.

En sí mismo, el edificio era una construcción antigua de una sola planta, hecha en ladrillo, con una puerta en cada extremo. En una decía «Damas», y en la otra, «Caballeros».

—Qué maldita elegancia —murmuró Kim mientras se acercaba a los aseos públicos al final de Brierley Hill High Street.

No tuvieron necesidad de mostrar sus placas. El policía de guardia era un agente a quien ella y Bryant conocían bien. Este levantó la cinta para que dejarlos pasar por debajo.

—¿Qué sabemos? —preguntó Kim.

—Los datos más recientes la identifican como Donna Hill.

—Madre santa —suspiró Kim. Aunque la chica apenas había hablado la otra noche, la detective recordaba esos temblores que no tenían nada que ver con la temperatura.

Al entrar en el aseo de mujeres, alcanzó a ver un pie. A Kim no le importaba quién había sido la chica ni qué había hecho. Encontrarse con su fin en este lugar la llenaba de una mezcla de repulsión y tristeza.

Keats levantó la mirada desde el lugar donde estaba arrodillado y abrió la boca para decir algo. Como Kim no estaba de humor para comentarios agudos, lo cortó de tajo.

—Ahora no, aquí no —dijo, y rodeó al forense.

El cuerpo yacía como si se hubiera caído o se hubiera resbalado. Tenía dobladas las rodillas y estaba tumbado un poco de lado. Los tacones altos seguían firmemente ajustados a los pies. No parecía haber hematomas en las piernas desnudas, y la falda, aunque corta, estaba en su sitio, ceñida a los muslos. La camiseta amarilla había quedado teñida de rojo carmesí por la sangre. La chica llevaba una chaqueta ligera, demasiado delgada para protegerla de la temperatura.

—Dos heridas de puñal por la espalda y una al frente.

—¿Por la espalda? —preguntó Kim. El atacante había entrado a los aseos detrás de ella.

Keats asintió.

—Poca sangre, pero la tercera herida fue fatal.

—¿Hay alguna señal de agresión sexual? —Kim preguntó a Keats.

—No la he movido. Estaba esperando que llegarais vosotros, chicos. Por el momento, no hay nada claro.

Kim estudió la cara detalladamente mientras el fotógrafo hacía sus últimos disparos. En el lado izquierdo, la sombra de ojos rosa estaba emborronada. Esta chica había empezado a disimular las malas condiciones de su piel con capas de base y corrector. No tenía maquillaje en los labios.

—Definitivamente, tengo que averiguar quién fue su último cliente —dijo Kim. En ese momento, Bryant aparecía a su lado—. Esto no sucedió mucho después. No hizo ningún esfuerzo por volver a maquillarse, así que, o no tuvo tiempo o ya había terminado e iba de vuelta a casa.

Bryant hizo una anotación.

—Jefa, la encontró esa señora de ahí. Es una camionera de largas distancias. Se equivocó de camino, después de haber conducido la mayor parte de la noche, y aparcó enseguida para ir al baño. Es noruega, creo, pero habla un inglés razonablemente bueno.

—¿Ves algo sospechoso en ella?

A esas alturas, todo el mundo era sospechoso.

Bryant negó con la cabeza.

—Nada que yo pueda detectar. Las cartas de porte confirman que se dirige a Norton y que se equivocó en una de las salidas del anillo de circunvalación de Stourbridge. Después no encontró cómo volver al camino.

—Un camión —dijo Keats a Kim—, qué pesado para ti y para mí. Y es aún más blanca que la nieve en que está sentada. Tengo sus detalles, en caso de que los necesitemos más tarde, pero el primer agente en llegar le está tomando una declaración detallada.

Kim asintió en señal de que lo entendía bien. El primer agente en llegar parecía haber hecho un buen trabajo al asegurar tanto la escena del crimen

como a la testigo.

Retrocedió unos pasos. Alejada de los técnicos, analizó la escena por un instante. La mujer había sido atacada por la espalda cuando entraba en los aseos públicos. Los instintos de la detective querían decir algo, pero ella no tenía ni idea de qué.

Bryant se le acercó mientras, con toda suavidad, Keats ponía a la víctima boca arriba.

—Definitivamente, nadie la había movido —dijo. Señalaba la mancha púrpura en la piel.

La lividez se había extendido por todo el costado derecho. Kim había visto eso muchas veces. Tras la muerte, la sangre viaja hasta el punto más bajo y deja manchas semejantes a las marcas de nacimiento.

Con delicadeza, Keats apartó un poco la ropa en busca de señales de ataque sexual.

—No hay nada obvio en el área de los muslos ni en los pechos, inspectora.

—¿Hora de la muerte? —preguntó ella.

Keats recuperó la sonda rectal.

Kim ya no sentía ninguna necesidad de seguir mirando. Se agachó y descolgó del cuerpo el bolso de lamé dorado. Bryant sacó una bolsa de pruebas mientras ella abría cuidadosamente el broche. Encontró fajos de billetes, un labial de marca blanca, una polvera, una selección de condones y la llave de una casa.

Con mucha cautela, cogió el fajo de billetes más cercano a la abertura del bolso. Este rollo era más grueso que el otro.

Lo extendió y contó el dinero.

Miró a Bryant con el ceño fruncido.

—Cuarenta libras, todo en billetes de cinco.

# Capítulo cuarenta y uno

—Vale, chicos, ¿dónde estamos? —preguntó Kim.

—El tablero está al día, jefa —dijo Penn.

Kim ya había notado que la pizarra blanca estaba dividida en dos partes y que los detalles de Donna ya figuraban en el lado derecho.

—Venga, pongámosle velocidad a esto. No quiero volver a dividir la pizarra ni una vez más. ¿Qué más tienes, Penn?

—Salud Medioambiental ya tiene el permiso de exhumación de Lauren Goddard. En este momento están jugando a los chinos para ver quién asiste. Los directores de la funeraria están advertidos, y el crematorio, a la espera de la hora exacta.

Kim asintió. Para ser franca, se preguntaba qué podría revelar la exhumación, pero, si había algo extraño entorno a la muerte de esta niña, haría que el asesino saliera a la luz. Al menos, el responsable sabría que esta muerte no había sido olvidada.

—¿Tienes algo más con respecto a la conexión entre Kelly Rowe y Kai Lord? —preguntó, dirigiéndose aún a Penn.

Seguía molestándola que no hubiera un rastro claro entre la joven madre y el jefe de la banda. ¿Cómo diablos se habían cruzado sus caminos?

Él negó con la cabeza.

—Hablé con una vecina de ella, una tal Roxanne Shaw. Confirmó todo lo que ya sabemos de Kelly: chica agradable y sin novio que vivía tranquilamente con su hija. La vecina no tenía ni idea de que era prostituta, hasta que la vio en las noticias.

Qué mal que Kelly Rowe fuera tan buena guardando secretos.

—¿Matrículas? —preguntó.

—Sigo tratando de localizar ese BMW, jefa, pero quizás salga algo bueno para ti en un minuto —añadió, mirando su pantalla.

Ella se volvió al otro lado de la habitación.

—¿Kev? —dijo.

—Estamos tratando de identificar los vínculos rumanos de nuestra víctima del canal —contestó.

—¿Y esas lesiones? —preguntó Kim. Keats le había enviado el informe de la autopsia por correo electrónico.

Él negó con la cabeza.

—Horrendas —contestó.

—¿Son recientes o históricas?

—Unas y otras —dijo él—. Su pierna parecía como si un edificio de tres pisos le hubiera caído encima, y muy pocas partes de su cuerpo habían escapado a los golpes a lo largo de los años: seis costillas rotas, una clavícula fracturada, pequeñas roturas por toda la cabeza, el ojo, la sien y la nariz. Producto de puñetazos, probablemente.

—¿Y las manos? —preguntó Kim.

Dawson frunció el ceño, pensativo.

—De hecho, no hay grandes daños —dijo.

Decidió dejar que eso simplemente se filtrara en el cerebro del sargento. De un momento a otro, fertilizaría alguna de sus células.

—¿Así que aún podía trabajar? —preguntó Stacey.

Kim se encogió de hombros. Vale, aquello había fertilizado el cerebro equivocado; pero, como equipo, estaban trabajando bien y siguiendo los indicios y las pistas con eficacia.

—¿Alguna novedad con respecto al niño? —preguntó.

—Haremos otro intento en la fábrica — expuso Stacey con cierta timidez.

—¿Es una pregunta o una afirmación? —habló Kim, entrecerrando los ojos hacia la agente.

—Afirmación —contestó esta.

—Buena idea —admitió Kim.

La gente de Robertson ya estaba dando mucho qué pensar, además de que la historia del minibús se le había metido entre ceja y ceja.

Una sombra tímida apareció en la entrada.

—Seño, ¿se puede?

—Pase, sargento Evans.

Al entrar, el policía vio de reojo el tablero.

—¿Entonces es cierto?

Kim asintió.

—Donna Hill fue asesinada anoche.

El sargento movió la cabeza de un lado al otro.

—No era una mala chica, aunque algunos no estarían de acuerdo.

Kim miró por encima de él.

—¿Dónde está el chico alegre?

—Dijo que estaba enfermo. Un parásito estomacal o algo así. Me dijeron que querías verme.

—He sido yo —dijo Bryant, y se puso de pie.

Sacó de la impresora un fajo de papeles y se los dio.

—¿Puedes darles estos a algunos de tus chicos? La niña se llama Ellie Greaves y ha estado desaparecida desde el sábado por la noche.

El sargento Evans miró la foto con mucha atención.

—No se trata de un caso oficial de persona desaparecida —aclaró Kim —. Tiene dieciséis años. Lo más probable es que se haya tomado un respiro de un par de días, pero, si vosotros pudierais echarle un ojo, os estaríamos muy agradecidos. —Echó un vistazo a Penn.— Tenemos su número telefónico. Nosotros también intentaremos ponernos en contacto con ella.

Él asintió.

—Por supuesto, seño.

Se volvió para salir y echó otro vistazo al tablero. Sus hombros se iban hundiendo poco a poco y su cabeza se movía de lado a lado.

Kim podía comprenderlo.

Los «chicos de la ronda», como los llamaba Dawson, pasaban mucho tiempo en las calles. Servían de enlace con los comercios de la localidad y eran el rostro visible de la policía. Las áreas que les asignaban eran extensiones de sus propias casas. Eran su territorio, el área donde se sentían protegidos.

Esas mujeres tuvieron que haber sido más que un nombre en una pizarra. Los chicos de la ronda estaban al tanto de sus antecedentes, conocían a sus hijos, sabían de sus vidas. En la ronda, las muertes eran algo personal.

—Gracias, sargento —dijo ella mientras el hombre se perdía de vista.

—Sí, lo tengo —gritó Penn.

—Espero que no sea contagioso —bromeó Stacey.

—El Toyota de la otra noche, jefa —continuó Penn.

—Creí que lo habíamos eliminado de nuestras pesquisas —dijo Kim. Quien lo tenía registrado era un hombre de setenta y nueve años con graves discapacidades físicas.

—Yo no podía entender por qué nuestro propietario estaba en la calle a esas horas de la noche, así que hice una nueva búsqueda ayer y apareció otro resultado; en AutoTrader, el sitio web de venta de coches usados. Hace un mes estaba a la venta. Traté de llamar al señor Bingham, pero ya no oye bien. Fui a visitarlo y me confirmó que había vendido el coche, pero que no se acordaba del nombre de quien se lo había comprado.

—¿Tenemos alguna descripción?

Penn sonrió con pesar.

—Altura promedio, complexión mediana y un pelo castaño sin nada especial, pero llevaba una chaqueta verde de plumas.

—Ponle a este tipo una búsqueda urgente —dijo Dawson, moviendo la cabeza de lado a lado.

Sí, y tendrían que estar alerta, porque, con esa descripción, habría centenares de avistamientos cada hora.

—¿Pagó en efectivo?

Penn asintió.

—Sí, he pedido el permiso de circulación, que no les había sido enviado hasta hace unos días. Estaban esperando que lo registraran en la Dirección de Conductores y Permisos de Conducir.

—¿Y?

—El Toyota pertenece ahora a un tío de la localidad que se llama Roger Barton.

Kim miró a Bryant.

—Rodge el Veloz —dijeron al mismo tiempo.

Dawson y Stacey se miraron entre sí, mientras Penn seguía atento a su pantalla.

—No estoy seguro de si esto significa algo, pero una búsqueda en Google lo identifica como líder scout.

Kim recordaba todo lo que habían averiguado hasta el momento.

—¿Alguien sabe cuál es la tarifa normal para entrar en una reunión de lobatos?

—Yo diría que cinco libras —opinó Dawson, y se encogió de hombros.

—Eso pensé. Y esto empieza a tener mucho más sentido —dijo ella. Se impulsó para levantarse de la mesa.

—Coge tu abrigo, Bryant. Parece que hemos dado con el último cliente de Kelly y Donna.

# Capítulo cuarenta y dos

Stacey se ajustó en el cuello la bufanda de lana mientras Dawson aparcaba el coche. Sus pies crujían sobre el lodo gris que se había vuelto a congelar durante la noche a temperaturas de dos grados bajo cero. El locuaz hombre del tiempo había prometido tres grados sobre cero a eso de las once de la mañana. Eso no tenía a Stacey conteniendo la respiración, precisamente.

Cerró el coche y miró a Dawson a través del capó.

—Kev, ¿la posibilidad es tan remota que necesitaremos una maldita catapulta para llegar…?

—¿Una qué? —preguntó. Abrió la puerta del café.

—Era un arma. Consistía en un brazo articulado que giraba y… Olvídalo —dijo, y lo siguió al interior.

No creía que nadie en este sitio pudiera ayudarlos a identificar a su víctima.

La calidez del escasamente poblado café la cautivó al instante. Los muebles eran sencillas mesas y sillas de madera que tenían su buena dosis de heridas de guerra, pero los rincones del suelo de baldosas se veían limpios. Detrás de la pizarra de tiza, donde se presentaban las ofertas, había dos carteles sobre higiene de los alimentos. El mostrador de delicatesen estaba decorado con una mezcla de sopas, salchichas ahumadas y patatas al horno con diferentes rellenos.

Stacey sintió que el estómago le gruñía en respuesta a los deliciosos aromas ahumados que se extendían hasta ella.

—¿Vasile? —preguntó Dawson a un hombre corpulento de cincuenta y tantos años.

La camiseta blanca del hombre estaba impecablemente limpia.

Él asintió.

—¿Hay algún lugar donde podamos conversar?

—Mariana —gritó él. Los clientes que quedaban abandonaron el local.

Al mirar alrededor, Stacey se percató de que ya no había ninguna necesidad de buscar más privacidad. El café se había vaciado. Quedaban

dos platos a medio comer. Ni ella ni Dawson habían mostrado sus identificaciones ni se habían presentado como agentes de la policía, lo que la hizo preguntarse cómo era posible que los hubieran reconocido a tal velocidad.

Apareció una mujer de casi veinte años. Su cara era delgada y pálida, con ojeras oscuras. Se limpiaba en el delantal las manos cubiertas de harina.

—¿*Pa*? —preguntó.

—Ocúpate del negocio un momento —le pidió. A los detectives les hizo señas para que lo siguieran a la trastienda.

Una vez fuera de la cafetería, el espacio quedaba convertido en una amplia y bien provista cocina de acero inoxidable. Por toda la superficie más extensa, formadas en hileras, había bandejas de papel de aluminio.

—¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó en la voz profunda y retumbante que habían escuchado el día anterior.

—Nos dijo por teléfono que servía *sarmale,* ¿no es así? —preguntó Dawson.

Él asintió.

—Por supuesto.

—¿Es un plato muy popular? —preguntó Stacey, con la esperanza de que fuera una elección extravagante y que solo un hombre la hubiera pedido en las últimas semanas.

—Muy popular. Es un plato rumano básico —contestó—. Vendemos entre veinte y treinta raciones diariamente.

Stacey sintió que el corazón se le hundía.

Dawson sacó su móvil. Manipuló la pantalla por unos segundos y lo tendió hacia el hombre.

—¿Conoce a esta persona?, ¿ha estado aquí?

Vasile miró la pantalla y frunció el ceño con desagrado.

—¿Está muerto?

Dawson asintió y Vasile miró otra vez.

Empezó a mover la cabeza de un lado al otro.

—No creo…

—Mire bien —dijo Dawson, y le entregó el teléfono—. ¿Está seguro de que no estuvo aquí la semana pasada? ¿El viernes, tal vez?

El hombre volvió a echar un vistazo y negó con la cabeza en un gesto más explícito.

—No lo conozco —dijo.

Ni él ni nadie, pensó Stacey. Hasta ahora, nadie había denunciado su desaparición.

—Señor, su condición migratoria no es de nuestra incumbencia…

—Tampoco de la mía —contestó él—. Mi hija y yo somos residentes legales aquí en…

—Está muy bien —dijo Dawson—. No hemos venido a interrogarlos sobre sus circunstancias legales. Solo necesitamos identificar a este hombre y averiguar qué le ocurrió.

—Lo entiendo, pero no lo conozco.

Dawson asintió en señal de que aceptaba su explicación.

—Comprendo que usted debe de ver a mucha gente entrar y salir cada día. No es posible que los reconozca a todos.

—Conozco a todos mis clientes —dijo a la defensiva.

Stacey entendía la pequeña sonda de Dawson. Al parecer, el hombre estaba diciendo la verdad.

—¿Hay otro café como este por estos rumbos? —preguntó Dawson—. ¿Que sirvan alimentos a la comunidad rumana?

—El más cercano que conozco está en Wolverhampton —dijo.

Dawson volvió a guardar su móvil.

—Vale, muchas gracias —dijo, justo en el momento en que a Stacey se le ocurría una idea.

—¿Eso de ahí es *sarmale*? —preguntó. Señalaba la comida que se estaba preparando en las bandejas de papel de aluminio.

Él asintió.

—¿Para la tienda? —preguntó ella. Miraba los contenedores llenos, listos para ser entregados.

—No. Esto lo estamos preparando para una de nuestras órdenes corporativas.

Stacey sintió una sacudida de emoción en el estómago.

—¿Podría decirnos para quién es?

—Es para Bolsos Robertson. Les enviamos comida cada jueves.

# Capítulo cuarenta y tres

—Detente aquí, Bryant —dijo Kim de improviso.

—Jefa… —la advirtió.

—¿Qué? —preguntó ella, haciéndose la inocente.

—Al parecer, estamos incómodamente cerca de un café donde a cierta persona le gusta desayunar.

—¿En serio? No me había dado cuenta —dijo, echando otro vistazo al escaparate—. Solo estoy tratando de decidir si me apetece una tostada antes de ir a charlar con Roger Barton. O sea, ¿qué posibilidades tenemos de que Kai Lord esté exactamente en el mismo lugar y a la misma hora?

—Sabes que no puedes entrar ahí y, sin ninguna prueba directa, no puedes traerlo…

—Vaaaayaaaaa, tal parece que sí tengo hambre, después de todo —dijo ella. Abrió la puerta del pasajero.

—Ay, mierda —dijo Bryant en el momento en que Kai Lord salía del café.

—Es bueno saber que la muerte de otra de sus colegas no le ha afectado el apetito —dijo Kim, que acababa de interponerse en su camino.

Con un ligero aleteo en las fosas nasales, el hombre demostró cuán jubiloso estaba de ver a la detective.

—Usted no debería estar aquí — rezongó.

Ella miró alrededor.

—Ay, venga, lo dejé terminarse en paz sus huevos fritos con beicon, ¿no? —se burló.

Él la rodeó. Kim giró y caminó a su lado.

Bryant ya estaba abriendo la puerta del conductor. Ella lo miró y negó con la cabeza. La cosa era solo entre Kai Lord y ella.

—Esto no va a lucir bien en sus valoraciones, ¿o sí? —preguntó Kim cuando le igualó el paso—. Mire que perder dos empleadas en tan pocos días. Vaya chulo de mierda que es usted, ¿eh?

—Lárguese de una puta vez —dijo, y aumentó la zancada.

Ella le siguió el paso.

—A menos que le importe un carajo, dado que es usted quien se las ha estado cargando.

Él no dijo nada. Dobló la esquina y se dirigió a un Range Rover dorado que estaba aparcado en una plaza de minusválidos.

Kim se sintió decepcionada de que no le hubieran puesto una multa. Se adelantó y se apoyó en la puerta del conductor, evitando así que el hombre tocara el tirador sin tocarla a ella primero.

—Váyase a la mierda…

—¿Qué trata de ocultar, Kai? —le preguntó con suspicacia—. No lo he acusado de ningún asesinato, pero sus acciones me hacen pensar que me he equivocado al catalogarlo como nada más que un doloroso bandido que vive del sudor y la miseria de otras personas.

—Yo no he matado…

—Sí, eso es lo que pensé. No tiene los cojones que se necesitan para matar a nadie. Puede aterrorizar a uno de su tropa para que cargue con la culpa de un homicidio culposo que a usted le quedaba como hecho a la medida; puede dar órdenes a sus secuaces para que le den una paliza a un poli, cuatro contra uno, y puede controlar a mujeres desesperadas, acobardadas y muertas de miedo, pero matar, lo que se dice matar…, ni por asomo…

—¿Está tratando de ponerme un puto cebo…?

—Solo que yo soy la única que piensa así, Kai. El resto de mi equipo cree que usted es un hijo de puta suficientemente sucio como para haber matado a Kelly y a Donna por alguna mezquina razón, pero yo creo que usted es una mierdecita lastimosa. ¿Quién tiene razón?, ¿ellos o yo?

—Apártese de mi puto coche —volvió a gruñir.

Vaya, cuántas ganas tenía él de hacerla a un lado y meterse en su coche, y cuánto deseaba ella que lo hiciera. Lo esposaría y estarían de camino a la comisaría antes de que él tuviera la oportunidad, siquiera, de apretar el botón de su llavero.

Ella se cruzó de brazos y se apoyó en el metal.

—Y no le basta con que dos niñas, de las cuales usted era responsable, estén muertas, sino que otra de sus transacciones no le salió como estaba

planeada, ¿o no? —preguntó sonriente.

Él se encogió de hombros.

—Lo que fácil viene, fácil se va, ¿no es así? Muchas más…

—¿No es terriiiiiiiiblemente molesto que los obstáculos le impidan a uno hacer su trabajo? Esto se está convirtiendo en una semana de mierda para nosotros dos.

—¿Qué coño quiere?

Lo que más quería era que él le pusiera las manos encima, que le diera una razón para llevárselo a interrogar. La distancia de poco más de medio metro entre los dos le decía que eso era improbable.

—Apee el tonito de gánster conmigo, Kai. Ambos sabemos que usted no era un chico de capucha antes de que sus padres murieran y le dejaran doscientas mil libras. Las cuales usted, por cierto, se gastó en menos de tres años. Eso podría funcionar con sus lacayos de Hollytree, pero no conmigo.

El cuerpo del hombre se movió hacia ella ante la sola mención de los padres, pero su autocontrol fue tan impecable como la ropa de diseñador que llevaba puesta.

¿Habría creído que ella no se tomaría el tiempo necesario para averiguar todo lo posible acerca de sus enemigos? El padre de Kai había consolidado una cartera de viviendas de alquiler en barrios universitarios, especializada en ocupaciones múltiples, antes de morir a causa de una monstruosa tormenta mientras vacacionaba en Indonesia. Ni el padre ni la madre habían sobrevivido al desplome del hotel de tres plantas. Apenas seis meses después, Kai ya había vendido todos los activos de ladrillo y cemento.

—Agente, será mejor que exponga su asunto antes de que mi abogado…

—Quiero que esté advertido. Sé que está metido en algo más que las drogas baratas y la prostitución. No sé qué es, pero, cuando lo averigüe, me aseguraré de que usted desaparezca por una larga temporada —dijo, y se apartó del coche.

Woody no sería tan comprensivo si recibiera una segunda carta del abogado.

—Soy un empresario, inspectora. Siempre estoy probando cosas nuevas —dijo con arrogancia, y se subió al coche—. En algunas se gana, en otras se pierde, pero hay algo de lo que estoy seguro…

Una furgoneta pasó con un estruendo mientras terminaba la oración, y Kim no alcanzó a oír lo que le decía.

Pero, para ella, fue algo así como «no todo el mundo es exactamente lo que parece ser».

# Capítulo cuarenta y cuatro

Dawson no estaba de humor para dejarse apaciguar tan fácilmente. Para él, la fatiga siempre se manifestaba como impaciencia. Había llegado tarde una noche más, y más tarde aún con la hora de discusión y las dos horas de silencio que vinieron después.

Mientras esperaba a que el señor Robertson apareciera en la recepción, no entabló ninguna charla con Melody; ni siquiera la miró a los ojos amistosamente.

Ni quien se acordara de Roma. En este momento, todos los caminos conducían de vuelta a esta fábrica de bolsos plagiados.

—Agentes, ¿en qué puedo ayudarlos? —dijo Steven en cuanto apareció detrás de la joven recepcionista.

—Señor Robertson, quisiéramos hablar con usted de algunas cosas. ¿Hay algún lugar donde…?

—Por supuesto, síganme —dijo. Se apartó de la puerta y pasó junto a los detectives. Ellos lo siguieron hacia la sala de exposiciones—. En este momento, mi madre está con unos posibles clientes.

Los condujo a una mesa pequeña, al fondo de la sala.

Mientras lo seguían, Dawson no pudo evitar echar un vistazo a la selección de artículos que se exhibían. No le fue difícil imaginarse a su prometida llevando cualquiera de ellos. Si esta era mierda barata, era una mierda barata muy impresionante. Sin embargo, no sería suficiente para sacarlo de la perrera en que estaba metido.

—Siéntense, por favor —dijo Steven. Apartó el teclado y apoyó los brazos sobre la mesa.

—Señor Robertson, ¿es cierto que usted hace un pedido regular de *sarmale* al Vasile's Café? —preguntó.

El hombre frunció el ceño y sonrió, como si fuera una pregunta capciosa. Obviamente, no era la que estaba esperando.

—Mmm…, sí, es un plato rumano muy popular. Lo pedimos para las chicas una vez por semana —dijo—. Trabajan muy duro, agente.

—No lo dudo —contestó Dawson con firmeza—. Ha dicho «chicas». ¿Los hombres no lo comen, también?

—¿Hombre, quiere decir? —preguntó el señor Robertson, desestimando el tono de Dawson—. El único hombre que trabaja con nosotros es Nicolae, y, desde luego, puede comer todo lo que quiera. Si he dicho «chicas» es solo porque la mayoría de nuestro personal es femenino. —Hizo una pausa. — No es por sexismo —se defendió—. Es que solo podemos elegir entre las personas que llenan una solicitud de empleo.

—¿Y qué debe hacer una mujer para solicitar un empleo aquí? —preguntó Stacey.

—Nicolae trae los currículos y nosotros elegimos a quiénes entrevistar.

—¿Así que no hay más hombres trabajando aquí? —quiso aclarar Dawson.

El señor Robertson negó con la cabeza.

—Me gustaría saber por dónde van los tiros, exactamente, agentes. No entiendo cómo el hecho de que demos de almorzar a nuestros empleados una vez por semana podría relacionarse con el caso en que están trabajando.

Dawson sintió una patadita de Stacey debajo de la mesa.

Su hostilidad surgía de la frustración, de que la pista no los llevaba a ninguna parte. Sacó el móvil y, una vez más, desplazó la pantalla hasta encontrar la foto.

—Señor, ¿conoce a este hombre? —preguntó.

El señor Robertson frunció el ceño ante la imagen. Sus labios dibujaron una fina línea de repulsión.

—Vaya, por Dios, ¿está muerto?

Dawson habría querido tener una fotografía que no procediera de la morgue.

—Eso me temo —dijo—. ¿Lo conoce?

El señor Robertson negó con la cabeza.

—¿Algo los hace pensar que debería conocerlo?

Dawson no estaba preparado para admitir que su presencia ahí se debía, simplemente, a que el hombre tenía *sarmale* en el estómago.

—Lo siento mucho, agente —dijo el señor Robertson después de consultar su reloj—, pero no creo que haya nada más en lo que pueda

ayudarlos.

—¿Hay alguna posibilidad de que hablemos con sus empleadas? —preguntó Stacey con amabilidad—. Es posible que alguna de ellas hubiera conocido a este hombre.

Dawson sintió admiración por su colega, por haber hecho el intento, aunque sospechaba que conocía la respuesta.

—Por supuesto. Puede hablar con todas, si quiere.

Dawson disimuló su sorpresa. No era la respuesta que estaba esperando.

Steven Robertson rio.

—Siento mucho haberlos decepcionado, pero estas chicas no son nuestras prisioneras. No tenemos nada que ocultar.

—Gracias por su cooperación, señor Robertson —dijo Stacey.

—De nada, agente. Lo único que tenía que hacer era pedírmelo.

# Capítulo cuarenta y cinco

Al salir de la ducha, Ellie escuchó muy atenta, segura de que había oído voces en la planta baja. Quizás era Roxanne, que volvía a cantar con la radio. Si ponían algo de Pink, la mujer no podía evitarlo.

Ellie había resuelto que hoy llamaría a su madre, definitivamente. Sabía que terminarían discutiendo. Su rabia ante la absoluta falta de consideración de su madre bullía por debajo de la postura de madurez que había elegido adoptar. Si su madre quería que las cosas fueran así, bien por ella, pero necesitaba escucharlo como era debido antes de seguir adelante.

Con la misma obstinación, se negaba a reconocer que, en los últimos días, había habido momentos en que echaba de menos a su madre tarareando viejas canciones de los ochenta mientras se entretenía en la cocina; o que añoraba los altercados amistosos por el baño a primera hora de la mañana.

Si ese era el juego de su madre, ella también podía jugarlo.

Se peinó y bajó las escaleras. Para el almuerzo, habían cocinado juntas comida mexicana. Después de eso, haría la llamada.

* * *

Ellie se detuvo en seco al ver a un gran hombre negro sentado a la mesa de la cocina. Todo su atuendo era tan negro como su piel, excepto por el reluciente reloj de oro que llevaba en la muñeca.

Roxanne se volvió junto al mostrador cuando la tetera empezó a hervir. Su rostro lucía desdibujado y pensativo, la sonrisa era forzada.

—Ellie, te presento a un amigo mío, Kai Lord.

La niña se obligó a sonreír y asintió. Captó la mirada del hombre, que le recorría el cuerpo de la cabeza a los pies. La sonrisa de Kai Lord la hizo sentir incómoda. No era del tipo benigno que se ofrece a quien saludas por primera vez; había un elemento de placer, de complacencia. Era la forma en que miras algo que has hecho o comprado, una posesión.

—Encantado de conocerte, Ellie —dijo, y le tendió la mano.

Se quedó sentado. Así que ella tenía que caminar hasta él o arriesgarse a ofenderlo, y no quería ser así de borde con un amigo de Roxanne, sin importar lo espeluznante que fuera.

Su apretón fue firme, y su piel, caliente. Le estrechó la mano un segundo más de lo debido. Él apretó, ella se estremeció, él sonrió.

Ellie sentía que la ansiedad se acumulaba en su estómago. Este hombre no le gustaba ni un poquito. Retrocedió hacia la puerta.

—Mmm, los dejaré en sus…

—Siéntate, por favor —dijo Kai, amablemente.

Ella vaciló y miró a Roxanne, pero se encontró con su nuca.

Se sentó.

Roxanne se volvió y dejó frente a ella una taza de chocolate caliente, y frente a su amigo, una taza de líquido verde. No miró a ninguno de los dos.

Kai se movió hacia delante en su silla y puso la bebida a un lado. Apoyó los codos en la mesa, entrelazó los dedos y acomodó la barbilla entre las manos.

—Quizás no lo sepas, Ellie, pero Roxanne no solo es una buena amiga, sino que es una empleada, y es muy buena en lo que hace.

La boca de Ellie empezó a secarse. Esta no era una conversación general. Las palabras del tipo estaban bien calculadas y dirigidas exclusivamente a ella. Miró su rostro, pero no pudo converger con sus ojos; ahí había algo que provocaba miedo. Instantáneamente se preguntó si había hecho algo para meter a Roxanne en problemas. Quizás le había quitado demasiado tiempo y su trabajo se había resentido. Tal vez, este hombre había venido a decirle que se tenía que ir. Ella ni siquiera sabía lo que hacía Roxanne para ganarse la vida.

—Lo siento mucho si…

—No lo lamentes, aunque es bueno oír que entiendes mi situación.

Lo miró a él y miró a Roxanne, pero su amiga aún no se había vuelto. La disculpa había sido una respuesta cortés a la insinuación. El estómago empezó a darle vueltas ante la sensación de que había hecho algo malo.

Él deslizó hacia ella un pequeño libro rojo.

—Aquí está el registro de lo que me debes. Por favor, echa un vistazo.

Ella sintió que un calor nervioso invadía su rostro mientras se volvía hacia su amiga. No entendía la tensión que aumentaba en esa cocina.

—Roxanne, ¿qué está pasando…?

—Mira el libro, Ellie —dijo Roxanne sin volverse. Era una voz fría y dura que no lograba reconocer.

—Ro… Roxanne —lo intentó otra vez. Maldita la tartamudez, que delataba sus miedos.

Su amiga no respondió.

El verdadero miedo empezaba a recorrer sus venas. Cogió el libro. La portada interior decía su nombre y la fecha del domingo. Ellie hojeó las páginas, que registraban cada cosa que había comido, cada bebida que había consumido; había renglones para el combustible, la ropa e, incluso, para los aseos usados durante los dos días. La última entrada era el tiempo de Roxanne, valorado en quinientas libras. Había un total de poco menos de mil libras.

Ellie negó con la cabeza.

—Pero no… O sea… No puedo… Roxanne es mi am… amiga.

—¿Estás en desacuerdo con alguno de los gastos?

Aturdida, Ellie negó con la cabeza. No, todo estaba ahí, definitivamente. Cada céntimo.

Esto tenía que ser una broma. En cualquier momento, Roxanne se volvería para desternillarse a su costa, para reírse de cómo la habían engañado, y entonces todos se reirían juntos. Y Ellie no les revelaría lo asustada que había estado.

Levantó la vista. Nadie se reía.

—Roxanne…, ¿de qué se trata? Cr…, creí que la ropa era un re… regalo —dijo a la espalda de la mujer.

No hubo respuesta.

El hombre continuó.

—Si dispones de ese dinero ahora mismo y me reembolsas el total de los gastos, te dejaré al final de la carretera con tu ropa nueva. Habrán sido dos días de vacaciones muy agradables, y nada más. Si no, tendremos un pequeño problema.

—No ten… tengo tanto dinero —balbuceó Ellie. Sus magros ahorros no llegaban ni a las doscientas libras.

—Vaya, qué pena. Al parecer, estamos en un aprieto. No puedo permitirme perder este dinero. ¿Qué me propones?

Ellie podía escuchar el control en el tono de ese hombre. Esta conversación seguía un argumento. Sentía como si él la estuviera leyendo en un libreto.

—Tal vez mi… mi madre podría…

—Sospecho que tu madre no dispone de tanto dinero, sino como último recurso, tal vez. Aunque es muy poco justo cargar a tu madre con una deuda que tú contrajiste, ¿o no?

Ellie sintió la súbita urgencia de salir corriendo. La voz baja y controlada del hombre era más atemorizante que si le estuviera gritando. Ella era quien estaba más cerca de la puerta de la cocina. Se preguntaba cuán rápido podía volverse y huir de la casa.

Kai Lord le sonrió mientras dejaba una llave encima de la mesa.

—No tienes salida. ¿Sabes, Ellie?, no puedo dejar que te vayas hasta que hayamos llegado a un acuerdo.

Ellie tragó saliva. Se daba cuenta de que su único objetivo era salir de esa casa. Tenía que huir. Por muy enfadada que estuviera su madre, ella sabría qué hacer.

—Puedo con… conseguir un trabajo. Puedo ha… hacer abonos. Firmaré lo que usted qui… quiera.

Él inclinó la cabeza y le sonrió tolerante.

—Me gusta tu manera de pensar, Ellie, pero tienes dieciséis años y ninguna cualificación. El salario mínimo ni siquiera te alcanzaría para cubrir los intereses semanales, que, por cierto, empiezan a acumularse hoy.

Ellie se preguntaba qué debía decir, exactamente, para poder salir de esa casa. Una pequeña parte de ella seguía abrigando esperanzas de que todo esto fuera una broma, pero esa ilusión moría con cada segundo que Roxanne no se volvía. Negó con la cabeza, desconcertada.

—Lo siento, pero, en re… realidad, no sé qué o… ofrecer.

La sonrisa del hombre se abrió lentamente hasta la plenitud. A la niña le heló la sangre.

—En ese caso, tengo un bonito trabajo.

# Capítulo cuarenta y seis

—¿Te gustaría dirigir esto? —preguntó Kim. Bryant acababa de detener el coche justo a las afueras de una casa adosada en las afueras de Lye.

—Por supuesto —contestó él.

Si había pedido a Bryant que se encargara de la entrevista era porque quería tener una amplia oportunidad de observar a la última persona que había visto vivas a Kelly Rowe y a Donna Hill.

—Bien, ahí está el Toyota, así que, por lo menos, sabemos que está en casa —dijo Bryant.

Llamó.

Cuando la puerta se abrió, apareció un hombre cuya cabeza llegaba hasta el marco. Su anchura tampoco le dejaba mucho margen de maniobra. La descripción del vendedor del Toyota, el que decía que este hombre era en todo como el promedio, no podía haber estado más equivocada. Unos cuantos centímetros en ambas direcciones ponían a este sujeto fuera de la media.

Se preguntaba con quién pasaba el tiempo el viejo señor Bingham.

—¿Roger Barton? —preguntó Bryant.

De inmediato, la cara del hombre se arrugó de preocupación.

—Sí, pero quiénes…

Sus palabras fueron perdiéndose mientras estudiaba la placa que Bryant le estaba mostrando.

Se apartó.

—Entren, por favor.

Kim estuvo a punto de negarse cuando echó un vistazo al interior. Un pasillo muy estrecho llevaba a la parte trasera de la casa. A ambos lados había revistas, libros y periódicos apilados precariamente.

Ella recorrió poco a poco ese valle de papel hasta una habitación a la que no habría podido dar nombre, pero en la que había un sillón que podía utilizarse. El lugar estaba atiborrado de bolsas de plástico, algunas para

basura, partes de bicicleta y viejas jaulas de mascotas. Era como si alguien hubiera hecho un viaje al vertedero y hubiera traído todo a este lugar.

—Perdón por el desorden —dijo Roger Barton al llegar al único pedazo de alfombra que quedaba disponible.

Esa disculpa no venía al caso. Habría funcionado en una casa que no hubiera sido aspirada ni limpiada antes de la llegada de un visitante inesperado o en una llena de juguetes de niños. La disculpa insinuaba que al ocupante lo habían pillado con la guardia baja; no se excusaba por ser un acumulador compulsivo.

Kim trató de olvidar el aroma a comida rancia que le llegaba a la nariz. Solo Dios sabía cuánto había crecido el moho bajo las capas de periódicos, pero allí había algo más que unas migajas perdidas.

El área que rodeaba al sillón estaba ordenada y despejada. Si el hombre poseía un televisor, Kim aún estaba por verlo.

—Madre santa —dijo Bryant, que acababa de tropezar con algo detrás de ella.

La detective no tenía ni idea de cómo estarían las demás habitaciones ni tampoco le quedaban deseos de averiguarlo.

—Señor, es preciso que determinemos sus actividades del sábado por la noche —dijo Bryant, que finalmente había llegado a situarse a un lado de su jefa.

Ahora los tres estaban de pie en un pequeño espacio, en medio de la habitación.

Su rostro se alarmó al instante.

—¿Puedo preguntar por qué?

Ya de cerca, Kim se sorprendió al notar que el hombre estaba bien afeitado y olía razonablemente bien.

—Si tan solo pudiera decirnos dónde estuvo, nos marcharíamos enseguida. —La voz de Bryant era firme, pero agradable.

—Agente, insisto en que me diga qué está sucediendo, exactamente.

Aunque no la habían invitado a hacerlo, Kim se sentó en el sillón y, de inmediato, se arrepintió. En ese nivel inferior, las pilas de cosas se le venían encima. ¿Cómo podía este hombre vivir así?

Volvió a ponerse de pie.

—Señor Barton, lo que estamos investigando se relaciona con un homicidio.

Cualquier rastro de color se le fue del rostro.

Tenía las uñas cortas y limpias, notó Kim; un tanto afeminadas para un hombre de su talla.

—Pero, ¿quién? ¿Qué…?

—Señor Barton. Su coche ha sido reconocido en el área general del incidente, y solo queremos excluirlo a usted de nuestras pesquisas. Así que, si tan solo pudiera decirnos dónde estuvo el sábado por la noche, nos marcharíamos.

—Claro. Pasé la mañana haciendo la compra. Almorcé algo, conduje a Clent e hice un alto en un desguace de Halesowen.

Bryant había sacado su cuaderno de notas.

Kim notó que Roger Barton había parpadeado cuatro veces.

—Vine entonces a casa y leí un libro.

El hombre estaba compensando de más. Les había explicado las actividades del día entero, cuando ellos le estaban pidiendo mucho menos. Y prácticamente nada de eso podría corroborarse.

Ella perdió la cuenta de los parpadeos que delataron la desfachatez de la última declaración.

—Señor Barton, ¿intentamos responder otra vez? —preguntó ella.

—Es la verdad.

—Señor, ¿podría confirmarnos si usted es el jefe local de los scouts de Lye y Stourbridge? —preguntó Bryant.

—Lo soy —respondió con cierto orgullo.

—¿Y eso incluye ocuparse de las finanzas de las sesiones semanales?

Él asintió, pero no abrió la boca.

—¿Y cómo funciona eso? —preguntó Bryant.

—Recibo el dinero de los padres. Entonces hago un cheque y lo deposito en una cuenta.

—¿Así que usted se queda con las cinco libras que les cobra a los padres? —aclaró Bryant.

—Sí, pero no hay nada…

—Por supuesto, señor Barton, yo no estaba insinuando ninguna otra cosa. El dinero es suyo y usted puede gastarlo como le plazca.

—Sí, así es, exactamente —dijo con el ceño fruncido.

—¿Y eso incluye pagar a prostitutas a cambio de sexo?

Su rostro se tiñó de colores.

—Yo no… No estoy seguro…

—Por favor, no nos tome por tontos, señor Barton. El sábado por la noche anotamos el número de su matrícula. Venía usted conduciendo por la calle Tavistock. Usted es conocido de muchas de las chicas que trabajan en esa zona —dijo Bryant.

—Fui a dar una vuelta… Solo…

—Señor Barton, ¿se reunió con Kelly Rowe el sábado por la noche? —preguntó Kim.

Negó vehementemente con la cabeza.

—¿Se reunió anoche con una prostituta joven llamada Donna Hill? —continuó ella.

—Tiene que haberse enterado de que están muertas —interrumpió Bryant—. ¿Por qué no acudió a la comisaría?

Él se frotó la cabeza.

—Yo no estuve ahí esas noches. No tengo nada…

—¿Busca cierto tipo de chicas, en particular? —preguntó Bryant.

El hombre miró a Kim y movió la cabeza de un lado al otro.

—Todas son muy agradables…

—¿Así que pudo haber tenido tratos con las dos? —preguntó Bryant.

El hombre movía la cabeza de lado a lado.

—Ya les dije, no estuve ahí esos…

—Los billetes de cinco libras en sus bolsos no parecen estar de acuerdo con usted —lo presionó Bryant.

La realidad empezó a gravitar en sus ojos, junto con las preguntas sobre los scouts y los arreglos financieros.

Su cabeza dejó de agitarse y los últimos rastros de color abandonaron su rostro.

—Agente, me gustaría hablar con mi abogado.

Sí, pensó Kim. Eso empezaba a tener visos de ser una buena idea.

# Capítulo cuarenta y siete

Ellie hacía lo posible por tragarse el miedo. Tenía la sensación de que se iban acercando a donde habían estado viajando todo este tiempo, que nada de lo que pudiera haber dicho cambiaría lo que estaba por venir.

—Eres afortunada de que yo tenga el modo de que me pagues. No eres la primera, ¿sabes? Ansiabas tu independencia, buscabas el modo más rápido de llegar a la adultez y lo has encontrado. Esta deuda es tuya, esta es tu responsabilidad. Has conseguido exactamente lo que querías.

Había algo de verdad en esas palabras, y Ellie no podía negarlo.

—Has tenido éxito en escapar de las garras de tu madre. Ella ya no está a cargo de tus decisiones. Esta la tomarás por tu propia cuenta.

Ellie contuvo la respiración. Había en esa voz cierta cualidad hipnotizadora. Aunque la aterraba, la niña se sentía obligada a escucharla.

—Aquí estás; sola, sin dinero, sin familia, sin amigos, sin tu red de seguridad. Aun así, tienes algo que te puede liberar.

Ellie frunció el ceño.

Él enarcó una ceja y la miró de arriba abajo.

—Tienes tu cuerpo.

Por unos segundos, se sintió confundida. Pensó primero en las manos, brazos, piernas y pies, pero, cuando se acordó de las partes intermedias, el miedo se le convirtió en un horror absoluto. La bilis le llegó hasta la garganta y tuvo que hacer un esfuerzo por tragársela.

—¿No estará ha… hablando de p… prostitución?

—Vaya palabra tan anticuada, pero sí, de eso estoy hablando, exactamente.

Ellie negó con vehemencia, moviendo la cabeza de un lado al otro.

—No, no, no puedo hacer eso —gritó, y se apartó de él.

La sola idea de que un extraño tocara su cuerpo la hacía vomitar.

—Sugiéreme una alternativa, entonces —dijo él. Dio un sorbo a su líquido verde.

Ellie tenía la sensación de que estaban en una especie de juego del gato y el ratón y que este sujeto estaba disfrutando inmensamente.

—Roxanne… —susurró, mirando a su amiga.

La mujer no se volvió, pero Ellie pudo ver cómo se le tensaban los hombros.

—Roxanne —volvió a clamar, ahora con más urgencia.

Súbitamente, entendió que su amiga estaba tan atrapada como ella.

—Entonces, pequeña, ¿hemos llegado a un acuerdo, por fin?

Ellie negó con la cabeza.

—No p… puedo. De verdad, no puedo —dijo con voz débil.

Él suspiró pesadamente y negó con la cabeza.

—Pareces ser una joven muy inteligente. De verdad, yo tenía la esperanza de que resolviéramos esto como adultos. Por última vez, te pido que lo vuelvas a pensar.

Ellie movió la cabeza de un lado al otro, lentamente. Era inaceptable. ¿Qué cosa peor podía hacer él?

Kai Lord cogió algo que tenía a un lado de la silla de la cocina y se puso de pie.

Los ojos de Ellie viajaron a lo largo del negro brazo hasta llegar a la mano derecha. Entre los dedos llevaba un artilugio de alambre, parecido a unas perchas metálicas entrelazadas.

Se acercó a la niña y extendió el brazo para subir el volumen de la radio.

—No quería tener que recurrir a esto, pero no me dejas otra salida.

Ella sabía que no podía moverse. Todos sus huesos estaban temblando. No podía apartar la mirada del arma en la mano de Kai Lord.

Él avanzó hacia ella. La niña trató de echar la silla atrás, pero los huesos de sus pies se habían disuelto hasta convertirse en pura carne. Lo vio acercarse y levantar el arma. La respiración se le paralizó y el corazón se le desbocó en el pecho al notar que el objeto empezaba a caer.

Roxanne chilló de dolor cuando el golpe le dio en la parte baja de la espalda.

Kai levantó el arma y la descargó contra los muslos de Roxanne. Ellie pegó un alarido.

Un segundo grito amortiguado escapó de los labios de su amiga, que cayó al suelo al doblársele las piernas.

—Pare —gritó Ellie.

Kai no le hizo caso. Cogió a Roxanne por el pelo y la levantó del suelo.

Horrorizada, Ellie lo vio golpearle las rodillas. Una vez más, las piernas de la mujer se doblaron, pero ya no podía caer, porque él la tenía agarrada del pelo.

—Por favor, deténgase —suplicó Ellie.

—Todos los actos tienen consecuencias, pequeña, y puede que no siempre sean contra ti.

Dejó caer el artilugio de metal y, a mano limpia, le dio un puñetazo en la cara a Roxanne. El labio inferior de la mujer explotó y la sangre empezó a escurrir por su mentón.

Ellie rezaba por despertar de esta pesadilla, aunque sabía que la escena que se desarrollaba frente a ella era muy real.

—¿Te importaría reconsiderar antes de que dañe para siempre esta bonita cara?

—Déjela —gritó Ellie. Finalmente se puso de pie.

Kai seguía sujetando a Roxanne por el pelo. Le sacudió la cabeza como si fuera una muñeca de trapo.

—No te acerques o le irá peor.

Ellie veía que Roxanne intentaba agarrarse el pelo, pero, con las sacudidas, no encontraba de dónde asirse.

Kai la arrojó al suelo y la pateó en el estómago. La niña pudo ver salpicaduras de sangre por toda la superficie cuando la mujer empezó a toser.

Sintió que las lágrimas le hacían arder los ojos.

Las patadas de Kai seguían cayéndole a Roxanne en el vientre y la espalda. Mientras la mujer gemía en el suelo, Ellie sollozaba sin control.

—Pare, por favor, solo pare —gritó Ellie, quitándose las lágrimas de las mejillas.

—Sabes lo que tienes que hacer por tu mejor amiga para que esto termine, pequeña.

Ellie se volvió y a Roxanne le cayó otro golpe en la nuca. La mejilla de la mujer estaba cubierta de la sangre que recogía del suelo en sus intentos por escapar.

Gemía de forma incoherente. Kai recuperó el arma de metal y se puso encima de Roxanne, con una pierna a cada lado de su cuerpo inerte. Levantó el brazo, pero Ellie ya no podía soportar más.

—No, pa… pare, no. Lo haré. Haré lo que usted qui… quiera, pero, por favor, deténgase.

Kai bajó el brazo y puso el arma encima de la mesa.

Ellie se tiró al suelo y trató de acunar la cabeza de Roxanne entre sus manos.

De repente, sintió que la cogían del pelo y la levantaban del suelo. Le escocía el cuero cabelludo.

Arrastrando a Ellie por el suelo de la cocina, Kai pasó por encima del cuerpo inerte de Roxanne. Abrió la puerta del sótano y la empujó dentro. La niña rodó por los escalones, dando tumbos, y terminó como un bulto.

Levantó la mirada para ver la figura del hombre parado en la entrada.

—Sabía que, al final, verías las cosas a mi manera.

La puerta se cerró y el mundo quedó a oscuras.

# Capítulo cuarenta y ocho

Impaciente, Kim daba golpecitos con el pie mientras el casero abría la puerta del piso de Donna.

Cuando el hombre se hizo a un lado, ella se dio cuenta de que la palabra *piso* era tan solo una aspiración, puesto que el espacio no era mayor que una cochera y una cocina juntos.

Bryant dio las gracias al hombre, quien alegremente bajó las escaleras.

El casero estaría pensando, adivinaba Kim, que volvería a alquilarlo de inmediato, después de quedarse con unas libras del pago de Donna por adelantado, por no mencionar el depósito.

Bryant se daría el gusto de ponerlo bajo advertencia, de la manera más atenta, de que ese no sería el caso una vez que hubieran terminado.

Vista desde la entrada, la habitación individual tenía, en una esquina, una cama de matrimonio abatible. La mitad de la cama estaba cubierta de ropa, pues hacía las veces de armario. Solo quedaba libre el lado izquierdo, por donde ella trepaba para dormir cada noche. Sobre la cama, alojadas en una esquina, había dos estanterías. En el lado izquierdo del dormitorio, un sofá de dos plazas tenía delante una cómoda de madera sobre la cual habría cabido un pequeño televisor, si Donna hubiera tenido uno.

Kim supuso que todo lo de valor se había ido hace mucho, vendido para mantener las adicciones de la chica.

Por todo el espacio había montones de prendas, y una pila de ropa interior en una esquina, al lado del sofá. Kim abrió el cajón superior de la cómoda. Estaba lleno de cachivaches: un juego de manicura, el cable de un cargador, un poco de suelto y objetos para drogarse. Había un espejo y una navaja para dosificar cocaína en polvo, una jeringa, una cuchara, un torniquete y, en el fondo, una pipa para metanfetaminas rota.

Cerró el cajón y fue a la cocina. Bryant, mientras, se acercó al área de dormir.

Kim se sintió sorprendida por el orden que había en ese pequeño lugar. Solo había dos estrechas superficies de trabajo sobre un frigorífico y un

congelador. Una sencilla tetera plateada y unos botes de té ocupaban el espacio a un lado del fregadero. Había un especiero y una batidora junto a uno de los primeros libros de cocina de Jamie Oliver. Abrió el primer cajón y lo encontró con la cubertería organizada y separada, en contraste con el de la cómoda. En el segundo había cucharas de plástico gigantes, un machacador y otros utensilios que no pudo reconocer. El tercero, el más grande de todos, estaba lleno de ollas y sartenes, así como de una olla de cocción lenta, un vaso medidor y un conjunto de balanzas anticuadas. Aunque las superficies eran viejas, estaban limpias y brillantes. En una esquina, metidos dentro de un pequeño cubo, había cuadros de papel de cocina. No vio manchas ni marcas de agua en los viejos grifos. Los dos armarios superiores ofrecían poco espacio, pero contenían unas latas bien acomodadas y media barra de pan.

Oyó suspirar a su compañero y volvió la mirada hacia él. Bryant había cogido un par de prendas de la cama. En la mano izquierda llevaba una falda negra corta, y en la otra, un chaleco amarillo con tirantes delgados.

—Ni una rebeca ni un maldito jersey a la vista —dijo.

Kim volvió a la cocina. En algún momento, esta chica había disfrutado cocinar, y, aunque lo hubiera dejado de hacer, no se había desprendido de las herramientas y el equipo.

—Oye, jefa, mira esto —dijo Bryant en voz baja.

En tres pasos, Kim estaba a un lado de él, junto a la cama de Donna. Su compañero le señalaba una pequeña colección de cerdos de cerámica cómicos.

—Un jodido *Orgullo y prejuicio* —dijo, asintiendo hacia uno de los libros—. No puedo creer que esta pobre chica siguiera buscando su «felices para siempre».

—O la salvación —dijo Kim, asintiendo hacia otro libro, que parecía ser una biblia de segunda mano.

—Una contradicción, ¿eh? —preguntó Bryant.

Kim negó con la cabeza.

—Solo una persona, Bryant, llena de gustos y aversiones, miedos y esperanzas. Sigo esperando encontrarme con el estereotipo.

Sacó el muy manoseado libro en rústica y lo hojeó. Una foto solitaria cayó flotando hasta el suelo.

Kim la cogió y le dio la vuelta. Al mirarla de cerca, frunció el ceño. Era una niña de poco más de diez años, sentada frente a un cielo azul. Tenía un pelo muy ordinario, pero bien cortado alrededor de un rostro regordete y atractivo.

—No es Donna —dijo Bryant, meneando con la cabeza.

—Yo creo que sí —dijo ella. Contemplaba la cálida y genuina sonrisa, los amistosos ojos de avellana que miraban directamente la lente de la cámara. Había visto esos mismos ojos clavados en el cielo, aunque ya sin vida.

Kim sintió una puñalada de tristeza. Esta niña había sido vibrante, había estado llena de esperanzas; irradiaba una expectativa de vida. De improviso, la detective sintió en sus hombros la carga de la muerte de Donna. Mientras estaba viva, sus sueños podían convertirse en realidad; ahora se habían ido para siempre.

Fue a poner la foto de vuelta en el libro, pero hizo un alto cuando algo más de esa imagen le llamó la atención.

Donna llevaba puesta una americana verde con un motivo bordado en el bolsillo. Kim entornó los ojos para estar segura de lo que estaba mirando.

Señaló.

—Madre mía, Bryant, ¿puedes echar un vistazo a esto?

# Capítulo cuarenta y nueve

Kai vio cómo Roxanne se levantaba con dificultad.

—Maldita sea, Kai, pudiste haber sido un poco menos brutal —dijo mientras se limpiaba el labio inferior.

Él se encogió de hombros y tomó un sorbo de su té verde. Todavía estaba tibio.

—Es testaruda. Más fuerte de lo que parece. —Roxanne asintió para hacerle ver que estaba de acuerdo.— Pero está bastante apegada a ti, creo. —La mujer se encogió de hombros.— Mientras esos sentimientos no sean recíprocos.

La miró fijamente a los ojos. Encontró una expresión muerta, una total falta de emoción que le provocó una genuina sonrisa.

—Por supuesto que no.

Él siguió escudriñando esos ojos que no dejaban traslucir alma alguna. Le creyó.

Hacían un buen equipo, y ella le había demostrado su lealtad en repetidas ocasiones. Había venido a trabajar para él voluntariamente cuando Kai Lord tomó el mando de Hollytree. Y le había hecho gracia la arrogancia de esta mujer cuando le dijo que serían socios en dos años.

A los cuatro meses, ya se había convertido en la mujer que ganaba más y se quejaba menos. Dos meses después, tuvo éxito en demostrarle que dos de sus chicas se quedaban con dinero. Las dos zorras habían sido eliminadas, con lo que ella terminó convirtiéndose en la Top Girl.

Muy pronto, Roxanne había confirmado que era invaluable. Le llevaba los registros, lo mantenía al tanto de las actividades policíacas y se encargaba del reclutamiento de las prostitutas. Lo de diversificarse con la contratación de niñas había sido idea suya.

Él la había puesto a prueba en numerosas ocasiones: dejaba dinero sin vigilar o le transfería, como paga mensual, cantidades demasiado grandes a propósito. Ella nunca lo había decepcionado y, aunque esa escenita de la paliza había sido perfeccionada para causar el mayor efecto, unos buenos

golpes, convenientemente dados, le harían saber quién estaba al mando. Siempre.

La expresión hosca de la mujer era señal de que había captado el mensaje alto y claro.

Kai Lord se terminó su bebida y se puso de pie.

—Vendré mañana a por ella.

—Creí que ya la ibas a poner en la calle —dijo Roxanne. Envolvía unos cubos de hielo en un paño de cocina.

—Va a darnos problemas. Puedo sentirlo. Tengo que cambiar de plan.

Ella empezaba a comprender.

—¿Lo del lío del domingo por la noche?

Él asintió.

—Esa puta poli se está interponiendo. Le debemos una niña a nuestro cliente.

—Y estaba aterrada de que fueras a ponerla en la calle —observó Roxanne con una sonrisa.

Él se echó a reír.

—Eso habría preferido ella, sin duda —dijo alegremente.

A donde esta niña iba era un viaje sin retorno.

# Capítulo cincuenta

—Les voy a pedir que lo hagan aquí —dijo Steven Robertson frente a una sala de descanso. Había una hilera de taquillas en una de las paredes, y, en medio de ellas, un fregadero. En la pared más angosta había una mesa de trabajo con una tetera y botes para preparar té; debajo, una estrecha nevera. El centro de la habitación estaba dominado por una mesa redonda con tres sillas.

Stacey estaba convencida de que había mejores lugares donde instalarlos que este salón de té, pero supuso que el dueño no quería que sus prospectos de clientes le hicieran preguntas comprometedoras.

—¿Todas las chicas hablan inglés con fluidez, señor Robertson? —preguntó Stacey. Miró a Dawson de reojo.

Él negó con la cabeza. Entonces pareció tener una idea.

—Le diré a Cristina que venga. Es nueva y no conoce muy bien a las demás, pero podrá ayudarlos con la barrera del idioma.

—Gracias —dijo ella.

—¿Puedo ofrecerles algo más? —preguntó con amabilidad.

Ambos negaron con la cabeza.

—De acuerdo. Les enviaré a la primera de las chicas.

—Bien pensado, Stace —dijo Dawson en cuanto la puerta se hubo cerrado.

—Sí, y aún no entiendo por qué, de pronto, se muestra tan servicial —admitió ella.

—Una de dos —dijo Dawson, ahogando un bostezo—: o no tiene nada que esconder o está increíblemente seguro de que no encontraremos lo que está escondiendo.

—¿Crees que conoce a nuestra víctima? —preguntó ella.

—No me lo parece —contestó él—. No me dio esa impresión cuando estaba mirando la foto. Y todo esto es muy tenue, para ser francos; así que mañana volveremos a los restaurantes rumanos —dijo. En eso, un suave golpe sonó en la puerta.

—Adelante —dijo Stacey.

Asomó la cabeza de Cristina.

Stacey le hizo señas de que entrara.

Ella dudó un poco y entró.

—¿Cómo está? —le preguntó la agente con una sonrisa. La mujer parecía constantemente nerviosa.

—Bien, gracias.

—¿Tuvo la oportunidad de mirar esas páginas? —preguntó Dawson.

Ella asintió. Sacó unas hojas dobladas del bolsillo de su mono y se las entregó. Luego se volvió hacia la puerta cerrada, como a la espera de que alguien entrara a reñirla. En un movimiento rápido, Stacey metió las hojas en su mochila y le dio las gracias.

—¿El señor Robertson le explicó para qué la necesitamos? —preguntó Dawson con suavidad.

Ella asintió.

—Les harán preguntas a las señoras y quieren que yo traduzca.

Dawson asintió y, una vez más, sacó su teléfono.

—Ya le hemos preguntado por el bebé, pero ¿le importaría echar un vistazo a esta fotografía?

Cristina se acercó.

—¿Conoce a este hombre?

La mujer miró la fotografía por largos diez segundos antes de sacudir la cabeza.

—N… No, no lo conozco, lo siento.

—Cristina, ¿está segura? —preguntó Stacey.

La chica asintió y posó los ojos en la pantalla una vez más.

—Parece muerto —exhaló.

Dawson quitó la imagen de la pantalla.

—Cristina, ¿está todo…?

Stacey dejó de hablar cuando llamaron a la puerta.

Cristina retrocedió dos pasos hasta un rincón mientras Dawson gritaba «adelante».

Entró una mujer delgada como una astilla. Su espalda parecía ligeramente encorvada. Daba la impresión de ser un poco mayor que

Cristina.

—Esta es Natalya —dijo la joven mientras la costurera se deslizaba hasta sentarse en la silla desocupada. Esta se volvió hacia Cristina en busca de reafirmación.

—¿Puede decirle que no ha hecho nada malo y que no se trata de ningún problema?

Cristina transmitió el mensaje. Natalya se volvió hacia ellos. Ni un ápice de la tensión había desaparecido de su rostro.

—¿Puede explicarle lo que le dijimos del niño abandonado en la comisaría? —pidió Stacey.

Aunque también tenían que identificar un cadáver, Stacey no quería que esta mujer tan ansiosa viera la fotografía de inmediato. Las fotos de los muertos tienden a entorpecer la concentración.

Stacey notó cómo el horror llenaba el rostro de la mujer. Los ojos se le enrojecieron de inmediato. Finalmente, sacudió la cabeza.

—No conoce a nadie —dijo Cristina.

—¿Sabe de alguien que hubiera tenido un bebé recientemente?

Cristina repitió la pregunta. La mujer vaciló antes de soltar una furiosa diatriba. Las palabras salían disparadas de su boca. Con el mismo ímpetu, dejó de hablar y dio la espalda a su compañera.

—Dice que no.

—Parece que ha dicho mucho más que eso —observó Dawson.

—También ha preguntado si ustedes, imbéciles, van a repetirlo todo dos veces, pero no me pareció relevante.

Stacey hizo un gran esfuerzo por contener la repentina sonrisa que ya asomaba por sus labios. Había algo de alivio en haber encontrado alguien con una pizca de brío.

—Natalya, ¿puede mirar esta foto y decirnos si reconoce a este hombre?

Dawson le acercó el teléfono en cuanto Cristina terminó de hablar con ella.

La mujer echó un vistazo y negó con la cabeza. Sus ojos apenas habían mirado la pantalla.

—Por favor, mire otra vez —dijo Dawson, dispuesto a arriesgarse a un nuevo arrebato.

Con el rostro ahora tenso, observó la imagen. Luego se volvió a los detectives y movió la cabeza de un lado al otro.

—Natalya, ¿va todo bien? ¿Le tiene miedo a alguien? —preguntó Stacey.

La joven compañera tradujo su respuesta:

—Dice que no tiene medio. Está contenta aquí y los Robertson son buenas personas.

A Stacey le pareció un poco extraña la respuesta detallada, pero la dejó pasar. Sus ojos se encontraron con los de Dawson y entre los dos pasó un mensaje.

No iban a obtener nada más de Natalya.

—Vale, Cristina —dijo Stacey—. Estamos listos para la siguiente.

* * *

Dos horas y cinco entrevistas más tarde, Stacey se encontró sin más información que cuando entraron.

Cristina aprovechó la oportunidad para sacar sus cigarrillos y un mechero.

—¿Puedo?

—Claro —dijo Stacey, y se volvió a Dawson—. Yo también quisiera tomarme un momento para ir al baño.

Él asintió. Sabía que su frustración iba al parejo de la de su compañera.

Todas las mujeres habían respondido lo mismo.

No, no sabían nada del bebé.

No, no reconocían al hombre.

Estaban contentas aquí y los Robertson eran buenas personas.

Ellos no les preguntaban nada de la fábrica y, sin embargo, recibían la misma respuesta cada vez.

Stacey se dirigió a los aseos por donde había pasado horas antes. Hizo un alto y siguió caminando. Por ese mismo pasillo, la siguiente esquina conducía a la planta de producción.

Contempló todas esas cabezas que permanecían agachadas mientras las manos y los pies trabajaban al unísono en las máquinas de coser.

Una mujer con quien aún no habían hablado pareció salir de un minúsculo despacho en la esquina de la fábrica, bajo el entresuelo. Atravesó la planta de producción en dirección a ella. Era la siguiente, sin duda.

Stacey observó fascinada cómo llamaban a otra costurera al pequeño despacho del rincón.

Giró sobre sus talones y se alejó.

—Bien, esta es una absoluta pérdida de tiempo —dijo después de cerrar la puerta de la sala de descanso.

—Mantén la fe, Stacey. Nos basta con una.

—Eso no va a pasar, Kev —dijo ella, y cogió su mochila—, porque todas y cada una de estas chicas han sido aleccionadas.

# Capítulo cincuenta y uno

—¿Dónde coño está? —preguntó Kim. Acababa de poner fin a otro intento de localizar a Penn.

Estaba ansiosa de pasarle la información que habían obtenido acerca de Donna Hill.

—Dale un respiro a ese chico. Lo has tenido corriendo de aquí para allá y por todos lados. Estoy seguro de que las siete llamadas perdidas le dejarán claro cuánto te urge hablar con él. Te llamará en cuanto pueda.

—Stacey habría…

—Ni se te ocurra —la advirtió—. Pusiste a Stacey en la calle y trajiste a Penn, ¿por qué?

—Porque era lo correcto —respondió ella.

—Exacto, pero has tenido a este pobre chico Penn en los teléfonos, en la calle, extrayendo datos… Para ser justos, Stacey nunca ha tenido que…

—Ay, ya, cállate —espetó ella con madurez.

Él se rio, sabiendo que su jefa no tenía nada que decir.

—Así que ¿Roger Barton te está haciendo burbujear las tripas? —preguntó mientras se las arreglaba para conducir por el estrecho autoservicio de McDonald's.

—No estoy segura de que *burbujear* sea la palabra correcta. Sí estoy convencida de que nos ha mentido acerca de algo, pero ha entregado el coche sin necesidad de una orden judicial, así que debe estar bastante seguro de que no encontraremos nada que lo vincule con Kelly ni con Donna —dijo.

Bryant se puso a hablar con la máquina plateada. Pronunciaba cada palabra como si se la dijera a un estudiante extranjero de intercambio. Una voz alegre repitió su orden y le indicó que pasara a la siguiente ventanilla.

—O tal vez siente que, como conocía a las dos, podría explicarlo. Y tendría razón. Es muy probable que encontremos indicios de que cualquiera de las dos estuvo en su coche.

Sí, ella lo sabía bien. La petición había sido, más bien, para medir sus reacciones. Después de haber tenido una conversación privada con su abogado, había accedido a que se le hiciera un examen forense. Estuvieron esperando una hora hasta que los técnicos llegaron para llevárselo.

—Habríamos podido traerlo a interrogar con lo que tenemos —observó Bryant.

Excepto por el hecho de que ya le habían mostrado todo lo que tenían: los billetes de cinco libras y que el hombre conocía a las víctimas.

—Quisiera tener algo más antes de volver a interrogarlo —dijo ella.

Bryant cogió la bolsa de papel de estraza y la colocó en el salpicadero.

Se detuvo en un lugar desde donde podían ver la calle.

—Eso no es bueno para ti —dijo ella, sacudiendo la cabeza.

—Estoy seguro de que esto es más saludable que no comer nada —le respondió, y abrió la bolsa.

—¿Puedo? —preguntó ella.

Él asintió. Kim metió la mano en la bolsa, sacó la orden de patatas fritas, una grande, abrió su ventanilla y la arrojó a la papelera.

—Madre santa, jefa…

—Tu esposa y tus niveles de colesterol me lo agradecerán —dijo, y se limpió las manos con una servilleta.

Él cogió la hamburguesa.

—Permiso para comerme el resto de mi almuerzo, jefa.

—Concedido —dijo ella, y destapó su bebida.

Él dio un mordisco, masticó y se volvió a ella.

—Jefa, te tengo una pregunta, pero necesito que me la contestes antes de que sigamos adelante.

—Venga.

—¿Puedo presentar una queja contra ti?

—¿Por qué? —preguntó Kim, luchando por no sonreír.

—Por arrojar mis patatas fritas a la papelera.

Ella negó con la cabeza.

—En realidad, no; está entre mis deberes.

Él se llevó la hamburguesa a la boca y, enseguida, la volvió a poner en la bolsa. Movió la cabeza de lado a lado.

—Es increíble que tu desaprobación tenga línea directa con mis papilas gustativas.

Kim soltó una carcajada.

—Vayamos a buscar algo que tu santa apruebe instantáneamente. Ahora, ve cómo está todo con Dawson y Stacey, mientras vuelvo a llamar a Penn.

Él puso la bolsa en la papelera y sacó su teléfono.

Penn contestó al segundo timbrazo.

—Jefa, estaba a punto de llamarte —dijo él a modo de saludo.

—Eso habría pensado yo, después de tantos mensajes —dijo ella—, pero déjame empezar. Vuelve a ahondar en lo de Donna Hill. Encontramos una fotografía en su apartamento. Al parecer, estuvo en la academia Heathcrest, en…

—¿La escuela privada de Harvington?

—Esa misma —dijo ella.

Él silbó al otro lado de la línea.

—Nunca te lo habrías imaginado, ¿verdad?

No, definitivamente no. De pronto recordó lo que Kai Lord le había dicho acerca de que no todo el mundo es lo que parece. ¿Se referiría a Donna?

—Me pondré a excavar en cuanto te haya puesto al día. No he podido contestar tus llamadas porque estaba al teléfono —explicó—. He pasado un par de horas tratando de rastrear ese maldito BMW a través de los registros de la empresa y no he encontrado nada —dijo. Ese BMW era el coche que se había detenido junto a la niña, al que Kim había ahuyentado—. Así que me he convertido en un padre enfadado —continuó.

—¿En qué?

—He llamado a la sede de la empresa farmacéutica y les he gritado que uno de sus coches acababa de cortarme el paso en la autopista hasta hacerme chocar. Los he amenazado con emprender acciones penales y civiles por mi latigazo cervical y el traumatismo de mi hijo.

—¿Tu hijo? —rio Kim.

—Oye, jefa, no te rías. Rupert se ha alterado mucho con todo esto. De cualquier modo, les exigí que me dijeran el nombre del conductor para que yo pudiera presentar una demanda individual.

—¿Y?

—El resto ha sido fácil.

—Penn, dime que tienes una dirección.

—Bueee…, este…, sí —dijo, como si fuera la cosa más obvia—. Se llama Jeremy Templeton. La casa es alquilada y es muy bonita.

Kim escuchó los detalles y colgó.

—Venga, Bryant —dijo, interrumpiendo su llamada—. Tu ensalada tendrá que esperar.

Moría por conocer a este hombre.

Sí, sí, sí, su estómago empezaba a burbujear.

# Capítulo cincuenta y dos

—¿Me puedes decir, otra vez, a qué se dedica este tío? —preguntó Bryant.

—Es director regional de una compañía farmacéutica. Tiene a su cargo todo lo que hay al sur de Wakefield.

—Le pagan bien, entonces —dijo Bryant. El coche hacía crujir el camino de grava. Conducía con cautela para evitar baches llenos de hielo que no habrían dado problemas a los neumáticos de un todoterreno.

La propiedad era un granero reconvertido en las afueras de Kinver, una zona acomodada.

—¿Cuánto? —preguntó Bryant.

—Unas dos mil al mes —adivinó Kim.

Bryant silbó.

—¿Te imaginas tener que pagar eso cada mes solo de alquiler?

Kim negó con la cabeza. Esa cantidad de dinero estaba muy por encima de la suma de sus salarios.

—Además, es solo para una persona —dijo ella. Oteó el BMW que la otra noche habían visto pasar lentamente frente a ellos.

Les abrió la puerta un hombre cuya estatura era semejante a la de Kim. Tenía pegado a la oreja un iPhone nuevo. Con un dedo levantado, les pidió que aguardaran. Les dio la espalda, pero no antes de que Kim viera cómo se le fruncían las cejas.

La expresión de Bryant fue un reflejo de la sorpresa de la propia Kim.

Los pantalones negros lisos reflejaban el precio de una impecable confección. Pero esa ropa cara, tan elegante y profesional, no ocultaba la complexión atlética que había debajo.

—Maria, ya te lo dije: esta mañana no he pasado por la autopista. He estado trabajando desde casa.

Kim soltó una leve tos.

—Mira, tengo que colgar, pero te veré en un par de días, ¿vale?

Kim notó el cambio de tono en esas últimas palabras.

La suavidad de la voz y la promesa insinuada le dijeron que Jeremy Templeton se estaba acostando con Maria, y podía apostar que no se trataba de su esposa. La sonrisa del tipo era todo un montaje, aunque no por eso menos encantadora. Kim podía imaginarse una cola de mujeres alineadas a la vuelta de la esquina esperando a acostarse con él.

Dio un paso adelante.

—Señor Templeton —le dijo—, soy la inspectora detective Stone y este es mi compañero, el sargento detective Bryant. ¿Podemos pasar?

Si Bryant se sorprendió ante el tono de la voz de su jefa, no lo demostró.

Por un segundo, los ojos de Templeton se fijaron en los de Kim. El interés destelló mientras se hacía a un lado.

—Por supuesto. La primera puerta a la izquierda —dijo en cuanto ella se detuvo en el pasillo.

Kim entró en una de las habitaciones más espectaculares que había visto. Había sofás de cuero marrón distribuidos alrededor de una chimenea de leña. Una alfombra neutra de felpa eliminaba la crudeza del suelo de pino y le daba calidez. Las vigas del techo atraían la mirada hacia la balaustrada de cristal de una galería en la planta superior.

—Gracias por recibirnos, señor Templeton. No le quitaremos mucho tiempo. Es evidente que está muy ocupado —dijo ella. Señalaba el ordenador portátil abierto y los papeles esparcidos en el sofá, cerca del fuego.

—No tengo ni idea de por qué están aquí —dijo él, e inclinó la cabeza —, a menos que se trate de un malentendido relacionado con un accidente en la autopista…

—No, esa no es la razón por la que estamos aquí —dijo ella mirando alrededor—. Qué bonita casa tiene —añadió.

—Gracias, inspectora, pero no es mía. La alquilan mis jefes. Yo la uso cuando vengo a visitar mis sucursales de las Tierras Medias. —Fijó la mirada en ella.— Por lo general, estoy aquí una semana de cada mes.

Kim detectó la invitación en la voz y se dio cuenta de que el hombre no había mirado a Bryant ni una sola vez. Dejó que una ligera sonrisa se dibujara en sus labios, pero bajó los ojos al suelo.

—Es bueno saberlo, señor Templeton —comentó.

Él se sentó y cerró el portátil. Ahora, la vista entre los dos había quedado despejada.

—Jeremy, por favor —respondió con una sonrisa ladeada. Su rostro seductor era como un vehículo conducido por un experto. Era imposible negar el atractivo sexual que a Kim le llegaba en oleadas.

—Gracias, Jeremy. Su coche surgió en una investigación que estamos llevando a cabo, así que, si nos permitiera hacerle un par de preguntas, estoy segura de que podríamos resolver este asunto.

—Claro, por favor —dijo. Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

Cuando se retrajo un poco la manga de su camisa, apareció un reloj Bvlgari. Como todo en él, era de un buen gusto caro. Este hombre jamás se pondría un Rolex.

—¿Puede decirme qué día de esta semana llegó?

Kim había dejado de usar la primera persona del plural. En esta conversación, solo estaban ellos dos.

—Sí, inspectora, llegué el domingo, a la hora del almuerzo, más o menos. Mi primera reunión fue en Oldbury, el lunes, a las siete de la mañana.

—¿Así que no tuvo reuniones el domingo?

Se lo pensó por un momento.

—No, estuve aquí, trabajando, preparándome para esa primera reunión.

—¿Y la cena?

Él se encogió de hombros.

—Seguramente improvisé algo. —Inclinó ligeramente la cabeza.— No es muy divertido preparar comidas elaboradas para uno solo —dijo, con tono de pregunta.

—Sé exactamente a qué se refiere —dijo ella, con tono de respuesta—. ¿Y no volvió a salir de casa? —continuó. Le sostuvo la mirada un segundo más de lo normal—. ¿Está seguro de que eso es todo lo que hizo el domingo por la noche?

—Estoy seguro, inspectora.

Ella frunció el ceño ligeramente.

—Debe de haber un error, Jeremy. Su coche fue visto por la calle Tavistock alrededor de las nueve.

—Ah, de vez en cuando, el jardinero, Eddie, coge el coche prestado. Espere un minuto. Por supuesto, me pidió el coche para ir al cine a por su hija. Sí, fue el domingo por la noche, ahora lo recuerdo bien. Había nevado mucho y mi coche tiene tracción delantera.

Kim sonrió y asintió. Se puso de pie.

—Eso lo explica todo, Jeremy. Su ayuda ha sido muy útil y lamento que hayamos venido a molestarlo.

Sorprendido por el movimiento de su jefa, Bryant se levantó del tercer sofá. Ella giró de improviso y casi tropezó con Jeremy Templeton, hasta el punto en que sus cabezas estuvieron a punto de chocar. Él le tendió la mano para darle apoyo. Kim rio.

—Epa, lo siento —se disculpó.

—No hay ningún problema —dijo él, y deslizó la mano un poco a lo largo del brazo de la detective.

—Por favor, si pudiera darnos el número telefónico de Eddie, para que podamos aclarar todo esto, ya no tendremos que volver a molestarlo. Bueno, no por este incidente.

—Por supuesto —dijo él, y sacó su billetera.

Hizo un alto cuando ya tenía la billetera abierta. Se tocó un costado de la cabeza y miró a Kim con una sonrisa sugestiva.

—Caramba, ¿qué me pasa, inspectora? Usted me ha puesto nervioso; los días se me están trabucando, me parece. Por supuesto, el día que Eddie me pidió el coche prestado fue el lunes. Ahora lo recuerdo. El domingo volví a salir de la casa. Alguien me recomendó un casino de la zona y decidí ir a probar suerte. —Y, otra vez, con una sonrisa—: Estar de viaje tan a menudo puede volverse bastante solitario.

—¿Un casino en Brierley Hill?

—Como le he dicho, no conozco bien la zona.

Kim fue a la puerta principal y se volvió.

—Bueno, gracias, Jeremy, su ayuda ha sido muy útil.

El hombre la buscó con los ojos y le sostuvo la mirada. Era sexualmente irresistible. Le tendió la mano.

—Ha sido un placer, inspectora.

Ella le devolvió la mirada y, después, bajó los ojos a la mano extendida. La desdeñó. En su mente destellaba el rostro de una joven, una niña, que había estado a un palmo de meterse en ese coche. Este hombre no tenía ninguna necesidad de pagar por el sexo. Podía conseguirlo en cualquier parte, y eso hacía, seguramente. Lo que le gustaba era follar con jovencitas.

—Y puedo asegurarle que el placer ha sido todo suyo, señor Templeton.

Él dejó caer la mano a un costado y ella volvió a mirarlo fijamente, pero, esta vez, no hizo nada por disimular sus verdaderos sentimientos.

—Usted me da asco, señor. Mi piel se eriza de solo pensar en estrechar su mano. Me da gusto, por ahora, descartarlo de nuestras investigaciones por homicidio, dado que no tiene los cojones.

»Lo que a usted le gusta es follar con niñas, y me asquea más allá de lo explicable, repugnante pedazo de mierda. Y, sí, fui yo quien le arruinó los planes del domingo por la noche. —Dio un paso hacia él, hasta invadir su espacio personal.— Pero le prometo algo, señor Templeton: si vuelve a tocar a otra niña, se las verá con uno de su tamaño. —Le dio un fuerte empujón en el pecho.— ¿Me ha entendido, señor Templeton?».

Él no respondió, pero Kim sentía que había dejado muy claro su punto de vista.

Bryant la siguió al coche. Ella se volvió cuando Jeremy Templeton estaba cerrando la puerta principal.

Y estaba segura de que en la cara de ese hombre se dibujó una sonrisa.

# Capítulo cincuenta y tres

—¿Cuáles son las probabilidades —preguntó Dawson mientras se abrochaban los cinturones— de que todas y cada una de ellas nos dijeran exactamente lo mismo?

—Muy altas, si a esas mujeres les han sembrado las respuestas y están demasiado asustadas como para desviarse del guion —contestó Stacey.

Habían seguido con los interrogatorios y hablado con una mujer acobardada tras otra. No hubo forma de soltarles la lengua.

—Vaya día productivo —dijo él, y arrancó el motor.

La oscuridad ya había caído. No lo habían notado en esa sala sin ventanas ni ventilación.

—Aguarda un momento —dijo Stacey, y le puso una mano en el brazo —. Quizás se sientan más cómodas hablando en casa, lejos del negocio.

Las puertas de metal se abrieron y apareció el minibús.

Él se volvió a ella con una sonrisa.

—¿Lo seguimos?

Stacey asintió.

—Tendrán que dejarlas en algún sitio. Cogeremos a la primera que se baje del minibús y veremos si podemos sacarle algo.

Dawson esperó a que el vehículo girara y empezara a alejarse para arrancar el motor y encender los faros.

Una furgoneta Ford Escort se había puesto detrás. El minibús esperaba el momento para salir del polígono comercial e incorporarse al tráfico de la calle principal.

—Así que ¿qué dicen tus instintos, Stace? —preguntó mientras le seguía el paso al tráfico. Lo que le interesaba saber era si los instintos de su compañera coincidían con los suyos.

Pensó por un minuto.

—Es tenue, Kev. Todo lo que hemos averiguado es tenue. No tenemos una confirmación absoluta de que el bebé sea rumano; estamos siguiendo una sugerencia de Tracy Frost. No tenemos *sarmale* en su estómago.

Tratamos de vincular un plato de comida con un negocio respetable que, al parecer, no ha hecho nada malo. Nuestro hombre tiene unas lesiones horrendas, incluyendo un aplastamiento reciente en la pierna derecha; no tenemos ni idea de lo que le ocurrió y no hay nadie aquí que, por lo menos, sepa decirnos quién es.

Cuando ella acabó de reunir todo y exponerlo de esa manera, a él no le quedó más remedio que preguntarse qué hacían siguiendo a ese maldito vehículo.

La furgoneta Escort había desaparecido. Ahora estaban detrás del minibús.

—Gracias por los hechos, Stace, pero pude haberlos sacado de nuestro tablón, en la comisaría. Dime qué dicen tus instintos.

—Que algo no anda bien en ese lugar. Incluso me siento jodidamente ansiosa cuando entro. Yo, que no tengo nada que temer.

Él asintió. Esa respuesta reflejaba sus propios sentimientos.

—Hay cierta tensión en ese lugar. Quizás no tenga nada que ver con nuestro caso, pero están ocultando algo, maldita sea.

—Lo que quiero decir es que incluso esto me provoca escalofríos —dijo Stacey cuando vio al minibús desviarse de la calle principal—. ¿Por qué coño no se ha bajado nadie?

—Sí, sé a qué te refieres —admitió Dawson. Redujo la marcha para dejar un poco de espacio entre los dos vehículos.

El minibús giró en una estrecha calle residencial asfixiada por los coches aparcados a ambos lados. Se detuvo en medio de la calle, interrumpiendo el tráfico. Desde atrás, Dawson observó a las trabajadoras de la fábrica bajarse y entrar en fila india a una casa adosada.

—Mira eso. Ni siquiera hablan. Se limitan a entrar como corderitas —dijo. Pero no era eso lo que parecía haber captado la atención de Stacey.

Él siguió la mirada de su compañera. Tres de las mujeres, por lo menos, parecían llevar en las manos pequeños paquetes de papel de aluminio.

—¿Has visto eso?

—*Sip* —dijo él. El cerebro de Dawson avanzaba en la misma dirección que el de Stacey.

—El *sarmale* en el estómago de nuestra víctima. Pudo haber provenido de unas malditas sobras.

# Capítulo cincuenta y cuatro

—Madre santa, jefa, pensé que tendría que dispersaros a manguerazos.

La piel de Kim se erizó con la pura idea de estar cerca de Templeton.

—Sin embargo, hablando en serio, fue muy perturbador verte flirtear con él.

Kim rio sin humor.

—No estaba flirteando, Bryant. Estaba correspondiendo a sus expectativas, a como él siente que deben responder las mujeres que conoce. Se llama *distracción,* y, sin ella, nos tendría en lista de espera para reunirnos con su abogado y responder a nuestras preguntas. Su opinión de las mujeres es tan baja que creyó que podría engañarme y que yo me tragaría todo lo que dijera. De lo contrario, mi primera mención de la noche del domingo nos habría puesto en la puerta principal por la vía rápida y no habríamos conseguido lo que tenemos.

—¿Y qué tenemos?

—Que este no es nuestro homicida.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Por lo que parece, se gratifica al ejercer algún tipo de poder sobre las mocitas. El tío será muchas cosas, ninguna de las cuales diré delante de tus tiernos oídos, pero prefiere dejar que sus víctimas sigan respirando.

Bryant se quedó en silencio por un minuto.

—¿Crees que hará caso a tu advertencia?

Bueno, esa era otra cuestión. De haber tenido cualquier cosa para acusarlo, lo habría hecho, sin pensárselo dos veces, aunque fuera solo para alejarlo de las calles por un tiempo; pero no tenía nada: ni denunciante ni testigos. Y sospechaba que el abogado de este hombre sería de la misma calidad que el resto de sus posesiones.

El recuerdo de la sonrisa perezosa, cuando ella se volvió, seguía punzando en su mente. No era consciente de haberle dado ningún motivo para sonreír.

—¿A dónde vamos ahora, jefa? —preguntó Bryant.

Kim consultó su reloj. Eran casi las seis y les habían confirmado que la exhumación se haría a las once de la noche.

—Déjame en casa para que pueda ponerme al día con mi muchacho. Te veré más tarde en el crematorio.

Prefirió no decirle a dónde pensaba ir, en realidad.

# Capítulo cincuenta y cinco

—Lo digo en serio, Kev. Nada de pasarte de listo con tus comentarios ni de intentar hacer arreglos nupciales. Si está aquí es para aconsejarnos —le reiteró Stacey.

Dawson puso los ojos en blanco y tomó un sorbo de su tónica.

—Madre mía, Stace, relájate. ¿No puede uno divertirse un poco?

—No —dijo ella con rotundidad. Miraba la puerta entre la multitud. En media hora empezaría el concurso del pub.

—Ha llegado —dijo Stacey. Por encima del tumulto de los concursantes, alcanzaba a distinguir los apretados rizos teñidos de rubio de la funcionaria de inmigración.

—No me jodas, Stace —dijo Dawson. La bebida se le escapaba de la boca—. ¿Cómo se te ha ocurrido rechazarla?

Eso mismo se preguntaba ella mientras veía acercarse la figura de largas piernas. Los vaqueros ajustados acentuaban la delgadez de la mujer, en tanto que la camiseta blanca de cuello de pico contrastaba con su piel de ébano. A su paso, la gente se volvía hacia ella, y Stacey sabía por qué: Devon Reed exudaba sensualidad y no se disculpaba por ello.

—Este no es, por cierto, el trago que me tienes prometido —dijo Devon después de sentarse en el tercer taburete.

Stacey soltó una risita y, de inmediato, recordó lo que era estar en compañía de Devon.

—Oye, y si ella no cumple, lo haré yo —dijo Dawson con una sonrisa encantadora.

Los ojos de la mujer se iluminaron de gozo.

—Te das cuenta de que, conmigo, tus hechizos son un absoluto desperdicio, ¿verdad?

Dawson le devolvió la sonrisa.

—Valía la pena intentarlo.

—Pues te agradezco el intento —dijo ella.

—Esto... —interrumpió Stacey, por si acaso los otros se habían olvidado de que estaba ahí.

Devon se volvió a ella y se la quedó mirando.

—Qué bien te ves, nena —dijo.

A Stacey se le hizo fácil recordar lo que esa voz suave y baja hacía en sus adentros. Apartó la mirada.

—Así que ¿en qué puedo ayudaros, chicos?

Por fortuna, Dawson tomó el control de la conversación y explicó los antecedentes del niño abandonado y el hombre muerto en el canal. Eso le dio a Stacey la oportunidad de recuperar el equilibrio. No podía evitar que sus ojos viajaran por las elegantes manos, cuyos dedos se entrelazaban bajo la barbilla de Devon; ni por las delicadas muñecas, que lucían tan solo una fina cadena de plata. Tuvo que apartar todos los pensamientos que danzaban sobre su concentración.

Inhaló y se volvió a la charla justo cuando Devon abría la boca.

—No es una posibilidad nada lejana que su hombre sea rumano. Hace poco encontramos cuarenta de ellos viviendo en una casa en Lye. Tenemos veintisiete presuntas víctimas de esclavitud, incluyendo mujeres y niños pequeños.

—Me cago en… —dijo Dawson.

Devon asintió.

—Muchos llegaron aquí ilegalmente a finales de los ochenta y principios de los noventa. Y no estamos hablando de malvivientes poco educados que hubieran venido solo a aprovecharse de nuestro sistema.

—¿Por qué en esos años en concreto? —preguntó Stacey.

—Porque Rumanía era un lugar de mierda para vivir. ¿Recuerdas a los Ceauşescu?

—¿No fueron ejecutados? —preguntó Dawson.

Devon asintió.

—Sí, y uno de los cargos fue «genocidio por inanición» —explicó—. La deuda externa de Rumanía había pasado de tres mil millones a diez mil millones entre 1977 y 1981. Ceauşescu impuso medidas de austeridad para devolver el total antes de 1989. Lo consiguió, pero, en el proceso,

empobreció a la población y se cargó la economía. La revolución llegó en diciembre de 1989.

—De modo que ¿las condiciones aquí ni siquiera se comparan con las de allá? —preguntó Dawson.

Devon negó con la cabeza.

—Para ellos, un colchón y un techo bordan lo palaciego. El año pasado hicimos una redada en una granja de Worcestershire. No había un solo palmo de suelo sin una cama improvisada.

—Madre mía —exclamó Dawson, meneando la cabeza.

—Tan solo el mes pasado, rescatamos a una niña de dieciséis años que había sido traída a la Gran Bretaña. Llevaba siete años sin ver la luz del día.

—¿Cómo puede suceder algo así? —preguntó él.

—A la gente la meten de contrabando y la obligan a formar parte de bandas del crimen organizado: esclavitud, drogas, lavado de dinero, armas, usura y prostitución. A algunos los echan a la calle cuando se les acaba el trabajo, o incluso los matan.

—Pero tenemos leyes —dijo Stacey.

—Sí, es cierto. Tenemos la Ley de la Esclavitud Moderna, que fue aprobada hace apenas un par de años. La mano de obra de la inmigración forzada, comparada con el régimen de servidumbre, es mucho más fácil de…

—Para ahí —dijo Dawson—. ¿Cuál es la diferencia?

—La inmigración forzada se da cuando a los individuos se les confiscan los documentos para obligarlos a trabajar bajo amenazas de violencia. La gente se aprovecha de la mano de obra indocumentada.

»El trabajo en régimen de servidumbre difiere de los trabajos forzados y el tráfico de personas porque el individuo se compromete conscientemente a trabajar como pago. La servidumbre por deudas solo se aplica a quienes no tienen ninguna esperanza de devolver el dinero».

—¿Hasta que la persona muere? —preguntó Stacey.

Devon negó con la cabeza.

—No necesariamente.

—¿Cómo?

—Mira: imaginemos que un inmigrante ilegal paga cinco mil libras para ser introducido en el país. Esa es su deuda original, pero, en el transcurso de una semana, a su saldo deudor se añadirán comidas, alojamiento, transporte y ropa que excederán, por mucho, cualquier mísera retribución que reciba de sus empleadores.

—Así que la deuda no se reduce nunca.

—No. Cada año crece exponencialmente.

Stacey sentía crecer la cólera ante esa situación sin salida.

—¿Y por qué eso no termina con la muerte? —preguntó.

—Porque la deuda se transfiere a cualquier sobreviviente de la familia.

Stacey movió la cabeza de un lado al otro. Parecía no tener esperanzas.

Devon captó su mirada.

—La GLAA hace lo que puede, pero no es suficiente.

—¿La GLAA? —preguntó Dawson.

—Es la dirección encargada de los abusos laborales por parte de los grandes contratistas. Hace lo posible por proteger a los trabajadores vulnerables y a las víctimas de la esclavitud moderna, pero, como cualquier otra agencia gubernamental, no tiene bastante gente para todo.

—Te estamos escuchando —dijo Stacey.

—¿Y qué sabes de los Robertson? —preguntó Dawson.

—Limpios como una patena —contestó Devon—. Ni siquiera un atisbo de ilegalidad —dijo con aspecto atribulado.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Stacey.

—Demasiado limpios, para mi gusto. Ni una queja, ni siquiera anónima. Y, si tomamos en cuenta que solo emplean trabajadoras rumanas, he recibido más quejas del negocio de patatas fritas a la vuelta de la esquina.

—¿Qué podemos hacer, entonces? —preguntó Stacy. Sentía que la desesperanza los inundaba.

Devon se inclinó hacia delante y apoyó la barbilla en los dedos entrelazados. Su lenta sonrisa era intensa y desafiante.

—Puedes venir conmigo cuando les hagamos una redada, mañana por la mañana.

# Capítulo cincuenta y seis

Kim se bajó del coche para encontrarse con un hervidero de actividad.

Los grupos se congregaban delante de la puerta con diferentes atuendos. Las chicas trabajadoras estaban a la izquierda, ya vestidas para la acción. Donna había sido asesinada hacía menos de veinticuatro horas. Los tres días transcurridos desde el sábado habían hecho que la muerte de Kelly estuviera ya prácticamente olvidada. La inspectora detective se preguntaba cuántas otras personas salían a trabajar bajo la amenaza de que un asesino despiadado fuera su próximo cliente.

Kim vislumbró al hombre tatuado que había visto el día anterior. Él se hizo a un lado y dejó al descubierto una mujer más baja con una niña pequeña en los brazos.

Todas las conversaciones cesaron cuando Kim se acercó a la puerta principal. Las miradas cayeron sobre ella, sobre esta mujer que se estaba saltando la cola. Delante de la puerta abierta había una barrera retráctil Tensabarrier destartalada. Del listón colgaba una hoja A4 que decía «Abierto a las 8». Kim tomó nota de que en la cola podía haber ladrones, atracadores, rateros y otras personas de moral cuestionable; y, aun así, nadie rompía el orden de la comida. Pasó del otro lado de la barrera y se encontró con Tim, que le daba la espalda delante del mostrador de la recepción. Del otro lado del mueble, una pareja de mediana edad se afanaba llevando de un lado al otro cajas de cartón con contenedores metálicos de gran tamaño.

—Algo huele bien —dijo cuando estuvo cerca del escritorio.

Tim se volvió. Su rostro intentó esbozar una sonrisa, pero simplemente no lo consiguió.

—Inspectora, ¿en qué puedo ayudarle?

Kim se hizo a un lado.

—Usted está un poco ocupado en este momento. Puedo esperar.

Él apiló platos de cartón y cubiertos de plástico en un extremo del escritorio. La mujer cortaba papel de cocina en rectángulos individuales que harían las veces de servilletas.

—Luce bien —dijo Kim, y la mujer que cortaba servilletas la recompensó con una sonrisa.

Tim se apartó.

—Tenemos albóndigas de Gino's y pollo *chow mein* del Golden Star. Nuestra contribución del Nando's no tarda en llegar. —Consultó su reloj. Pasaban cinco minutos de la hora.—Martha, no creo que podamos seguir retrasando esto. Quien quiera pollo tendrá que esperar.

Tim pasó a su lado y desenganchó el listón.

—Venga, venga —dijo. Las personas se iban alineando en fila india para coger un plato—. Él se situó a un lado de la detective, un poco alejado de la línea.

—¿Todo esto lo ha donado gente de la zona? —preguntó ella.

—Principalmente —dijo él, pero no ofreció más explicaciones.

Kim echó un vistazo por la habitación. Sus ojos se posaron en Len, que estaba sentado en un banco, junto a la pared, con la niña en el regazo. A esa pequeña de mejillas sonrosadas y ojos inquisitivos le calculó unos dieciocho meses de edad. La detective se sintió sorprendida de que estuvieran solos; a la gente le gustaba interactuar con niños pequeños.

Len estaba situado entre los dos, alimentando a la niña con pedacitos de albóndigas, mientras la madre trataba de controlar a su escurridiza hija y dar algún que otro bocado.

—¿Caen mal aquí? ¿Qué pasa con ellos? —preguntó. Miraba a Len limpiar las babas de su hija y guardarse el pañuelo desechable en el bolsillo.

Tim negó con la cabeza.

—En realidad, no es eso. Son seropositivos. Incluyendo a la niña.

—Dios santo —dijo Kim. Siguió observando a la aislada familia.

—Pero no es lo que usted piensa. Lo contagiaron en la cárcel. Estoy seguro de que podrá adivinar cómo. Él le pasó el virus a Wendy, y ella, durante el embarazo, a la niña. No lo supieron hasta que se lo descubrieron a la chiquita en un control médico rutinario.

Kim movió la cabeza de un lado al otro, triste. La niña no lo había pedido; y si bien, por ahora, no significaba para ella, sí que lo haría cuando fuera un poco mayor. Antes de tiempo le habían llegado el estigma y el aislamiento.

—Perdone, tengo que ir a preparar bebidas —dijo Tim.

—No hay problema —respondió ella.

Kim se acercó a la pequeña y aislada familia.

—Hola. Usted estuvo aquí ayer —dijo, y se situó a un lado de Len.

Él la miró suspicaz.

—Sí, usted también.

Con el borde del tenedor, el hombre cortó otro pequeño trozo de albóndiga y se lo dio a su hija. Se volvió hacia Kim.

—Sé quién es usted. Es la poli de la moto.

—Ese no es el término correcto —dijo ella. Conocía cierta frase que incluía un animal de granja.

Al oír cuál era el trabajo de Kim, aparecieron señales de alarma el rostro de la mujer que tenía a la niña entre los brazos.

Kim le sonrió.

—No se preocupe. No estoy aquí por él.

La chica sonrió tímidamente.

—¿Así que usted tiene una de esas Ninja?

Kim asintió.

—Bonita moto —dijo en señal de apreciación.

—Vaya que sí —accedió ella.

La niña se retorció cuando la madre intentó meterle en la boca una cucharada llena de *chow mein.* La comida terminó en el hombro de la pequeña. El plato de Len seguía sobre el banco, al otro lado de su novia. Primero la niña.

Kim cogió una silla desocupada, la acercó, se sentó y les extendió los brazos.

—Démela mientras come.

La chica arrugó el rostro, preocupada. Miró a Len.

—Mire, se lo agradezco mucho, pero…

—No hay ningún problema. Solo démela mientras come.

Tímidamente, la novia de Len le pasó a la niña.

Kim la cogió y sintió el cuerpo sólido; esta pequeña no se perdía muchas comidas. Se la puso en la rodilla, mirando hacia fuera, para que no perdiera

de vista a sus padres. Empezó a balancear la pierna, tal como hacía la madre.

Len se sentó a un lado de su novia y ambos cogieron sus platos.

—¿De modo que usted se las sigue arreglando para permanecer derecho? —preguntó Kim.

Él asintió. —Si siguiera robando casas, no estaríamos aquí. Tendríamos dinero, no nos tratarían como leprosos para conseguir comida gratis.

—¿Qué lo hizo cambiar, entonces? —preguntó Kim. Bajó la mirada—. ¿Esta pequeña?

Él miró a su hija y sonrió. Instantáneamente, su rostro había perdido el aire de intimidación. Negó con la cabeza.

—Ella me mantiene centrado, pero fue algo que sucedió allá dentro.

Gracias a la explicación de Tim, ella sabía más de lo necesario sobre lo que este hombre había sufrido en prisión.

Len miró primero a su novia y luego a Kim.

—Una vez recibí un visitante: un tío viejo y pequeño que llegó con bastón y arrastrando los pies. Este tipo tenía un pequeño búngalo en Norton, uno de los últimos lugares que robé antes de que me encerraran. No vino a despotricar; ni siquiera fue borde conmigo. Lo único que quería era asegurarse de que, cuando yo saliera, nunca volvería a su casa. —Bajó la mirada y sus ojos se posaron en la comida.— Me dijo que su anciana esposa era un manojo de nervios, que no podía comer ni dormir y que gritaba con cualquier ruido. Solo quería poder asegurarle que estarían a salvo.

—¿De verdad usted creía que sus robos eran delitos sin víctimas?

Él asintió, aunque seguía sin levantar la mirada.

—Para mí, lo que yo hacía era coger cosas, posesiones que probablemente estaban aseguradas. Con toda franqueza, tampoco me importaba que no lo estuvieran. Pero, después de haber robado, el lugar ya no significaba nada para mí. Lo olvidaba. No me daba cuenta del miedo que estaba dejando atrás. Nunca he sido violento ni he tenido intenciones de hacerle daño a nadie.

Kim podía ver el arrepentimiento en sus ojos.

—La imagen de esa anciana petrificada todos los días por culpa mía…, vaya, me mató.

—¿Y qué hizo?

—Le escribí una carta. Después de eso, escribí un montón de cartas. Aquel día, sin embargo, fue sola una, la de esa señora. También le dije al hombre qué fue lo que me atrajo a su propiedad, de modo que pudiera asegurarse de que no volviera a ocurrir.

Kim estaba conmovida por las genuinas emociones que captaba en su voz.

Finalmente, Len se animó a mirarla.

—Lo peor es que, cuando se fue, me tendió la mano. El tipo me ofreció la puta mano.

La detective notó un enrojecimiento alrededor de los ojos del joven.

—De verdad que se esfuerza —comentó Wendy, y tocó con ternura la pierna de su novio.

Kim no tenía la menor duda. Este hombre quería trabajar, pero, con sus antecedentes y su aspecto, no tenía buenas posibilidades de encontrar nada a tiempo completo.

La niña gorjeó en su regazo.

—¿Cuántas ganas tiene de trabajar?

Él miró a su hija.

—Un montón.

—¿Y qué puede hacer?

—Lo que sea.

—Así que esa es su respuesta.

La niña empezó a retorcerse. Wendy se acercó para cogerla.

La expresión de Len era de desconcierto.

—¿Sabe, Len?, todos tenemos trabajos que deben hacerse, cosas para las que, simplemente, no encontramos el tiempo o las ganas.

—Pero no estoy calificado para…

—¿Sabe cómo podar un césped, sacar la basura? Empiece por cosas pequeñas: pode un césped. Hágalo gratis y esmérese. Se hará con clientes. Toque puertas. Use una camiseta tipo polo, hable con la gente, deje tarjetas en los supermercados, en los escaparates. Lo único que usted tiene es a sí mismo, joven y saludable. No tendrá coche, pero sí piernas y un montón de tiempo.

El interés iluminó sus ojos. Ella sacó una tarjeta y se la tendió.

—Venga, yo seré su primera clienta. ¿Qué sabe de motocicletas?

Él asintió.

—Algo.

—Vale. Quiero un cuadro, solo el cuadro, de una Norton Commando modelo 1968. Pagaría encantada hasta quinientas libras. El problema es que no tengo tiempo para ponerme a buscar. Haga el trabajo, encuentre el marco más barato posible y podrá conservar el resto del dinero. Entonces sabrá algo más acerca de los cerdos y las motocicletas.

Len miró a su novia y se volvió hacia Kim.

—¿Lo dice en serio?

Ella asintió.

—Esto no es caridad, Len. Le he dicho lo que quiero. El resto es asunto suyo.

Los innumerables rechazos, entrevista tras entrevista, le habían arrebatado el entusiasmo. Kim no tenía ninguna duda sobre la sinceridad de sus motivaciones, pero Len llevaba la derrota en su actitud y nadie se plantearía siquiera ofrecerle un empleo. Ya con un propósito, sus hombros se enderezarían y sus ojos se iluminarían; saldría y hablaría con la gente, y quién sabe a dónde podría conducir todo esto.

—Agente, no sé qué decir.

—Entonces, no diga nada —respondió ella, y se puso de pie.

Ella le tendió la mano.

—¿Es un trato?

El le aceptó la mano y se la estrechó. Abrió la boca, pero tuvo que guardar silencio cuando en la sala se oyó una pequeña ovación.

Acababa de entrar una bandeja de pollo y patatas fritas en las manos del agente de la policía Ian Skitt.

# Capítulo cincuenta y siete

Cristina subió las escaleras, lejos del ambiente de tensión y ansiedad que se había pegado a la piel de todas sus compañeras.

Se apoyó en la cama de abajo para subir a la suya. Sin espacio suficiente para sentarse, inmediatamente se tumbó de lado.

No fue ninguna sorpresa que alguien apareciera en la entrada.

Su rostro reflejaba la furia que sentía hacia Natalya.

—Cristina, *imi pare rau pentru ce-am facut.*

Cristina desechó sus disculpas. Ya no tenía sentido que se disculpara por su arrebato. Gracias a Dios, ninguno de los dos policías hablaba una sola palabra de rumano.

—¿Tienes una idea de lo que pudiste haber provocado? —la acusó Cristina.

Natalya se ruborizó y asintió.

Cristina acusó recibo de la disculpa, se volvió hacia la pared y se cubrió las piernas con la tosca manta. En la parte superior de la casa no había calefacción. El calor de las agujas de agua caliente —les daban cinco minutos para ducharse, cronometrados— hacía tiempo que había desaparecido de su piel.

Metió la mano bajo la almohada y sacó el pijama donde venían envueltos los papeles y el lápiz. Continuó donde lo había dejado.

* * *

*Nos bajaron del camión al día siguiente, muy temprano. Estábamos en Inglaterra.*

*En una estación de servicio de la autopista, un hombre alto y calvo confirmó mi nombre. Señaló una furgoneta. Abrimos la puerta y nos subimos. El olor corporal era nauseabundo, pero nos acurrucamos en un rincón. Otras dieciséis almas se apretujaron con nosotros, y nadie dijo ni una palabra. Dos hombres más se subieron a la furgoneta y empezamos a movernos.*

*Mientras nos alejábamos de la costa, cada kilómetro era una garantía de que no nos estaban siguiendo. Me imaginé que nos adentrábamos en el corazón del país; la distancia significaba seguridad. Yo quería albergar esperanzas en el futuro; esperanzas para nuestra vida juntos en este país. El miedo a Rumanía seguía colgado de mi ropa, pero ahora me era más fácil respirar.*

*Sabía que me estaba arriesgando, que quizás nunca me perdonarías por mis decisiones, pero no podíamos permanecer en Rumanía.*

*Viajamos en la furgoneta toda la noche, y, al amanecer, nos abrieron las puertas. La luz hirió mis ojos después de tantas horas de oscuridad.*

*Yo esperaba que esta fuera la última parada, que aquí tendríamos el piso y el empleo que nos habían prometido: un lugar al que pudiéramos llamar hogar. Sabía que no sería un palacio, pero, mientras estuviéramos juntos, me las podría arreglar con lo que fuera.*

*La furgoneta se había detenido detrás de un supermercado. A todos nos dijeron que saliéramos e hiciéramos una fila. Tres hombres estuvieron observándonos. Uno de ellos, que fumaba un puro enorme, fue el primero en señalar a alguien. A la persona señalada la sacaron de la línea. El segundo señaló y otro hombre fue separado del grupo. Finalmente, el tercero, el más bajo, hizo lo propio.*

*Todos fueron separados del grupo, hasta que solo quedamos nosotros y el hombre del puro.*

*Suspiró hondo e hizo un gesto con la cabeza al hombre de la furgoneta. Este me empujó hacia el grupo más alejado.*

*El cuarto hombre fue a las puertas traseras mientras todos esperábamos en silencio.*

*Yo trataba de escuchar la conversación susurrada, pero apenas podía entender palabras aisladas.*

*¿Estarían decidiendo dónde viviría cada uno, quién tendría qué trabajo?*

*Me habría gustado que nos dijeran algo, que descubrieran nuestras habilidades. Yo podría haberles dicho que era un dentista titulado, que había perdido mi negocio, pero no mis capacidades. Quizás Ralph ya se lo había contado.*

*El hombre reapareció de buen talante. Por su parte, el conductor se palpó el bolsillo trasero y volvió a la furgoneta.*

*El del puro nos justipreció y sonrió.*

*Animado, di un paso al frente y le pregunté:*

*—¿Nos llevarán ahora a nuestra nueva casa?*

*—Él soltó una risa, aunque nadie rio con él.*

*Hice un nuevo intento:*

*—Por favor, ¿puede decirnos qué está ocurriendo?*

Cristina sintió que la rabia se le acumulaba. Con la mano temblorosa, tradujo la respuesta.

*—Claro, amigo. Os acaban de vender. Ahora me pertenecéis.*

# Capítulo cincuenta y ocho

Kim se hizo a un lado para dejar pasar a Skitt con la comida humeante. El policía la puso en el mostrador de la recepción y los cuerpos se agolparon a su alrededor. El pelo negro era lo único que la detective podía ver por encima de la multitud.

—Oye, ¿no deberías estar ahí fuera tratando de atrapar a un puto psicópata?

Kim se volvió para averiguar quién era el origen de tanta hostilidad. Sus ojos viajaron hasta una mujer diminuta con el pelo azul eléctrico y un anillo en la fosa nasal izquierda.

—¿Disculpe? —dijo, tratando de no parecer entretenida.

—Solo te pregunto por qué no estás en la calle, tratando de coger al hijo de puta que mató a Donna. —Meneaba la cabeza mientras hablaba en el dialecto callejero de Black Country y contemplaba a Kim de arriba abajo. Su mirada intimidatoria se había quedado corta, literalmente.— Y no parece que necesites comida gratis, así que ¿qué haces aquí?

—¿Qué hace usted aquí? —contraatacó Kim.

—Vine a tomar el té.

—¿Y después?

—Saldré a trabajar —dijo. Más chuleo y más habla de gueto.

—Así que, a pesar de que tenemos un asesino por ahí y de que a Donna, su amiga, la mataron anoche, ¿volverá a salir?

—Tengo que comer, leñe.

Kim miró con cierto desparpajo el plato de pollo.

—Bueno, al parecer, lo de esta noche ya está resuelto, pero ¿de todos modos piensa salir?

—Tu puto trabajo es proteger….

—Pero, si usted no da una mierda por su propio bienestar, ¿por qué habría de hacerlo yo?

La detective se inclinó sobre la mujer.

—En este momento, usted está muy lejos del gueto, así que lárguese y cómase su pollo.

Se apartó de la chica que había sido tan borde con ella y se dirigió a la puerta.

La multitud ya tomaba distancia del mostrador de la recepción. Kim echó un vistazo por toda la habitación en busca de la oscura cabeza del agente de policía. Vio que Tim se metía en el pequeño despacho detrás del mostrador y fue hacia allá.

—Oiga, Tim, ¿vio a dónde fue el poli?

Él colocó un par de recibos bajo un pisapapeles.

—Se ha ido. Por lo general, se queda durante una hora o algo así, pero ahora tenía algún asunto urgente.

Kim se apoyó en la pared.

—¿Hace cuánto tiempo que viene?

Tim se encogió de hombros.

—Un par de meses. Charla con las chicas. Ellas confían en él.

—Por lo que he oído últimamente, Nando no tiene por costumbre regalar comida cada semana.

Tim la miró fijamente.

—Él dice que lo hacen, y no seré yo quien se lo discuta.

Ella oyó cómo el rumor de las voces se reducía hasta un murmullo.

Martha se asomó por la puerta.

—Ya se acabó todo, Tim, empezaré a empaquetar.

—Gracias, Martha. ¿Ha llegado Sal?

Martha negó con la cabeza.

—No le he visto.

—¿Sal suele venir? —preguntó Kim, sorprendida.

—Todas las semanas. No siempre come, pero normalmente viene por una taza.

Sal no era a quien Kim había venido a buscar, pero el hecho de que la mujer no hubiera aparecido encendió alarmas en su cabeza. Salió a la calle de prisa, sorprendida de cuán rápidamente se había vaciado el local, ahora que no había más comida. La chica que la había insultado estaba apoyada

en una parada de autobús, con mirada triunfante. Esta niña guardaba un secreto.

Kim sintió que se le erizaban los pelos de la nuca. Corrió para atravesar la calle.

—¿Dónde está Sal?

La chica no se sorprendió con la pregunta; simplemente se encogió de hombros.

—¿Dónde está? —gruñó Kim, cada vez más cerca.

La niña tragó saliva, pero no apartó la mirada.

—Vi lo que hizo la otra noche. Ella te dio un chivatazo cuando esa chica venía por la calle. Corriste hacia el cuidador porque te hizo una seña, ¿o no?

Kim la cogió de la camiseta, a la altura del esternón, y tiró de ella. La furia retumbaba en sus orejas.

—¿Qué has hecho, mierdecilla?

—Quizás la he mencionado —dijo ella, y se zafó.

—¿Le has dicho a Kai?

Ella se encogió de hombros.

—Creo que él tiene que saber en quiénes puede confiar y en quiénes no.

Kim recordó las palabras de Gemma acerca de que en las calles no existía la lealtad. ¿No era una maldita verdad?

—¿Dónde está? —le exigió Kim.

Una vez más, la lenta y perezosa sonrisa.

—Después de lo que ha hecho, ¿dónde coño crees?

Solo podía estar en un sitio.

Kim giró sobre los talones y echó a correr.

# Capítulo cincuenta y nueve

Stacey llegó a la puerta del café en el momento mismo en que Mariana ponía el cartel de cerrado.

Por el cristal, a un lado de la pegatina del horario de apertura, le dijo «por favor» con los labios. Aunque la chica dudó, terminó por abrir la puerta. Stacey se sintió aliviada al dejar atrás el frío. Si bien Dawson le había ofrecido llevarla a casa, ella se había inventado que, de camino, tenía que ir a comprar comestibles. Esto era, exactamente, lo que estaba esperando: encontrar a Mariana sola.

Tras su conversación con Devon, Stacey quedó convencida de que Vasile y su hija sabían más de lo que decían. Especialmente la hija.

La comunidad rumana era pequeña y ella sabía cómo funcionaban estas cosas. Cuando Stacey crecía, los negros de Dudley eran numerosos, pero la porción nigeriana no llegaba al diez por ciento. Sus padres los conocían a todos.

La comunidad de Europa del Este era significativa, pero, en tierras extranjeras, la gente solía gravitar entre connacionales.

Recordó un fin de semana en Francia, cuando tenía poco más de diez años. A lo largo de dos días, se habían topado con gente que, antes de subir al autocar en las Tierras Medias, nunca habían visto. Sin embargo, ya en el extranjero, se habían hecho amigos, familiares; casi camaradas. Durante el viaje había habido intercambios de números telefónicos y planes para ir de copas; y solo habían pasado dos días.

Vasile llevaba más de veinte años en este lugar. Stacey tenía sospechas de que conocía al hombre del canal, pero, sobre todo, se preguntaba si Mariana podía decirle quién era la madre del niño. Solo esperaba tener unos minutos a solas con la joven.

—*Tata* —llamó detrás de ella.

Maldita sea. Esto no iba a funcionar.

—Mariana, ¿puedo preguntarle tan solo…?

—¿Qué es…? —Las palabras de Vasile se fueron perdiendo mientras el hombre asomaba por la trastienda. En las manos llevaba un paño de cocina a rayas. Frunció el ceño hacia Stacey y, enseguida, a su hija, quien ya estaba retrocediendo.

En esa habitación, la ansiedad podía palparse, y la agente no sabía por qué. Se daba cuenta de que la tensión no procedía de Vasile, sino de la hija.

Mariana no temía a su padre, tal como Stacey sospechaba. En cuanto apareció la masa tranquilizadora, la tensión empezó a abandonar su cara.

Él entregó el paño a su hija y señaló hacia atrás, hacia la cocina. La vio marcharse. Cuando se volvió a ella, la tristeza de la joven seguía ahí. En este hombre montaña había tal dulzura que Stacey se sintió enternecida.

—¿Agente?

—Señor, creo que usted sabe más de lo que nos ha dicho —le expuso con sinceridad.

Él acomodó dos de las sillas que ya tenía apiladas sobre una mesa, se sentó y la invitó a hacer lo mismo.

Así lo hizo ella.

—Sé cómo funcionan las minorías dentro de las comunidades; de verdad que lo sé. Hay una camaradería no escrita, un código de protección mutua. Pero hay un bebé abandonado y un cadáver, y ni siquiera tenemos la certeza de que sean rumanos.

Él pensó por un momento.

—Parece razonable, a juzgar por las pruebas —dijo, mirándola a los ojos.

Stacey lo entendió de inmediato. Él no sabía qué pruebas tenían.

Y tenía razón.

—Y tenemos el presentimiento de que alguien de Robertson está implicado de alguna manera.

Él asintió.

—Puedo entender que piensen eso.

—Las chicas de ahí parecen tenerle miedo a todo el mundo.

—Supongo que están asustadas.

—A pesar de que son inmigrantes legales.

—Mmm… —se encogió de hombros.

Así que, tal vez, no lo eran.

—Creo que la madre del niño podría ser una trabajadora de ahí —se animó a decir.

—Es posible —señaló él, y abrió las manos.

—Señor, ¿no hay modo de que usted…?

—Lo que creo es que la madre del bebé ha tenido una muy buena razón para entregarlo. Supongo que, si lo hizo, es porque lo amaba muchísimo. No pudo haber tomado esa decisión a la ligera.

¿Le estaba pidiendo que dejara todo en paz?

—Pero, quizás, podríamos ayudar a la madre. Si tan solo nos ayudara a identificarla, podríamos…

—¿Recuerda la redada a la casa de Lye?

Ella asintió. Devon les había hablado del tema.

—Un miembro de la comunidad rumana, preocupado por la seguridad de los niños, fue quien llamó a las autoridades. —Ella asintió en señal de que entendía.— Aunque la llamada fue anónima, tres días más tarde, a la hija del informante secreto la violaron brutalmente.

En la entrada de la cocina apareció una sombra.

Cuando las piezas encajaron en su lugar, a Stacey se le cortó la respiración.

—Mariana… —murmuró.

—Lo siento mucho por ese bebé, agente, pero Mariana es mi *bebelus* y tengo que protegerla. No puedo decirle nada.

La cruda emoción de esa voz la tocó justo en la garganta. La investigadora que había en ella quería sonsacarle a este hombre nombres, fechas y detalles para revisar el asunto y llevar a los violadores a los tribunales.

Como si él pudiera leerle la mente, negó con la cabeza.

—Eso no es lo que ella querría.

Stacey le puso la mano en el brazo y tragó saliva.

—Me apena mucho lo que ha tenido que sufrir y le doy las gracias.

Se levantó y salió por la puerta. No le cabía ninguna duda de que Vasile tenía todas las respuestas que ella necesitaba, pero no regresaría a interrogarlo más.

Esta pequeña familia había sufrido lo suficiente.

# Capítulo sesenta

Kim aparcó fuera de la entrada de maternidad del hospital Russells Hall. Era el único punto de entrada una vez terminadas las visitas normales.

Había decidido pasar por alto la instrucción de la jefa de enfermeras en el sentido de que no podía venir. La puerta se abrió y una mujer con albornoz de lunares y zapatillas de peluche salió con un solo cigarrillo y un mechero desechable. Kim aprovechó la oportunidad y detuvo la puerta antes de que se cerrara.

Era inquietante ver esos pasillos desiertos y sentir el abrumador aroma a antisépticos. Pasó por delante del vestíbulo central y de los tableros con el directorio. Había estado en la planta de ingresos médicos más veces de las que podía recordar.

Llamó por el interfono y se presentó como inspectora detective. En cuanto la puerta se abrió, fue directamente al puesto de enfermeras, donde dos mujeres vestidas de azul hicieron a un lado la caja de pizza vacía.

Solo en el turno de la noche, la hora del almuerzo era a las diez.

—Necesito hablar con Sally Summers.

La mayor de las dos mujeres le dedicó una mirada perspicaz.

—Usted tiene una voz notablemente parecida a la de la hermana con quien hablé por teléfono hace una hora. Le dije que era demasiado tarde para venir de visita.

Kim se encogió de hombros.

—No he venido a causar problemas. Solo necesito hablar con ella.

La más joven no dijo nada y abrió una carpeta.

—Mire, agente, creo que debería venir mañana, cuando…

—Yo mañana podría estar en una tercera escena criminal. —Hizo una pausa.— Seguramente han visto las noticias.

—¿Las prostitutas?

Kim asintió y reparó en el velo de desinterés que se cerró sobre el rostro de la mujer como una persiana romana. Podía entender esa mirada; personificaba a la mayoría de la población. Las prostitutas merecían menos

derechos que los demás ciudadanos. De alguna manera, eran culpables de su propio destino, sin importar que ese destino fuera una muerte brutal y horrenda. La mayoría no daba voz a los pensamientos que se deslizaban por la mente de las «gentes de bien»: que la policía tendría que estar trabajando en otros casos, resolviendo crímenes cometidos contra quienes valían la pena. La gente buena no hablaba de esa manera, pero, de cualquier modo, el pensamiento ahí estaba. Un bombero muerto en el cumplimiento de su deber era un héroe, y su muerte, una tragedia. Una prostituta no era más que una menos. Todo se reducía a la carrera que habían elegido.

—Segunda habitación —dijo la enfermera de mayor edad. Con la barbilla, señaló a su derecha.

Kim le dio las gracias y pasó por las salas a oscuras. El suave rumor de los equipos amortiguaba el silencio.

La pequeña habitación estaba iluminada por una luz de pared. Sal estaba de espaldas, con los ojos cerrados.

Kim se quedó quieta un momento. No la sorprendía que el rostro de la mujer pareciera intacto. Los daños estaban bajo las crujientes sábanas. Se acercó en silencio al pie de la cama, con cuidado de no alterar las suaves elevaciones del pecho de la mujer. Cautelosa, desprendió el gráfico que colgaba del borde de la cama. Las notas estaban en la jerga médica, pero entendía las palabras *laceración* y *contusión.* También era capaz de leer un gráfico corporal.

Había visto cosas peores. A Sal le habían dado una buena tunda y estaría adolorida un par de días. Sospechaba que tendrían a la mujer en observación, puesto que uno de los golpes había sido en la nuca. Kai le había dado una lección, pero no había querido ponerla fuera de combate por mucho tiempo.

Kim recordó haber visitado a una prostituta a pie de cama en los tiempos en que era policía uniformada. La mujer trabajaba en las calles de Balsall Heath y se había quedado con treinta libras de sus ganancias de la noche. Kim también leyó su ficha médica. La mayor parte de las heridas eran formas de castigo; no estaban destinadas a matarla, sino a provocarle el mayor dolor durante el tiempo más largo posible. Las radiografías mostraban una costilla rota a cada lado del cuerpo. Eran huesos que no

podían escayolarse y había que darles un largo tiempo para que soldaran. Las lesiones en ambos costados significaban que cualquier movimiento vendría con un dolor insoportable. En la zona lumbar y en las nalgas, los hematomas estaban destinados a evitar que se sentara o se acostara sin sentir dolor. Pero las laceraciones eran la peor parte. Le habían dado latigazos en la cara interna de ambos muslos. No podía dar un solo paso sin tener que soportar la agonía de las heridas rozándose entre sí.

Kim juzgó que Sal había corrido con suerte. Se sentó a observar las rítmicas subidas y bajadas del pecho de la mujer. Con tristeza, aún podía ver rastros de la niña que había conocido en su infancia. La piel había perdido más vasos capilares de lo debido y las ojeras eran diez años más profundas; y aun así, Kim seguía viendo en esa mujer los vestigios de la niña.

Sus caminos se habían cruzado varias veces durante los años tiernos; la primera, cuando Kim tenía seis años. Después de su estancia en el hospital, la habían llevado a la residencia infantil Fairview Hall, una implacable losa de hormigón gris, reflejo de sus interiores sin alma. Ya sentada en la estrecha cama individual, junto a la bolsa de basura donde llevaba sus posesiones de segunda mano, una presencia se había asomado por la puerta. Kim todavía podía recordar haberse topado con la mirada curiosa de esa niña un poco mayor que comía una manzana.

Sal la había mirado con frialdad; sin embargo, Kim se había negado a quitarle los ojos de encima.

—¿Quieres? —dijo Sal, y le ofreció la manzana.

Kim negó con la cabeza, así que la niña, después de encogerse de hombros, se marchó.

Con el tiempo, Kim terminó enterándose de que Sal había sido entregada voluntariamente tras el nacimiento de su hermana. Llegó a oír rumores de que la niña había tratado de hacerle daño a la bebé, pero cosas así se decían de todas.

—¿Qué coño haces aquí, zorra?

La voz de Sal, como un susurro, la sacó del pasado. La mujer tenía los ojos bien abiertos, aunque opacados por el dolor.

Kim se encogió de hombros.

—Solo pasaba por aquí.

—¿Cómo me encontraste?

Kim puso los ojos en blanco.

—No eres de la realeza. No es que te hubieran registrado bajo un nombre falso.

—Diosssss, ya eras un molestia de niña, y no has cambiado nada.

—Me gusta la coherencia —dijo Kim.

—Vale. Haz algo de provecho y pásame un poco de agua.

Kim se levantó y le sirvió agua en un vaso de plástico.

Sal entrecerró los ojos.

—Mira, no tengo ni idea de qué haces aquí, pero vete a la mierda y déjame en paz.

—Ha sido por mi culpa, ¿o no? —preguntó Kim.

Sal apoyó la cabeza en la almohada y la movió de un lado al otro.

—No te hagas la importante, Kim. Ha sido porque no me gusta hacer lo que me dicen que haga.

—Conocí a la mierdecilla que te delató. Es todo un caso. ¿No lo negaste?

—Hizo que uno de sus matones revisara mi teléfono y encontró tu número.

—Madre mía, Sal, lo siento mucho.

—¿Por qué? Fui yo quien te dio el soplo, zorra gilipollas, así que quítate el cilicio, no te queda.

Sal se quedó callada por un momento. Meneó la cabeza. De entre sus labios brotó un sonido parecido a una risita.

—Y vi lo que hiciste, tontalculo. ¿Tienes ganas de que te maten o algo así?

—No podía dejar que se subiera a ese coche.

—¿Y escapó?

Kim asintió. Sal sonrió un poco, aunque esa expresión desapareció rápidamente.

—Siempre habrá más, y lo sabes —dijo con tono de cansancio.

Kim asintió. Lo sabía.

Si hubiera nacido superheroína, habría sido capaz de evitar muchas de las muertes que habían teñido su vida, pero no, no lo era. Solo podía luchar

contra lo que tenía delante.

—¿Ya sabes lo de Donna? —preguntó Kim.

Sal asintió y tragó saliva.

—Escuché las noticias en una de las televisiones de aquí. No dijeron su nombre, pero ya lo sabía, simplemente. La estúpida estaba decidida a salir todas las noches. Dijo que barrería con todo mientras los otros coños se refugiaban en casa, bajo sus edredones calientes. —Negó con la cabeza.— La pobre zorra se equivocó.

En su tono había poca compasión, poco arrepentimiento. Kim entendía que la vida en las calles acababa por demoler los sentimentalismos. Esta era una existencia que dejaba poco espacio a las amistades duraderas. Los vínculos se formaban a través de las adversidades compartidas, pero la autoconservación siempre estaba por encima.

—Tienes que dejar esto, Sal —le dijo Kim en voz baja.

La mujer volvió un poco la cabeza.

—¿Y hacer qué, Kim?

La detective se encogió de hombros.

—Lo que quieras. Tienes mucho a tu favor. Eres una mujer inteligente y atractiva, y tendrías un futuro diferente si tan solo aceptaras la ayuda que se te ofrece.

—¿Qué te pasa? ¿Solo porque mi vida no se ajusta a tus estereotipos quieres que me alinee con tus ideales?

—No, Sal, solo quiero tu seguridad.

—Sé cuidarme sola.

—Ya lo veo, y jodidamente bien.

—¿Nunca te han lesionado en el trabajo, inspectora detective?

—No la gente para la que trabajo —espetó.

—Solo vete a la mierda, ¿quieres?

Kim se puso de pie y tocó el brazo de Sal.

—Vale, me voy, pero no me rindo contigo, Sal.

La mujer no movió el brazo ni habló durante unos segundos. Cuando sus palabras surgieron por fin, Kim pudo notar que su voz era espesa.

—En algún momento tendrás que hacerlo.

La detective se volvió. Quizás Sal tenía razón.

Pero siempre volvía al mismo recuerdo: la familia de acogida número tres, la familia Nelson. El señor Nelson era dueño de una ferretería, en tanto que la señora Nelson trabajaba sirviendo comidas a tiempo parcial. Los trabajadores sociales estaban encantados de la buena disposición de estas personas a quedarse con una niña de nueve años y otra de once, juntas. Esa fue la única vez que las dos compartieron una casa de acogida.

Todos los sábados, por la mañana, el señor Nelson iba a su negocio para ponerlo en orden y hacer el inventario. El primer sábado, se llevó consigo a Sal. Cuando regresaron, la niña se había quedado quieta y pensativa y no había dicho una sola palabra. A la semana siguiente, el señor Nelson dijo que era el turno de Kim. De inmediato, Sal se puso delante y dijo que quería volver a ir. Y, así, todos los sábados.

Kim no lo entendió en aquel momento. Más tarde se enteró de lo que ocurría en ese negocio los sábados por la mañana; y supo, también, que se había librado de eso gracias a Sal.

Pensó en la mujer que yacía en la cama de un hospital porque había tratado de ayudarla una vez más.

Así que no, no estaba preparada para renunciar a ella. Todavía no.

# Capítulo sesenta y uno

Dawson detuvo el coche en el camino de entrada, detrás del Corsa plateado, y suspiró hondo.

Eran casi las once y había estado fuera de casa desde las siete de la mañana. Si Alison seguía despierta, habría una discusión. Él llevaba algún tiempo pensando en decirle la verdad, pero ella no lo entendería. Negó con la cabeza ante la manida frase: «mi esposa o novia o prometida no me comprende». Solo que, en este caso, sería exacta.

Cuando él le explicó que sería otra noche de trabajo hasta tarde, ella lo había escuchado fría al teléfono. Por la tirantez en la voz, Dawson supo que no le había creído. Y, por supuesto, tenía razón; hacía horas que Stacey se había marchado.

Algunas noches, ella prefería no discutir en absoluto. No se dignaba a decir una sola palabra, simplemente. Esas eran las más malas, peores aun que las discusiones sin cuartel.

Dawson sabía que Alison estaba cansada. Apenas ayer, Charlotte, que estaba en todo, se había metido un crayón rojo en la oreja y había dicho que era una cornamenta. Dawson también era consciente de que, a eso de las siete, Alison estaba exhausta y apenas era capaz de ver derecho. En ese momento, justamente, él tendría que estar llegando a casa para ayudar.

Respiró hondo, preparándose para entrar a la casa. Tras encender la luz, se dio cuenta de dos cosas: la mesa estaba puesta para una cena con velas y había mantas y una almohada en el sofá.

—Pensé que estabas de broma —dijo ella en voz baja. Maldita sea, lo había estado esperando en la oscuridad—. De verdad que creí que llegarías a darme una sorpresa.

Él alcanzó a ver la caja de Daniel Wellington en su lado de la mesa. Hacía unas cuantas semanas, le había hablado del clásico reloj de plata Durham.

Ella se puso de pie.

—No creí que hubiera manera de que te olvidaras de que nos conocimos hoy, hace cuatro años, Kev. Es obvio que estaba equivocada.

No soportaba ver el dolor en los ojos de su novia. Incluso después de tantas noches hasta tarde, de las discusiones, de los silencios amargos, ella le había comprado el regalo que él quería. Y Alison tenía razón. Dawson ni siquiera se había acordado.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Se sentó junto a la almohada.

—Tu cama para esta noche —dijo ella, apoyada en el marco de la puerta.

Finalmente, él la miró. En su rostro encontró acusaciones y dolor.

Se volvió y se quitó la chaqueta. No había nada que decir.

—Estés metido en lo que estés metido, no lo traerás a la misma cama donde yo esté —le espetó ella.

Él se quitó la corbata y la dejó caer en el respaldo del sofá.

Alison dejó que el silencio se instalara entre los dos. Sabía que él podía ser tan obstinado como ella.

Esta noche, él no creía poder hablar.

—¿Te das cuenta de que estás llegando a un punto del que no hay retorno?

Él bajó la mirada a la alfombra, incapaz de enfrentarse a la intensidad de los ojos de Alison. Se preguntaba si los motivos por los que la estaba decepcionando merecían la pena. Y, sí, sí que la merecían.

—Eres un egoísta y un hijo de puta, Kevin Dawson —dijo ella, y subió las escaleras.

«Sí, definitivamente, lo soy», pensó, y se echó a dormir.

# Capítulo sesenta y dos

Kim aparcó el coche detrás del Astra de Bryant, frente al edificio del crematorio de Rowley Regis, en la calle de Powke Lane.

La excavadora mecánica amarilla, rodeada de trajes blancos, estaba a la izquierda, en el punto más alto del sitio, bañada por las luces portátiles. Kim lanzó un beso a su derecha, con la esperanza de que llegara a Mikey, su hermano gemelo.

Enfiló el estrecho camino, pisando con las botas una mezcla de gravilla y hielo. El sitio solo tenía una entrada abierta y estaba vigilada por un policía.

Se esperaba que, hacia las dos de la noche, la temperatura cayera a tres grados bajo cero, aunque, por ahora, se había mantenido en un grado bajo cero.

—¿Ya estamos todos? —preguntó Kim mientras Bryant se le acercaba.

Todos tenían puestos los trajes protectores y las mascarillas. Bryant le entregó la última que quedaba. Estaba claro que las presentaciones habían ocurrido antes de su llegada, así que, y solo para ella, su compañero empezó a señalar y nombrar a cada uno:

—Sepulturero, Sanidad Ambiental, empresario de honras fúnebres y ayudante, gerente del crematorio, fotógrafo, forense y policías —dijo. Con los últimos nombres, señaló a Keats, a sí mismo y a ella.

Eso último había estado de más, pensó ella, y se situó entre los de mono blanco.

—Y Keats ya se ha puesto a gruñir por tu impuntualidad —añadió Bryant.

Kim se encogió de hombros. Parecían haber transcurrido muchas horas desde la última vez que estuvo con su compañero.

—¿Estás lista? —le preguntó Keats.

Ella asintió mientras se ajustaba la mascarilla en la cabeza.

El forense pidió a todos que retrocedieran para dar paso a la excavadora JCB. El área estaba marcada, aunque aún no se había instalado la lápida. La

tumba tenía apenas diez días. El fotógrafo dio un paso adelante e hizo una foto.

Ella también avanzó un poco. Sus ojos estaban fijos en el pasaje que corría detrás del área de césped. Frunció el ceño en cuanto vio que el sepulturero entraba en acción.

—Alto —gritó, y levantó la mano.

El gerente del crematorio repitió la orden de inmediato y la excavadora quedó en silencio.

Ella avanzó otro paso y se inclinó sobre la tierra.

—¿Esto se ha quitado de la tumba? —preguntó. Observaba una corona hecha de piñas, acebo y bayas salpicada de nieve.

El gerente asintió.

Kim soltó un taco por lo bajo.

—¿Quién lo ha tocado? —El gerente miró a su alrededor.

—Yo. Nadie más —dijo.

Keats metió la mano en su maletín y sacó una bolsa para pruebas.

Era poco probable que cierta ramita de acebo hubiera sido tocada por quien había manipulado la corona, así que Kim la escogió y la puso en la bolsa. El forense recuperó la bolsa y la marcó.

—¿Vas a sacar de ahí un análisis completo de ADN? —preguntó Bryant, al mismo tiempo en que la excavadora volvía a la vida.

—¿Tú qué crees?

—Que Woody estará satisfecho —dijo Bryant.

—Alguien valoraba a esta chica lo suficiente como para dejarle flores, y quiero saber quién ha sido.

Retrocedieron cuando la excavadora rompió el suelo.

—Así que ¿dónde has estado?

—Mmm…, en casa, en el centro comunitario de Hollytree y en el hospital Russells Hall. ¿Y tú?

—Solo he pasado por casa para cenar y para volver a presentarme a mi mujer.

—Holgazán —le dijo ella, sin quitar los ojos de la cuchara, para la cual la tierra congelada era un trabajo ligero.

El representante de Sanidad Ambiental se adelantó hasta situarse delante del fotógrafo. Kim no sabía qué se proponía el hombre; su labor aquí era asegurarse de que el cuerpo fuera tratado con todo respeto. Todavía estaban a más de un metro del ataúd.

De repente, la excavadora hizo un alto y el gerente del crematorio asintió hacia Keats.

Este sacó una pala de su bolsa de herramientas y la enterró en la cuchara de la excavadora.

—Nos estamos acercando —Kim le dijo a Bryant.

—¿Qué hace? —preguntó él.

—Toma muestras del suelo —contestó la jefa.— También va a tomar muestras de debajo y de cada lado del féretro, para asegurarse de que el cuerpo no esté contaminado con nada externo.

—Así que ¿quién está en el hospital? —preguntó Bryant.

—Sal —contestó ella.

—¿Por lo que aconteció el…?

—Obviamente —respondió, lacónica. Que sus acciones hubieran provocado heridas a una mujer que conocía de toda la vida no le sentaba nada bien.

—Escucha, jefa, ella ha tomado sus propias…

Kim se hizo a un lado. Absolutamente nada de lo que él pudiera decir la haría sentir mejor.

El féretro de Lauren Goddard apareció y fue puesto en el cofre de espera, el recipiente que impediría que los líquidos escaparan antes de poder analizarlos.

Por un momento, todos los presentes guardaron silencio. Reconocían la enormidad de ese hecho, el de retirar un cuerpo de donde tendría que haber sido su último lugar de descanso.

El agente de Sanidad Ambiental dio un paso al frente y comprobó que el nombre en la placa de metal coincidiera con el del permiso. Anotó algo y asintió en señal de que el proceso podía continuar.

—¿Lo abrimos? —preguntó el gerente del crematorio.

Keats negó con la cabeza.

Kim sabía que, en ocasiones, el ataúd se abría en el sitio para liberar los gases, en vez de que estos escaparan en la morgue. Además, el forense podía hacer una inspección visual de los huesos antes de que se dañaran durante el traslado. Había visto envolver puntos vulnerables, como las manos y los pies, para asegurarse de que nada escapara.

Pero, dado lo reciente del entierro, Keats estaba naturalmente contento de que todo tuviera lugar en la morgue.

Con mucha cautela, el director de la funeraria, su ayudante, el gerente del crematorio y el sepulturero llevaron el ataúd hasta la carroza fúnebre.

Nadie dijo una sola palabra hasta que se cerraron las puertas del coche.

—He leído el expediente y estudiado el informe —dijo Keats con una expresión tensa—. ¿Qué esperamos lograr con esto, inspectora?

Kim podía sentir el reproche del forense. El respeto por sus clientes dictaba que hubiera una razón verdaderamente buena para perturbar unos restos.

—Con toda franqueza, no tengo ni idea, Keats. Pero alguien cree que esta mujer esconde algo.

Y él tenía cuarenta y ocho horas para averiguarlo antes de que Lauren tuviera que regresar a la tierra. El timbre del móvil de Keats la salvó cuando empezaba a sentir el agravio burbujear en él.

En silencio, Kim le dio las gracias a quienquiera que hubiera hecho esa llamada. Se volvió y caminó hacia Bryant. En ese momento, la carroza fúnebre empezaba a alejarse con lentitud.

—Vale, Bryant, te veré…

—No tan rápido, inspectora —dijo Keats, que acababa de colgar—. Al parecer, el laboratorio está trabajando hasta tarde y tengo algunas noticias que podrían interesarte.

Ella se volvió hacia el forense.

—Son acerca de ese coche, el Toyota. Encontraron rastros de sangre junto al asiento del copiloto, en el reposapiés.

—Continúa —lo instó.

—Es sangre de nuestra primera víctima, Kelly Rowe.

# Capítulo sesenta y tres

Kim ocupó su nuevo puesto temporal, al frente de la sala. La pizarra ya había sido actualizada y dividida en tres secciones. La tercera columna estaba dedicada a Lauren Goddard.

—Vale, chicos, poned toda vuestra atención. Tenemos mucho qué hacer —dijo—. Como sabéis, Lauren Goddard fue exhumada en las primeras horas de este día y Bryant y yo iremos a ver a Keats tan pronto como podamos. El laboratorio ha confirmado que, en el Toyota de Roger Barton, han aparecido rastros de la sangre de Kelly Rowe, pero ¿nada de Donna Hill, quien fue asesinada el lunes por la noche?

—¿Diferentes asesinos? —preguntó Penn.

Kim lo pensó un poco.

—Es posible, aunque poco probable —dijo. El homicidio de dos prostitutas en una misma semana por dos diferentes asesinos no parecía encajar bien.

—Penn, ¿pudiste averiguar los antecedentes de Donna? —preguntó.

Él silbó.

—Vaya que sí. Donna Hammond-Hill es la hija de Louisa Hammond-Hill y el difunto Peter Hammond-Hill.

—¿No fue el famoso arquitecto que ganó el contrato para diseñar la Gran Torre en el centro de Birmingham? —preguntó Dawson.

Penn asintió.

—Sí, murió de repente. Ni siquiera tuvo la oportunidad de empezar. Un ataque cardíaco masivo.

—¿Y Donna? —preguntó Kim.

—Donna asistió a la Heathcrest Academy desde que tenía cuatro años y medio y hasta cinco meses después de la muerte de su padre. La expulsaron porque peleaba constantemente. Mandó a una niña al hospital.

—Adivino que no fue capaz de lidiar muy bien con la muerte de su padre —dijo Bryant.

—¿Y la madre? —preguntó Kim.

—Viene en camino para identificar el cuerpo —contestó Penn—. Está a la espera de que visites la casa familiar esta mañana.

Kim estaba muy interesada en entender el periplo de Donna, desde la niña vibrante y despreocupada de la fotografía, hasta la joven demacrada y desesperada que yacía en la morgue.

—Vale, seguimos vigilando a Jeremy Templeton. Algo no cuadra del todo aquí, y, aunque lo hemos advertido de que debe abandonar el área, tengo la maldita sospecha de que no se irá hasta que consiga lo que ha venido a buscar.

—¿Y cómo es?, ¿cómo es este hombre al que le gusta el sexo con niñas? —preguntó Dawson.

—No es como te lo imaginarías — explicó Kim—. Es guapo y atlético, habla bien y, sin duda, tiene muy buena posición económica.

Se quedó estupefacto.

—Entonces, ¿por qué demonios…?

—Venga, Kev —dijo Stacey—. Sabes que la apariencia no tiene nada que ver. Recuerda a Ted Bundy. No todos los descarriados se parecen a Fred West.

—Así que su nombre se mantendrá actualizado, y, Penn, sigue indagando.

—Aún no hay nada que lo incrimine.

—Vale, y sigue llamando al teléfono de Ellie Greaves. Le prometí a su madre una actualización, hoy mismo. Por ahora, lo único que puedo confirmarle es que no tenemos ningún cadáver sin identificar.

—Ha estado prendido y apagado intermitentemente desde ayer, pero no el tiempo suficiente como para fijarlo.

—Sigue intentándolo —dijo ella.

Se volvió hacia Dawson.

—¿En qué estáis vosotros dos?

Pudo notar su frustración.

—Hablamos con las empleadas de Robertson y todas nos escupieron el mismo libreto, exactamente. Tenemos un vínculo muy delgado entre el tipo del canal y la fábrica de bolsos.

—¿Y ese vínculo es…?

—El *sarmale* —respondió Stacey—. Un plato rumano de col y carne. Apareció en el estómago de nuestro hombre.

Kim enarcó una ceja.

—¿Eso es todo?

Stacey y Dawson se miraron el uno al otro, y después, se volvieron otra vez a ella.

—Sí, fuimos detrás del minibús hasta el lugar donde viven todas las chicas. Ya te digo, jefa —continuó Dawson—, algo no anda bien.

—Inmigración ha activado sus sensores y lo que han encontrado les parece sospechoso —afirmó Stacey.

—O, mejor dicho, lo que no han encontrado —explicó Dawson—. No hay quejas, no hay susurros ni rumores. Estaremos en ello esta mañana.

Al darles el permiso de seguir centrados en los Robertson, se arriesgaba a que les interpusieran una querella por acoso, pero Kim confiaba en los instintos de Dawson casi tanto como en los suyos. La redada a la fábrica, ya prevista, sería responsabilidad de Inmigración, pero su equipo les había dado los indicios.

—Seguid con eso —ordenó. Miró por toda la sala.— ¿Algo más?

Todos negaron con la cabeza.

—Vale, manos a la obra —dijo.

Dawson y Stacey ya estaban en la puerta cuando Bryant fue a coger su chaqueta. Mientras Kim iba por la suya, hizo una seña a su compañero para que se adelantara.

—Penn, quiero que investigues algo más, pero que esto quede entre nosotros.

—Claro, jefa.

—Quiero que averigües todo lo que puedas acerca de Ian Skitt.

Penn se quedó perplejo.

—¿Me estás hablando del joven policía de barrio, jefa?

—Sí, de ese. Pero que no salga de aquí, ¿vale?

Penn asintió.

Ahí había algo que no se sentía del todo bien, pero no eran más que sus instintos, y no se sentía preparada para enturbiar el nombre del agente hasta tener una buena razón.

Y vaya que deseaba, de todo corazón, que ahí no hubiera nada.

# Capítulo sesenta y cuatro

Stacey se frotó las manos febrilmente para llevar algo de calor a la punta de sus dedos.

—¿Cuál es la alta para hoy? —preguntó.

—Dos grados —dijo él. Subió la calefacción del coche.

—Fabuloso —se quejó ella.

Llevaban veinte minutos sentados, al otro lado del polígono comercial, esperando a Devon y su equipo. El minibús había llegado diez minutos antes, a las nueve menos cinco.

—¿Stace?

—¿Sí? —contestó ella.

—No, nada.

—Vale —dijo ella.

—Es solo que…

—¿Qué?

—Nada, nada, no tiene importancia.

—Madre mía, Kev. Venga, hazme la maldita pregunta —espetó ella.

—¿Por qué la rechazaste?

Era la pregunta que ella estaba esperando. No dijo nada.

—Es guapísima.

—*Sip* —dijo ella—. Sexi a más no poder.

—Inteligente, elocuente… ¿Ya dije hermosa?

—*Sip.*

—No lo entiendo, Stace —dijo él.

—Por todo eso —contestó ella.

—¿La despreciaste por hermosa? —preguntó incrédulo.

—Mírala y luego mírame a mí —dijo.

Él se volvió a ella, confundido de verdad.

—¿Estás loca?

—Solo me adelanté —contestó ella.

—Aguarda. ¿Terminaste con ella antes de que ella pudiera terminar contigo?

Stacey asintió. Maldita sea. En aquel momento, tenía sentido, pero, ya puesto así, sonaba un poco infantil.

—Me cago en la leche, Stacey —dijo él. Movía la cabeza de un lado al otro mientras una furgoneta negra se detenía detrás de ellos. —¿Terminaste con ella porque crees que no eres lo suficientemente buena?

—Ya basta, Kev —dijo ella. Ya tenía la mano en el tirador de la puerta.

Él salió del coche gruñendo. Las dos puertas se cerraron al unísono y ellos se miraron el uno al otro por encima del techo.

—Escúchame bien, Stace, no hay una sola mujer viva suficientemente buena para ti.

Ella le sostuvo la mirada por un instante, poco antes de que los uniformados de negro salieran a borbotones de la furgoneta. Detrás se detuvo también un segundo vehículo.

Se reunieron alrededor del capó del coche mientras Devon se dirigía hacia ellos.

Stacey hizo un esfuerzo por no poner atención a las sensaciones en su estómago mientras la mujer caminaba decidida en su dirección. Maldita sea. Con el chaleco anticuchillo se veía aún más sensual.

—Reunión informativa en las oficinas. Acabamos de terminar, apenas.

—¿Tienes la orden judicial? —preguntó Dawson.

Devon negó con la cabeza.

—Estamos contando con la colaboración de los propietarios.

—Buena suerte —murmuró Stacey.

—Tened en cuenta que no entraremos a meterle miedo a nadie. Lo último que queremos es aterrorizar a esas chicas y que se queden calladas. Grant y yo entraremos primero y hablaremos con los propietarios. Uno de vosotros puede entrar, pero no quiero a los dos. Todavía no.— Esperó a que se decidieran.

—Stacey —dijo Dawson—. La mujer confiará en ella más que en mí.

Devon asintió y se volvió a Stacey.

—De cualquier manera, no digas nada. Tenemos que cumplir con los procedimientos, ¿vale?

—Vale —dijo Stacey, agradecida de poder presenciar la operación a vuelo de pájaro y, con suerte, obtener algunas respuestas.

—¿Todo listo? —preguntó Devon.

Se les acercó un hombre alto y rubio. Stacey supuso que era Grant.

* * *

Con Stacey dos pasos por detrás, atravesaron la calle de prisa hacia las instalaciones. Ella los alcanzó en el momento mismo en que llegaban a la puerta de la recepción.

La sonrisa de Melody se transformó en miedo cuando los vio entrar en el edificio.

De inmediato, Grant le tendió la mano.

—Soy Grant Chance, de la Policía de Inmigración —dijo. Exhibía la tarjeta de identificación que llevaba colgando del cuello—. ¿Puedo hablar con quien esté a cargo?

Ella asintió y, sin decir nada, cogió el teléfono.

Oficialmente, debería ser la señora Robertson, pero a Stacey no le quedaba ninguna duda de que sería Steven quien aparecería por la puerta.

Y, tal como lo había pensado, Steven apareció de inmediato. Se veía sonrojado y pensativo. Habría visto las furgonetas desde su ventana, en la planta alta, supuso Stacey.

—¿Qué pasa? —preguntó, mirándolos a todos.

Grant dio un paso al frente y le mostró su identificación.

—Policía de Inmigración —dijo—. Recibimos una llamada anónima relacionada con los empleados de aquí.

Steven miró a Stacey, directamente.

—Anónima, ¿eh?

—Sí —confirmó Grant.

Stacey notó, sin poderlo evitar, que el comportamiento tranquilo y la actitud fría del hombre se habían alterado definitivamente. En cada visita, había parecido estar totalmente controlado, pero esta aparición sorpresiva lo tenía inquieto.

—No tenemos nada que ocultar. Por favor, síganme.

Devon siguió a Grant y Stacey siguió a Devon. Mientras pasaban, Melody le ofreció una rígida sonrisa.

A su paso por la fábrica, un montón de cabezas se alzaron llenas de interés. La tensión crepitaba en el aire mientras las miradas furtivas corrían en oleadas entre las hileras de máquinas de coser. Los pedales dejaron de sonar, las manos se quedaron quietas. Las chicas observaban atentamente su paso por el entresuelo.

Nicolae gritó algo en rumano y todas las cabezas volvieron a bajar. Los ruidos se reanudaron.

Steven los guio hasta su despacho y cerró la puerta.

—Todos nuestros trabajadores son inmigrantes legales y tienen todo el derecho de…

—Por supuesto, señor Robertson —dijo Grant en tono amable—, pero tenemos que actuar ante las denuncias. Estoy seguro de que sus papeles estarán en orden. Ahora, ¿podríamos empezar con los nombres completos y las direcciones de todos sus trabajadores?

Steven se sentó y pulsó algunas teclas de su ordenador. Detrás de él, la impresora cobró vida y las hojas comenzaron a brotar por la boca del aparato.

Stacey echó un vistazo a la primera, donde había seis nombres diferentes.

Devon cogió las hojas y se las dio a Grant; sin embargo, a Stacey le dio tiempo de reconocer la dirección. La agente de inmigración volvió a situarse a su lado mientras Grant seguía hablando con Steven Robertson.

—Todas viven en la casa a donde las seguimos la otra noche —susurró Stacey.

La conversación sobre los documentos seguía su curso.

—Eso no es inusual —la advirtió Devon—. Por lo general, estas pobres mujeres no ganan lo suficiente para vivir solas. A veces se juntan para alquilar una casa pequeña.

Stacey volvió a sumergirse en el diálogo que tenía lugar alrededor del escritorio.

—Muy bien, señor Robertson, todo parece estar en orden. Lo único que nos queda por hacer es comprobar los pasaportes de los empleados, y eso

solo podremos hacerlo si acudimos a la dirección que nos acaba de dar.

—No es necesario —dijo Steven. Se puso de pie y fue a un archivador. Había recuperado la actitud mesurada y pausada que ella le conocía. Con movimientos tranquilos y controlados, sacó una llave del escritorio y abrió el cajón superior. Metió la mano y extrajo un fajo de pasaportes ceñido con una banda elástica.

Stacey miró a Devon, quien, como en un reflejo de sus propios pensamientos, fruncía el ceño.

¿Por qué este hombre tenía todos los pasaportes?

# Capítulo sesenta y cinco

Kim no pudo ocultar su sorpresa cuando Bryant se detuvo en la casa donde había crecido Donna Hammond-Hill.

Un recorrido por un corto camino en Wollescote los había conducido a una granja restaurada con una terraza de cristal adosada. Tenía todo el frente decorado con madera y vidrios tintados. El único coche que podía distinguirse en la amplia entrada era un pequeño Peugeot.

—Con toda sinceridad, jefa, no lo entiendo, simplemente —dijo Bryant, negando con la cabeza.

Kim sabía que su compañero se estaba imaginando el espacio diminuto donde Donna había decidido vivir, en lugar de aquí.

—No podemos juzgar sus motivos, Bryant —dijo ella. La belleza de una casa no era un indicativo de la vida interior. La desdicha, la miseria y el abuso no eran patrimonio exclusivo de los pobres y desfavorecidos. Aún no conocían a la familia de Donna.

Kim llamó y esperó.

La mujer que les abrió la puerta tenía cerca de cincuenta años. Su pálida piel contrastaba con los ojos enrojecidos y el pelo castaño. No estaba maquillada, pero los pantalones azul marino y los zapatos de salón solo podían revelar que acababa de llegar de la morgue.

Bryant hizo las presentaciones y la mujer se apartó de la puerta.

—¿Está sola, señora Hammond-Hill? —preguntó Kim.

Iba asintiendo mientras los guiaba por el pasillo.

—Me ofrecieron un oficial de enlace familiar o un trabajador de apoyo a víctimas o algo así, pero no quiero a nadie aquí. Solo quiero estar sola.

—Lamentamos tener que molestar…

—Para nada, agente. En este momento, estoy más que entumecida, así que es mejor cogerme así, antes de que todo se me venga encima.

Mientras la mujer hablaba, Kim notó que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Empezaba a asimilarlo.

La siguieron hasta la terraza acristalada.

—Mi lugar favorito de la casa, incluso con este tiempo —dijo, y se sentó en una silla de mimbre de respaldo alto.

—Qué bonita casa tiene —opinó Bryant.

Había un libro boca abajo encima de una mesa, junto a una taza de té de porcelana y unas gafas de lectura. Kim se preguntaba si eso era lo que la madre estaría haciendo anoche, cuando los policías informadores vinieron a llamar a su puerta y a destruir su mundo.

—La obra amorosa de mi marido, la casa de su infancia, que fuera vendida para saldar deudas de la agricultura. Pudo disfrutarla un año entero antes de sufrir un infarto mortal a los cuarenta y cuatro años; sin advertencias, sin señales previas —iba explicando mientras se situaba al lado de la silla.

Cogió unos mocasines de peluche que, de inmediato, resultaron impropios bajo el elegante pantalón de traje.

—¿Cuántos años tenía Donna cuando murió su padre? —preguntó Kim.

—Quince —contestó la madre.

Con el pie, hizo a un lado sus zapatos formales.

—¿Y reaccionó mal? —preguntó Kim.

—Creo que ambas reaccionamos mal —inspectora.

Esta mujer apenas había tenido tiempo para llorar la pérdida de su marido antes de que surgieran los problemas con la hija.

—Todo cambió tras la muerte de su padre. Éramos tan cercanos que hacíamos todo juntos, así que, de repente, nosotras dos ya no supimos cómo recomponernos alrededor de su pérdida. Nos convertimos en unas desconocidas, incapaces de consolarnos una a la otra. La distancia entre nosotras creció hasta el punto en que ya no supimos cómo cerrar la brecha.

—Esto tuvo que haber sido muy perturbador para usted, ¿o no? —dijo Bryant.

Ella se mordió el labio inferior.

—Tuve que convencerme a mí misma de que era Donna a quien estaba viendo. Mi corazón no quería creerlo, aunque mi mente sabía que era verdad. —Sacudió la cabeza, desconcertada.— ¿Cómo llorarla, si ni

siquiera puedo resolver el hecho de que esta pobre chica era mi hija? —preguntó.

—¿Entiende cómo murió? —preguntó Kim.

La mujer asintió lentamente.

—Lo que he entendido es que era prostituta y que la asesinaron —dijo, como si hablara con alguien más.

Kim comprendía que el cerebro de la madre fuera capaz de dilucidar el asesinato de la chica que había visto en la morgue sin haber atado, del todo, el último cabo suelto, el que relacionaba los hechos con su hija.

—En esto hay una crueldad insoportable —dijo mientras se enjugaba los ojos llorosos.

—¿Perdone? —dijo Kim.

—Me llamó hace apenas tres días.

Kim se sentó en el borde de la silla.

—¿Después de cuánto tiempo?

—Fue la primera vez que nos pusimos en contacto desde que se marchó —dijo la mujer.

Kim hizo la cuenta atrás de los días.

—¿La llamó el domingo, después de más de un año?

—Sí. El solo oír su voz fue maravilloso.

Había llamado a su madre al día siguiente del asesinato de Kelly Rowe.

—¿Y qué le dijo? —preguntó Kim.

—No mucho. Solo que había estado pensando en mí, que me echaba de menos y…

—¿Y?

—Y que estaba arrepentida de lo que había hecho.

Kim podía sentir la angustia en la voz de la madre.

—¿Algo más?

La mujer negó con la cabeza.

—No quise presionarla. Le dije que la perdonaba y que la amaba. Yo estaba demasiado asustada como para decir más; no quise alarmarla.

—Seguramente se sintió agradecida —opinó Bryant en voz baja—. Eso era, probablemente, lo que ella necesitaba escuchar.

—Eso espero —dijo, con lágrimas en los ojos.

Kim concedió a su dolor un momento de silencio antes de continuar:

—Señora Hammond-Hill, ¿hubo algún cambio entre usted y Donna?, ¿algo que pudiera explicar por qué, finalmente, ella decidió irse de casa?

Tras haber conocido a esta mujer y haber hablado con ella, Kim se aproximaba al pensamiento de Bryant. Para empezar, ¿por qué demonios Donna se había ido de casa?

Tras dos años de enfados, disputas y amargura, ¿algo en una última discusión la había impelido a salir por la puerta? ¿Qué había habido en la cabeza de Donna como para preparar un poco de ropa y marcharse, así, sin más?

La señora Hammond-Hill movió la cabeza de un lado al otro.

—La última discusión fue igual a las que tuvimos durante meses. —Seguía negando con la cabeza.— Antes de marcharse a grandes zancadas, terminó con la frase que me arrojaba siempre.

—¿Y esa frase fue…? —preguntó Kim.

—Que yo tenía que aprender a ver el panorama completo.

# Capítulo sesenta y seis

—Sé que es solo un dicho, Bryant —dijo Kim—, pero ¿no te parece extraño que haya surgido dos veces en un par de días?

—Es un tópico. Se usa todo el tiempo —argumentó él.

—Nuestra chica perdida, Ellie, se lo soltó a su madre antes de huir, y ahora nos encontramos con que Donna lo dijo, hace un año, antes de hacer exactamente lo mismo. ¿Qué diablos saben estas niñas del «panorama completo»? —preguntó.

Él mantuvo la calma ante el enfado de su jefa.

—Es solo que no estoy seguro de cómo esto podría ayudarnos a encontrar…

—Estaban jodidamente condicionadas, Bryant. ¿No lo entiendes? Algún hijo de puta está encontrando a estas adolescentes, probablemente en línea, y se está aprovechando de que están enfadadas con sus padres. Entonces las manipula, las debilita y abusa de ellas. Tiene que ser el Kai Lord de los cojones —dijo, rechinando los dientes.

—Tranquila, jefa. ¿De verdad crees que este es de los que manipulan? En Hollytree no faltan las mujeres desesperadas. No estoy seguro de que él tenga ninguna necesidad de extender su alcance más allá…

—Son niñas, Bryant —dijo ella—. Estos están buscando el premio gordo. Piénsalo. Las apartan de sus padres y, quizás, las enganchan a las drogas, y así las tienen de por vida.

Él detuvo el coche en la isleta para dejar pasar a un lento aprendiz de conductor.

—¿De verdad crees que Ellie Greaves pudo haber sido capturada…?

—Espera —dijo ella cuando su teléfono empezó a sonar.

—Penn —contestó—, ¿has tenido suerte con el móvil de Ellie Greaves? —preguntó de inmediato.

Él le respondió con una negativa y pasó a explicarle el motivo de su llamada.

—Maldita sea —dijo ella, y presionó el botón de colgar.

Bryant giró hacia el hospital.

—No tenemos orden judicial para registrar la casa de Roger Barton, así que debemos hacer algo para interrogarlo sin su abogado. Quiero saber por qué en su coche había sangre de Kelly Rowe.

—Es un poco obvio, ¿no? —dijo Bryant.

—Tú crees que él las mató, ¿verdad? —preguntó ella mientras aparcaban el coche.

—Lo que creo es que algo no está bien con este tío. Su casa es como un museo de Ripley. Busca prostitutas, aunque no para follar, y ahora ha aparecido en su coche sangre de una de las víctimas.

Ella negó con la cabeza antes esos indicios.

—No es lo que siento, Bryant.

—Sé que tus entrañas empiezan a estar en desacuerdo, jefa, pero quizás ya les hace falta un servicio anual.

Kim no le hizo caso. Abrió la puerta de la morgue.

Keats los miró y movió la cabeza de arriba abajo, con frialdad.

Ante la falta de comentarios mordaces, la detective supo que el forense no estaba contento y que su humor no se relacionaba con las profundas ojeras. A través de los años, este hombre había pasado muchas noches sin dormir, igual que ella.

—¿Qué hay de nuevo, Keats? —preguntó Kim.

—Absolutamente nada, inspectora —respondió con voz tensa.

Ella podía entender su enfado. Keats había pasado la noche entera haciendo una segunda autopsia a una víctima que, a su parecer, nunca debió ser exhumada.

Su compañero dudaba de sus instintos. El forense estaba cabreado con sus decisiones. Kim ya se estaba preguntando si no sería mejor volver atrás y empezar el día de nuevo.

De espaldas, apoyó las manos en la mesa de acero inoxidable que estaba en el centro de la sala. Ya habían llevado el cuerpo de Lauren Goddard al frigorífico. Con las manos a los lados, Kim se levantó hasta sentarse en la mesa.

—Keats, deja de enfurruñarte y dime algo —pidió.

Él entornó los ojos.

—No puedo entender…

—Tomo nota de la objeción. Y ya que hemos aclarado esto, ¿hay algún modo de que, a partir de las lesiones de Lauren Goddard, podamos deducir si saltó o la empujaron?

Keats suspiró cansado.

—No, absolutamente. Una caída de trece pisos erradica por completo cualquier diferencia entre ambos casos.

Kim se puso de pie encima de la mesa, esquivando apenas una franja luminosa. Miró abajo y se inclinó hacia delante.

—Jefa, ¿qué diablos…?

Se enderezó y miró a Keats.

—Seguramente, empero, debe de haber algo, alguna clase de cálculo basado en la fuerza de rotación a través del aire o la velocidad o…

—Ya, Stone, la niña tiene cuarenta y tres fracturas. Desde esa altura, las lesiones son iguales si saltas o te empujan.

Kim puso un pie delante, como si diera un paso al precipicio.

—Pero, si simplemente dio un paso…

—Por Dios, inspectora, si se cayó, se zambulló, se lanzó de panza, dio un paso, saltó o cayó de cabeza y rebotó…

—Espera —dijo ella. Había tenido una idea repentina y se agachó para sentarse—. ¿Por qué presumimos que estaba de pie? —preguntó—. Si sus planes no eran saltar, no tenía por qué estar de pie, ¿no es así?

Keats negó con la cabeza, desesperado, y fue al escritorio, detrás de ella.

—¿Y si estaba sentada, simplemente mirando alrededor, y, de pronto…

La frase quedó inconclusa cuando Kim se sintió empujada con fuerza por la espalda.

—Madre de mi vida, Keats —dijo ella. Descendió a trompicones.

—¿A eso te refieres? —dijo él con voz inocente.

Ella se quedó quieta por un minuto, evaluando las reacciones instintivas de su propio cuerpo. Se puso las manos delante de la cara.

—Las uñas, Keats. Mira debajo de las uñas. Mi primera reacción, sin darme cuenta, ha sido tratar de agarrarme de algo.

Si Lauren Goddard estaba sentada en el borde del edificio cuando alguien la empujó por sorpresa, sus uñas, probablemente, arañaron algo.

Pero se había presumido un suicidio; por lo tanto, supuso Kim, la primera vez no se comprobaron los lechos ungueales.

Él asintió y se frotó la barbilla.

—Lo primero que haré será tomarme una hora o dos para desayunar, beberme un café y descansar. Volveré a traerla inmediatamente después.

Ella se cruzó de brazos. Miró primero al forense y, después, la mesa.

—¿Te sientes mejor después de esto, Keats? —preguntó.

—Para mi sorpresa, sí —dijo él con una sonrisa—. Por lo que tiene que ver con el descubrimiento científico, sentí que te debía esa.

—¿Descubrimiento científico? —preguntó Bryant, disimulando con una tos.

Keats se volvió hacia él.

—Los celos son un rasgo muy feo, amigo mío.

—La próxima vez, Keats, te voy a colgar de los…

La interrumpió el timbre del móvil.

—¿Penn? —preguntó.

—Sí, jefa. Es acerca de Roger Barton, el dueño del Toyota. Está sentado en la recepción. Solo, sin abogado. Quiere hablar con la policía, pero solo si eres tú.

Colgó y le pidió a Bryant que la siguiera.

Esto sí que no se lo esperaba.

# Capítulo sesenta y siete

—¿Le creéis —Stacey preguntó a Devon y a Grant en cuanto estuvieron fuera del edificio— esa historia de que las mujeres le han pedido que guarde sus pasaportes? ¿Todas?

Grant se encogió de hombros.

—No es lo normal, pero todo parece estar bien —dijo.

Dawson se unió a ellos.

—¿Y todavía? —dijo Devon con una sonrisa.

—Sí, exactamente —respondió él.

—¿Qué? —preguntó Stacey.

—El instinto no es exclusivo de los polis, ¿sabes? —dijo Grant.

—¿Por eso le pediste uno de los pasaportes?

Él asintió.

—Todo está demasiado ordenado. Cada cosa que le pedimos la tenía en la punta de los dedos.

—Mmm… —añadió Devon—. Como si hubieran estado listos para que apareciéramos en cualquier momento.

—Gracias —les dijo Stacey a los dos, pero especialmente a Devon.

—Cuando quieras, nena.

La mujer le guiñó un ojo y caminó con su compañero hacia el resto de los agentes, que los esperaban. Stacey se quedó mirando a Devon alejarse, así que Dawson tuvo que atraer su atención.

—Estuve charlando con estos chicos mientras estabas dentro —dijo él —. Hicieron una redada en Netherton, en una casa adosada de dos dormitorios que alojaba a veintisiete personas.

—¿Cómo diablos meten a tanta gente? —preguntó Stacey.

—Turnos —contestó él—. Todos tenían un turno de ocho horas en la cama, luego volvían al trabajo.

—¿Crees que eso es lo que ocurre aquí? —dijo ella.

—¿Quieres ir a echar un vistazo en esa dirección? —preguntó él.

Ella asintió distraídamente y se metió en el coche.

—¿Te preocupa el asunto de los pasaportes?

Ella no contestó.

Sí, la preocupaba que los pasaportes estuvieran bajo el control del empresario. Pero algo más rondaba por algún lugar de su cabeza.

Sin embargo, eso tendría que esperar.

# Capítulo sesenta y ocho

—¿De modo, señor Barton, que quiere hablar conmigo? —preguntó Kim.

Roger Barton estaba sentado muy erguido, con los codos sobre la mesa y los dedos entrelazados. Ella podía ver su atuendo de tres capas: camiseta, camisa de cuadros y chaqueta, todo lo cual lucía sorprendentemente limpio, dado el estado de la casa.

—Sí, agente, así es.

Se hizo un silencio.

—Aquí estoy, entonces —dijo Kim.

Bryant dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—Es acerca de esa chica —dijo él.

—¿Kelly Rowe? —aclaró Kim.

Él negó con la cabeza.

—La otra.

—¿Donna Hill?

Esta vez, el hombre sacudió la cabeza con más fuerza.

—Le he dicho que no conocí a ninguna de las dos.

—¿Está seguro? —preguntó Kim—. Al parecer, usted pasa mucho tiempo en la calle Tavistock.

—Estuve ahí el domingo por la noche, cuando usted vio mi coche, pero no había vuelto…

—Señor Barton, ¿a cuántas de estas mujeres conocía? —le preguntó.

Había pensado interrogarlo acerca de los restos de sangre de Kelly Rowe que aparecieron en su coche, pero decidió no hacerlo por dos razones: no tenía ganas de mostrarle sus cartas y quería saber por qué había venido. La sola mención de la sangre lo haría salir corriendo a por su abogado.

—A la mayoría —admitió—, pero solo a las que tienen edad suficiente —dijo, y se sonrojó—. No soy de la clase de…

—Entonces, si no ha venido a hablar de Kelly ni de Donna, ¿de quién ha venido a hablar? —preguntó Kim, confundida.

—De la otra. De la de las noticias, la que usted desenterró: Jazzy.

—¿Lauren Goddard? —dijo Bryant.

Él asintió.

—¿Qué tiene que ver? —preguntó ella con suspicacia.

—La conocí —dijo él, parpadeando rápidamente.

Kim miró a Bryant, quien cogió su bolígrafo.

¿Por qué demonios venía este hombre a admitir que había tenido contacto con Lauren Goddard, cuando ellos no tenían absolutamente nada que los vinculara?

—Mire, quiero decirle algo, pero necesito que me crea que no he matado a nadie. Yo no soy así. No le haría daño a ninguna de estas señoras. —Se miró las manos.— Han sido muy amables conmigo. Todas.

Kim empezaba a plantearse, con toda seriedad, si Bryant tenía la razón acerca de este señor.

—Me parece que lo mejor será que nos cuente lo que sabe, señor Barton —dijo ella fríamente.

Él tragó saliva.

—Conocí a Jazzy, o sea, a Lauren, la noche antes de su muerte —dijo.

Mierda, pensó Kim. Esto iba de mal en peor para sus instintos. A este paso, tendrían el caso resuelto para la hora del almuerzo.

Ella se inclinó hacia delante y el móvil empezó a vibrar en su bolsillo. No le hizo caso.

—¿Y? —preguntó.

—Estaba rara, nerviosa. No quería regresar —dijo.

Kim se cubrió el bolsillo con la mano cuando el teléfono empezó a vibrar otra vez.

—¿Regresar a dónde? —preguntó.

—A la calle, a Tavistock. No quería que yo la dejara por ahí.

—¿Tenía miedo de Kai?

Él se encogió de hombros y, al mismo tiempo, negó con la cabeza.

—No lo sé. No dijo nada, pero, definitivamente, tenía miedo de algo.

—O de alguien —añadió Kim, que trataba de disimular su molestia por el teléfono que vibraba en su bolsillo. Joder, estaba interrogando a un maldito sospechoso de homicidio.

—¿Por qué ha venido a contarnos esto, señor Barton? —preguntó.

¿Este hombre estaba tratando de desviarlos de la verdad? ¿Tenía miedo de que encontraran en su coche algo que pudiera vincularlo con Lauren *Jazzy* Goddard? ¿Creía que confesar por adelantado le daría una ventaja?

En este momento, ella estaba más interesada en hablar con él acerca de la mujer cuyos rastros de sangre habían aparecido en el Toyota y con quien podía relacionarlo desde el punto de vista forense.

—Señor Barton, tengo la impresión de que usted sí se reunió con Kelly Rowe —dijo.

Él negó con la cabeza vehementemente.

—No en un par de semanas. No la había visto en la calle, o yo habría…

—Está mintiendo, señor Barton —lo acusó. Solo llevaba dos semanas con ese coche, así que el hombre trataba de ocultar algo. Kelly Rowe había estado en el Toyota.

—No miento, le juro…

—Kelly estuvo en su coche la noche en que la asesinaron, ¿no es así? —lo presionó.

Él negó moviendo la cabeza.

—He venido a hablar acerca de Jazzy…

—Pero nosotros queremos hablar de Kelly.

—No sé nada de…

—Sí, sí que sabe —insistió ella.

—Se lo diría. No es un secreto que estuve con…

—Señor Barton, hemos encontrado sangre en su coche.

La boca se le cerró de golpe y los colores inundaron su cara. Entornó los ojos de pura confusión.

—Creo que es hora de que nos diga la verdad.

Él abrió la boca para responder algo, pero, en ese momento, un suave golpe sonó en la puerta.

Kim lanzó una mirada fulminante al agente que entraba en la sala de interrogatorios.

—Lo siento, seño, pero uno de tu equipo, Penn, necesita hablar contigo urgentemente.

Ella miró a Bryant y salió de la habitación. Marcó el número que la había llamado tres veces.

—Penn, ¿qué demonios?

—Dijiste que te hablara en el instante en que localizara el móvil de Ellie Greaves.

Kim no tenía réplica. Era cierto. Eso era, exactamente, lo que ella le había pedido.

—Vale, Penn, ¿y dónde coño está?

—Eso es lo más extraño de todo, jefa. Está aquí mismo, en este edificio.

# Capítulo sesenta y nueve

Ellie se estremeció contra la pared de piedra desnuda. Hacía horas que la ropa que llevaba pegada a la piel había dejado de brindarle alguna protección.

Había sacado los brazos de las mangas para meterlos dentro de la camiseta y usar esta como una endeble manta. Moviéndose por todo ese espacio, con los brazos extendidos, había buscado algo que pudiera mantenerla caliente. No había tardado en darse cuenta de que el techo del sótano era inclinado y que, en la parte más cercana a las escaleras, a duras penas podía estar de pie. A veces se quedaba sentada en los escalones de piedra; a veces, cuando el frío le calaba hasta los huesos, se ponía de pie. Los endebles zapatos le ofrecían muy poca protección mientras permanecía en un solo logar.

Quiso contar, para tener una idea del paso del tiempo, pero los pensamientos que llegaban y se iban la hicieron perder la cuenta. Estaba anocheciendo cuando la metieron en el sótano, así que tenía que ser un nuevo día, pensaba ella, aunque no podía estar segura.

Al principio, había chillado y suplicado hacia la rendija de luz diurna que se colaba bajo la puerta. Había gritado, llorado, hecho promesas; solo Dios sabía cuántas cosas había prometido, pero, al final, alguien había puesto una toalla a lo largo del rayo de luz, con lo que su delgada línea de iluminación se había extinguido.

A partir de ese momento, había perdido la noción del tiempo. Todos sus esfuerzos estaban concentrados en mantenerse caliente.

Aunque no podía contar el número de horas que llevaba en el sótano, sí sabía que había orinado dos veces en el rincón.

Ahora pensaba mucho en el pasado, en su pasado reciente.

Se acordó del cole y rio con alborozo. Lo que daría por estar en ese colegio en este momento. Daría un brazo por estar sentada en el salón, incluso con Rebecca Weaver y su pandilla comentando cosas crueles acerca de ella, de su peso, de su pelo revuelto y su persistente virginidad. Eso le

habría alegrado el corazón. Que la acorralaran en el callejón detrás del cole, que la acribillaran con huevos y harina… Todo eso sería bienvenido. Habría corrido hacia ellos, los habría abrazado hasta hacerlos sangrar.

Hasta ayer, Ellie creía que había experimentado el miedo. Pero no era verdad, y ahora lo sabía. Quizás había tenido una sensación de mayor ansiedad o un pánico leve, pero nunca en la vida había sentido el miedo de verdad.

Su mente volvió a Roxanne y a la paliza que la mujer había recibido la víspera. No le habían dejado ninguna opción. Por su propia voluntad, esa mujer no la habría hecho caer en una trampa. Había pasado días con ella. Ellie era consciente de que, muy en el fondo, Roxanne era su amiga y se había visto obligada a vivir esta pesadilla.

Pensar en el colegio, en la universidad, e incluso en lo que había ocurrido en la cocina, era más fácil de soportar que pensar en su madre.

Ellie no tenía ninguna duda de que toda esta situación había sido una trampa desde el principio.

Roxanne se había hecho su amiga en Facebook, había dicho todo lo que tenía que decir para hacerla sentir importante y había hecho todo lo posible por comprenderla. Pero también sabía que la estaban obligando.

Ahora se daba cuenta de con cuánta astucia lo habían hecho: las comidas caseras, la atención llena de halagos, la sutil manipulación del enfado en contra de su madre. Podía adivinar, incluso, que ese robo inicial que la había dejado sin dinero ni teléfono no había sido ningún accidente.

Cada pequeño movimiento, conversación y matiz funcionaban conforme a un plan, conforme a un guion hasta el último detalle. Ellie estaba segura de todo esto, tan segura como de que la implicación de Roxanne se debía al miedo a ese hombre.

Había sido fácil concentrarse en todos estos pensamientos cuando la fatiga estaba lejos, pero ya no. Ahora sabía que, si se rendía al agotamiento, su temperatura corporal bajaría aún más y los escalofríos quedarían fuera de su control. Los últimos tres estremecimientos la habían obligado a ponerse de pie de un salto y a correr en su lugar durante todo un minuto para generar algo de calor. Tenía las extremidades como piedras, y el esfuerzo

solo la había provocado más fatiga. Pero sabía que un temblor incontrolable tenía que ser malo.

Había tratado de bloquear los pensamientos sobre su madre todo el tiempo de su cautiverio, porque cada recuerdo traía culpa, amor, arrepentimiento. Cada emoción que se le ocurría llegaba con lágrimas.

Sus discusiones parecían tan ridículamente irrelevantes que ni siquiera podía imaginarse la importancia que les había atribuido hacía una semana. Desacuerdos acerca de su habitación, la hora de llegada, la manera de vestir, su gusto musical, su negativa de ir a la universidad…

En este momento, habría dado la bienvenida a todo eso.

Ahora, a Ellie ya no le quedaba ninguna duda de que su madre no sabía nada de ella y de que nunca le habían dado el número de Roxanne. ¿Cuán estúpida había sido al pensar que su madre no la habría llamado ni siquiera para gritarle? Cuán fácilmente la habían convencido de que su madre no daba un comino por ella.

Estas horas le habían dado la claridad mental para saber que sí le importaba. Ellie podía imaginársela sentada a la mesa de la cocina, llorando, preocupada, llena de miedo.

De repente, se preguntó si volvería a verla. Las lágrimas luchaban por brotar de sus ojos doloridos; y esta vez no pudo retenerlas. Cuánto le apetecía simplemente entrar en esa cocina, con todos esos problemas que, por cierto, ya no parecían problemas.

Sí, qué ganas había tenido de ser adulta; de tener una madurez que, estaba segura, se habría disuelto ante el simple deseo de verse rodeada por los brazos de su madre, de verse estrechada en ellos una sola vez más.

Su mente se quedó quieta cuando oyó el chasquido de la cerradura del sótano.

La luz irrumpió en el interior, obligándola a cerrar los ojos heridos.

—Si gritas, chillas o intentas escapar, volverán a meterte aquí, ¿has entendido?

Ellie asintió y abrió los ojos poco a poco, parpadeando contra la luz. La silueta en la puerta era, definitivamente, la de Roxanne, pero la dureza en el tono y la expresión facial eran de alguien más.

En ese momento, Ellie no tenía ni idea de por qué la estaban liberando. ¿Quién estaba ahí? ¿A dónde iría y con quién?

# Capítulo setenta

Kim, que había dejado a Roger Barton en las hábiles manos de Bryant, vio cómo un policía ponía de pie a Johnny Banks.

En algún lugar, a la mitad de las nalgas, se apoyaban los vaqueros azules del chico, dejando al descubierto la marca Calvin Klein de sus calzoncillos. Sus zapatillas deportivas Nike lucían la lengua de un lagarto. Bajo la sudadera de capucha llevaba una camiseta negra y, sobre esta, un chaleco térmico acolchado. Una pelusa rubia incipiente asomaba por su cabeza afeitada.

El agente hizo pasar al joven a un lado de Kim. Este la miró de arriba abajo y, en señal de falta de respeto, pasó aire ente los dientes.

—Sala de interrogatorios dos —le dijo ella al policía.

El agente sentó al joven, y este, de inmediato, abrió las piernas con indolencia. Puso sobre su regazo las manos esposadas.

El policía se quedó de pie junto a la puerta, pero Kim le pidió que se marchara.

—¿Estás segura de esto? —le preguntó Johnny cuando la puerta se cerró.

—Sí, me siento bastante segura —le dijo ella, y puso el teléfono Samsung sobre la mesa—. ¿De dónde sacaste esto, Johnny?

—Conozco mis derechos, zorra. Tienes que grabar esto y yo quiero ver a mi abogado.

—Cállate, Johnny. ¿Me has oído acusarte de algún delito? Solo estamos charlando.

—Yo no hablo, joder.

—Vaya, me parece que deberías.

—No te tengo miedo, puta.

Kim se sentó y sonrió.

—¿Dónde has estado robando hoy, Johnny?

Él se encogió de hombros.

—En el patio de un hermano.

—¿Un hermano?, ¿eso es todo?

Sonrió astutamente.

—Sí, hombre, solo un hermano.

—Vale, puedo hacer arreglos para que te retiren los cargos por robo en tiendas y mandarte al patio de tu «hermano», con todas las comodidades, en un reluciente coche de la policía. ¿Qué te parece?

Cualquier persona normal se habría aferrado a ese arreglo con ambas manos, pero, para Johnny, sería el infierno. Que le retiraran los cargos y lo mandaran a casa cómodamente significaría que había cooperado. Eso, a su «hermano», no le gustaría mucho.

—Mira, me tienen sin cuidado las otras mierdecitas en que estás metido. Solo estoy interesada en este teléfono.

—Me lo encontré. Fácil, sin rodeos, ¿me entiendes?

—Vale, tendrás tu viaje gratis, entonces —dijo ella, y se puso de pie.

—Vale, vale, una zorra nos dijo lo que teníamos que hacer. Nos dio cien libras por quitarle a una niña el teléfono y la mochila y por darle un susto.

En el vientre de Kim empezaba a formarse una sensación de pavor. Tenía razón: Ellie había sido retenida, probablemente por la misma persona que había secuestrado a Donna.

—¿Cómo era ella?

Johnny se encogió de hombros.

—Poco más de metro y medio, pelo sin chiste, unos dieciséis años.

—La mujer, Johnny, no la niña.

Él se encogió de hombros.

—Nunca la vi. El contacto fue a través de un tercero.

—¿Un hermano?

Él sonrió.

—Sí, lo has pillado, un hermano.

Kim no le creyó.

—Estás mintiendo —le dijo, y volvió a encaminarse hacia la puerta—. No estoy de humor para darte más oportunidades, «hermano». Un agente vendrá a por ti en breve.

—Ah, hombre, ¿ni siquiera me la vas a chupar de agradecimiento…?

—¿Sabes, Johnny? —Se volvió para encararlo.— No eres tan duro como me quieres hacer creer.

—¿Cómo sabes lo que soy, zorra? —Su voz se había elevado una octava.

Ella avanzó dos pasos y puso las manos sobre la mesa.

—Porque no llevas los tatuajes de la banda ni vistes con sus colores. Eso significa que has estado rehuyendo el reclutamiento o que no has conseguido completar los deberes de iniciación.

Kim sabía que, normalmente, eso incluía matar a alguien más pequeño, a alguien que ni siquiera podía defenderse.

—Así que, a estas alturas, todavía tienes una oportunidad. —Lo miró fijamente a los ojos y se encogió de hombros.— Tómalo o déjalo, pero te diré una cosa, amigo: si algo le sucede a la chica a la que le robaste, te encontraré y no habrá hermano que pueda salvarte. —Se alejó y llegó a la puerta.

Él tosió en su mano y ella alcanzó a escuchar un nombre. Se volvió.

—¿Dijiste algo?

—Solo tosí, ¿o no?

Kim le sostuvo la mirada unos cuantos segundos antes de salir de la habitación.

No había sido una simple tos. El chico le había dado una pista.

El nombre que había pronunciado al toser era Roxanne.

Roxanne había sido vecina de Kelly Rowe.

Y, en este instante, Kim quería hablar con ella.

# Capítulo setenta y uno

—Y sí, los Robertson son los propietarios de esta casa —confirmó Stacey, y guardó el teléfono.

No tenían ni idea de eso el otro día, cuando venían siguiendo el minibús.

—Maldita sea, Stace. ¿En qué están metidos? —preguntó él mientras aparcaba el coche.

—¿Qué quieres hacer, entonces, Kev? —preguntó Stacey, mirando la casa.— ¿Echamos un vistazo por detrás?

Dawson negó con la cabeza. Todas las cortinas estaban cerradas, a pesar de que era la hora del almuerzo.

—No podremos ver nada. Tenemos que hacer el intento de ver la casa por dentro.

—Sí, pero no tenemos el motivo —dijo ella, externando una obviedad.

Él no le hizo caso, pero se volvió hacia ella.

—¿Traes un cuaderno ahí? —preguntó él, y miró la mochila de su compañera.

—¿Un cuaderno de bolsillo?

Él negó con la cabeza.

—Un cuaderno común y corriente.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué habría de traerlo?

Dawson enarcó una ceja.

—Stace, todos los bolsos de mujer son un misterio para mí. ¿Llevas algo ahí?, ¿algo oficial, por ejemplo?

—¿Mi identificación oficial es suficiente?

Él negó con la cabeza.

—Eso es, exactamente, lo que no necesitamos —dijo.

Ella abrió la solapa.

—Tengo una vieja factura de la luz y un lápiz estropeado.

—Vale, eso tendría que funcionar. Ahora, sígueme —dijo. Se quitó la chaqueta antes de bajarse del coche.

Después de llamar a la puerta, se soltó la corbata.

—¿Qué estamos…? —preguntó ella.

—Calla —dijo él al oír que corrían el cerrojo en la parte baja de la puerta.

Apareció un hombre de veintitantos años. Vestía unos pantalones de chándal manchados, sin camisa, y llevaba el pelo como quien se acaba de levantar de la cama.

Los miró con ojos suspicaces.

—Buenos días, amigo, sentimos molestarlo. Inspección anual de propiedades —dijo, y echó un vistazo a Stacey.

Ella asintió y sonrió.

El hombre frunció el ceño.

—Solo nos quitará un minuto. Buscamos humedades y grietas, simplemente.

—Perdone, no hablo…

—Vale —lo tranquilizó—. Nicolae… —añadió, y puso ambos pulgares hacia arriba para hacerle entender que Nicolae les había dado permiso.

El hombre no se movió.

—Denos diez minutos —le sugirió Stacey—. Después podrá volver a la cama —le dijo. Recostó la cara en la mano.

Más dudas.

Dawson se encogió de hombros y giró.

—Ni hablar, llamaremos a Nicolae y le diremos…

—Vale, entrar —dijo él, y se apartó.

Dawson entró por un pasillo oscuro y estrecho. Las paredes estaban cubiertas de papel tapiz Anaglypta. Habían sido pintadas tantas veces, que los dibujos originales apenas se notaban. Tuvo que tragar hondo para reprimir las arcadas que le provocaba el hedor. El espacio lo llenaban la fetidez corporal y el olor a comida rancia. No parecía haber ventanas abiertas que dejaran escapar el aire empalagoso.

Se detuvo en la recepción y fingió no advertir que el espacio lo llenaban cuatro camas individuales ocupadas. Por la alfombra había envoltorios de hamburguesas y botellas de plástico. Cada centímetro estaba dedicado a los colchones. A falta de armarios, la ropa asomaba por debajo de las camas.

Dawson anduvo entre suaves ronquidos y hacía como que examinaba cada pared de arriba abajo.

—Todo bien —dijo a sus espaldas, a Stacey, mientras su mirada se posaba en la cama vacía. Alrededor de ese espacio había menos basura.

Stacey fingió tomar nota de los hallazgos mientras seguía a su compañero hacia la habitación del fondo. Había otras tres camas apretadas en el dormitorio. Dos estaban ocupadas. El hombre que los había dejado entrar bajó la mano para coger una botella de zumo de naranja que estaba a la mitad. Les indicó su propio lugar de dormir. Dawson murmuró algo y señaló dos cintas de papel tapiz. Estaban desprendiéndose del techo y dejaban a la vista daños de humedad de un baño de la planta superior. Stacey fingió que escribía algo.

El sargento repitió el proceso de inspección y puso rumbo a la cocina.

Desde la puerta abierta pudo ver la abundancia de bolsas de basura medio llenas, dos pares de zapatillas y más envolturas de comida rápida. Tras la entrada encontraron un banco de madera, de los que normalmente se encuentran en los cuartos de servicio de los ricos y sirven para quitarse las botas sucias antes de entrar a la casa. Había un trozo de cuerda amarrado de un costado del mueble al otro.

Él miró a Stacey con ojos inquisidores.

—¿Alguna idea? —susurró.

Ella asintió.

—Espacio extra para dormir. Sentado. La cuerda evita que te caigas.

Dawson decidió que habían tenido suficiente. Era exactamente el tipo de lugar del que Devon les había hablado: seres humanos hacinados en dormitorios sin ventilar y tratados peor que perros.

Supuso que las cosas no serían diferentes en la planta de arriba.

Y, ahora, lo que acababan de ver le había sembrado una sospecha.

—Disculpe —dijo, y se volvió al único hombre despierto.

Cogió su teléfono y señaló la primera habitación en la que habían entrado.

—¿Esa cama vacía pertenecía a esta persona?

El reconocimiento destelló en la cara del joven, quien enseguida empezó a asentir.

# Capítulo setenta y dos

—¿De verdad crees que podría estar ahí dentro, jefa?

Kim se encogió de hombros y siguió mirando las ventanas de la fachada en busca de cualquier movimiento.

Sonó su teléfono. Lo contestó y escuchó a Penn.

—Gracias —dijo Kim, y colgó. Miró a Bryant.

—La casa pertenece a Kai Lord.

—Mierda —dijo Bryant, y Kim tuvo que estar de acuerdo. Este asunto estaba convirtiéndose en una tela de araña con hilos que se extendían y cruzaban entre toda la gente que habían conocido.

Por fin, la pregunta acerca del vínculo entre Kai Lord y Kelly Rowe tenía una respuesta. La intermediara había sido una mujer llamada Roxanne.

Kim comprobó el espejo retrovisor y vio a una mujer de mediana edad que caminaba despreocupada por la acera. Mientras avanzaba, iba empujando cada cubo de basura recién vaciado en la propiedad a la que pertenecía.

—Ve, Bryant, abórdala —dijo ella.

Bryant saltó del coche y ella lo siguió.

—Disculpe, tan solo queremos…

—Nunca vuelven a poner estos cubos en su lugar. Uno creería que estarían agradecidos de tener un curro, pero no. ¿Y por qué están ahí sentados y no hacen nada?

«Perfecto», pensó Kim. Había ciertos tipos de personas que resultaban inestimables para los investigadores policíacos, y los entrometidos estaban en lo más alto de la lista.

—Somos policías, pero no tiene nada de qué preocuparse. Nos han informado de gritos y chillidos en esta dirección.

La mujer frunció el ceño.

—No lo creo, agente. Quien vive ahí es una joven perfectamente respetable. Su novio la visita un par de veces por semana, y yo no tengo

nada en contra de las parejas interraciales.

Kim disimuló una sonrisa. Una declaración deliberada en contra revelaba exactamente lo opuesto. Y ella sospechaba que el novio era Kai Lord.

—Fuera de eso, Roxanne es muy reservada y no causa ninguna molestia. —La mujer se cruzó de brazos.— Y su obra caritativa es encomiable —añadió la mujer.

—¿Obra caritativa? —preguntó Kim. Hasta el momento, esta mujer no parecía muy dada a ayudar a los demás.

—Sí, recibe a chicas adolescentes de casas desestructuradas, quienes esperan una casa de acogida temporal.

Kim tragó saliva mientras la mujer seguía hablando.

—Uno pensaría que tendríamos algunos problemas con todas esas adolescentes, pero Roxanne tiene un modo de…

—¿Cuántas adolescentes, exactamente? —preguntó Kim con tranquilidad.

—¿Perdone?

—¿Cuántas diría usted que Roxanne ha tenido bajo su cuidado? —repitió. El corazón se le salía por la boca.

—Vaya, unas diez. Tal vez más, pero ninguna de ellas nos ha dado la menor molestia. De hecho, tiene una en este momento. El otro día las vi volver con las manos cargadas de bolsas. Reían y jugueteaban, empujándose una a la otra por ese camino resbaladizo.

La boca de Kim empezó a perder un poco de humedad.

—Vale, muchas gracias. Parece suficientemente tranquila, así que debe de haber sido una equivocación.

La mujer asintió, atravesó la calle y continuó con su tarea de empujar cubos.

—Jefa, puedo ver lo que estás pensando, y creo que no podemos…

Kim no escuchó el resto. Ya se había dado la vuelta para volver a la casa.

# Capítulo setenta y tres

—¿Quieres volver a la comisaría y empezar a buscar en el registro de personas desaparecidas? —preguntó Dawson.

Stacey negó con la cabeza.

—¿Qué sentido tiene? Sabemos cuándo desapareció, y también sabemos que no ha habido notificaciones de hombres desaparecidos desde el jueves pasado. Nadie ha denunciado su ausencia.

—¿Qué sigue, entonces —preguntó él—, si partimos de que lo único que sabemos es que se llamaba Andrei? Básicamente, estamos de vuelta en el puto punto de partida de…

—Calla —dijo Stacey, y sacó el teléfono.

—¿Qué haces? —preguntó él, tratando de mirar la pantalla.

—Estoy pensando —dijo ella.

Con dramatismo, Dawson puso los ojos en blanco.

—Maldita sea, Stace, no vayas a cambiar tus costumbres de toda la vida en este instante, mientras…

—Es algo que dijo Vasile en el café la otra noche. Me tiene intranquila —dijo.

—Por lo que me contaste, dijo un montón de cosas.

—Sí, pero no se trata de lo que quiso decir —explicó mientras pulsaba la pantalla de su teléfono.

Buscó el correo electrónico donde estaban las copias de los apuntes que le habían dado a Cristina y encontró lo que buscaba. Escogió la traducción y la leyó otra vez.

—¿Sabes, Kev?, hay algo que no…

Sus palabras quedaron interrumpidas cuando el móvil empezó a sonar.

La pantalla le dijo que era Devon.

—Hola, estaba a punto de…

—Es falso —dijo Devon sin más preámbulos.

—¿Qué? —preguntó Stacey.

—El pasaporte. Es una falsificación. Y jodidamente buena, pero no hay duda de que es falso.

—Mierda —dijo Stacey, y miró a su compañero.

—Vamos de vuelta a la fábrica, por si quieres acompañarnos.

—En camino —dijo Stacey, y colgó.

Era exactamente a donde quería ir; entre otras cosas, por lo que ahora sospechaba.

# Capítulo setenta y cuatro

—Jefa, ¿puedes esperar tan solo un minuto?

Kim ya estaba estudiando el costado de la casa en busca de un lugar apropiado para entrar.

—¿Puedes esperar, tan solo? Podrías meterte en problemas por esto. Sabes que no hay nada que justifique tu irrupción en este lugar.

—¿Diez o más niñas, Bryant? ¿Te parece un acuerdo normal de los servicios sociales? ¿Alguna vez habías oído algo así?

Él se quedó inmóvil, pero después movió la cabeza de un lado al otro.

—¿Sabes? Tienes las mismas sospechas que yo, exactamente.

—Pero la mujer dijo que venían riendo y haciéndose bromas —expuso Bryant.

—Mira, sabemos que debe haber un vínculo entre Kelly Rowe y Kai Lord. No hace falta que sus caminos se hayan cruzado. —Señaló la casa de al lado.— Kelly Rowe vivía justo aquí, mientras que Roxanne vive en la casa de Kai Lord. Ahí está nuestro eslabón. Tenemos a una adolescente perdida, sin dinero ni teléfono, que, al parecer, ha estado pasando el tiempo con esta mujer. ¿Y si Ellie estuviera ahí dentro? Si llego a equivocarme, estaré feliz de cargar con la mierda.

—Vale, me has convencido —dijo él—. Entremos.

Kim estudió el costado de la casa. Había una sola ventana en lo alto. Supuso que sería el baño. La ventana estaba cerrada, por lo que no merecía la pena perder el tiempo con ella.

Una valla de dos metros les impedía llegar a la parte trasera.

—Bien, tenemos una posibilidad: pasar por encima. Bryant, coge ese cubo.

—Jefa, espera. Solo quédate aquí, que serán pocos minutos. Trata de no escalar nada mientras yo no esté.

Ella asintió y él desapareció por el otro lado del edificio.

Mientras tanto, Kim empezó a comprobar la estabilidad de los postes de la cerca. Se sentían bastante firmes, pero la puerta era una mejor opción.

Aunque había madera podrida en algunos lugares y la pintura se estaba desprendiendo, las tablas horizontales serían suficientemente fuertes para resistir su peso mientras pasaba una pierna por encima. No era nada que no hubiera hecho antes. De lo que encontraría del otro lado ya se ocuparía más tarde, en cuanto estuviera ahí. Sobresalía de la pared un tubo de desagüe del cuarto de baño. Ahí podría agarrarse para estabilizarse un poco en lo que buscaba un punto de apoyo del otro lado.

Pateó la puerta suavemente, y esta, como por milagro, se abrió. Bryant estaba del otro lado.

—Te lo estabas pensando, ¿verdad? —dijo él con tono astuto.

Vaya, sí que la conocía bien, pensaba Kim mientras entraba.

—¿Cómo has llegado aquí?

—Tuve una agradable charla con la vecina y le pedí permiso para entrar por su casa. Entre las dos propiedades hay una valla de poco más de un metro.

A Woody le gustaba que Kim hiciera pareja con Bryant, y ella podía entender los motivos.

La parte trasera de la casa estaba formada por un conjunto de puertas francesas que daban a la cocina y al comedor. Más allá había una ventana con las persianas bajadas.

Kim se asomó por la ventana de la cocina. Se encontró con un lugar limpio, ordenado e inquietantemente silencioso.

Bryant golpeó con fuerza el cristal. El sonido pareció resonar por todo el espacio.

—Por si acaso, jefa.

Esperaron unos segundos antes de que Bryant probara el tirador. La puerta estaba cerrada con llave.

—Quizás, si se lo pidieras amablemente… —sugirió Kim.

Tras dirigirle una mirada soez, Bryant siguió zarandeando la palanca.

Ella fue a la rocalla y cogió una piedra decorativa.

—Oye, Bryant, mira ahí.

El sargento giró para mirar detrás y Kim aprovechó el momento para estrellar la piedra contra el panel de cristal que estaba a la derecha del tirador.

—Madre mía, jefa.

Ella se encogió de hombros.

—Y, a veces, tiene que ser a mi modo.

Se cubrió la mano con la manga de la chaqueta y desprendió los pedazos de cristal que seguían pegados al marco. Metió la mano y giró la cerradura. Había días en que daba gracias a Dios por el exceso de confianza de la gente.

Bryant la siguió a la cocina.

Kim hizo un alto para escuchar los sonidos de la casa. No oyó ninguno. Cerró los ojos y se concentró. Lo único que logró percibir fue lo vacía que estaba la casa.

—Jefa, de verdad, ahí albergas el corazón de una criminal.

Ella no podía discrepar.

—Ve allá arriba. La niña ha estado aquí, lo sé.

Bryant puso los ojos en blanco y salió de la cocina.

—Dios bendito, sálvame de sus instintos — rezongó.

La cocina estaba bien ordenada y olía a lejía. Ella abrió un par de puertas de armario y no encontró nada, excepto comidas enlatadas y químicos limpiadores. Comprobó la papelera, aunque ya se había dado cuenta de que la basura se recolectaba muy temprano, todas las mañanas.

«Venga, venga, piensa», se ordenó en silencio. Sí, el lugar había sido limpiado y desinfectado, pero ¿por qué? ¿Qué había ocurrido aquí? Y, lo más importante: ¿Había quedado alguna huella?

Se tumbó en el suelo, boca abajo, y apoyó la mejilla. Centró su atención bajo la lavadora, el área más cercana a la papelera. Alcanzó a distinguir un par de monedas, algunas cuentas, pelusa y basurillas, pero, justo en la esquina, había algo más.

Puso la palma en el suelo y la deslizó todo lo que pudo. Sacó una de las monedas, algunas cuentas y un cuadro de papel de cocina hecho bola.

—Ay, qué mierda —dijo cuando lo miró de cerca. El papel de cocina estaba manchado de sangre.

Se puso de pie de un salto y se encontró con Bryant en el pasillo.

—Por lo que he podido ver, solo se ha usado un dormitorio, jefa: la habitación principal. El segundo está completamente vacío, en tanto que el

trastero está lleno de cacharros.

Le mostró el papel de cocina.

—Aquí hay algo, Bryant, puedo sentirlo.

—Vale, pero, sea lo que sea, nos está ganando en el juego del escondite —dijo él—. Lo de ese pañuelo podría ser una simple hemorragia nasal —opinó con toda lógica—. Y ahora, ¿podríamos volver a investigar nuestro caso antes de que nos detengan por allanamiento de morada?

Kim volvió a la cocina.

Más allá del pequeño cuarto de servicio había una puerta. Kim fue hacia ahí y la abrió. Se quedó mirando el espacio oscuro.

—Es solo un sótano, jefa —dijo Bryant detrás.

Kim activó el interruptor de la luz, pero no pasó nada.

—Enciende tu linterna —dijo.

El haz iluminó un espacio de unos dos metros de largo y menos de un metro y medio de ancho. Con el techo inclinado, el área útil quedaba reducida.

Kim bajó un escalón y arrugó la nariz.

—¿Hueles eso? —preguntó.

Bryant negó con la cabeza.

—Alguien ha meado en este sótano.

—Hay para todos los gustos, jefa —opinó Bryant.

Kim se quedó quieta un segundo, tratando de centrar su mente.

Nadie prefería orinar en un sótano habiendo retretes en perfectas condiciones.

Habían encerrado a Ellie en este espacio. Tal vez se había negado a obedecer.

Kim giró y volvió a las escaleras.

Cuando Bryant bajó la luz de la linterna para iluminar los pasos de su jefa, algo brilló en la piedra.

La detective se agachó y recuperó un objeto pequeño.

—Déjame ver la foto, Bryant —dijo en voz baja.

Se situó junto a su compañero mientras este sacaba la copia doblada que llevaba en el bolsillo interno. Sostuvo el pendiente negro frente a la imagen. Coincidía.

—Maldita sea —dijo Bryant.

Kim echó un último vistazo al sótano y resumió lo que en ese momento tenía ante sus ojos:

Sabía que Ellie Greaves había sido puesta prisionera en este sótano.

Sabía que la joven les había dejado una pista al quitarse el pendiente.

Sabía que la niña estaba fuera de sí y muerta de miedo.

Y también sabía que habían llegado demasiado tarde.

# Capítulo setenta y cinco

Cuando llegaron, la furgoneta ya estaba aparcada a veinte metros del edificio.

Había siete policías de inmigración reunidos alrededor de Devon y Grant.

—Vale —dijo Grant, y empezó a señalarlos—: Vosotros dos, asegurad la entrada y la salida. Devon, llévate a tres dentro de la fábrica. Yo me llevaré a Neale y a Dixon al entresuelo para hablar con el propietario.

Stacey no había pensado en las entradas ni en las salidas, pero no sería raro, suponía, que los inmigrantes ilegales salieran corriendo.

—Id con calma, cortés y respetuosamente —dijo Grant mientras repasaba el círculo con la mirada.

En cuanto hubo recibido señas de asentimiento de todos, continuó.

—¿Estáis listos?

La confirmación general retumbó al unísono.

—Adelante —ordenó.

—Quedaos detrás de nosotros y dejadnos hacer —dijo Devon a Stacey y Dawson.

—Entendido —respondió él mientras seguían a los uniformados hasta la puerta. Dawson cruzó miradas con Stacey y asintió hacia el jefe de la operación. De ese modo le decía que iría al entresuelo. Ella se quedaría con Devon.

Grant irrumpió en la recepción y rodeó el mostrador, seguido por una corte de agentes.

Melody ya tenía el teléfono en la mano.

Aunque el hombre había hablado con su equipo acerca de la manera de conducirse, Stacey suponía que, con esta demostración inicial de fuerza, pretendía coger desprevenidos a los ocupantes, darles menos tiempo para planear las cosas, para inventar una historia o tratar de escapar.

—Tengo que hablar con una chica en particular —dijo Stacey a Devon mientras hacían retumbar el pasillo.

Devon hizo una señal de asentimiento. Acababan de llegar a la planta de producción. Los policías se habían dispersado por todo el lugar y ya estaban empezando a hablar con las empleadas.

El repentino parón de las máquinas de coser fue impactante. El lugar entero había quedado en silencio.

Las mujeres miraban a los agentes y se miraban entre ellas.

Cristina miraba directamente a Stacey.

Devon siguió los ojos de una y otra y asintió.

Stacey se acercó al segundo puesto de trabajo, en medio de la fila central, y tocó con delicadeza el brazo de la chica.

—Cristina, ¿puede venir conmigo, por favor? —le preguntó suavemente.

Con la cara inundada de miedo, la joven apartó el brazo.

—Yo no he hecho nada —gritó—, déjeme en paz.

—Cristina, lo único que quiero es charlar. Eso es todo —dijo Stacey con calma.

Algunas de las otras chicas se habían vuelto para ver de qué iba el griterío. Stacey pudo advertir los ojos de satisfacción en la mirada de Natalya. No estaba de acuerdo con ella, pero ahora la entendía.

—Por favor, acompáñeme —le dijo, y se la llevó con gentileza por el pasillo hasta la pequeña sala de descanso donde habían hecho los interrogatorios.

Stacey hizo lo posible por regalarle una sonrisa tranquilizadora mientras cerraba la puerta. Esperó a que Cristina se sentara antes de dar voz a la sospecha que había crecido en su mente desde la víspera.

—Es suyo, ¿verdad? —le preguntó—. ¿El bebé de la comisaría?

Cristina empezó a negar vehementemente, pero la emoción que se acumulaba en sus ojos contaba una historia completamente distinta.

—¿Y Andrei era su padre?

Esa era la razón por la que Nicolae la vigilaba tan de cerca. Esta chica sabía exactamente lo que le habían hecho a su padre.

—No sé de qué me habla —dijo, y se dirigió a la puerta.

—Siéntese, Cristina —dijo Stacey.

A pesar de la negación, la agente sabía que la chica estaba mintiendo, y la expresión de Natalya se lo acababa de confirmar. El día en que interrogaron a las mujeres, Natalya, una madre, había lanzado un ataque amargo y acusatorio en contra de Cristina, incapaz de creer que la chica hubiera abandonado a su propio hijo. Y ella y Dawson habían confiado en la intérprete, en la propia Cristina, para que esta les tradujera lo que cada chica había dicho. Podía haber sido cualquier cosa.

—Es hora de que diga la verdad —le dijo suavemente—. Lleva demasiado tiempo con este miedo.

El movimiento de cabeza se detuvo y los ojos de la chica enrojecieron de emoción.

—¿Cómo lo supo? —preguntó con la voz entrecortada.

—La palabra *bebelus* faltaba en la traducción de las hojas que le dimos. Esta semana la escuché en otro sitio y me di cuenta de que la había visto en las páginas del libro, aunque usted no mencionaba bebés ni niños en su traducción. Usted es esa niña. Su padre, Andrei, viajó desde Rumanía… con usted.

—Y yo lo odiaba por eso —gritó—. Nunca me he sentido cómoda aquí. Siempre he creído que estoy en el lugar equivocado. No fui a la escuela. Aprendí el idioma junto a mi padre. Él fue quien me enseñó a leer y escribir. Él tenía que salir a trabajar, y alguna mujer rumana, de una de las casas, era quien se ocupaba de mí.

—Háblеme de eso Cristina —la instó Stacey. Quería entender las circunstancias que la habían obligado a abandonar al niño.

—Al final, nos las arreglamos para conseguir dos habitaciones, una al lado de la otra, en una de las casas. Debajo vivía una señora llamada Alanna. No hablaba inglés, pero nos traía sobras de la fábrica. Trabajé en un hotel de Birmingham, simplemente haciendo camas y limpiando, pero el dinero era solo para mí. Así es como conseguimos las dos habitaciones. —Movió la cabeza tristemente.

»Lo quería muchísimo, pero también lo odiaba por la vida que había escogido para los dos. Yo le suplicaba que volviéramos a Rumanía. Creo que le mostraba más odio que amor».

Stacey podía captar el tono de arrepentimiento.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Nunca me contó todo lo que tuvo que pasar para traernos aquí. Ni siquiera sé cómo se las arregló para mantenernos con vida, ya no digamos juntos. Ahora me doy cuenta de que, aunque yo no tenía mucho, siempre lo tuve a él.

Stacey se sentía obligada a corresponder a la honradez de la chica.

—Debo decirle que su padre sufrió muchas heridas durante un largo tiempo. Lo apaleaban con regularidad…

Las lágrimas rodaron desde sus ojos.

—Lo sé —exhaló—. Quiso ocultármelo. Siempre trataba de protegerme, pero yo me daba cuenta cuando él estaba sufriendo. Y no había nada que yo pudiera hacer para evitarlo.

—Sufrió una herida espantosa en la pierna, Cristina. Se rompió prácticamente todos los huesos.

La chica lloró y sepultó la cara entre las manos.

Stacey miró alrededor, en busca de un rollo de cocina junto al fregadero. Cortó un trozo y esperó un momento, hasta que los sollozos profundos empezaron a ceder.

—¿Qué pudo haberle ocurrido? —preguntó con suavidad.

Cristina se limpió los ojos y la nariz.

—Trabajaba, principalmente, en una granja de Worcestershire. No sé en cuál.

Stacey supuso que habría sufrido una lesión terrible y que lo habían desechado, como cualquier herramienta rota y gastada.

—Lo llevaron junto al canal y lo dejaron morir —le explicó; se daba cuenta, sin embargo, de que eso no había sido ninguna sorpresa para Cristina.

—Lo entiendo —dijo en voz baja—. Ya no podía trabajar, había dejado de ser útil para Nicolae. Seguramente fue él quien dio la orden.

Las lágrimas rodaban sin control por sus mejillas. Por fin, había dejado que la pena se saliera de su férreo control.

—¿Cómo supo que había muerto?

—Nicolae me arrojó su libreta de pagos y me dijo dónde debía presentarme a la mañana siguiente.

—¿En Robertson? —preguntó Stacey. Aún no había entendido del todo por qué Cristina había abandonado a su bebé.

—Su padre se las arregló para trabajar y mantenerla…

Stacey dejó de hablar cuando una nueva corriente de dolor llenó los ojos de la joven.

—Mi padre estaba obligado —dijo, y sacó del bolsillo un maltrecho cuaderno.

Stacey lo cogió y se puso a hojearlo.

—Con su muerte, la deuda recae en mí.

La agente llegó al final y jadeó.

—Son cuarenta y nueve mil libras. Nunca podrá pagarlas —le dijo.

Ella sonrió con tristeza.

—Lo sé, y cualquier remanente caería sobre cualquier hijo que pudiera tener.

Cristina no había abandonado a su hijo, en absoluto. Había tratado de liberarlo de esa deuda de esclavitud.

—Cristina, todo esto lo vamos a resolver, se lo prometo. Se le asignará un abogado y podrá…

—Nunca reclamaré a mi hijo —dijo, y apretó el brazo de Stacey—. Jamás admitiré que soy su madre. Mire alrededor. ¿Qué puedo darle? Merece una vida sin miedo ni aislamiento. Crecerá como un niño británico. Lo quiero muchísimo, pero tengo que dejarlo ir.

—¿Qué me dice del padre del bebé? —preguntó Stacey. Sospechaba que esta chica no era de las que se acostaban con cualquiera y que la relación tenía que haber sido seria.

Cristina negó moviendo la cabeza.

—No puede ayudarme. No revelaré…

—Es ilegal, ¿verdad? —preguntó la agente. Cristina había trabajado en la hostelería, un negocio con reputación de emplear inmigrantes ilegales.

—No puede ayudar —repitió la chica.

Stacey frunció el ceño y se soltó de su brazo.

—Pero ustedes dos podrían…

—¿Usted cree que esto terminará con Nicolae? —preguntó apremiante —. ¿Usted cree que perderán todo este dinero así de fácil? Nicolae jamás

les dará ningún nombre. No sé quiénes son, pero me reconocerán y vendrán a buscarme. No podré proteger a mi bebé.

Stacey sintió que se desgarraba.

A una parte de la agente le gustaba acurrucarse en el sofá a ver una peli de Disney. Una parte de ella aún creía en los finales felices, en que una madre y su hijo podrían reunirse y vivir felices para siempre.

—Yo también soy una ilegal —le recordó—. Por favor, comprenda. Es mi hijo y el sacrificio es mío. No tengo nada que darle, salvo miedo e incertidumbre —dijo con voz gruesa. Era evidente que recordaba su propia infancia.

Stacey se tragó las emociones. Podía oír voces que se aproximaban a la puerta; Cristina también.

—Por favor, se lo suplico, por el bien del niño, no les diga que es mío. Él tiene la oportunidad de vivir mejor. No tendrá que huir ni ocultarse. Será un ciudadano legal.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas. No temía por sí misma, solo por el niño. Esta pobre chica se había pasado la vida entera mirando por encima del hombro, con pánico de ser descubierta, sin encajar ni pertenecer. Su único crimen había sido desear algo mejor para su propio hijo.

Stacey sintió que las emociones se le acumulaban en la garganta.

—Por favor, se lo suplico por el futuro de mi hijo.

Sentía su terror, su tormento. La joven madre estaba dispuesta a sacrificarlo todo por el bien de ese pequeño, quien no había elegido esta vida. Tenía, aquí y ahora, el poder de cambiar para siempre la vida de aquel niño.

Había muchas preguntas rondando por la mente de Stacey cuando la puerta se abrió y entró Devon.

Pero, a fin de cuentas, solo había una verdaderamente importante.

# Capítulo setenta y seis

—Se está convirtiendo en algo así como un laberinto, ¿eh, jefa?, este caso. Quiero decir que hemos estado a punto de tropezarnos con Ellie accidentalmente.

Ese hecho no hacía el descubrimiento más fácil de soportar, pensó ella mientras miraba la fachada de la casa. Una jovencita había sido seducida y halagada, le habían ofrecido una amistad y la habían atrapado; y ella ya se sospechaba por qué.

Se la llevarán a Templeton —dijo Kim, poniendo voz a sus peores temores—. Y la culpa es mía.

—¿Cómo es posible? —preguntó él.

—Por mi reacción estúpida de la otra noche, cuando asusté a la niña —dijo, moviendo la cabeza de un lado al otro—. Provoqué que le dieran una paliza a Sal y que aceleraran el paso de otra niña por la cadena alimenticia.

Pero ¿cómo diablos se podía priorizar a quién había que salvar?

—Jefa, escucha, no puedes culparte por…

—No a mí, Bryant, a ti. Se supone que eres tú quien tiene que impedirme hacer esas cosas —dijo.

Él no le hizo caso.

—¿Tienes que pasar este caso, jefa?

Kim sabía a lo que él se refería. El protocolo dictaba que debían informar al departamento de Personas Desaparecidas. Ellos podrían despachar otro grupo que se encargaría de lo que se sospechaba acerca de Ellie Greaves.

—¿De verdad crees que la encontrarán antes que nosotros?

—Jefa, tenemos dos cadáveres en una semana. Ese es nuestro caso.

—¿Sabes lo que le ocurrirá?

—Tengo una idea bastante buena.

—¿Y quién más dará una mierda por ella? Personas Desaparecidas no empezará a dar saltos solo porque la niña tiene dieciséis años. Y sabemos dónde ha estado. Les llevamos mucha ventaja. No podemos fingir que el

problema es de otro. Es la hija de alguien, madre de Dios, ¿crees que saldré huyendo sin más?

Bryant soltó un hondo suspiro.

—¿Se te ocurre algo?

—Todavía no, Bryant, pero me estoy acercando.

# Capítulo setenta y siete

—Dios santo, Stace, qué intenso —dijo Dawson en cuanto ella terminó de relatarle la conversación con Cristina.

Su propio viaje escaleras arriba con Grant había provocado declaraciones de «sin comentarios» por parte de los propietarios del negocio, así como una llamada urgente al abogado. Dadas las caras de culpabilidad, estaba claro que sabían que las trabajadoras eran ilegales. Probablemente, ellos mismos habían conseguido los pasaportes falsos.

Grant había solicitado pruebas de que las transferencias interbancarias o los recibos de nómina se habían emitido y entregado directamente a los trabajadores. El eficiente señor Robertson no había sido capaz de hacer su magia e imprimir esos documentos tan fácilmente.

Con todo y la seguridad de las viejas lecciones aprendidas, estaba claro que, sobre el tenue velo de respetabilidad y legitimidad, los Robertson no habían asimilado nada y seguían siendo la misma familia subrepticia y corrompida de toda la vida.

Desde el coche, Stacey y Dawson seguían mirando cómo sacaban a las empleadas del edificio y las llevaban al transporte.

Un coche patrulla esperaba a Nicolae Rachnovich.

—¿Qué hiciste, entonces? —preguntó él—. ¿Cuál era esa pregunta?

Ella suspiró.

—¿Podrías adivinarla?

Él lo pensó por un minuto y sonrió.

—¿Qué haría la jefa?

—*Sip* —contestó ella.

—¿Y?

—Yo no elijo, Kev. De mí no depende qué verdad se cuenta ni a quién. Mi trabajo no es darle a cada uno su final feliz; mi labor es hacer que se cumpla la ley y, en última instancia, Cristina abandonó a su bebé. No puedo permitir que sus motivos dicten cómo debo hacer mi trabajo.

—Sin embargo, es más fácil decirlo que hacerlo, ¿eh?

—Vaya que sí —concedió ella, y una sombra recorrió su rostro.

Stacey se compadecía de esa mujer que había sentido que no tenía otra salida, y Dawson lo sabía bien. Cristina no había tenido una vida nada envidiable, y tenía que ser abrumadora la tentación de Stacey por reservarse lo que sabía. Si tan solo fuera por el bien del niño.

Él le dio un suave codazo cuando los vehículos empezaron a alejarse.

—Estoy orgulloso de ti, Stace, de que hables y actúes como una agente de la policía y una adulta.

Ella se volvió a él.

—Sí, Kev. Soy una adulta y hay ciertas cosas con las que es difícil lidiar —dijo—. Y últimamente me he dejado vencer por el miedo, pero se acabó.

—Qué bien —dijo él, dándole unas palmaditas en el brazo.

—Así que ha llegado el momento de dejar de hacer lo que has estado haciendo, Kev —dijo ella.

—¿A qué te refieres?

—A lo de aparcar todas las noches a las puertas de mi piso para cuidarme.

—No seas tan jodidamente ridícula, mujer, yo…

—Kev, te he visto y estoy bien. Ya no tengo miedo. Sé el precio que estás pagando en casa y tienes que parar.

Él tragó saliva.

—Stace…

—Déjalo ya, Kev. Sé que crees que tenías que haber evitado lo que sucedió, pero no podías; nadie podía. Sucedió, y ya está. Debemos dejarlo atrás.

Él asintió y miró por la ventana. Sí, se había sentido responsable de que a Stacey la secuestraran esos malditos racistas hijos de puta. Cada minuto de su cautiverio había gravitado más y más sobre él, tan solo porque la había perdido de vista. Estaba demasiado ocupado peleando y discutiendo con Bryant, en vez de asegurarse de que su compañera estuviera bien.

Si no se lo había dicho a nadie era porque no quería que intentaran detenerlo. No iba a dejar de vigilarla hasta que estuviera bien; no estaba preparado para soltarla. Mientras él pudiera respirar, no permitiría que nadie le hiciera daño de nuevo.

Solo esperaba no haber puesto su relación con Alison más allá de donde podía repararse.

—Dile la verdad —dijo Stacey, que le leía la mente.

—¿Tú crees?

—Sí, te dará una paliza, pero se sentirá tan aliviada de que llegabas tarde porque eras un buen tipo, en vez de un gilipollas desleal, que te recompensará con algo de sexo decente.

Él rio a carcajadas.

¿Decir la verdad? Vaya, esa sí que era una idea novedosa, pero podría intentarlo.

Arrancó el motor al mismo tiempo en que Stacey recibía un mensaje de texto.

—Epa —dijo ella tras leerlo—. La jefa nos pide que dejemos cualquier cosa que estemos haciendo y volvamos a la comisaría. Nos quiere ahí en este preciso instante.

# Capítulo setenta y ocho

—Venga, Bryant, estoy segura de que te toca hacer el café —dijo Kim después de leer el mensaje de texto de Stacey. Aun teniendo en cuenta el tráfico de la hora punta, estaban a pocos kilómetros de ahí.

Él señaló la percoladora llena.

—Pero, jefa, yo solo…

—Por favor, sal de la sala para que pueda hablar en privado con Penn.

Bryant pasó resoplando a un lado.

Kim esperó a que saliera.

—¿Alguna novedad sobre Ian Skitt?

Penn negó con la cabeza.

—No mucho, jefa. Es una almeja bastante cerrada. Lo único que he averiguado es que tiene veinticinco años, que la Metropolitana lo mandó aquí hace unos cuantos años, que vive solo y que, desde que llegó, no ha invitado a salir a nadie ni ha mostrado interés por nadie en la comisaría. Es agradable y profesional, nunca hace bromas obscenas ni trata a nadie irrespetuosamente.

—¿El típico *boy scout,* digamos?

—Eso parece. Su falta de compañía femenina no se debe al desinterés. Cada mujer disponible en la sala de control ha pensado en él, si bien cualquier intento ha sido cortés y agradablemente rechazado.

—¿Cómo lo averiguaste?

Penn se encogió de hombros.

—A las encantadoras mujeres de la sala de control les llevé una taza de café y unas magdalenas.

Kim sonrió ante el ingenio de Penn. Las operadoras de la sala de control trabajaban en un entorno estéril y no recibían visitas muy a menudo.

Los métodos más simples eran siempre los mejores.

Ian Skitt era, evidentemente, una persona reservada que hacía muy poco por llamar la atención. Era un jugador de fondo, el típico policía que terminaría jubilándose como una nulidad. Ninguna anécdota recorrería los

anales de la historia sobre su nombre. Y eso estaba bien. Había un montón de policías como él. Aun así, muy pocos de ellos aparecerían una vez por semana con los brazos colmados de pollo frito para las trabajadoras del comercio sexual.

Sin embargo, algo le decía a Kim que, con este agente, las cosas no estaban del todo bien. Ella desconfiaba inmediatamente de quienes no eran capaces de mirarla a los ojos.

La agitación en la puerta distrajo sus pensamientos.

—¿Está todo bien, jefa? —preguntó Dawson. Venía entrando a toda prisa, seguido de Stacey, y esta, de Bryant, con todo y café.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó ella, consciente de que venían de la redada de los Robertson.

Él asintió.

—Más tarde te pondremos al día.

Kim cogió un rotulador y se situó en el segundo tablero. Escribió los nombres de Tim, Roger Barton, Roxanne, Kai Lord, Jeremy Templeton, Kelly, Donna y Lauren en puntos al azar. Luego rodeó con un circuló uno por uno.

Dawson se volvió para ver mejor.

Kim hablaba mientas unía los círculos con líneas.

—Así que ya sabemos que Tim ha estado en contacto con todas nuestras víctimas en algún momento. Roxanne trabaja para Kai Lord, además de que vive al lado de Kelly Rowe. —Trazó otra línea entre Templeton y Kai.— Sabemos que este es cliente de Kai Lord.

Una nueva línea unió a Roger Barton con Kelley Rowe. A lo largo de ella puso la palabra «sangre». Escribió también el nombre de Ellie en una esquina y trazó rectas hacia Roxanne y Kai Lord. Añadió otra línea punteada que conectaba a Jeremy Templeton.

Kim se apartó.

—¿Algún enlace más?

Todos los murmullos fueron negativos. No era nada difícil notar que todas las líneas llevaban a Kai Lord.

—Así que, en el papel, ¿él es nuestro hombre? —observó Bryant.

Kim se sentó en el borde del escritorio y se volvió hacia su equipo.

—Pero ¿cuál es el móvil? Sí, sabemos que Kelly estaba pensando en rebotar, pero, al matarla, Kai perdía los ingresos que le reportaba o la comisión por la transferencia. Por su parte, Donna no estaba en peligro de rebotar a ninguna parte. —Otra vez se puso de pie y se dio unos golpecitos en los labios con el rotulador.

—Aquí hay algo que simplemente no hemos detectado —dijo Kim.

—Demasiados malditos sospechosos —sugirió Dawson sin dejar de mirar la pizarra.

Y, por ahora, ella no apostaría la casa por ninguno de ellos. Frunció el ceño.

—No puede tratarse de sexo, solamente. Aquí debe de haber algo más, y Ellie Greaves está en el centro de todo. Pero, dado que Ellie no es más que una fugitiva, no tenemos ninguna posibilidad de que nos den permiso para vigilarla. Y ni siquiera sabríamos por dónde empezar. Ya no está en la casa de Roxanne.

—Entonces, si se la han llevado, ¿Templeton podría reunirse con ella esta noche? —preguntó Stacey.

La agente tenía razón.

Era hora de ira a ver a Woody.

Cuando Kim se apartó de la mesa, su móvil empezó a sonar.

—Keats —contestó.

—Tenías razón acerca de las uñas —dijo él, sin saludos ni más preámbulos.

—Maldita sea. Continúa —dijo ella.

—Hemos acelerado la petición y ya tengo algunos resultados preliminares. En los lechos ungueales había restos de polvo y betún, una sustancia que se usa para…

—Sé lo que es, Keats —dijo ella. El forense se refería a un material semisólido que se encuentra en diferentes formas y que se usa, sobre todo, en carreteras y tejados.

—Por lo tanto, inspectora, no creo que Lauren Goddard saltara del tejado. Podemos decir, con seguridad, que la empujaron.

# Capítulo setenta y nueve

Kim golpeó la puerta y esperó a oír el rugido bajo.

—¿Tiene un minuto, señor? —preguntó, aunque ya estaba cerrando la puerta detrás.

—¿Qué tenemos, Stone? —preguntó él.

—No tanto como quisiera —dijo con sinceridad—. Seguimos con la mira puesta en nuestro jefe scout, aunque, por ahora, desde el punto de vista forense, podemos vincularlo solo con una de las víctimas —relató—. Admite haber estado en contacto con Lauren Goddard, pero, definitivamente, nunca con Donna.

Él inclinó la cabeza.

—Tenía esperanzas de que me trajeras algún resultado positivo, pero, dadas las reservas en tu tono…

—Lo sé, lo sé, pero mis instintos no reaccionan ante él, en absoluto.

—Aunque no haya pruebas forenses que lo vinculen con Donna Hill, él sí que tenía acceso a ambas víctimas y, posiblemente, también a Lauren —dijo Woody, con lo que le comunicaba que ya había leído el correo electrónico en que Keats confirmaba sus descubrimientos.— ¿Qué me dices del hombre que maneja el centro comunitario? ¿No está él también relacionado con todas las chicas?

—Lo mismo que Kai Lord —opinó ella.

Kim se daba cuenta de que su jefe empezaba a entender los problemas a los que se enfrentaba.

—Vale, ¿qué sigue, entonces?

Kim respiró hondo.

—Señor, quiero dar un golpe. Esta noche.

—¿Hablas en serio, Stone?

Ella levantó la mano. Esa era la respuesta esperada. Por lo general, un golpe era una operación interdepartamental en la que participaban diversos grupos con objetivos claros y concisos. Una operación de esa clase estaba sujeta a una planeación rigurosa y a una evaluación de riesgos, además de

que debía ser autorizada por el superintendente; nada de lo cual podría conseguirse en las dos horas que tenían por delante.

—Señor, por favor, escúcheme, y entonces deme su negativa. Jeremy Templeton es un hombre frío y despiadado que se aprovecha de niñas pequeñas. Kai Lord y sus asociados son quienes lo abastecen de mocitas, quienes las preparan, y creo que Ellie Greaves es la niña que están a punto de venderle. —Él le pidió que continuara.

»Jeremy Templeton no se ha ido del área, a pesar de que ha sido convenientemente advertido de que no se quedara, así que debe de estar razonablemente seguro de que no lo pillaremos. Creo que la transacción sucederá esta noche, y tengo la oportunidad de encontrarme con mis dos sospechosos principales al mismo tiempo».

—¿Crees que Kai Lord la acompañará personalmente?

—Sí, claro, mi interferencia de la otra noche le costó un montón de dinero. Habrá tenido que pasar por algunos aros para que le dieran otra oportunidad, así que, sin duda, se asegurará de que el plan le funcione esta noche.

—¿Qué piensas hacer, en caso de que los atrapes?

—Traerlos con cargos menores; después, ponerlos nerviosos. Si alguno está al tanto de implicaciones en homicidios, hablará muy pronto.

—Vaya plan inestable.

Kim se apoyó en el respaldo. Su jefe tenía razón, pero, a estas alturas, ella no tenía nada mejor que ofrecer.

Woody consultó su reloj y pensó por un momento.

—Esto podrá hacerse solo si estamos completamente fuera del radar. Tu equipo debe entender los riesgos antes de aceptar la misión. ¿No estamos entendiendo?

—Por supuesto, señor —contestó ella.

Su equipo siempre entendía los riesgos.

# Capítulo ochenta

—Escuchad, amigos. Antes de empezar, debo aclararos que esta operación no ha sido autorizada oficialmente. Sabéis que eso significa que no habrá comunicaciones por radio, refuerzos ni plan B. Todas nuestras comunicaciones serán por teléfono móvil y no habrá equipo de respaldo en el lugar. Estaremos solos.

—¿Lo sabe Woody? —preguntó Dawson.

—No es una operación oficial, Kev. La responsabilidad es mía.

—Sí, jefa.

—Bien. Ninguno de vosotros está obligado. Es miércoles, son las seis de la tarde; así que, oficialmente, estáis fuera de vuestros turnos. Si os apetece iros, podéis hacerlo con toda libertad. No habrá repercusiones, os lo aseguro.

—La señora está en el bingo, de todos modos —dijo Bryant.

—Para mí, ha sido un día flojo —bromeó Stacey.

—Otra noche tarde no acabará conmigo —dijo Dawson, e hizo un guiño a Stacey.

—Jefa, aquí estoy, por si me necesitas —dijo Penn.

Las instrucciones de Woody habían sido precisas. El equipo de Kim entendía los riesgos que implicaban las operaciones fuera de antena, pero ella no podía pedirle lo mismo a un agente en comisión de servicio. Mientras sus compañeros estuvieron ocupados con lo del niño, la ayuda de Penn en los casos de homicidio había sido invaluable, pero Dawson y Stacey ya estaban de vuelta. Seguramente, Penn estaba desesperado por volver con su propio equipo.

Kim se acercó al escritorio de reserva y le tendió la mano.

—Gracias por tu ayuda en este caso, Penn, y ya te contaré cómo ha salido todo. Pero estoy segura de que Travis empieza a echarte de menos.

Él le estrechó la mano y se puso de pie.

—Ha sido fabuloso trabajar con vosotros, chicos —dijo, e hizo una seña con la mano que los abarcaba a todos.

Y se marchó.

De pronto, la sala parecía más vacía, pero, de una extraña manera, normal. Kim ocupó el escritorio libre.

—Stace, ¿tienes alguna información de otras direcciones de Kai Lord? —preguntó.

—Mmm, sí, jefa. Tengo otras cinco direcciones registradas a su nombre.

—Vaya, fabuloso. Más opciones es justo lo que necesitamos en este momento.

—Cuatro están en diversas zonas de Birmingham. Son, principalmente, alojamientos para estudiantes. La quinta, sin embargo, está a las afueras de Wombourne.

—Ahí es donde empieza el cinturón verde, jefa —comentó Bryant—. No hay más que granjas abandonadas.

—Dejádmelo a mí —dijo Dawson.

Kim asintió.

—Stace, quiero que vayas a la calle Tavistock, solo para asegurarnos. Tienen que saber que estamos sobre ellos, así que no creo que sean tan estúpidos como para elegir la misma ubicación. Sin embargo, tenemos que estar seguros. Mantente fuera del camino, y eso también vale para ti, Kev. Permaneced en el coche y llamad si veis algo sospechoso.

—Sí, jefa —dijeron los dos al unísono.

—Tú, Bryant, irás conmigo.

La respuesta fue el silencio.

—Oye, favorito de la seño —le dijo Dawson—, ¿estás soñando despierto?

—¿Sabes qué, jefa?, aquí hay algo que me preocupa. Nos ha parecido inusual que Templeton no se haya ido, a pesar de las advertencias.

Kim frunció el ceño y Dawson refunfuñó.

—Ponte las pilas, Bryant —dijo él, y Kim tuvo que estar de acuerdo.

—Todos tenemos la sensación de que cualquier cosa que el tipo esté esperando tiene que ser mejor que el sexo.

—Bryant, por Dios, ¿dónde has estado los últimos…?

Sus miradas se cruzaron.

—¿Dónde están todas, jefa?

Kim empezó a sentir que la ansiedad se acumulaba en su vientre. No le gustaba la expresión de intensidad en el rostro de su colega.

Él continuó.

—La vecina nos ha dicho que Roxanne ha acogido a más de diez niñas. Pues bien, sabemos que no están en la calle, porque conocemos a la mayoría, así que ¿adónde han ido?

Una pieza del rompecabezas terminó por encajar en su sitio cuando todos lo echaron de ver. Aun así, la única que puso la voz fue Kim:

—Kai no ha secuestrado a Ellie Graeves para que la violaran. La lleva a vender.

# Capítulo ochenta y uno

Eran casi las ocho cuando Kim empezó con sus llamadas de tranquilidad.

Stacey contestó al segundo timbrazo.

—¿Estás en tu sitio, Stace?

—Sí, jefa. La cosa está bastante serena en la calle Tavistock. Solo hay dos chicas fuera, acurrucadas a la puerta de un quiosco.

—Descríbelas —dijo Kim.

—Una, la mayor, tiene el pelo rubio, blanqueado. Lleva un abrigo azul, zapatos negros…

—¿Bolso rosa? —preguntó Kim, que se temía lo peor.

—*Sip.*

—Esa es Sal —dijo Kim, moviendo la cabeza de un lado al otro.

Qué maldición que esta mujer, tan rápido, ya estuviera fuera del hospital y trabajando.

—La otra es unos treinta centímetros más baja. Lleva vaqueros y zapatillas y tiene el pelo rubio rizado…

—Me suena a que es Gemma —dijo Kim—. No las pierdas de vista, Stace. Si ves cualquier cosa sospechosa, llámame de inmediato.

—Eso haré, jefa.

Kim colgó y, enseguida, llamó a Bryant.

—¿Me oyes? —preguntó. Tenía un auricular conectado al teléfono. El micrófono estaba en el interior del casco, apretado contra el cojín de la mejilla.

—Fuerte y claro, jefa.

Bryant estaba usando el manos libres del coche. Habían acordado mantener la línea abierta.

—¿Listo? —le preguntó.

—Cuando tú lo estés. Tengo una vista perfecta del camino de entrada —contestó él.

Kim bajó la pata de cabra de la moto y apoyó los pies en el suelo.

—Jefa, si estamos en lo cierto, de verdad que debemos detener esto —dijo Bryant con voz serena.

—Lo sé —contestó ella.

De algún modo, en esta ecuación había una niña a quien habían sacado de su casa con engaños para manipularla y llevarla a un mundo que le era completamente ajeno. Kim no tenía ni idea de lo que le esperaría a Ellie si fracasaban esa noche. De lo que sí estaba segura era de que la niña nunca volvería.

Lo mejor que podía suceder era rescatar a Ellie y, al mismo tiempo, atrapar tanto a Templeton como a Lord en pleno intercambio. Después, sacarles a estos información de los asesinatos de Kelley Rowe, Donna Hill y Lauren Goddard.

Sus instintos no los etiquetaban como asesinos, pero uno de ellos sabía algo, y ella sospechaba que ese alguien era Kai Lord. Podía ser que las acusaciones de secuestro y tráfico le aflojaran la lengua.

—Hay movimiento, jefa —dijo Bryant mucho antes de lo que ella esperaba. Sus sospechas se estaban confirmando.

—Es el BMW de Templeton. Está doblando a la izquierda para salir de la finca.

—Vale, Bryant, síguelo.

Kim esperó diez segundos y arrancó la moto. Se movió lentamente alrededor de la vagoneta y se coló entre dos coches, a pocas plazas de donde Bryant había estado aparcado. Ahora, lo único que podía hacer era esperar y confiar en que su corazonada sobre el coche señuelo era correcta.

Tenía que recordar que no estaba lidiando con estúpidos. Fuera lo que fuera que Templeton y Kai estuvieran tramando, hasta ahora habían pasado inadvertidos.

—¿Dónde estás, Bryant?

—Bajando por la calle Harris. No puedo ver quién conduce, pero no está haciendo nada fuera de lo normal. Respeta los límites de velocidad, se detiene en los semáforos. No ha habido nada errático.

—Vale, sigue hablando. Ve diciéndome dónde estás.

—Vale, jefa. Acabamos de llegar a una isleta de la calle Kidderminster. Está tomando la autovía. Ha aumentado la velocidad, pero sigue dentro de

los límites.

—Si continúa derecho hasta la siguiente isleta…

—Sí, jefa, la primera salida lleva a Romsley. La tercera pasa por Fairfield. Si sigue derecho, llegará a la isleta de la autopista.

Kim podía visualizar ese tramo.

—Está en el carril izquierdo, así que irá a Romsley o a… Ha seguido derecho, jefa. Creo que nuestro hombre se dirige a la autopista para volver a casa.

Eso parecía, pero Kim no estaba tan segura.

—Vale, jefa, ha puesto el intermitente para incorporarse a la autopista. ¿Qué quieres que haga?

—Quédate con él —dijo ella.

Echó un vistazo a la calle y al tranquilo camino de entrada. Solo esperaba, por el bien de Ellie, haber tomado la decisión correcta.

# Capítulo ochenta y dos

Dawson jugueteaba con el cuadrante de la radio. Aunque estaba apenas a las afueras de Wombourne, los árboles prácticamente estrangulaban la recepción. Se dio por vencido. Harto de frases a la mitad, canciones a trompicones y un montón de crujidos, apagó la radio. La pantalla se extinguió, con lo que la oscuridad exterior terminó por colarse dentro del coche.

Llevaba quince minutos aparcado en la calle de una sola vía y nadie había pasado por ahí en ninguno de los sentidos.

El silencio era completo.

No se oía el tráfico. La última farola había quedado muy atrás, a cuatrocientos metros.

Ya había conducido más adelante para comprobar los puntos de entrada y salida y había acabado en el estrecho camino de entrada de una propiedad llamada The Briars. El portón de madera estaba cerrado. Después de completar una maniobra de nueve puntos para darle la vuelta al coche, había vuelto colina arriba hasta el objetivo, seguro de que cualquier vehículo que saliera tendría que pasar por donde él estaba.

En la entrada a la propiedad no había verja, pero todo lo que quedaba más allá estaba a oscuras. Dawson no tenía ninguna duda de que este era el lugar ideal para guardar un secreto. Nadie podía ver a la gente entrar o salir; no había vecinos lo suficientemente cerca como para notar nada sospechoso. Era perfecto.

Pero la jefa le había dicho que se quedara en el coche, y eso era lo que tenía que hacer, por más que hubiera una niña en las manos de un hijo de puta despiadado y sádico.

Pensó en su propia hija, Charlotte, que aún no tenía ni dos años, nacida de padres que peleaban, pero que hacían todo lo posible por solucionarlo. Era consciente de que había sentido amor por su mujer en diversos grados. Había amado a su familia y su primer coche; incluso, en sus treinta y un

años, a una o dos chicas. Pero nunca había conocido el amor que sintió la primera vez que vio a su hija.

Y eso lo tenía preocupado en este momento. ¿Y si la jefa se había equivocado? ¿Y si Ellie Greaves estuviera en algún lugar, más allá de esa oscuridad, siendo sometida a actos indecibles? ¿Y si hubiera llegado demasiado tarde y Templeton ya estuviera aquí, en algún sitio?

Ellie también tenía quien viera por ella: una madre que estaba volviéndose loca de preocupación.

Si la jefa se había equivocado, quizás estaba sentado a medio metro de lo que todos se temían.

Dawson agitó la cabeza de un lado al otro y abrió la puerta del coche.

Fue en ese momento cuando oyó el grito.

# Capítulo ochenta y tres

—Bryant, ¿dónde estás? —preguntó Kim.

—Me parece que nos estamos deteniendo en la gasolinera Frankley. No creo que necesite estirar las piernas, todavía.

No, no debería, pensó Kim. Había conducido por la carretera unos cuantos kilómetros, apenas.

Alcanzó a ver unas luces que descendían por el camino. Bajó la cabeza y miró a través de los cristales de un par de coches.

—Bryant, hay movimientos aquí. Una berlina Mondeo de color claro con matrícula 03. ¿Qué tienes tú?

—Nuestro hombre está en el límite occidental del aparcamiento. Ha apagado el motor, pero nadie ha salido del coche.

Kim seguía observando la Mondeo, que se dirigía al fondo de la calle y doblaba a la izquierda.

—Ve a preguntarle cómo llegar a algún lado, Bryant. Necesitamos saber quién está en ese coche.

Ella se quedó esperando al final de la calle por cinco segundos, en lo que tres coches se interponían entre ella y la Mondeo.

—Vale. Estoy atravesando el aparcamiento, jefa, tratando de parecer confundido.

Kim se tragó la ocurrencia que ya tenía en la boca cuando vio la Mondeo entrar lentamente en el corazón del pueblo Kinver. Uno de los coches salió del convoy, con lo que solo quedaron dos entre ella y su objetivo.

—Quédate en la línea —dijo.

Alcanzaba a oír la charla en el fondo. Para ser justos, Bryant podía parecer confundido y amable a partes iguales.

Oyó que su compañero daba las gracias al hombre por la ayuda. En ese instante, la Mondeo dobló hacia la izquierda en la calle Bridgnorth. Maldita sea, el camino de vuelta a la civilización era el de la derecha.

—Vale, jefa. Esto ha sido un desperdicio. El tipo es el jardinero de Templeton y… dicho… comprobar…

—Bryant, se está cortando —dijo ella. Puso el intermitente a la izquierda. El coche se dirigía al aeropuerto Halfpenny Green.

—¿Dónde… tú…?

—Bryant, si puedes oírme, estoy entrando a Bobbington… Vamos hacia el aeródromo.

Kim escuchó un clic cuando la línea se cortó. Mierda. No tenía ni idea de si Bryant había alcanzado a escucharla.

En este momento, estaba realmente sola. Y lo mismo valía para él.

Cada minuto de todos sus entrenamientos le decía que debía detenerse y esperar. Su seguridad personal estaba primero. No debía arriesgar la vida. El problema era que, en el entrenamiento, todas las situaciones y todos los escenarios criminales eran ficticios. Esto no era un ejercicio hipotético de escritorio ni Ellie Greaves era un nombre inventado para una presentación de Powerpoint.

Y, si no estuviera dispuesta a arriesgarse por el bien de una niña inocente, ¿qué sentido tenía el entrenamiento, para empezar?

La Mondeo giró a la izquierda en el oscuro aeropuerto.

Y ella también.

# Capítulo ochenta y cuatro

Ellie intentó gritar a través de la mordaza cuando el coche cayó en un bache. El impacto de la sacudida hizo que su espalda diera contra el borde del maletero.

Supuso que la habían metido en el maletero hacía una media hora, aproximadamente. Al principio, el coche se había puesto en movimiento y detenido a menudo; ella había oído voces, el tráfico, gritos e, incluso, una sirena. Había rezado por que los de la sirena vinieran a por ella. Pero, al igual que los demás sonidos, se había desvanecido poco a poco.

Al principio, el olor penetrante a aceite había amenazado con avasallarla, hasta que se dio cuenta de que procedía de un trapo que tenía pegado a la mejilla. Empujándolo con el pómulo, había conseguido apartarlo de la nariz. Su rostro rozaba ahora con un áspero tramo de alfombra.

Por sus mejillas ya habían corrido lágrimas de frustración, cuando trataba de patear y golpear el féretro de metal, pero la tapa del maletero estaba fuera del alcance de sus manos y pies atados.

Y, ahora, el coche se movía a mayor velocidad, equiparándose con el ritmo de su corazón.

Ya no había sonidos ni paradas ni arranques, pero el suelo era más irregular. Supuso que estaban recorriendo carreteras comarcales. A veces, algún vehículo grande rugía al pasar al otro lado del camino y sacudía el coche de lado a lado.

Ni siquiera sabía en qué clase de vehículo la habían metido después de que Roxanne la sacara del sótano y la entregara a Kai. Y ninguna súplica había conseguido que la mujer cambiara de parecer.

Al ver la absoluta falta de emoción en la cara de su amiga, Ellie se había obligado a aceptar que el lazo amistoso no existía, que Roxanne no se había preocupado por ella ni un instante. Cada palabra amable y cada gesto habían sido mercancía pagada por Kai Lord. Todos los comentarios, cumplidos y murmullos de comprensión habían sido diseñados para

atraerla. El dolor que sentía por la traición solo se equiparaba a la rabia que le provocaban su propia credulidad y sus ganas de pensar que a su madre la tenía sin cuidado.

Pero las emociones que sentía durante el trayecto palidecían ante el miedo que, en este momento, era una parte tan suya como cualquiera de sus órganos vitales. Por más que otras emociones y sentimientos llegaran de visita, el terror no se apartaba de su lado en ningún momento.

De repente, el trayecto volvió a cambiar. El coche aminoró la marcha y empezó a tomar una curva cerrada tras otra. La cabeza de Ellie rebotó contra algo metálico que había detrás.

Se esforzó en no poner atención al dolor que le provocaba en los muslos la forzada posición fetal. Sabía que se le acalambrarían de un momento a otro. Trató de sacudirlos para darles vida; quería estar lista, por si encontraba la menor oportunidad de huir. La pantorrilla se le acalambró, Ellie gritó y las lágrimas inundaron sus ojos.

Su mente lógica le decía que Kai Lord nunca permitiría que eso sucediera; pero tenía que intentarlo y agarrarse a la esperanza. De otra suerte, no le quedaría más remedio que aceptar que no volvería a ver a su madre nunca más.

Supo que el viaje estaba llegando a su fin. Estaban cerca del destino final. Podía sentirlo. El coche estaba a punto de detenerse y Ellie no tenía ni idea de lo que ocurriría en cuanto eso sucediera.

# Capítulo ochenta y cinco

El último coche que quedaba desapareció cuando la Mondeo giró hacia el aeródromo.

Kim siguió al Peugeot que había tenido enfrente y dejó que la Mondeo continuara sola su trayecto por el camino de entrada. Quedarse detrás habría sido delatarse por completo.

Al mirar a la izquierda, notó que las luces de freno del coche se iluminaban justo en el límite del aparcamiento. Tenía los faros dirigidos hacia un coche que ya estaba estacionado.

Mierda. Este era el lugar del intercambio y estaba sola. Todo el asunto terminaría en cuestión de minutos.

Tomó el siguiente desvío a la izquierda, detuvo la moto en el límite del aeródromo y desmontó.

El sitio, mejor conocido como Aeropuerto Ejecutivo de Wolverhampton, databa de los años cuarenta y estaba construido en un terreno de ciento sesenta hectáreas. Ahora solo daba servicio a aviones privados, jets ejecutivos y helicópteros.

Kim se tomó un momento para orientarse. Conocía el lugar. Cuando tenía doce años, Keith y Erica la habían traído a los mercados al aire libre. Sabía que podía atajar a través del terreno hacia los setos que marcaban el límite este del aparcamiento.

Colgó el casco del manillar de la Ninja y echó a correr. La hierba helada crujía bajo sus botas. Aminoró la velocidad al aproximarse al denso seto, cuando empezó a escuchar las voces apagadas. El muro de árboles no la dejaba ver, pero podía entender, con toda claridad, lo que decían Jeremy Templeton y Kai Lord.

—¿Algún problema, tío? —preguntó Kai.

—No, si había policías vigilando, fueron detrás del BMW. Mi jardinero se estará preguntando qué demonios ocurre —dijo con suficiencia.

A pesar de que el corazón le latía con fuerza, Kim se dio el lujo de poner los ojos en blanco. La insultaba que este tipo pensara que era así de

estúpida.

—¿Y tú? —preguntó Templeton.

—No, tronco, esta tía no tiene ni idea de dónde vengo.

—Vale, hagámoslo rápido. Después de esta, quiero pasar inadvertido por un tiempo. La poli esta no me gusta una mierda.

Un punto para Templeton, pensó Kim, pero estaba alarmada con el ritmo al que estaban llevando a cabo la transacción. Y ellos eran más.

—Recibí la foto que me enviaste —dijo Templeton—. Esta va para Ucrania.

Kim tragó saliva cuando oyó que abrían el maletero.

Un solo grito ahogado llegó a sus oídos. La detective cerró los ojos.

Lo más sensato era regresar a la motocicleta y esperar a que la Mondeo saliera de ahí. Sabía que Ellie estaría en ese coche, pero no podía arriesgarse a que se le escapara. Si así fuera, se quedaría sin Kai, sin Templeton y, lo más importante, sin Ellie.

Oyó un chillido amortiguado y, después, un grito.

—Hija de puta —exclamó Jeremy Templeton.

Lo que sea que Ellie había hecho la hizo merecedora de una bofetada.

—Tranquilo, tío —dijo Kai.

—La zorra me dio una patada en las pelotas —dijo Jeremy.

Kim tenía que pensar a toda velocidad. Esto debía terminar aquí mismo, en este preciso instante, pero estaba en clara desventaja. Ellos tenían la fuerza bruta y, probablemente, armas, además de la urgencia de escapar. Si se equivocaba, encontrarían su cadáver en la nieve, entre huellas de neumáticos.

De pronto, el rugido del motor de un avión desgarró el silencio.

El corazón de Kim dio un vuelco. Ella había supuesto que el aparcamiento no sería más que un punto de intercambio; no se le había ocurrido que Jeremy Templeton pudiera tener un maldito avión. Ya no había más opciones: si el tipo se subía a ese avión, no verían a Ellie nunca más.

En silencio, rezó porque Bryant hubiera escuchado su último mensaje.

El sonido del motor del avión se había reducido hasta convertirse en un rugido en ralentí.

Kim se percató de que solo le quedaba un recurso.

Salió de las sombras y se puso una mano en la cadera.
—Hola, chicos, ¿me habéis echado de menos?

# Capítulo ochenta y seis

Kim analizó la escena rápidamente. Kai estaba a la izquierda del maletero de la berlina Mondeo, en tanto que Templeton estaba a la derecha. Ellie, arrodillada en medio de los dos, con las manos atadas. En sus mejillas podían verse los ríos de las lágrimas.

Los tres rostros sorprendidos la miraban. Eso le daba tiempo para hablar.

Puso en Kai una mirada muy significativa.

—Gracias, Kai. Ya puedo llevármela, y te aseguro que cumpliré mi palabra: te retiraremos las acusaciones.

Estupefacto, Templeton miró a Kai.

La detective tuvo la oportunidad de ofrecer a la niña una sonrisa tranquilizadora. Esperaba que Ellie la entendiera de ese modo.

Kai levantó las manos y movió la cabeza de un lado al otro.

—Puta loca.

Kim lo miró de frente.

—Kai, ya déjala. Hiciste lo que te pedimos; ahora, apártate. Jeremy ya lo ha entendido. Sabe que lo queremos más que a ti.

Templeton la miró a ella, y después, a Kai. Su boca empezaba a torcerse hacia arriba, con lo que la detective supo que la treta para ganar tiempo no estaba funcionando. Tenía que esforzarse más para convencerlo, para ganar unos cuantos minutos.

—Tenías razón, Kai —dijo—, cuando me dijiste que dejara ir al primer coche y siguiera al segundo.

Templeton volvió a mirar a Kai, ahora con un rostro furibundo.

—¿Me vendiste, hijo de la gran puta?

Kai había dejado de sonreír.

—Sé realista, tronco. Nuestro trato vale mucho más que chivarte a la puta policía. Además, cualquier cargo insignificante del que esta tía esté hablando…

—Difícilmente llamaría cargo insignificante al secuestro, Kai, pero soy una mujer de palabra. Y también tenemos tu participación en los recientes

asesinatos…

—¿Asesinatos, joder? —chilló Jeremy. Se alejó dos pasos del maletero.

—Epa, tío, no la escuches. Está soltando mierda. No tiene nada, piénsalo.

Ella los cortó de inmediato. Mientras más oportunidades le diera a Kai de hablar, más peligrosa se volvería la situación.

—Sí, piénsalo, Jeremy. ¿Cómo supe lo que tenía que hacer? ¿Cómo me enteré de que este intercambio tendría lugar esta noche? Madre santa, seguramente me hizo falta algo de ayuda para comprenderlo todo.

Estaba jugando con la opinión que el tipo tenía sobre las mujeres. Kim jamás habría podido resolver esto por su propia cuenta.

Los tres estaban en triángulo.

La expresión de Kai era asesina, pero se fue volviendo divertida.

Maldita sea. El tipo era capaz de demostrar que no se había chivado, y estaba cayendo en la cuenta.

Empezó a caminar hacia ella.

—¿Qué haces? —preguntó Jeremy.

—Voy a callar a esta puta de una vez por todas. Estoy hasta los cojones de que me esté costando dinero.

—Oye, ¿qué vas a hacer? —Kai sacó una navaja del bolsillo.— No, de ninguna manera —dijo Templeton—. No voy a matar a una puta policía. —Fue a la puerta del conductor de la Mondeo.— Esto se está complicando demasiado. Dejadme tan solo largarme de aquí y haced lo que os dé la gana. No me voy a involucrar en esta mierda.

—No te muevas —dijo Kai a Templeton, aunque sus ojos estaban en Kim.

—Me desharé de esta zorra de una vez por todas y entonces podremos terminar con nuestro negocio.

Kim dio un paso atrás para alejarse de la navaja que se aproximaba. Vio a Ellie deslizar las piernas hacia los tobillos de Kai y fallar por dos buenos palmos.

Ya no podía retroceder más, tenía la espalda contra el muro de árboles. Sus ojos permanecían fijos en Kai. No estaba dispuesta a rendirse; no le revelaría ninguna emoción. Ella no era una de sus chicas temerosas.

Él se acercó un poco más. Ya no había ni medio metro entre los dos.

—Me gustan las mujeres con cojones —susurró—. Hasta cierto punto. —Levantó la navaja para hacerla brillar entre los dos.— Y hemos llegado a ese punto.

Kim podía haber corrido mientras él se le acercaba. Lo sabía. No había tenido más que unos pocos segundos para tomar esa decisión, pero, en realidad, la opción no había existido nunca. No cuando una adolescente yacía atada, atrapada delante de ella sobre el suelo helado.

—Has sido una puta molestia durante meses —dijo él.

—Joder, Lord, déjala —gritó Templeton.

Kai Lord le rozó la mejilla con la navaja.

—Me has costado dinero, me has jodido negocios, pero ya me tienes hasta los putos cojones, zorra.

Otro roce.

Kim no miraba la navaja; miraba los ojos duros y gélidos. Él no conseguiría nada de ella. Cualquier esfuerzo que Kim hiciera por apoderarse del arma terminaría hiriéndola gravemente. O algo peor.

Pero, por lo menos, debía intentarlo.

Flexionó la mano derecha y la extendió, preparada para lanzarse hacia la navaja.

Cerró entonces los ojos y dijo una plegaria en silencio. Pero, en ese instante, sintió que el torso de Kai Lord se abalanzaba sobre ella.

# Capítulo ochenta y siete

—Tooomaaaaa —gritó Dawson.

Kim se volvió de inmediato, justo a su derecha, para ver a su colega surgir de entre los arbustos. En la mano traía una roca muy parecida a la que en este momento estaba en el suelo, a un lado de la cabeza de Kai.

Kim nunca había estado tan contenta de ver a alguien.

Puso la bota sobre la muñeca de Kai mientras Templeton salía corriendo en busca del coche. Esta vez, Ellie fue oportuna y certera al deslizar los pies; dio en el blanco y el tipo cayó al suelo.

—No, no, cariño, tú no —dijo Dawson.

El sargento puso a Templeton boca abajo y le clavó la rodilla en la región cervical. Lo cogió de las muñecas y lo esposó.

Kim hizo lo mismo con un Kai que gemía. El chulo tenía un corte en la nuca que no sangraba lo suficiente como para poner en peligro su vida.

Los dos detectives llegaron a Ellie al mismo tiempo. Dawson, con la navaja de Kai, cortó la cinta que ligaba las muñecas de la niña, al mismo tiempo que Kim desprendía la mordaza.

Ellie rompió a llorar y se echó en brazos de su salvadora.

Los brazos de Kim se cerraron de manera automática e inmediata en torno a la temblorosa figura.

—Todo está bien, Ellie. Estás a salvo. Te lo prometo.

La niña se acurrucó un poco más y Kim tuvo que estabilizarse para no caer de espaldas.

—¿Te lastimaron?

La niña no contestó. En silencio, Kim le acarició el pelo para darle sosiego.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó a Dawson sobre la cabeza de Ellie.

—Bryant me llamó. Recibió tu último mensaje. Sabía que yo estaba a solo seis kilómetros de aquí. Me dio gusto recibir la llamada; los aullidos de los zorros parecen gritos. Me estaban poniendo los pelos de punta.

Kim se permitió una sonrisa victoriosa. Había dos bultos de mierda bien esposados y una niña sollozando. La mierda estaba en el suelo, en tanto que la niña estaba en sus brazos, en vez de embarcada en la siguiente etapa de su viaje a Ucrania.

Eso le valía.

Kim guio a la trémula chica al asiento trasero de la berlina Mondeo.

—Siéntate aquí. Estarás bien, te lo prometo. — Del bolsillo trasero, sacó el móvil y se lo dio a Ellie.

—Llama a tu madre y dile que estás a salvo.

Ellie cogió el teléfono y se sentó de lado en el asiento trasero para que nadie pudiera cerrarle la puerta. Kim la entendía muy bien.

—¿Qué has hecho para demorarlos? —preguntó Dawson.

—He intentado convencer a Tonto, aquí presente, de que Más Tonto, el de acá, lo había delatado. —Con el pie, dio un empujón al brazo de Templeton.— Y tú has sido lo suficientemente estúpido para caer en la trampa, ¿no es así, fanfarrón?

Templeton se retorció y le soltó varios tacos.

Dawson le empujó el otro brazo con el pie.

—Mi jefa te estaba haciendo una pregunta retórica. —Se volvió a ella. — Ha sido muy arriesgado, ¿o no?

—Todo ha sucedido muy rápido. No podía arriesgarme a que escaparan con Ellie.

En realidad, no había ganado más que un par de minutos, pero, gracias a su equipo, había sido suficiente.

Y, hablando de su equipo, se volvió al joven sargento detective.

—Kev, ya basta. Stacey ya es mayorcita y lo que sucedió no ha sido culpa tuya.

Él sonrió.

—Sí, eso es, más o menos, lo que ella me ha dicho.

Kim rio.

—¿Te ha pillado?

Él asintió y enarcó las cejas.

Cuando no hacía otra cosa que dar la vuelta por ahí, ella lo había visto aparcado un par de veces.

—¿Sabes, Kev? No eres ni una pizca del maldito cabrón que crees que eres —le dijo, mirándolo a los ojos.

—Epa, jefa —dijo Dawson, que miraba sobre el hombro de Kim. Unos faros bajaron de intensidad y se apagaron.

Bryant se bajó del coche y, al mismo tiempo, el motor del avión dejó de rugir. Era evidente que alguien le había dicho al piloto que sus pasajeros estaban demorados.

—Mejor tarde que nunca —dijo Dawson a su compañero.

—La furgoneta de transporte está a pocos minutos de aquí —dijo él cuando estuvo cerca.

—Bryant, registra sus bolsillos —ordenó, y señaló a Kai con un movimiento de cabeza.

—Dawson, registra a Templeton.

—Cuarenta y cinco libras —dijo el joven sargento.

Kim se volvió a Bryant, quien seguía contando lo que contenía el sobre que sacó del bolsillo de Lord.

—Olvídalo, Bryant. Podemos suponer, sin temor a equivocarnos, que el dinero ya había cambiado de manos.

Se acercó a Templeton.

—Levántalo.

Dawson y Bryant lo pusieron de pie. El rostro del sujeto ya no tenía ese carisma pueril que había estado a punto de sofocarla poco antes. Toda su confianza sensual había desparecido. Lo que quedaba era un pobre niñato poco atractivo, mimado y asustado.

A Templeton no le quedaban cojones ni para mirarla con desprecio. Su mente estaba ocupada en computar los daños y la manera de aminorarlos.

Kim fue con Kai.

—Dejadlo donde está. Kev, ven.

—Oye, ¿qué piensas de ese tipo que no tuvo los cojones para enfrentarse a ti cara a cara? —le preguntó.

Dawson inclinó un poco la cabeza y suspiró.

—¿Sabes?, es mucho más pequeño de lo que yo recordaba —dijo, juntando las cejas.

—Repite eso, cabrón…

Dawson rio y se alejó, dando a esa amenaza la atención que merecía.

Kim se arrodilló cerca de Kai Lord. Quería contemplar su semblante homicida.

—Kai Lord…

—No —dijo él.

—¿No qué?

—No hagas algo de lo que puedas arrepentirte.

Kim rio.

—¿Cómo voy a arrepentirme de mandar a la cárcel a un pedazo de mierda como tú? En cuanto te llevemos a la comisaría, sabremos quién ha estado matando a esas pobres niñas.

Kai la sorprendió riendo a carcajadas.

—Sí, suerte con eso.

Ella sintió que la rabia se agitaba en su estómago. Esa confianza no le gustaba nada.

—Disculpe, agente —dijo una vocecita detrás. Kim se volvió y se encontró a Ellie envuelta en el largo abrigo de Bryant. Tenía el móvil en la mano—. Una mujer llamada Stacey quiere hablar con usted.

Kim cogió el teléfono.

—Lo siento, Stace, tenía que haberte llamado. Ya hemos terminado aquí. Puedes retirarte y…

—Todavía no, jefa —dijo Stacey sin aliento.

—¿Qué pasa?

—Aparté la mirada tan solo un minuto y…

—¿Y qué, Stace? —la urgió Kim.

—Sal y Gemma, jefa. Han desaparecido. Las dos.

De inmediato, en su mente destelló el tablero de la comisaría: los nombres, las líneas gruesas, las líneas punteadas que unían a todos los jugadores. Las náuseas ascendieron hasta su garganta cuando se dio cuenta de que faltaba una línea crucial.

—Mierda —gritó, y salió corriendo hacia la motocicleta.

# Capítulo ochenta y ocho

Kim probó el picaporte de la puerta metálica. Esperaba que, en caso de que pudiera caerle un poquillo de suerte, esta se convirtiera en una rápida entrada a las instalaciones.

El pomo giró en sus manos. Por supuesto, esta gente no esperaba visitas.

Kim cerró la puerta en silencio. Parpadeó tres veces para adaptar sus ojos a la oscuridad. Podía percibir sombras vagas, podía notar que estaba en un área de recepción no más grande que un cuarto de baño. Una puerta abierta llevaba a un espacio más grande lleno de estanterías metálicas. Podía ver gracias a un rayo de luz que provenía de una entrada, al fondo del almacén.

Recorrió los estrechos pasillos que dejaban las estanterías. Con el negocio en bancarrota, los anaqueles habían quedado atiborrados de viejas cajas con tachuelas y clavos descartados.

Se acercó a la entrada iluminada y encontró indicios de lucha. Desparramada en el suelo, había una caja de tachuelas.

Kim estaba tratando de rodearlas cuando oyó decir algo al otro lado de la puerta.

—Parecerás una suicida, tal como la pequeña Lauren —dijo una voz que le rompió el corazón.

La detective cerró los ojos por un instante. Respiró hondo antes de abrir la puerta.

—¿Cómo diablos pudiste hacer esto, Sal? —preguntó.

Irrumpió en la habitación y, al instante, vio a Gemma. La chica estaba de pie sobre una silla, amordazada. De una lámpara colgaba una soga que le rodeaba el cuello. La vieja amiga de Kim estaba peligrosamente cerca de la silla.

—Qué coño haces aquí? —gritó Sal, y se volvió hacia ella.

—He venido a impedir que mates a alguien más, Sal —dijo Kim.

Avanzó un paso.

Sal se acercó más a la silla, así que la detective dejó de moverse.

—No seas ridícula, Kim. No he matado a nadie. Gemma y yo estamos jugando, nada más. Siempre he protegido a estas chicas, tal como te protegía a ti.

El miedo en los ojos de Gemma y la sangre que goteaba de su brazo derecho contaban otra historia.

Kim se quedó quieta, pero tenía que lograr que Sal no dejara de prestarle atención. Una buena patada a esa silla y se vería obligada a escribir otro nombre en su tablero.

—Fuiste tú quien puso los billetes de cinco libras en los bolsos de Kelly y Donna, ¿o no? Nos estábamos centrando en los últimos clientes y tú nos llevaste directamente a Roger Barton. Sin embargo, eras tú quien las estabas esperando cuando regresaban a la calle.

Sal la observaba con interés, así que continuó.

—Me preguntaba por las ubicaciones, Sal. Primero, detrás de un restaurante chino de comida para llevar y, segundo, unos aseos de mujeres. Lugares muy fáciles para atraer a tus amigas —dijo con amargura.

»Y la sangre en el coche de Roger Barton. Había sangre de Kelly Rowe en el espacio para los pies, del lado del pasajero. Él no había estado con Kelly Rowe últimamente, pero, la noche del domingo, fuiste tú quien se subió en su coche. Te vi. Tenías en los pies sangre de la mujer, porque la habías matado la noche anterior. Y el rastro quedó en el coche de Roger Barton».

Sal se encogió de hombros y se volvió a Gemma. Era como si la estuvieran acusando de coger demasiadas galletas del tarro.

—¿Qué te ocurrió, Sal? —le preguntó Kim, y no se refería a lo más obvio.

Minutos antes, mientras corría hacia su motocicleta, había vuelto a ella el mismo recuerdo de principios de la semana. Por eso había sabido dónde encontrar a su vieja amiga.

—No me estabas protegiendo cuando éramos niñas. No te estabas interponiendo para impedir que el señor Nelson me trajera aquí. Te estabas deshaciendo de la competencia.

—Me compraba regalos —dijo con orgullo—. Y yo no tenía otra cosa que hacer que dejar que me metiera durante unos cuantos minutos su pollita

flácida. Era jodidamente fácil. Y fue aún mejor cuando aprendí a moverme y a gemir…

—Basta —gritó Kim, incapaz de soportar el recuerdo de la niña de la manzana gimiendo y retorciéndose para ganarse unos cuantos regalos.

—¿Qué pasa, Kim? ¿No soportas que yo haya encontrado una oportunidad y la haya explotado?

Sal miró alrededor.

—Aquí aprendí mi oficio; aquí es donde finalmente entendí lo que tenía, lo que podía aprovechar, y era jodidamente sencillo. Y sin que me costara un centavo.

—No estabas ayudándome cuando me chivaste lo de la chica de la esquina, ¿o sí? —preguntó Kim—. Solo querías que desapareciera.

Sal sonrió.

—Sí, pero tú no lo sabías.

—¿Y para qué matarlas? Eran tus amigas. ¿Qué hizo Lauren?

Sal dejó escapar aire entre los labios.

—Llevaba unos cuantos meses en el negocio y la puta zorra de mierda se estaba quedando con todo. Desde que Kai la puso en la calle, no le echaban un ojo a ninguna otra.

—Y luego vino lo de Kelly Rowe. Tú corriste el rumor de que estaba planeando rebotar, ¿no fue así?

El semblante de Sal no cambió un ápice. Esas mujeres no significaban nada para ella.

—¿Donna también? —preguntó Kim.

—¿De dónde viene esa puta indignación, Kim? Todas esas zorras me importan tres cojones. ¿Por qué habrían de preocuparme? —preguntó—. Dime qué aprendimos acerca de la lealtad y de las amistades duraderas. Al carajo. Aprendimos a cuidarnos solas, y mi alquiler sigue llegando.

—A tomar por culo tu alquiler —le espetó Kim—. Esto no tiene nada que ver. No puedes soportar que los puteros escojan a otras chicas antes que a ti, ¿verdad? —la provocó Kim.

Sal se le acercó dos pasos, con lo que se alejó un poco de la silla donde se apoyaban los pies de Gemma. Kim notó el alivio en la cara de la chica;

sin embargo, no podía sentirse segura. Sal no estaba lo bastante lejos. Necesitaba incitar a la mujer y atraerla otro poco.

—Incluso Donna, que en tu mente era una drogata infestada de piojos, tenía más clientes que tú.

Por fin, Kim entendía que esto no se trataba simplemente de asesinar a las competidoras. En esta habitación, hacía casi treinta años, Sal había perdido algo de sí misma. Había dejado que algo se marchitara y muriera, y eso había estado bien. Hasta ahora. La edad obraba contra ella día tras día. Y si, antes de llegar a los cuarenta años, su don de oro ya había desaparecido, ¿había merecido la pena?

—Acéptalo —se mofó Kim—. Estás acabada. Nadie quiere follar con una vaca vieja cuando hay por ahí chicas jóvenes y frescas.

Sal se lanzó al ataque, pero Kim estaba preparada y respondió con una embestida. Con el brazo derecho, la atrapó por el cuello. La mujer siguió avanzando hasta bajarse de los tacones, con lo que redujo su estatura unos cuantos centímetros. El brazo de Kim le quedó al nivel de la boca.

Sal movió la cabeza hacia la izquierda y consiguió morder la parte pulposa de la mano de Kim. Sus dientes perforaron la piel y se enterraron en la carne. Cerró la mandíbula, apretada como la de un pitbull.

Kim soltó un grito de dolor. Trató de zarandear la mano para liberarla, pero Sal sacudía la cabeza como un terrier. La detective levantó entonces la mano izquierda y agarró un buen mechón del pelo de su contendiente. Sal dobló la cabeza hacia atrás. Alcanzó a liberarse de la mano de Kim y se lanzó hacia delante con toda la brutalidad de su fuerza.

Cuando la mujer quedó libre, Kim sintió en la mano el pelo que se había desprendido del cuero cabelludo.

Gemma soltó un grito. Sal iba hacia su precaria posición.

Una buena patada y todo terminaría.

Kim avanzó a trompicones, consciente de que solo había seis metros hasta Gemma y que Sal no dejaba de avanzar. Corrió hacia delante con un solo objetivo en la mente. Apuntó hacia la mujer y se lanzó por los aires para derribarla.

Las dos cayeron. Kim encima. Sal, debajo, trataba de escabullirse, buscando desesperada los centímetros de más.

La detective sabía que, si su contendiente movía el cuerpo hacia arriba, podrían hacer rodar la silla y romperle el cuello a Gemma.

Golpeó a Sal en la cabeza. El dolor se disparó desde su mano y la recorrió entera hasta el cerebro.

Pero Kim podía trepar encima de la mujer, que había quedado lo suficientemente aturdida. La agarró entonces de los tobillos para arrastrarla por el suelo, lejos de Gemma. Sal se le soltó de las manos y, de un salto, se puso de pie. Miró a Gemma, miró la puerta. La detective, al notar su indecisión, pudo darle una patada en las corvas, y, aunque Sal cayó de rodillas, consiguió arrancar hacia la salida como una velocista.

Pero Kim estaba lista. La empujó otra vez y la mandó de nuevo al suelo.

Cada movimiento las acercaba más a la puerta y las alejaba de Gemma.

Kim rodeó a Sal y le dio una patada en el riñón izquierdo. La mujer se agarró el costado, pero no dejó de avanzar. La detective se tomó un segundo para respirar.

—¿A dónde coño crees que vas? —le dijo, y se agachó.

Cogió a Sal del brazo derecho, la giró hasta ponerla boca abajo y le clavó una rodilla en la espalda.

—Noooooo —gritó Sal y, con un poderoso respingo, consiguió zafarse de la rodilla derecha de Kim.

Impulsada por el odio, la adrenalina y la perspectiva de una vida tras las rejas, consiguió lanzar a Kim hacia un lado, pero su mira ya no estaba en la salida. Con los ojos pletóricos de odio, lanzó a su adversaria de espaldas. Kim cayó y golpeó con la nuca el suelo de hormigón.

Ahora, Sal estaba encima, cerrando las manos en torno a la garganta de Kim.

—Maldita puta, maldita puta entrometida…

Kim sintió que le faltaba el aire. Trató de tragar saliva como desesperada, pero nada conseguía pasar. Su cabeza empezó a flotar. Oyó sirenas en la distancia. Sabía que no podría resistir hasta que los refuerzos llegaran. Le quedaba menos de un minuto de vida.

Agitó las manos a los costados, tratando de empujarse lejos del agarre de Sal, cuando la visión empezó a fallarle.

La oscuridad trajo claridad a los ojos de su mente. De pronto, supo exactamente dónde se encontraba. Abrió los ojos, aunque la visión ya la había abandonado por completo. A sus pulmones les urgía el oxígeno. Kim tenía una sola oportunidad para salvar la vida, así que hizo acopio de toda su determinación y rodó a la izquierda. Cogida por sorpresa, Sal rodó con ella y fue a dar al suelo.

Un grito penetrante llenó el espacio.

De pronto, la presión en la garganta aflojó. Kim abrió los ojos, pero seguía viendo borroso.

Las manos de Sal trataban de agarrarse por todo su cuerpo. La detective rodó una vez más, como envuelta en llamas. Tenía la espalda hecha un alfiletero de tachuelas.

Ávida del preciado oxígeno, Kim tragó aire.

Se sentó, con grandes dificultades, mientras Sal caía a un lado. A Kim le dolían los pulmones, pero ya estaba recuperando la visión.

El ruido explosivo de la puerta metálica fue el sonido más dulce que hubiera oído. Pegó un grito para que la localizaran y, en un segundo, su compañero ya estaba a su lado. Muy rápido, Bryant evaluó la situación y las marcas en el cuello de su jefa.

—Madre mía de mi vida —exclamó.

—Vosotros dos, id a por Gemma. Está allí dentro.

Dos uniformados irrumpieron en la escena.

Kim levantó la mano y apuntó hacia Sal, que seguía retorciéndose en el suelo.

—Esposadla —logró decir antes de caer desmayada.

# Capítulo ochenta y nueve

Cuando volvió en sí, Kim se encontró como rehén de un alienígena alto y verde.

Hizo un esfuerzo por soltarse.

—Tranquila, jefa —dijo Bryant—. Es solo el paramédico y te está reconociendo.

—¿Dónde está Sal?

—De camino al hospital, bajo custodia policíaca. No podrá escapar.

Kim asintió en señal de que lo había entendido.

—¿Y Gemma?

Bryant sonrió.

—Ansiosa por hablar contigo.

En la parte trasera de la ambulancia, Kim se levantó de la camilla.

Se sentía mareada, pero siguió adelante.

—Jefa, tienes que…

—Bryant, deja de lloriquear y quítate de en medio.

Bryant se apartó y dejó a la vista de Kim el mar de luces estroboscópicas que iluminaban el área como una aurora boreal en azules. Sus ojos se posaron en Gemma y Dawson, que estaban a un lado del coche de Bryant, muy juntos.

El abrigo de Dawson rodeaba los hombros de la joven.

Kim pudo notar que seguía temblando.

Antes de llegar hasta ahí, vio que Gemma se volvía. El miedo que había en sus ojos desapareció instantáneamente.

—Kev, danos un minuto —pidió.

Dawson asintió y se alejó.

—¿Estás bien? —preguntó Kim, y puso la mano izquierda en el brazo de Gemma.

La chica asintió y, con su propia mano, cubrió la de la detective.

—¿Y tú? —preguntó.

Kim sonrió.

—Bien, ahora que no te hemos dejado colgada.

La chica se volvió hacia ella. Tenía los ojos vidriosos y la boca espesa.

—Mira, lo que hiciste ahí dentro… —Movió la cabeza de un lado al otro.— Nadie, nunca… Simplemente no sé…

—¿Qué se suponía que debía hacer? —le preguntó Kim.

—Yo traté de matarte —dijo Gemma con voz ronca.

—No, no lo hiciste —expuso Kim con una sonrisa triste.

—Estaba en tu casa, lista y…

—Dos días antes, estuviste en mi casa comiéndote mis malditas patatas al horno, pero entonces no lo intentaste, ¿o sí?

—Aún no me daban la orden —dijo ella con toda sinceridad.

Kim se cruzó de brazos e inclinó la cabeza.

—¿Y cómo pensabas hacerlo, exactamente?

—Bueno, yo… Eeeee…

—Mierda, eso sí que me hace temer por mi vida. Ni siquiera tenías un maldito plan.

Gemma la sorprendió echando la cabeza atrás y riendo a carcajadas.

—Ahora que lo mencionas, no lo tenía, de verdad.

Rieron juntas. Después se pusieron serias.

—Escucha, Gemma. El problema contigo es que no eres tan mala como crees, no eres tan estúpida como crees ni eres tan inútil como crees.

Gemma soltó una carcajada. Al final, bajó la cabeza.

—Oye, mírame —dijo Kim. Cuando Gemma levantó la cabeza, pudo ver que las lágrimas rodaban por sus mejillas—. Sí, eso me da la razón —comentó con suavidad.

Kim no pudo evitar que una repentina oleada de ternura la invadiera. Dios santo, ¿qué le pasaba con esta chica?

Un paramédico apareció junto a ella.

—Necesito llevármela para que la…

—Vale, vale, no hay problema —dijo Kim, y se apartó. Inclinó la cabeza hacia Gemma—. Ahora, no les hagas la puñeta; están tratando de ayudarte.

Gemma se enjugó los ojos y soltó una pedorreta.

La puerta estaba casi totalmente cerrada cuando Kim volvió a abrirla.

—Y, si pasas por casa alguna vez, llama, si quieres.

—¿En serio? —preguntó la chica con los ojos muy abiertos.

—Sí, pero trae tu propia comida. Ya has visto mi nevera.

Oyó las risas de Gemma justo cuando la puerta se estaba cerrando.

Antes de ir con sus compañeros, observó el vehículo que se alejaba.

—¿Ellie? —preguntó.

—De camino a casa en un coche patrulla —dijo Bryant.

—Jefa, ¿estás…?

—Estoy bien, Stace —tranquilizó a la asistente de detective, que venía hacia ella.

—Tu cuello… —dijo ella, sin dejar de mirar.

—De verdad, Stace, estoy bien —contestó Kim.

Todos se miraron. Las sonrisas eran amplias y genuinas.

—Buen trabajo, chicos. Qué trabajo tan jodidamente bueno.

Todos asintieron.

—Jefa, hay una ambulancia dispuesta a llevarte…

Kim puso los ojos en blanco.

—Por favor, diles que se vayan a atender a algún enfermo.

Él negó con la cabeza y fue a hablar con los paramédicos para decirles que se fueran.

—¿Sabes una cosa, Bryant? —dijo ella.

Él se volvió. Era evidente que esperaba una declaración profunda acerca de los sucesos de la noche.

Kim giró hacia él y sonrió.

—Adoro mi trabajo.

# Capítulo noventa

Kim disfrutaba de la paz de la sala de la brigada mientras miraba el tablero vacío.

Bryant estaba interrogando a Sal; Dawson y Stacey, a Jeremy Templeton, y ella acababa de terminar con Kai Lord, quien había permanecido en silencio y con la mirada furibunda durante todo el proceso. Roxanne aguardaba en una celda y Ellie estaba de vuelta con su madre, sana y salva.

Lo único que quedaba era borrar la pizarra, una actividad que iba de mano en mano con la pacificación de sus instintos. Ese último acto significaba que el caso estaba resuelto.

Era una limpieza, tanto literal como simbólica.

Y ella no estaba del todo lista.

Tenía que haberlo visto antes. Tenía que haberse dado cuenta de que todas las líneas del tablero apuntaban hacia Sal.

Kelly Rowe había sido arrinconada por las circunstancias. El negocio del sexo había sido, para ella, una medida temporal. Y sí, vaya tópico, pero, en el caso de Kelly, según lo que habían averiguado, era cierto. Se trataba de una madre amorosa que quería lo mejor para su hija.

Donna Hill había sido un alma perdida que luchaba contra sus adicciones y hacía todo lo posible por sobrevivir. De la angustiosa relación que tenía con su madre, la había librado una mujer despiadada, desalmada y ambiciosa que no tenía la menor capacidad para empatizar. Y esa mujer había estado muy cerca de hacer lo mismo con otra alma inocente.

La pobre Lauren Goddard había sido cruelmente dada en sacrificio al comercio sexual por su propia madre, y, después, empujada del borde de un edificio por alguien que se hacía pasar por una amiga.

Las tres trabajaban en la calle por diferentes razones, y se habían hecho amigas de Sal, una mujer más experimentada, en busca de compasión y protección. Pero Sal no les había dado nada de eso. En su lugar, las chicas se habían encontrado con una mujer que estaba torcida desde la infancia,

cuya percepción de los valores estaba distorsionada por el abuso y la crueldad. Kim había supuesto que las semillas del mal habían sido sembradas durante años en los hogares de acogida, pero ahora no podía evitar preguntarse si había algo de verdad en el viejo rumor: que Sal había tratado de hacerle daño a su hermana recién nacida. Quizás, en ese entonces, ya le tenía pánico a la competencia. Kim sospechaba que nunca lo sabría.

Y luego estaba Ellie, quien, con su inocencia, ingenuidad y ansias de crecer, había sido atrapada, explotada y preparada por Roxanne para las calles, para luego ser vendida. Su destino era Ucrania.

Kim pensó en el caso en que Dawson y Stacey habían estado trabajando. Pensó acerca de Cristina, quien estaba dispuesta a sacrificar cualquier cosa por su hijo. La mujer se sometería al sufrimiento de no ver ni abrazar a su bebé con tal de darle una vida mejor que la que a ella le había tocado. Su hijo permanecía seguro con una familia de acogida que se apegaba a él cada día más. La vida del pequeño ya era complicada, pero Kim confiaba en que los servicios sociales garantizarían su bienestar, fuera cual fuera el resultado de todo.

Con Cristina y su padre, Dawson y Stacey habían expuesto una red de trabajadores ilegales que eran explotados, golpeados y abandonados. Estas personas eran tratadas como perros o animales de granja. No los dotaban de una vivienda digna, alimentos ni atención sanitaria. Los pobres caían en el engaño y después eran vendidos como ganado.

Y, por último, estaba Gemma. La defensiva, rebelde y dura Gemma, quien seguía vendiendo el cuerpo para comer. Esa chica ya había sido manipulada una vez para obligarla a matar a Kim, aunque no había sido capaz de conseguirlo.

¿Estar tan cerca de perder la vida cambiaría algo el modo en que la chica había escogido vivirla?, se preguntaba Kim, y tenía que reconocer que eso le sacaba una sonrisa.

Su equipo, como siempre, la tenía sorprendida. Habían dado la acogida a un extraño y se habían adaptado profesionalmente a su implicación. Penn no tenía el carácter más afectuoso, pero era inteligente, intuitivo y un poco estrafalario. Y su ayuda había sido grandiosa.

Sonreía al pensar en el Dawson determinado a no perder de vista a su compañera, en el que vigilaba su piso hasta asegurarse de que ella estuviera a salvo. Admiraba la valentía con que Stacey había vuelto al mundo real. Y también estaba Bryant, el aglutinante que mantenía unido al equipo, y él ni siquiera lo sabía.

No pudo evitar sentirse invadida de orgullo cuando oyó los pasos vacilantes que se acercaban a la entrada.

Era la persona a quien estaba esperando.

—Entra —dijo al joven agente.

Ian Skitt entró y, automáticamente, contempló el tablero vacío. Con esa reacción, Kim supo que el policía había leído ahí un nombre conocido.

Llevaba la camisa abierta por el cuello y los ojos inyectados tras el turno de la noche. Inquieto, se metió las manos en los bolsillos.

—Fuiste tú quien puso la nota en mi puerta, ¿verdad? —le preguntó ella.

Él asintió.

—Lauren Goddard era tu hermana menor. Tú fuiste uno de los hermanos que se llevaron.

—Gracias a Dios —murmuró él.

—¿Perdona? —preguntó Kim.

—Nada, es solo que…

—Continúa —lo instó Kim.

—A mí me fue bien. Me acogió una pareja de mediana edad que me tuvo durante nueve años. Ellos fueron mis padres. Yo tuve suerte.

Kim podía entenderlo. Los tres años que ella había pasado con Keith y Erika constituían los cimientos de su propia vida.

—¿Alguna vez llegaste a verla?

—Sí. La encontré en el tejado de los apartamentos dos semanas antes de su muerte. Yo quería que se fuera conmigo, que dejara a su madre, pero se negó. Me acusó de haberla abandonado. —Bajó la mirada al suelo.— Dijo que me odiaba y que no quería volver a verme nunca más.

—¿Así que empezaste a ir de visita al centro comunitario para tratar de volver a verla?

—Es que no quería abrumarla. Solo quería estar cerca.

Kim lo entendió.

Lo habían apartado de la casa familiar; él no tenía la culpa. Había aprovechado al máximo la oportunidad, había aceptado el regalo hasta edificarse una vida decente para sí mismo. Kim sabía que el joven agente se sentía culpable por todo lo que había recibido y todo aquello de lo que Lauren había carecido.

—No había nada que pudieras hacer —opinó ella.

La expresión de Ian Skitt era de gratitud por esos sentimientos, pero, en realidad, la aceptación tenía por delante un largo camino. Como corolario, Kim solo podía darle una cosa:

—En este momento, el cuerpo de Lauren está siendo devuelto a su sepultura. Era tu hermana. Quiero que me acompañes.

Él tragó saliva.

—Me gustaría.

Kim cogió su abrigo e hizo un alto. Había algo que tenía que saber.

—Skitt, ¿por qué no viniste, sin más, a hablar conmigo de la muerte de tu hermana?

Él lo pensó por unos segundos.

—Porque no creí que le importara a nadie.

Kim le dedicó un gesto de reconocimiento y una sonrisa antes de echar otro vistazo al tablero.

—En esta sala, te lo aseguro, todos son importantes.

# Carta de Angela

Ante todo, quiero darte las gracias encarecidamente por haber elegido *Los huesos rotos,* la séptima entrega de la serie de Kim Stone.

Lo que comenzó siendo una idea de trabajar en torno al comercio sexual se convirtió en una historia sobre la captación, la prostitución, el arresto ilegal y el comercio de esclavos de nuestros días. Me he sentido obligada a explorar el horror indescriptible de la apropiación de vidas humanas, un mal que sigue existiendo y afectando a generación tras generación. Gracias por acompañarme en este viaje emocional. Espero que lo hayas disfrutado.

Si te gustó, te estaré eternamente agradecida de que escribas una reseña. Me encantaría saber qué piensas. Además, tus comentarios podrían ayudar a otros lectores a descubrir mis libros por primera vez. A lo mejor podrías recomendarlos a tus amigos y familiares…

Para estar al tanto de las novedades sobre mis últimos libros, solo haz clic en el vínculo de abajo y suscríbete a mi boletín. Te prometo que solo me pondré en contacto contigo cuando tenga una obra nueva y que jamás compartiré tu correo electrónico con nadie.

www.bookouture.com/angela-marsons

En *Los huesos rotos* he disfrutado aprendiendo más acerca de la amistad entre Dawson y Stacey y les he ofrecido la oportunidad de trabajar juntos en un caso. Y, después de haber separado a Kim y a Bryant en la obra anterior, me resultaba gratamente familiar reunirlos de vuelta. Echaba de menos sus chácharas, sin duda.

Era interesante presentar a Kim, al principio del libro, ante una situación completamente ajena para ella. Debo admitir que me he divertido un

poquillo a su costa al enfrentarla a sus instintos maternales. Os puedo jurar que ningún bebé resultó herido a raíz de la escritura de esos capítulos.

En la serie de la inspectora detective Kim Stone hay otros seis títulos: *Un grito en el silencio, Juegos diabólicos, Las niñas perdidas, Juegos letales, Hilos de sangre* y *Almas muertas.* Por lo tanto, si te gustó *Los huesos rotos* y no conoces los anteriores, léelos. Espero que también te gusten.

Me encantaría saber de ti, así que, por favor, ponte en contacto conmigo a través de mis páginas de Facebook o Goodreads, por Twitter o en mi sitio web.

Gracias por tu apoyo, el cual valoro enormemente.

Angela Marsons

www.angelamarsons-books.com
angelamarsonsauthor@WriteAngie

# Agradecimientos

Como siempre, mi primer agradecimiento es para mi pareja, Julie. Si un autor se deja sangre, sudor y lágrimas, esto es doblemente cierto para su compañero. Julie siente junto conmigo cada emoción del proceso, desde el entusiasmo por la idea inicial hasta la inevitable desesperación y las dudas que surgen por el camino. Aun así, siempre consigue disipar mis miedos y avivar mi disfrute. Nunca deja que me olvide de las razones por las que me encanta escribir.

Gracias a mi madre y a mi padre, quienes siguen pasando la voz con orgullo a quienes quieran escucharlos. Y a mi hermana Lyn, su esposo Clive y mis sobrinos Matthew y Christopher, por su apoyo y una foto muy chula de uno de mis libros en Harrods.

Gracias, Amanda y Steve Nicol, quienes nos apoyan de tantas maneras, y a Kyle Nicol, por localizar mis libros donde quiera que va.

También quisiera expresar mi agradecimiento al equipo de Bookouture por el entusiasmo ininterrumpido por Kim Stone y sus historias. En particular, a la increíble Keshini Naidoo, quien nunca se cansa de animarnos ni de mostrar su pasión por lo que hacemos. A Oliver Rhodes, quien dio a Kim Stone la oportunidad de existir. A Kim Nash (Mamá Oso), quien trabaja incansablemente en promover nuestros libros y protegernos del mundo. A Noel Holten, cuyo entusiasmo y pasión por nuestro trabajo no tiene límites.

No puedo escribir un libro sin reconocer a la creciente familia de autores de Bookouture. Su entusiasmo por los demás es genuino y provee un ambiente de amistad, consejo y apoyo. Gracias a la fantástica Kim Slater, quien ha sido un increíble apoyo, una amiga por muchos años ya, y a las fabulosas Caroline Mitchell, Renita D'Silva, Sue Watson y Mel Sherrat, sin quienes este viaje sería imposible.

Mi agradecimiento eterno va para todos los estupendos blogueros y críticos que han dedicado su tiempo a conocer a Kim Stone y seguir sus historias. Esta gente maravillosa grita con todas sus fuerzas y comparte

generosamente, no solo porque ese es su trabajo, sino porque es su pasión. Nunca me cansaré de darle las gracias a esta comunidad por su apoyo, tanto a mí misma como a mis libros. A todos vosotros, muchas gracias.

Montones de gracias a mis fabulosos lectores, especialmente a quienes han hurtado un poco de tiempo a un día ajetreado para venir a mi sitio web, a mi página de Facebook, a Goodreads o a Twitter.




# Una mentira piadosa

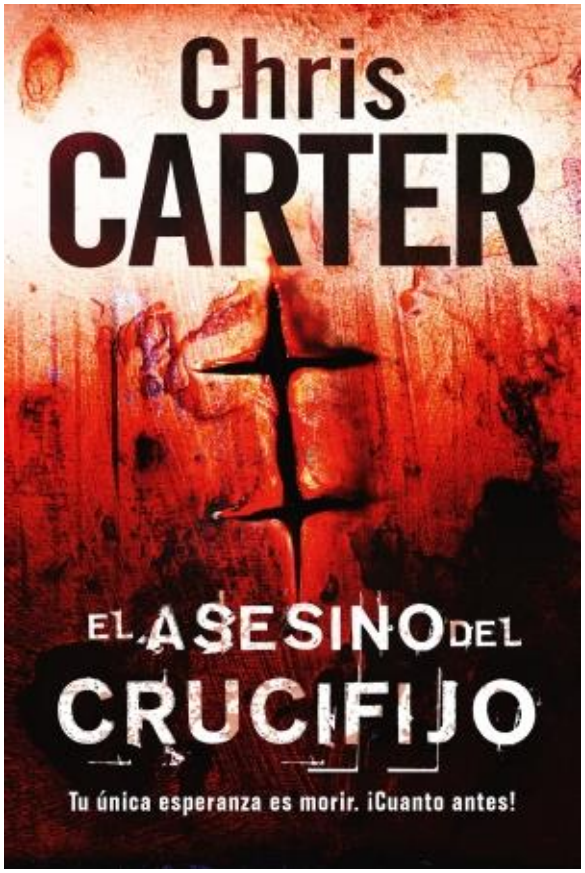
Blædel, Sara
9788742812310
350 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una mujer es perseguida por una lamentable decisión que tomó en los primeros años de su adolescencia y, ahora, se ve envuelta en una trama profundamente emocional y de tenebrosa atmósfera. Esto es lo nuevo que nos trae Sara Blædel, la gran estrella internacional de los superventas. La detective Louise Rick descansa en una playa de Tailandia cuando su padre, lleno de espanto, la llama por teléfono. Mikkel, el muy querido hermano de Louise, ha intentado suicidarse. Está desolado. Su

esposa se ha ido sin decirle una sola palabra. Louise vuelve de inmediato a casa, a Osted, el pequeño y aislado pueblo danés donde creció y donde Mikkel sigue viviendo. Pero, mientras averigua más cosas de Trine —devota esposa y madre de dos pequeños— y su estado de ánimo durante los días previos a su partida, más se inclina a preguntarse si verdaderamente tenía intenciones de abandonar a su hermano. O si ha sucedido algo mucho más tenebroso. La policía local apunta a Mikkel como el principal sospechoso de la desaparición de Trine; entretanto, Louise se esfuerza por limpiar el nombre de su hermano. Sin embargo, se enfrentará a verdades incómodas: los pueblos siempre esconden secretos; el pasado te persigue eternamente. Y las mentiras nunca son inofensivas.

Cómpralo y empieza a leer




# El asesino del crucifijo

Carter, Chris
9788771075779
400 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Tu única esperanza es morir. ¡Cuanto antes! El cuerpo de una mujer brutalmente asesinada es hallado en una cabaña abandonada en el Parque Nacional de los Los Angeles. Desnuda, atada a dos postes de madera y con la piel de la cara desollada –cuando aún seguía con vida. En la nuca tiene grabado un extraño símbolo, un crucifijo doble: la firma de un psicópata conocido como el Asesino del Crucifijo. Pero no es posible porque el Asesino del Crucifijo fue arrestado y ejecutado dos

años atrás. ¿Podría tratarse de un imitador? ¿Alguien con acceso a los detalles de los primeros asesinatos, detalles complejos que nunca se habían hecho públicos? ¿O acaso el detective Robert Hunter tendrá que hacer frente a lo inconcebible? ¿Andará aún suelto el auténtico Asesino del Crucifijo, dispuesto a embarcarse en una nueva matanza indiscriminada y sádica? ¿Seguirá eligiendo a sus víctimas al azar y provocando al detective Hunter, incapaz de atraparle? Robert Hunter y su novato compañero están a punto de adentrarse en una pesadilla que supera toda imaginación y donde el concepto de una muerte rápida no existe. _____ « Un espeluznante y compulsivo retrato de un psicópata que sitúa a Carter al nivel de Jeffery Deaver. » - Daily Mail

Cómpralo y empieza a leer




# Testigo de medianoche

Blædel, Sara
9788742811610
300 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

MÁS DE CUATRO MILLONES DE EJEMPLARES VENDIDOS EN EL MUNDO. Louise Rick, la detective de homicidios novata, debuta en este emocionante best seller internacional: el número uno que lanzó la increíble carrera de la escritora Sara Blædel hasta alcanzar los tres millones de ventas. Una joven aparece estrangulada en un parque y un periodista ha sido asesinado en el patio trasero del Hotel Royal de Copenhague. La detective Louise Rick se encarga del caso de la joven,

pero muy pronto se ve envuelta en la resolución del otro homicidio: su mejor amiga, la periodista Camilla Lind, conocía al hombre asesinado. Louise intenta evitar que su amiga se involucre demasiado, pero Camilla nunca ha sido de las que se pierden una historia interesante. Y esta vez, Camilla puede haber ido demasiado lejos.... Emocionalmente fascinante y llena de giros inesperados, El testigo de medianoche es la mejor pista para comprender el fenómeno internacional Sara Blædel.

Cómpralo y empieza a leer




# El Cirujano

Gerritsen, Tess
9788742810064
360 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un asesino silencioso se desliza en las casas de las mujeres y entra en las habitaciones mientras ellas duermen. La precisión de las heridas que les inflige sugiere que es un experto en medicina, por lo que los diarios de Boston y los atemorizados lectores comienzan a llamarlo "el cirujano". La única clave de que dispone la policía es la doctora Catherine Cordell, víctima hace dos años de un crimen muy parecido. Ahora ella esconde su temor al contacto con otras personas bajo un exterior frío y elegante, y

una bien ganada reputación como cirujana de primer nivel. Pero esta cuidadosa fachada está a punto de caer ya que el nuevo asesino recrea, con escalofriante precisión, los detalles de la propia agonía de Catherine. Con cada nuevo asesinato parece estar persiguiéndola y acercarse cada vez más...

Cómpralo y empieza a leer




# La mujer desaparecida

Blædel, Sara
9788742812198
350 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Tras el increíble éxito de Las niñas olvidadas y El bosque de la muerte, dos de los superventas internacionales de Sara Blædel, Louise Rick —jefa de la Agencia Especial de Búsqueda, un departamento de élite de la policía— regresa en otra novela de suspenso llena de giros… Un ama de casa se ha convertido en blanco de una serie de asesinatos tan horrendos como metódicos. El disparo de un rifle de caza atraviesa la ventana de la cocina. La mujer está muerta antes de caer al suelo.

Aunque el asesinato ocurre en Inglaterra, resulta que la mujer, Sofie Parker, es una ciudadana danesa que ha figurado en la lista de personas desaparecidas por casi dos decenios. Así que este es un caso para Louise Rick. Entonces, en un giro inesperado, la policía descubre que la desaparición de Sofie, hace dieciocho años, había sido notificada nada menos que por Eik, un policía que es, a la vez, compañero y amante de Louise. Impulsivo como siempre, Eik viaja apresurado a Inglaterra, pero termina en la cárcel como sospechoso de haber asesinado a Sofie. La conexión de Eik con el caso ciega a Louise, la inquieta, la hunde en el desasosiego; pero ella sabe que debe apartarse del torbellino de sus confusiones para encontrar a este asesino que ha desatado uno de sus casos más controvertidos.

Cómpralo y empieza a leer